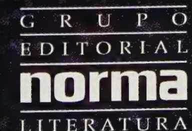
Abel Gilbert • Miguel Vitagliano

El terror y la gloria

La vida, el fútbol y la política en la Argentina del **Mundial 78**

SEIKO CRONOMETRO OFICIAL
12
PERIODO
TIEMPO DE JUEGO
ARGENTINA
¡CAMPEON!
STEWART - WARNER
AUTOTROL



Biografías y Documentos

Abel Gilbert (Buenos Aires, 1960) es periodista y escritor. Ha trabajado en diferentes medios argentinos y extranjeros desde 1979. Fue corresponsal de la Agencia Alemana de Prensa (dpa) entre 1992 y 1998. Vivió cuatro años en La Habana, entre 1988 y 1991, y regresó con su primer libro bajo el brazo, **Cuba de vuelta** (1993), detonador de su crónica definitiva, **Cerca de la Habana** (1997), editado por Norma. En la actualidad integra la redacción de la revista *trespuntos*. Además es compositor de música de cámara.

Miguel Vitagliano (Buenos Aires, 1961) ha publicado dos ensayos, **La novela extraña de Sicardi** (1996) y **Lecturas críticas sobre la narrativa argentina** (1997), y cuatro novelas, **Posdata para las flores** (1991), **El niño perro** (1993), **Los ojos así** (1996) y **Cielo suelto** (1998). Su obra para radio *Luna de frontera* recibió en 1993 el primer premio en el Concurso Nacional de Obras Radiofónicas, organizado por el Instituto Goethe y Radio Clásica, entre otras instituciones. En 1996 recibió en la ciudad de Berlín el Anna Seghers-Preis, premio con el que se distingue anualmente la obra de un escritor latinoamericana, por su novela **Los ojos así**. Es profesor de Teoría Literaria en la Universidad de Buenos Aires, y de escritura y experiencias radiofónicas en Latinoamérica, en los programas de capacitación de la Deutsche Welle .

El terror y la gloria

Abel Gilbert
Miguel Vitagliano

El terror y la gloria

LA VIDA, EL FÚTBOL Y LA POLÍTICA EN LA ARGENTINA DEL MUNDIAL '78

Grupo Editorial Norma

Barcelona Buenos Aires Caracas Guatemala México Panamá Quito San José San Juan San Salvador Santafé de Bogotá Santiago

Primera edición: Mayo de 1998

San José 831 (1076) Buenos Aires
República Argentina
Empresa adherida a la Cámara Argentina del Libro
Diseño de tapa: Ariana Jenik
Foto de tapa e interiores: Archivo de Editorial Atlántida
Impreso en la Argentina por Indugraf S. A.
Printed in Argentina

CC: 20539
ISBN: 958-04-4575-3

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Libro de edición argentina

PRIMERA PARTE. LOS PREPARATIVOS

Capítulo I: *1978. Una imagen adelantada del Mundial: un elefante perdido. 1966. Argentina logra el derecho de organizar el certamen. Los gobiernos pasan y las frustraciones políticas y deportivas se acumulan. 1974. El XI Campeonato bajo la órbita de López Rega. Menotti y el juego bonito. 1976. El Proceso hereda las responsabilidades.*

Capítulo II: *1977-78. Continúa la construcción de los estadios y hoteles. Despliegue de emblemas e imaginerías: las monedas, Mundialito, etc. Costos y beneficiados con la realización. ATC. Argentina dirá su verdad al mundo en colores, en vivo y en directo.*

Capítulo III: *Mayo de 1978. Las publicidades en medio del certamen. Todo se comercializa. El "jugar" de argentino. Naturalización del horror. Mundialito vigila a 25 millones. Se redoblan los ensayos con vistas a la ceremonia inaugural. La sensación térmica.*

Capítulo IV: *Las vísperas y la "Campaña antiargentina". El papel de la prensa dentro y fuera del país. La iglesia argentina se desvela por el éxito del certamen. La ciudad se viste de gala para recibir a los extranjeros.*

Capítulo V: *Todo está listo. Paisajes urbanos. Los estadios y las salas de tormentos. La Buenos Aires "de" Cacciatore. Todo se señaliza. La concentración de Menotti.*

SEGUNDA PARTE. PRIMERA VUELTA

Capítulo VI: *El acto inaugural. La épica del "nosotros" y la lucha contra los "Ellos".*

Capítulo VII: *Argentina 2-Hungría 1. Educar al soberano. Veinticinco millones de "gauchos". Las penas son de "nosotros", las vaquitas son ajenas.*

Capítulo VIII: *Argentina 2-Francia 1. Muñoz y Clemente discuten acerca de la conveniencia o no de tirar papelitos. Massera anuncia su retiro. El desquite contra la conjura parisina. Cierre de ópera.*

Capítulo IX: *Italia 1-Argentina 0. La mujer y los lugares prefijados. "Argentina campeón, Videla al paredón" gritan los montoneros. El Mundial como happening.*

PRIMERA PARTE

Los preparativos

Capítulo I

Y en 1974, decían, que eran las manos del General...

Un elefante cruzó la calle con el semáforo en rojo. Iba solo y a la deriva, haciendo crujir el empedrado.

Los bramidos que se oyeron en la avenida San Martín fueron en principio considerados ecos de recientes algarabías: bocinazos de un hincha insomne, aún eufórico por la victoria ante Polonia y el penal que Fillol le había atajado a Deyna. Hubo que abrir bien los ojos para advertir hasta qué punto podía expandirse la anormalidad festiva del Obelisco a los barrios.

El elefante enredaba su trompa como si fuera una serpiente amaestrada. Arrastraba con la cola una hoja de la revista *Para Ti* en la que podía leerse "¿Es peligrosa la minicalculadora?"

Algunos temían que entrase en cólera. Otros –los más alejados– aseguraron que lo montaba un anciano sobre su lomo. Y no faltó quien predijera estampidas y derrumbes.

Todos creyeron que se había escapado del Zoológico de Palermo, y tenían razones para pensar que era así. Días antes se había hecho público el interés de la Municipalidad de mudar el parque de Las Heras y Sarmiento a unas tierras recuperadas del Bajo Flores. Por entonces se habían escuchado voces alertando posibles imprevistos. "¿Se imagina usted el traslado de los elefantes atravesando la ciudad, acompañado de rinocerontes, jirafas, hipopótamos, reptiles, monos, tigres de Bengala, camellos y canguros?", le hicieron saber al intendente, brigadier (r) Andrés Cacciatore, las asociaciones Vida Silvestre, Ornitológica de La Plata, Paleontológica Argentina, para la Conservación de la Naturaleza y el Centro Argentino de Arquitectos.

La carta publicada en el diario *Crónica* el 5 de junio de 1978 agregaba que "lo más triste del asunto es que no se trata de una pesadilla sino

de una realidad, de la perspectiva de mudar a la mona Aurelia y al león Sófocles, o al rinoceronte Petrarca, nombres que nos parecen irreales pero que poblaron nuestra imaginación de chiquilines, hace varias décadas".

El elefante que paseaba por Villa Devoto, y que según *La Razón* se llamaba *Ramba*, se había fugado del circo Eguino Bros. Era un elefante asiático y carecía de colmillos. Parecía manso y displicente.

La policía lo escoltó hasta el Club Comunicaciones, donde se levantaba la carpa, en medio de estrictas medidas de seguridad. *Crónica* reportó el simulacro de safari el 17 de junio: "Un patrullero avanzaba lentamente como en un desfile solemne por la avenida San Martín. Pero corriendo la vista unos metros hacia delante venía otra sorpresa, como si estuviéramos en Bangkok, capital del reino de Siam, en la India o en plena selva africana". La bestia "se desplazaba majestuosamente, con cierta imperial negligencia, sin cuidador, sin rejas, sin cadenas, como un turista que había venido a disfrutar del Mundial y aprovechase sus horas libres".

No hubo esa vez tentativa de caza mayor. Para eso, se sabía, los argentinos debían viajar a Sudáfrica, traerse un par de cabezas abombadas o cuernos de marfil y colgarlos en las paredes como trofeo. Eso es lo que había hecho en febrero el ministro de Economía, José Alfredo Martínez de Hoz.

De todas maneras, el país estaba en vela por otra conquista muy diferente.

El Mundial llegaba a sus instancias cruciales. Se estaba cerca de tocar el cielo futbolístico con las manos. El seleccionado debía quedarse con los dos puntos o empatar con Brasil si quería mantener sus chances de acceder al último tramo del campeonato. Veinticinco millones de argentinos, como decía la marchita propagada a toda hora y en cualquier lugar, estaban pendientes de lo que ocurriría en la ciudad de Rosario.

Los cuidadores del elefante también. Cuando lo estaban bañando, fueron a mirar el noticiero y se olvidaron de él. El animal rompió el collar y así había dejado la carpa.

Aquel 17 de junio, cuando se reportó el escape, el cine Cosmos de la calle Corrientes proyectaba *El acorazado Potemkin*, del director soviético Serguei Einseinstein. En la calle Rodríguez Peña 1673, la Galería

Roldán remataba una alfombra persa Ispahán, un Rodin original y un conjunto de mates de plata del siglo XIX.

Alguien recibía una descarga eléctrica en sus genitales.

El Mundial lo envolvía todo: la fatiga, la excitación y el desamparo, la frivolidad y el pavor, se impregnaban de su lógica avasallante.

El Mundial se esparcía sobre mesas de dinero y salas de interrogatorio. Lo jugaban en escuelas y hospicios.

El Mundial hacía bajar la productividad laboral y que se recuperen, en calidad de préstamo, espacios cercenados. Era sueño y pesadilla, guardián de las vigilias, los operativos y las rondas. Ilusión de ecumenismo afirmativo e hito fundante.

* * *

No había sido nada sencillo concretar la realización del XI Campeonato. La obtención de la sede pareció tener algo de designio superior. Había sido otorgada el 6 de julio de 1966 durante el Congreso de la FIFA de Londres. Tres días más tarde, en la provincia de Tucumán, el cardenal primado Antonio Caggiano diría que Dios le encomendó al país "una misión que cumplir en el concierto de los pueblos libres".

El Tedéum no se celebraba por razones futbolísticas. Se cumplía el 150 aniversario de la Independencia y había un nuevo presidente. El general Juan Carlos Onganía reemplazaba a Arturo Illia, quien había sido consagrado en 1963 con el 25,15 por ciento de los votos. El golpe de Estado que lo derrocó aquel 28 de junio, contó con la tolerancia y hasta la simpatía de buena parte de la sociedad.

A Onganía, en cambio, lo recibieron el 9 de julio en Tucumán como un hombre providencial. Unos 15.000 soldados desfilaron en la parada militar.

Dos días más tarde se iniciaba en Inglaterra el VIII Campeonato Mundial de fútbol. El seleccionado dirigido por Juan Carlos Lorenzo fue eliminado en los cuartos de final por el dueño de casa, pese a reunir jugadores como Ermindo Onega, Luis Artime, Roberto Perfumo, Antonio Rattín, Rafael Albretch. La expulsión de "El Rata", decidida

por el árbitro alemán Rudolf Kreitlein de manera escandalosa, hirió de muerte al equipo. Todavía se recuerdan los incidentes de Wembley. Rattín se resistió a abandonar la cancha y pisó la alfombra real. La reina se ruborizó y el estadio estalló al grito de "animals, animals".

La selección regresó sin gloria. Onganía los llamó "campeones morales". Más allá del desaire monárquico no dejó de insistirse por los altavoces en que el futuro estaba cargado de señales auspiciosas.

Claro que la Revolución Argentina, con su mojigatería preconciliar y su pretensión librecambista, se haría añicos unos cuatro años después al entrar el general Roberto Levingston en escena. La prometida grandeza no se consumaría en el palacio ni en los cuarteles. Apenas alcanzaría cierto grado de concreción en los escenarios deportivos: Estudiantes de La Plata y Racing Club se vengaban del agravio británico derrotando al Manchester United y al Celtic de Glasgow. En 1967 y 1969 aterrizaban en Ezeiza con la Copa Intercontinental en brazos.

La selección no daba ese tipo de satisfacciones. Peor, erosionaba la autoestima patria. Había quedado afuera del Mundial de México, tercera en las eliminatorias, detrás de Perú y Bolivia. La cancha de Boca Juniors había enmudecido por el gol de Cachito Ramírez. Como estaban las cosas no cabía esperar un futuro venturoso.

En 1971 le tocó al gobierno del general Alejandro Agustín Lanusse, que había sustituido a Levingston, ratificar ante la Federación Internacional de Fútbol Asociado (FIFA) la decisión argentina de llevar adelante el XI Campeonato.

El Mundial –razonó el régimen militar– no podía ser cosa de peronistas. Los cálculos le fallaron. Desde el exilio y la proscripción política, Juan Domingo Perón azuzaba al gobierno de facto y bendecía con la pluma y una sonrisa mordaz la acción de los partisanos. En *La hora de los pueblos* (1968), Perón había ubicado a la Argentina en el Tercer Mundo y estimaba que "frente a la caducidad insoslayable del capitalismo demoliberal, se puede predecir que el mundo será en el futuro socialista". Los hombres, agregaba desde Madrid, elegirían entre el socialismo internacional, que expresaba "el imperialismo soviético" o el nacional, descubierto por el caudillo en su solaz de Puerta de Hierro.

Desde otra trinchera más apoltronada, Lanusse lo desafiaba diciendo que "no le daba el cuero" para retornar. Se equivocó. Perón volvió

un lluvioso 17 de noviembre de 1972, fue presidente por tercera vez, dividió las aguas de su movimiento y murió un caluroso 1º de julio de 1974.

José López Rega, su secretario personal y ministro de Bienestar Social, hubiera querido verlo perpetuado en un formato imponente. Soñaba con la construcción de una gran alameda bautizada "Mi general" rodeada de jardines aromáticos, pérgolas y puentes colgantes. Todo el camino desembocaría en un Campo de Marte, el punto de encuentro de las multitudes reunidas bajo la advocación de veinte esculturas alusivas a sus veinte verdades. Además, incluiría un sitio que contuviera un panteón románico con una serie de frescos históricos en su cielo raso: el 17 de octubre, el primer beso a Eva, la fuga, el encuentro con Isabel, el regreso y la expulsión de los imberbes de la plaza.

El fallido Altar de la Patria había sido pergeñado por el ministro con esa finalidad trascendente.

También, dicen, fue en el entorno de López Rega donde se ideó el emblema de Argentina'78.

El diseño de las dos líneas paralelas que parecen el contorno de una Copa no era otra cosa que el clásico saludo de Perón, con las manos en alto. El logo se presentaría en la ceremonia de clausura de Alemania'74. Un bálsamo para la modesta séptima posición conseguida por la Argentina.

Antes de que el general pasara a mejor vida ya era puesta en duda la capacidad argentina de estar a la altura de las responsabilidades asumidas. Esas suspicacias se alimentaron con las esquirlas de la matanza de Ezeiza. El coronel (r) Jorge Osinde, subsecretario de Deportes, había sido denunciado, junto con su jefe, López Rega, como el principal responsable de la tragedia.

Dos días después del fatídico 20 de junio de 1973, Osinde ponía en funciones al interventor de la AFA, Baldomero Gigán, un ejecutivo con aires de play boy traído al redil por el sustituto de Héctor Cámpora en la presidencia, Raúl Lastiri (yerno de López Rega). Gigán asumió con el propósito declarado de "orientar la mayor actividad para lograr la clasificación al Mundial'74 y preparar al país en la organización de 1978".

El 12 de septiembre, mientras se actualizaban los partes del derrocamiento de Salvador Allende en Chile, el subsecretario de Bienestar Social, Duilio Brunello, tomó juramento a la Comisión Pro-Mundial. Su titular, el escribano José Mitjans, un directivo menor de Boca Juniors vinculado al sindicalismo ortodoxo y a la industria del espectáculo, dijo entonces estar al frente de una empresa de envergadura. Y subrayó: "nacional y peronista".

No obstante, el mensuario inglés *World Soccer* se preguntaba: "Todavía no alcanzo a ver cómo los argentinos piensan organizar el campeonato en medio del caos económico, los secuestros y la actividad guerrillera".

Las Bases (14-11-73), el órgano ilustrado del lopezreguismo, acusó al autor de la filípica, Brian Glanville, de ser "súbdito de sus respetables aunque graciosas majestades, fiel a la línea de distorsiones e inexactitudes inaugurada por sus ancestros, poseedores de un inevitable y anacrónico espíritu colonialista".

Por si le faltaba algo, aseguró que los reparos a las aspiraciones argentinas eran parte de una trama sinárquica. Contó que durante el cónclave del Comité Organizador de Alemania'74 el delegado argentino Oscar Ferrari, había tenido que soportar las "embestidas de los representantes ruso y francés, súbitamente fieles al espíritu inglés".

López Rega alternó la cruzada anticomunista con la nigromancia. Estas últimas actividades habían sumado nuevos nombres a Lopecito, como lo llamaba el general: era también el Hermano Daniel o El Brujo. *Las Bases* condensaba herméticamente su programa de acción. A veces, a modo de violentas diatribas. Otras, recurriendo a la fábula, como el cuento titulado "El sabio y el aprendiz de brujo" (5-9-73), una "antigua leyenda hindú" rescatada por la propia pluma de Lopecito: "Y dijo el aprendiz de brujo, ¿por qué me hiciste pensar en el burro? Esto hizo fracasar todos mis intentos. Respondió el Gran Mago: ¡Para lograr oro afuera es preciso hacer oro adentro! Si tu mente no tiene la capacidad de concentración necesaria para apartar la presencia del burro, es porque aún no puedes transmutar el plomo en oro".

Oro y plomo, eso sería, en definitiva, parte de la aleación mundialista. Los delirios alquímicos tuvieron algo de prefiguración política.

Entre alambiques y tableteos de metrallas, la Comisión Pro-Mundial –de la cual formaban parte el comisario inspector Domingo Tessone, el sindicalista Paulino Niembro, el metalúrgico Lorenzo Miguel, en representación de la Confederación General del Trabajo (CGT), y el entonces capitán de la Armada, Carlos Alberto Lacoste– decidió otorgarle a César Luis Menotti la posibilidad de conducir el seleccionado nacional.

Era el técnico de moda ya que había salido campeón con Huracán un año antes desplegando un fútbol de alto vuelo. Ese 1973 había adherido a la fórmula Cámpora-Solano Lima. Su nombre aparecía en una solicitada del 9 de marzo de 1973, "El deporte con Perón", que reivindicaba la consigna "Liberación o dependencia".

El "Flaco" se calzó el buzo de DT con un trasfondo macabro. La Triple acababa de hacer su debut con los asesinatos de Rodolfo Ortega Peña, el abogado Alfredo Curuchet, el filósofo Silvio Frondizi, y el ex jefe policial Julio Troxler, sobreviviente de los fusilamientos de José León Suárez, en 1956. La irrupción parapolicial había tenido su sello distintivo: itakazos en la cabeza y cuerpos con más de cien balas arrojados a los costados de las rutas. Esta práctica adquiriría visos costumbristas.

Montoneros pasaba a la clandestinidad en septiembre de 1974 exponiendo a sus militantes a una cacería feroz y el Ejército Revolucionario del Pueblo impulsaba un frente rural en Tucumán. José Ber Gelbard se despedía del ministerio de Economía y la llamada burguesía nacional firmaba su certificado de defunción.

En las redacciones periodísticas se empezaba a hablar de un pibe de 14 años que provenía de Villa Fiorito y descollaba en los Torneos Infantiles Evita. Jugaba en los "Cebollitas" de Argentinos Juniors y le decían Pelusa. Era Diego Maradona.

El fútbol mayor, por su parte, se preparaba para iniciar el gran despegue. Menotti debutó con un empate en un gol frente a España. La selección jugó en la cancha de River Plate y formó con Sánchez, Pernía, Paulino, Rogel (autor del gol) y Carrascosa, Brindisi, Russo y Babington, Houseman, Di Meola y Ferrero.

Apenas uno de estos jugadores llegaría al '78.

En julio y finales de octubre de 1975, López Rega y su secretario de

Deportes, Pedro Eladio Vázquez, abandonaban la tragedia isabelina. Ítalo Luder reemplazaba temporalmente a Isabel y firmaba el decreto de "aniquilamiento" de la subversión. La guerrilla quemaba sus últimos cartuchos con ataques suicidas. Los conspiradores se despojaban del sigilo y aceleraban el tránsito en el Estado de las AAA a las Tres Armas.

"No tengo dudas de que el Mundial se realizará en la Argentina", garantizaba desde México el presidente de la FIFA, el brasileño João Havelange, al diario *La Nación* (14-10-75) : "Las obras fueron licitadas, adjudicadas y comenzaron los trabajos en los estadios. Luego, las inspecciones irán dando la palabra, pero es sólo cuestión de trabajar. ¿Violencia? Es más que lamentable, pero es algo que sacude al mundo actual y no es exclusivo de nadie (...) Lo único que pienso es que la Argentina debe trabajar y no crear fantasmas".

El periodista Dante Panzeri le contestaría en noviembre desde las páginas de la revista *Chaupinela*. "El Mundial no se debiera realizar por las mismas razones que un tipo que no tiene guita para ponerle nafta a un Ford T no debe comprarse un Torino. Si lo hace es porque a alguien le está robando", escribía.

Los comentaristas tradicionales lo acusaban de colocarse siempre en la vereda contraria. Panzeri, que moriría dos meses antes de que comenzara el XI Campeonato, hasta había justificado la expulsión de Rattín en Wembley. En su libro *Burguesía y gangsterismo en el deporte* había dejado amargas predicciones a modo de testamento: "Vamos a ganar al estilo del Martín Fierro y el viejo Vizcacha. O de Bairoleto y el Pibe cabeza, delincuentes comunes con los que ya tenemos fabricado el mito de la delincuencia bondadosa".

Sin embargo, no sería el peronismo el responsable de esa empresa.

"Estaba escrito, estaba en los planes de Dios, que la Argentina no debía perder su grandeza y la salvó su natural custodio: el ejército", dijo el 5 de enero de 1976 el provicario castrense, monseñor Victorio Bonamín.

Una inflación del 100 por ciento mensual allanaba el camino del golpe de Estado. "No tengo soluciones", se lamentaba el líder de la Unión Cívica Radical (UCR), Ricardo Balbín. La madrugada del 24 de marzo de ese año, un helicóptero se llevaba a Isabel con rumbo incierto.

La Junta militar había asaltado el poder.

"Habrá pena de muerte por delitos de orden público", se informó. Ese mismo día la radio y la televisión sólo transmitieron fanfarrias y proclamas. "La conducción del Proceso se ejercitará con absoluta firmeza y vocación de servicio. A partir de este momento, la responsabilidad asumida impone el ejercicio severo de la autoridad para erradicar definitivamente los vicios que afectan al país (...) Esta decisión persigue el propósito de terminar con el desgobierno, la corrupción y el flagelo subversivo y sólo está dirigida contra quienes han delinquido o cometido abusos de poder (...) Las Fuerzas Armadas han asumido el control de la República. Quiera el país todo comprender el sentido profundo e inequívoco de esta actitud".

En las pantallas se había congelado la imagen de los escudos institucionales. Los chicos se habían quedado sin *Supercar*, *Los Tres Chiflados*, *El capitán Marte*, *Astroboy*, *Daktari* y *El superagente 86*. Sólo se vio, a las 13 horas, el partido que el seleccionado disputó en Chorzow ante Polonia. Los polacos no perdían en esa cancha desde el 22 de junio de 1953. Debió sacarse la nieve antes del partido.

La Argentina ganó 2-1.

El Proceso debutaba con una victoria ante el "comunismo internacional". Y Menotti contaba a esas alturas con la base de su equipo para el campeonato del mundo: Gatti, Tarantini, Olguín, Killer y Carrascosa, Trobbiani (Ardiles), Gallego y Bochini, Scotta (Houseman), Luque y Kempes.

René Houseman tiene que atravesar el túnel del tiempo para evocar el frío aquel. Dice que tiritó como un loco sentado en el banco de suplentes. "Menos mal que entré y la metí".

Había estado en Alemania'74. Los italianos se deslumbraron con ese chiquito que bailó a Fachetti. Su marcador trastabillaba de tantos amagues y quiebres de cintura. Lo volvió loco. Fachetti era una figura internacional y Houseman vivía en la villa de Bajo Belgrano. El partido terminó 1-1 por un gol en contra de Perfumo. Pero René salió ganando, con otra chapa.

A Menotti lo conocía de Huracán. Nunca se tutearon. Ni siquiera

hoy. Siempre fue como un padre para él, cuenta. Un padre que lo hizo entrar en razón. "El Mundial de la Argentina será algo grande y usted, René, no puede quedarse afuera". Y dice que lo entendió, y que por eso los años previos se pasaron tan rápido.

Ya en el setenta y ocho empezaron a prepararse duro. "Triple turno: nos tenían cagando. Pero todo a conciencia, ¿eh? Si hasta yo laburaba, y eso que era el más jodón del grupo".

En la concentración cada jugador cumplía una tarea asignada. A él lo habían puesto en la biblioteca. "Al principio todo estaba en orden, venía uno y yo le decía: che, dejáme tu número de documento y no te hagas el boludo. Después...¡ma' sí, llevateló! Era la joda. No, no, con minas no. Nunca. Los días domingo nada más, pero con las esposas. ¿Fatos? Si no podías salir: estábamos rodeados por el Ejército. Todos los milicos con los FAL, ahí. No, yo ni enterado de cómo venía la mano. Si lo hubiera sabido no jugaba, así de corta". Tuvo dos amigos desaparecidos. También se chuparon a un pariente, el tío de su señora, Edilberto Soto. "Los tres eran maestros en la villa. Se los llevaron durante el campeonato". No los veía desde el mismo '76, cuando el Mundial estaba demasiado lejos.

Para los jugadores era una quimera, y los militares priorizaban otros asuntos.

La Junta de Comandantes trataba de hacer más eficientes las técnicas purificadoras mientras los civiles convocados para las tareas económicas les explicaban cuáles serían los nuevos patrones de acumulación. "Duros" y "moderados" coincidían básicamente en eso. Lo que los diferenciaría en adelante serían los tiempos de la apertura política. Los primeros apostaban al gradualismo. Los otros consideraban clausurada esa posibilidad. Querían quedarse para siempre y fecundar una dinastía armada.

En medio de esas pujas, el almirante Emilio Massera añadió en la agenda de prioridades la celebración del certamen. Faltaban dos años y había que obrar en consecuencia. Lo primero que se hizo fue tener bajo control a la Asociación del Fútbol Argentino (AFA). Para tal fin se nombró a un amigo personal de Lacoste y ex presidente del Colegio de

árbitros, el doctor Alfredo Cantilo. Lo segundo fue crear el Ente Autárquico Mundial'78 (EAM). El reparto de influencias que realizaron entre sí las Tres Armas determinó que estuviera bajo la égida formal del Ejército. El general Omar Actis, en cuya foja sobresalía su actividad como constructor de departamentos para sus camaradas en Wilde, fue designado al frente del organismo.

El 21 de agosto de 1976, cuarenta y ocho horas antes de brindar su primera conferencia de prensa, Actis fue asesinado a pocas cuadras de una comisaría. El atentado fue atribuido a una fuerza inexistente: Ejército Revolucionario Montonero. La guerrilla peronista nunca reconocería esa acción. Resultaba intrigante. Por esos meses, Montoneros no dejaba de reivindicar todas sus operaciones: desde los siete kilogramos de trotyl colocados debajo del colchón del jefe de la Policía Federal, el general Cesáreo Cardoso, hasta los perdigones disparados contra un suboficial oficinista.

La muerte de Actis sería vista como uno de los tantos capítulos de la guerra privada que libraron el Ejército y la Marina. La ausencia de Massera y Lacoste, "número dos" del EAM, en el sepelio del general, abonaría esas sospechas.

El general Antonio Merlo quedó formalmente a cargo de un Ente que había sido creado hacía muy poco, el 6 de julio. Los considerandos del decreto que le dio vida fueron publicados en páginas interiores de *La Nación*. Por cuestiones de diagrama, descuido o deliberada jerarquía, al lado de la noticia, que ocupaba toda una columna, podía leerse: "Lázaro Costa, servicios de calidad".

Era la sección de servicios fúnebres.

Capítulo II

"Todos los edificios que se están construyendo
se van a caer después del Mundial porque
los hicieron muy rápido".
(Revista Humor, *No 1, junio de 1978).*

El Hotel Elevage, de cinco estrellas, se remató el 17 de julio de 1997 sobre una base de 7,3 millones de dólares, el equivalente a 757 dólares por metro cuadrado. La tasación convenida equiparó casi a los 740 dólares que se habían pagado, a fines de junio del mismo año, por un terreno baldío de 3.550 metros cuadrados.

Había sido inaugurado pomposamente en vísperas del XI Campeonato junto con otros que esperaban un vendaval de turistas extranjeros. El Elevage estaba entre los privilegiados por su ubicación, casi en la esquina de Maipú y Marcelo T. de Alvear, a escasos metros de la Plaza San Martín y del Círculo Militar. Contaba con 101 habitaciones, microcine, sauna, piano bar y cocheras. Era caro entre los caros y sobresalía por sus altos pedestales de mármol de Carrara en la entrada, sus amplias puertas de vidrio con cabezas de caballo incrustadas en las manijas, cortinados de seda, lujosas suites de dos y tres dormitorios con estar y cuadros firmados en todas las habitaciones.

Ni siquiera durante el Mundial la familia Bencich pudo hacerlo funcionar de acuerdo con sus expectativas. Eso llevó a cerrarlo en varias oportunidades para reducir los costos de mantenimiento. El adiós definitivo ocurrió en 1991.

El disuelto Banco Nacional de Desarrollo había otorgado créditos a bajísimas tasas para estimular la expansión hotelera. Los permisos acordados en la ciudad de Buenos Aires para esas edificaciones fueron veintiséis en 1973. En 1974 sólo se autorizaron veintidós, mientras que en 1975 se dio vía libre para otros treinta y uno. El gran salto se verificó

en 1976, cuando se permitieron construir cuatrocientos cuarenta y cuatro hoteles. Aunque, por cierto, pocos comparables al Elevage.

En una de sus fachadas todavía puede leerse sobre el mármol blanco la firma de sus constructores: "Roggio Benito e hijos". El nombre sugiere qué tipo de transformaciones se operaron en la Argentina.

El grupo Roggio es actualmente uno de los principales animadores de la economía del país: factura casi 500 millones de dólares anuales. La construcción genera sólo el 20 por ciento de sus activos. Maneja el negocio de la recolección de basura, el peaje, las cinco líneas de subterráneo, el Premetro y tres líneas de ferrocarriles, la telefonía celular en el interior y la facturación de los impuestos municipales. Los Roggio también se diversificaron hacia la producción y explotación de petróleo.

En los setenta era una de las expresiones de la llamada "patria contratista". Como proveedor del Estado construyó durante el Proceso parte de Argentina 78TV (A78TV, más tarde Argentina Televisora Color-ATC), encargada de transmitir hacia dentro y fuera del país las imágenes del Mundial, el estadio Chateau Carreras, los edificios de IBM y la Unión Industrial Argentina (UIA), los tribunales, el aeropuerto y la central de Policía de Córdoba, así como la central termoeléctrica de Bahía Blanca. Eso le reportó ganancias por casi 1.000 millones de dólares.

El periodista Luis Majul le preguntó a Aldo Roggio (*Los dueños de la Argentina II*), actual cabeza del grupo, qué le había parecido el juicio y la condena a los ex comandantes realizado en 1984. Éste respondió: "No estoy ni estuve de acuerdo. Creo que, en general, algunos de ellos hicieron lo mejor posible en ese momento. Esto no quiere decir que soy militarista ni mucho menos. Creo que en la Argentina todos nos hemos vuelto democráticos (...) Yo parto de la base de que aquí hubo una guerra y en la guerra pasan cosas. En ese momento yo estuve de acuerdo con la lucha contra la subversión. Ha sido un paso doloroso pero necesario".

Esas palabras no desentonaban con la pedagogía oficial de los años de hierro. Entonces se decía que la realización del Mundial sería una muestra inequívoca de que el país, como Lázaro, se había levantado para transitar, no sin tropiezos, el rumbo correcto.

Las propagandas buscaban sintetizar esos afanes de resurrección. El

Proceso contó para su exégesis con la empatía de los presidentes de la Cámara Argentina de Anunciantes, Oscar Magdalena, y de la Asociación Argentina de la Propaganda (AAP), Beatriz Moya de Álvarez. Según el almirante (r) Horacio Zaratiegui, uno de los responsables de la acción psicológica del golpe, los autores de las moralejas televisivas "no quieren ahora aparecer pegados". Recuerda a la distancia que de la AAP provino el afiche del soldado aguerrido y la leyenda "No está solo". La Liga pro Comportamiento Humano contribuyó con el slogan "Cuando el barco se hunde, las ratas huyen". La empresa estadounidense Burson & Masteller tuvo a su cargo el cuidado de la imagen argentina en el exterior.

"Tiempo y esfuerzo, esenciales para cualquier logro", rezaba una de las primeras consignas propagadas con mayor vehemencia. Su autor fue David Ratto, un creativo que estuvo a cargo de la campaña electoral de Raúl Alfonsín en 1983: "Elaboré tres guiones. Uno mostraba una planta que iba creciendo porque se la regaba y se la cuidaba, y eso daba a entender que los resultados no llegarían inmediatamente. Otro, mostraba a una madre embarazada. El restante me lo olvidé. En ese momento pensé que hacía lo correcto. Estábamos al borde de la anarquía, íbamos al exterminio, cosa que igual sucedió. Así lo veía toda la clase política".

La publicidad era otro de los frentes donde el Proceso imaginaba librar sus batallas más encarnizadas. El aviso del conscripto que detiene un coche en la ruta y le pide documentos al conductor mientras le guiña un ojo al hijo, llegó a provocar escozor a la misma revista *Patoruzú*, que lo incluiría en su *Libro de oro 1978* como uno de los personajes del año junto con Menotti, Julio de Caro, Mónica Mihanovich, Luis Sandrini, Andrés Percivale, René Favaloro y Mercedes Carreras: "Le bastó guiñar un ojo/ sin perder la seriedad/ cual un actor de verdad/ interpretando a su antojo/ para ganarse un manojo/ grandote de admiradores/ ¡Mañana habrá cazadores/ de autógrafos en tropel! / ¡Al salir de baja él/ lo cazan los productores!".

La banalización del mal se mostraba de manera exasperante en un dibujo animado de 1977: una vaca pasta en un campo soleado, los pajaritos cantan y el humo brota de las chimeneas. Unos pacmans de negro llegan hasta el mamífero y le sacan toda su leche. La exprimen y ríen

perversamente. Las fábricas se caen y el animal desfallece. (Irrumpe una voz en off y dice: ARGENTINA, TIERRA DE PAZ Y DE ENORME RIQUEZA. ARGENTINA, BOCADO DESEADO POR LA SUBVERSIÓN INTERNACIONAL QUE INTENTÓ DEBILITARLA PARA PODER DOMINARLA. FUERON ÉPOCAS TRISTES Y DE VACAS FLACAS). Pero la vaca reacciona con furia (HASTA QUE DIJIMOS BASTA DE DESPOJO, DE ABUSO Y DE VERGÜENZA) y comienza a correr a los intrusos, que huyen despavoridos. Entra en escena un gauchito con su horquilla. Pincha la montaña de heno y alimenta a la vaca victoriosa, que empieza a engordar. A la vaca se le suma un ternerito (HOY VUELVE LA PAZ A NUESTRA TIERRA Y ESA PAZ NOS PLANTEA UN DESAFÍO, EL DE SABER UNIRNOS COMO HERMANOS EN EL ESFUERZO DE CONSTRUIR UNA ARGENTINA QUE SOÑAMOS).

Nadie asume hoy como propia esa oda agropecuaria.

El Proceso pretendía materializarse en obras. La remodelación y construcción de los estadios, decidida antes de 1976, formó parte de ese rito. A medida que se avanzaba en los trabajos se definía una concepción del espectáculo. Cada estadio fue custodiado como si fueran reservas estratégicas.

El grupo de Artillería de Defensa Antiaérea 101 con asiento en Ciudadela, abocado a la represión en la Zona Oeste, recibió la orden de proteger las instalaciones de Vélez Sarsfield.

El cumplimiento de la tarea dejó una baja.

No fue un sabotaje interno, tampoco un atentado guerrillero. El cabo Ríos, un suboficial de contaduría que compensaba su parca contextura con un bigote enorme, quiso, una tarde de 1977, dar la vuelta olímpica antes que nadie. Había tomado una damajuana de tinto durante el almuerzo y eso le dio fuerza. "A que lo hago", apostó en la sobremesa. Los soldados lo observaron impávidos. "A que lo hago, ¡carajo!", repitió. Se subió al jeep y, como pudo, en zig-zag, entró al campo de juego al grito de "Argentina, Argentina".

La monotonía de la guardia se quebró al escucharse un ruido estrepitoso.

El jeep había volcado detrás de uno de los arcos. Ríos fue llevado al hospital. Un brazo enyesado y una sanción disciplinaria fueron su premio consuelo.

Los militares habían heredado de malagana el emblema del Mundial. Las manos de Perón siguieron saludando aunque a muy pocos se les ocurría restituirlas a su ámbito genuino, el balcón. Había que cargar con ellas.

"Se efectuaron cientos de miles de pelotitas, calcomanías, llaveros, insignias, tarjetas postales, sin más que gastos para el Estado. Era un obsequio del gobierno para mostrarse políticamente. Eso hizo que recorriera la Argentina de arriba abajo y la mayor parte del mundo", dijo Lacoste. No se podía cambiar sobre la marcha.

No obstante, una imaginería propia saldría a reforzar la promoción. Se trataba de *Mundialito*, el gaucho que tanto se parecía al del dibujo animado. Se pensó, además, en una heráldica contundente, algo que pudiera circular por todos los espacios: el dinero.

Así como en el siglo XV, bajo los Valois, las flores de lis dejaron de representar a una familia para convocar el nombre de una entidad abstracta, "la France", el fútbol expresaría en el intercambio de bienes los mejores atributos de la argentinidad.

El Banco Central dispuso el 28 de agosto de 1977 la acuñación de una serie de monedas alusivas al Mundial. Monedas de 20, 50 y 100 pesos, en cospeles de cobre-aluminio-níquel, y de 1.000, 2.000 y 3.000 pesos, en plata 900. Todos esos valores serían de curso legal pudiéndose emplear como medio de pago. "En el último minuto del partido, estas monedas serán historia", se aseguró al darlas a conocer.

"Todavía en la Argentina la gente no ha tomado conciencia de la dimensión del campeonato Mundial de 1978. En Europa, los diarios y revistas publican profusamente noticias y comentarios del hecho deportivo", dijo por su parte Luis Vigdor, vicepresidente de Manfra, Tordeli & Brookes, Inc. de Nueva York, la casa de cambios más importante de los Estados Unidos. "En agosto último estuve en la convención anual de la Asociación Numismática Americana y en otra, en Zurich. En esas convenciones exhibí las monedas argentinas y no hubo un congresista que no quisiera comprar una serie".

En esos momentos, *La Nación* manifestó su asombro por la iniciativa. "La moneda de un país es expresión de su soberanía. Se emplea, además de su utilización específica, para destacar la bandera, el escudo, una figura prócer o un hecho histórico. Es lamentable que al haberse dispuesto en nuestro país una emisión de moneda por valores más altos que los de la actual circulación, se decidiera que el discutido símbolo del Mundial figure en las monedas y se agreguen las imágenes de un jugador de fútbol o un estadio".

Más allá de la controversia numismática, el seleccionado ya suscitaba en 1977 sus propias adhesiones y rechazos. La línea divisoria se había trazado entre los defensores de Menotti y quienes objetaban cierto cesarismo a la hora de elegir jugadores y parar en la cancha al equipo. Lo que más molestaba a algunos comentaristas era la ausencia inexplicable de figuras consagradas. Juan José López y Ubaldo Fillol (River Plate), Vicente Pernía y Roberto Mouzo (Boca Juniors) no eran tenidos en cuenta. El técnico a su vez se había empecinado con hacer jugar al zaguero de San Lorenzo, Jorge Olguín, de lateral derecho. José Daniel Valencia (Talleres de Córdoba) y Julio Ricardo Villa (Racing Club) parecían otros de sus caprichos.

Juan Carlos Lorenzo surgía para los disconformes como la figura antinómica. El técnico de Boca había ganado los dos torneos nacionales en 1976 y la Copa Libertadores. El elogio de Menotti a la capacidad del argentino para hacer del juego una manifestación artística, todo el ornamento semántico de un entrenador que trataba de diferenciarse de sus colegas hablando de música y literatura, chocaban con la eficiencia y la picaresca barrial de "El Toto".

El seleccionado había conseguido que una serie de rivales europeos lo pongan a prueba en Buenos Aires a lo largo de 1977. La maratón de partidos se disputó en Boca Juniors y no dejó a todos contentos. El 5-0 inicial ante los húngaros, que permitió el debut de Maradona con 16 años, generó falsas expectativas. Después, la Argentina empataría en un gol con iraníes, ingleses y escoceses y sin goles ante Francia. Derrotaría 3-1 a Polonia y perdería 3-1 con Alemania Federal. Finalmente vencería 1-0 a Yugoslavia, 2-0 a Alemania Oriental y 2-1 a Paraguay.

Pero no era tan sencillo criticar a Menotti desde los medios de comunicación, especialmente cuando éstos eran controlados por el Estado. Una circular interna recomendaba abstenerse de formular comentarios desfavorables.

Si bien los resultados del equipo no eran todo lo alentadores que se esperaba en los cuarteles, las redacciones y los cafés, cierta insatisfacción se mitigaba con el cumplimiento de la agenda organizativa.

A fines de 1977 se anunció la temporada de verano de Mar del Plata con un atractivo especial: la pronta conclusión del estadio mundialista. El de Córdoba, se informaba, estaba prácticamente listo. Vélez Sarsfield y River Plate no preveían contratiempos.

Marina cursaba sus estudios en la Escuela Normal 11, Ricardo Levene, de Parque Patricios. Era, cuenta, un colegio tranquilo al que tenía que ir con delantal a tablas, medias tres cuartos azules o negras y mocasines. Un día le preguntaron si quería ser parte del acto inaugural del Mundial, y dijo que sí. La profesora de gimnasia la seleccionó inmediatamente, algo fuera de lo común por su edad, 14 años. Ensayaron mucho para que los esquemas salieran todos "parejitos y prolijos", cosa difícil porque, además, tenían que memorizar bastante. "Ahora, con lo del aerobic no llama la atención, pero, bueno, hacer paso de marcha, trotar, girar, levantar los brazos, las rodillas, todo bien medido, como si fuera un reloj, tenía sus complicaciones".

Marina escuchaba a Sui Generis, leía a Hermann Hesse y Ray Bradbury. No era de ir a bailar. Cuando realizaron el único ensayo general en River se marcó tanto el pasto que las obligaron a participar descalzas de la exhibición. Formaba parte de la bandera española, la provincia de Buenos Aires y la letra "ene" de Argentina. "Era como un rompecabezas". El 1º de junio de 1978 se tuvo que peinar con dos colitas, atadas con cintas blancas, y vestir una polera también blanca y una malla negra.

Ahora Marina tiene un hijo al que con algo de vergüenza le contó que su rostro aparece en *La fiesta de todos.* La película fue filmada mientras hacía las rutinas en River. Cuando se vio en la pantalla del cine de Parque Patricios sintió orgullo. Una vez fue al video-club y alquiló la película para ver si había cambiado tanto.

La fiesta de todos (Sergio Renán-Hugo Sofovich) trató de ser una épica fílmica sobre el XI Campeonato sin la majestuosidad de *Olympia* de Leni Riefenstahl, sobre los Juegos de Berlín en 1936. Empieza con una vista aéra de la cancha y el grito "Argentina, Argentina". Con la marcha oficial de trasfondo corren una serie de imágenes: los globos y las palomas que se sueltan desde la cancha, la entrada de Videla, Massera y Agosti a las plateas, la banda militar, la formación de las leyendas humanas. Mientras tanto, el relator, Roberto Maidana, dice: "Esto que estamos viendo y que nos emociona hasta las lágrimas es un símbolo que representa nuestras ganas de ser, de mostrar que podemos, porque detrás de estos chicos, y más allá de los hombres que con tanto trabajo organizaron el Mundial'78 (se ve a Merlo y a Lacoste) estuvieron miles de argentinos anónimos que construyeron estadios, carreteras, aeropuertos, y que tendieron comunicaciones desde la Argentina hacia el resto del mundo. Todo ello, concluido y funcionando mucho antes de la realización del torneo, dando una respuesta a los escépticos del *no llegamos*".

Para alcanzar la meta –que era ante todo política, como dijo Merlo–, se imprimieron todos los billetes que fueron necesarios.

El Mundial fue un torneo paralelo de desfalcos y sobrefacturaciones. El secretario de Hacienda, Juan Alemann había lamentado la decisión del Proceso de hacerse cargo del XI Campeonato. "No debió haberse aceptado, pues es un factor inflacionario". Su vara de medición era el control del déficit fiscal.

Merlo y Lacoste, con el visto bueno de la Junta, desestimaron esos razonamientos. El 21 de febrero de 1977, el presidente del EAM sostuvo que "los ingresos del Mundial superarán los gastos en un 30 por ciento". El 22 de mayo le puso otro valor: 200 millones de dólares. Cuatro meses después, predecía ganancias por 23 millones y 35.000 turistas. No contento con las previsiones, asumiría más tarde que los costos ascenderían hasta 450 millones.

"En un país que el 24 de marzo de 1976 estaba comunicando al mundo su virtual cesación de pagos, el destino de 700 millones de dólares con vistas a la realización de un Campeonato Mundial del fútbol es un poco espectacular", señala *La Nación* el 10 de febrero de 1978, al reseñar la controversia. "Desde luego que un suceso como el que se

prepara para junio no puede juzgarse sólo desde una perspectiva económica y financiera, pero tampoco puede dejar de tenérsela a ésta en cuenta".

El XI Campeonato requirió finalmente gastos por 517 millones de dólares, 400 más que España'82.

Los beneficios fueron del orden de los 10 millones.

Lacoste, verdadero ejecutor del EAM, casi un estado mayor y pieza clave en el organigrama de la FIFA por mucho tiempo, llegaría a ser presidente argentino durante 11 días en 1981. Hoy vive en los Estados Unidos.

Alemann aseguró ver su mano detrás de los bombazos que estallaron en su casa la noche del partido contra Perú.

El Mundial se vería en colores en todos los rincones del planeta por gracia de Argentina'78 Televisora (A78TV), otro de los monumentos que los militares intentaron dejar como legado. Ocupa el predio comprendido entre las calles Austria y Tagle, la avenida Figueroa Alcorta y las vías del ferrocarril. El edificio consta de cuatro grandes cubos donde funcionan los estudios, la torre, el tanque de agua y el techo en declive. A su lado hay un lago artificial.

Los partidos serían transmitidos con siete cámaras. La cámara uno mantendría el plano general, la dos un plano corto, la tres captaría los detalles más sobresalientes, en tanto que las cuatro y cinco serían ubicadas detrás de cada arco. Las cámaras restantes estarían conectadas a la grabadora que permitiría la repetición inmediata de los goles y las acciones más importantes. El dispositivo era una novedad. Detectaría los detalles, ampliaría registros y ángulos.

Sería una lupa avizora más dentro de un territorio controlado en el cual la Junta decía estar librando una cruzada sin contemplaciones. Videla se lo explicaba así a un grupo de periodistas ingleses a fines de 1977. "Por el solo hecho de pensar distinto dentro de nuestro estilo de vida nadie es privado de su libertad, pero consideramos que es un delito grave atentar contra el estilo de vida occidental y cristiano queriéndolo cambiar por otro que nos es ajeno, y en este tipo de lucha no solamente es considerado como agresor el que agrede a través de una bomba, del

disparo o del secuestro, sino también aquel que en el plano de las ideas quiere cambiar nuestro sistema de vida".

Y el 9 de enero de 1978 sería secuestrado en Berazategui Miguel Sánchez, un corredor federado. Había participado tres veces de la prueba de San Silvestre. El 31 de diciembre de 1977 *La gazeta de São Paulo* publicó un poema suyo: "Para vos, atleta/ que recorriste pueblos y ciudades/ uniendo Estados con tu andar/ Para vos, atleta/ que desprecias la guerra y ansías la paz". Su hermana Elvira contó que vinieron a buscarlo entre seis y ocho hombres. "Preguntaron por Miguel Ángel y era extraño porque el nombre de mi hermano es Miguel Benancio" (*Clarín* 10-1-98).

Dos parapoliciales se subieron al paredón con sus respectivas armas largas. El resto empezó a revolver todo. ¿Dónde está tu agenda, hijo de puta? Tiraron una biblioteca entera al piso. El perro se asustó tanto que no ladró por dos años. Movéte, zurdito. Le indicaron que se pusiera el equipo de gimnasia que estaba en una silla. Te venís con nosotros.

Era preciso pasar el peine fino a la represión, afiatar el rastrillo y seguir demarcando los bordes del malestar admisible. El sindicalismo y la Universidad estaban encorsetados. La guerrilla, vencida en todos los planos. Un "Diario de una adolescente" publicado por la revista *Para Ti* (22-5-78), pretendía establecer la frontera de las problemáticas juveniles. "Miércoles: ¿Por qué tengo tantas dudas? ¿Por qué tengo que cuestionármelo todo? Cuando estaba en la primaria aceptaba todo lo que me enseñaban sin abrir la boca, en cambio, ahora siempre llevo la contra. Mis amigas me dicen que soy superpolémica. Hoy en la clase de religión hablamos de la encíclica *Humanae-Vitae*, y por supuesto salió el tema de los anticonceptivos. Uf, se armó un lío tremendo. Yo le pregunté a la hermana Angélica qué podía hacer un matrimonio pobre que tenía 10 hijos. Creo que no los pueden castigar si deciden cuidarse. Entonces, se desató la polémica. Lunes: hoy en la clase de instrucción cívica hablamos de Aldo Moro (el ex premier italiano que había sido secuestrado y después asesinado por las Brigadas Rojas). La profe nos explicó que ése es el sistema que utiliza el terrorismo para infiltrarse en los países libres y después imponer el comunismo. Cuando hablamos de estas cosas

siento mucho miedo. Odio a los guerrilleros porque traen el caos y la desintegración de los pueblos. Domingo: ¡Qué protegida me siento con Gustavo! Mis amigas me dicen que cambié bastante desde que salgo con él. No es sólo mi novio sino mi amigo. Le cuento todo lo que me pasa y me alivio de hacerlo. Con Gustavo hablamos de nuestro casamiento. Cuando se reciba de ingeniero agrónomo nos vamos a vivir al campo. Y él me dice que me voy a quedar criando a nuestros futuros siete hijos. ¡Estoy fascinada!".

"¿Qué se puede hacer salvo ver películas?", se interrogaban en la oscuridad Charly García y su grupo "La máquina de hacer pájaros".

¿Qué se podía hacer salvo encender la tele? A78TV fue inaugurada doce días antes del XI Campeonato. Videla cortó la cinta acompañado del responsable de la televisora, el coronel (r) Eduardo Barbieri y el secretario de Información Pública, el contraalmirante Rubén Oscar Franco. El marino fue el encargado de decir las palabras alusivas: "A partir de hoy, las ondas que surcarán el éter mostrarán al mundo las coloridas imágenes de nuestra patria, las que se entrelazarán con las provenientes de otros países, de otras culturas, cual abrazo fraterno, portadoras de nuestro mensaje de paz, amor y justicia, esas imágenes que, no tengo dudas, desplazarán definitivamente a aquellas que propaga la subversión internacional".

En ese mundo ensimismado, sin encuestas al minuto ni información en tiempo real, el consumo de imágenes era distribuido por el Estado. Cada arma tenía en sus manos un canal y hacía su propia construcción de la realidad. El 13 era de la Marina, el 11 de la Fuerza Aérea y el 9 y el 7 del Ejército. Entre la censura y la autocensura, el margen de filtración de los hechos era muy pequeño.

Mirtha Legrand había retomado en abril sus almuerzos del mediodía en el canal 13. Era su décimo año consecutivo. Para el reencuentro con sus televidentes, todo el estudio fue decorado a nuevo con muebles de laca negra y sillones de gamuza y pana. Los invitados a su primera mesa fueron Susana Rinaldi, Porcel y Cecilio Madanes, en reemplazo de Menotti. Además comía moderadamente José María Muñoz, uno de los principales exégetas del EAM. "Estuve haciendo un régimen muy

estricto pero descubrí que me afecta la voz, así que lo abandoné porque con el Mundial voy a tener más trabajo, hágase la idea de verme más gordito", dijo el relator. Radio Rivadavia, contó también, transmitiría las 24 horas durante el mes de junio. Ciento veinte periodistas estarían al frente de la cobertura.

"¿A dónde va la televisión argentina?", trataba en tanto de saber *La Nación* (7-5-78). Su revista dominical preguntaba a Carlos Montero, gerente de programación y técnica del 13, René Aure, director artístico del 11, y Roberto Fontana, su colega en el 7, si era posible concebir la existencia de una pantalla sin violencia.

"Sería mentira, la vida tiene violencia", respondió Montero. "Pero en la televisión no se nota un incremento de la violencia: todo lo contrario", replicó Aure. "La violencia subsiste, pero hace algunos años estaba en pleno auge. Ahora el auge de los productores es otro: los problemas familiares, las series familiares... Además, para eso hay un horario de protección al menor. Me procupa, sí, la violencia en los dibujos animados: *Meteoro* viene con el auto, atropella y mata", opinó Montero.

Para evitarle al mundo infantil semejantes perturbaciones, un decreto del 13 de octubre de 1977, el 3155, había prohibido la distribución, venta y circulación de *Un elefante ocupa mucho espacio*, el libro de Elsa Isabel Bornemann.

Capítulo III

"El monstruo cobra vida."
El Gráfico

"El primer gol del Mundial lo hace Rombo 80", anunciaba Renault promocionando su plan de ahorro. La Bodegas Arizu daban a conocer su vino fino "Argentina 78". En su 75 aniversario Ford mostraba su nuevo Falcon 78. Old Smuggler se presentaba "como el whisky exclusivo para los actos oficiales del Mundial de Fútbol 78", destacando que había sido "seleccionado" por el Ente Autárquico Mundial '78 (EAM). Philips sacaba a la venta sus nuevos televisores con el slogan "Aquí está el campeón", mientras que de la pantalla se veía salir un perro con la camiseta argentina pisando una pelota.

En su gran mayoría las publicidades giraban en torno al XI Campeonato, aunque a veces lo hacían de manera elusiva. En lugar de apelar en forma directa al fútbol preferían resaltar los pretendidos "valores de argentinidad" que, se decía, estaban a punto de ponerse en juego. Hasta en cuestión de chocolatines. "Operativo Bonafide, porque sabe lo que está en juego", decía la empresa de golosinas y café, mientras Coca Cola y EAM '78, en una campaña en la que ofrecían algunos datos geográficos acerca de los países participantes en el certamen, recordaban que "el Mundial también es confraternidad... y usted juega de argentino".

Así, entonces, había, y se debía, "jugar de argentino", reconociendo que en esa distinción estaba el saberse capaz de conseguirlo todo, como el propietario ideal de la coupé Torino TSX, el auto argentino: "El poder del hombre que se sabe diferente. Que puede hacer suyo todo lo que desea."

Ciertamente, no existía ni el más mínimo asidero que arrogara esa clase de distinciones, ni siquiera en lo estrictamente futbolístico. La arrogancia carecía de causas objetivas, era producto de una altanería

nacional ensayada durante décadas. En las semanas previas al certamen la televisión repetía a toda hora una campaña destinada a promover el buen trato y la cordialidad que todos los ciudadanos debían prestar a los turistas extranjeros. Por debajo de esa intención había otra, sin duda más fuerte, que consistía en concientizar que los "valores argentinos" iban a ser jugados por todos "sin ningún tipo de distinción" dentro y fuera de los estadios. Un editorial de *La Nación,* titulado "A pocas horas del Mundial", destacaba que lo que menos importaba era "el resultado de la pugna entre los equipos intervinientes" y sí, en cambio, "el desenvolvimiento de los factores con los cuales se armó la estructura de la organización", la cual había recibido duras presiones para impedir su desarrollo, originadas todas ellas en "intereses espurios... puramente ideológicos". El editorial concluía: "estamos persuadidos los argentinos de que los extranjeros que nos visiten recogerán la firme impresión de que nada ha faltado a la atención cordial que se quiso y se pudo dispensarles."

Por eso "jugar" era sinónimo de demostrar ("demostrar lo que podemos hacer los argentinos", "demostrar quiénes somos", "demostrar que vivimos en libertad y que estamos construyendo un nuevo país", "demostrar nuestra capacidad de organización", etc.) y, aun más, de defender "esa argentinidad".

> Aerolíneas Argentinas: "Transportadora oficial del Mundial 78".
>
> Giménez Zapiola Vivienda S.A anunciaba: "Volvemos al país de los ladrillos. Recuperamos el viejo concepto de que el ahorro sólo tiene sentido si se lo hace en función de construir el porvenir de la familia. Ladrillo a ladrillo".
>
> Fuera de juego, los laboratorios Abbot recomendaban "Selsum Azul, el especialista", porque, decían, "combatir la caspa no significa combatir el pelo." Wells les respondía con su shampoo: "Hace dos años a la caspa le salió Crisan".

Las imágenes telúricas idealizadas fueron las elegidas para representar tanto absoluto; cosa que, además, tenía por contrapartida la remoción

de un proyecto de país agroexportador con escaso valor agregado: el milagro de la cosecha récord.

Eran momentos de volver a mirar hacia el campo con su correspondiente reconversión. Una vuelta a la Pampa, al "inconmensurable territorio", la tierra, el trigo, las vacas, la "reconstrucción" del país "ladrillo a ladrillo", "la pureza de la naturaleza", "las cosas nuestras"...

No era extraño que ante este orden de cosas se eligiera al "gaucho" como la otra imagen emblemática del certamen. El diseño de *Mundialito*, la mascota del Mundial'78, fue realizado por Producciones García Ferré S.A., los mismos que a fines de la década del sesenta crearon *Hijitus*, una tira de dibujos animados para televisión. En aquella aventura el protagonista era un chico, Hijitus, que vivía felizmente en un caño de fibrocemento (*¡sic!*) junto a su perro Pichichus y que, entre sus escasas pertenencias, tenía un sombrero mágico que lo convertía en Super Hijitus. De ese modo podía enfrentar al malvado Profesor Neurus, un científico loco que no dejaba de repetir "¡y el mundo será mío!", y ayudar al comisario de Trulalá, un correntino bonachón que se pasaba el día tomando mate y escuchando chamamés. Entre los muchos personajes que habitaban el mundo de Trulalá también estaba el millonario Goldsilver y, muy destacadamente, su hijo Oaki, un bebé rebelde y armado de pistolas verdaderas que como latiguillo decía siempre, en su media lengua infantil, "tiro, lío, cosa golda", y a quien Hijitus se esmeraba por conducir hacia la buena senda de los valores de Trulalá.

El dibujo de *Mundialito* tenía el estilo de aquellos otros, era un gaucho que de tan niño parecía un gauchito, un hombre en miniatura sin tiempo y sin edad. Vestido con el uniforme del seleccionado de fútbol, con un chambergo en el que se leía "Argentina '78" y, con los brazos en jarra, pisaba una pelota y le colgaba un rebenque de una mano. (¿Para qué lo usaría?). Mundialito sacaba pecho con destacado realismo, augurando que daría todo de sí a pesar de su físico menudo, como lo harían Ardiles y Houseman. Es que el tema de la superioridad física de los jugadores europeos con respecto a los sudamericanos era un asunto que se consideraba preocupante. Eran los cuerpos trabajados por las rutinas de gimnasio, productos de una competencia hiperprofesionalizada, frente a los jugadores habilidosos, pero que arrastraban las consecuencias de una preparación insuficiente. Eran los físicos de gimnasio frente

a los futbolistas hechos en la calle, en los partidos de los "potreros" y los terrenos baldíos. El médico del seleccionado argentino, el doctor Rubén Oliva, publicó una nota al respecto en el diario *Clarín* (17-5-78) titulada "El europeo no es ningún fenómeno". Con ánimo desacralizador arremetía en ella sobre la cuestión que flotaba espesa en el aire, pero tratando de eludir las causas sociales. Sostenía que el estado físico de los europeos se debía sobre todo a una selección natural de tipo darwiniana y que por Sudamérica la misma aparecía en forma esporádica, como era el caso, destacaba el doctor Oliva, de Daniel Passarella, capitán del equipo argentino.

"El mundo está en Argentina, lo mueve Mercedes Benz".

TECSA S.A, la empresa responsable de la remodelación del estadio de Rosario Central, Provincia de Santa Fe, y de la iluminación del estadio de Vélez, Capital Federal, proclamaba "seguimos construyendo... esta vez para el Mundial 78".

"Para una buena imagen del Mundial 78 en todo el mundo. Iluminación de estadios Siemens".

Thompson & Williams prefería dar las razones de por qué sus ropas habían sido elegidas para " vestir el Mundial 78": "La mejor relación entre calidad y precio".

El merchandizing del Mundial se había dado a conocer oficialmente el 14 de mayo de 1977 durante una cena en un restaurante de Buenos Aires llamado La Antigua Tasca de los Cuchilleros. La reunión estuvo presidida por Merlo, Lacoste y Blas Oscar Cabrerizo, titular de Mandatos Internacionales S.A., empresa poseedora de la licencia de los símbolos para su comercialización en América Latina. Estaban presentes algunos ejecutivos de la West Nally Ltd., la firma que compraría al EAM '78 los derechos de comercialización de los símbolos por 2.200.000 dólares en todo el mundo.

En 1984, dos años después de revelarse que el Mundial había resultado un rotundo fracaso económico, Merlo, sin embargo, prefería afirmar que la gran beneficiada, "la dueña del circo" (*¡sic!*), había sido la FIFA.

Y en parte tenía razón: la FIFA impuso condiciones casi leoninas con la venta de los derechos de comercialización a la compañía inglesa. Y el EAM tuvo que aceptar porque los plazos de cara al Mundial se acortaban, había notables demoras y la imagen argentina en el exterior se seguía descascarando. Perder la sede por negligencias u otro tipo de factores hubiera significado un durísimo cachetazo político. Las deficiencias se compensarían con otros acuerdos.

Negocios y, al parecer, negocios privados, ya que altos directivos de la FIFA mantenían contactos con la West Nally Ltd. Tales eran los casos del mexicano Guillermo Cañedo y el alemán Hermann Neurburger, este último a través del empresario Adi Dasler (Adidas). Esto no impidió condecorar a Havelange con la Orden del Libertador General San Martín. En la ceremonia celebrada el 28 de junio, el Ministro de Bienestar Social Julio Bardi afirmaría que el motivo de la distinción era "por la confianza operativa de los argentinos".

Para tener una idea aproximada de cuáles fueron los productos comercializados con el emblema y la mascota del Mundial, basta con ojear el aviso que Mandatos Internacionales S.A. había publicado a toda página en *La Nación* (9-8-77): destapadores y posavasos de metal con aplicaciones en acrílico, cenicero redondo, camperas para damas y caballeros, cuadernos, repuestos de hojas móviles, blocks de papel, sobres, mapas escolares, libretas, artículos de joyería en metales y piedras preciosas, cigarreras, portacigarrillos, portaencendedores, bolsos deportivos y de viaje, remeras, chombas, musculosas, llaveros, papeles para empaquetar y envolver, papeles para forrar, muñecos mascota ya patentados, platos de cuero en todas sus formas y tamaños, banderines, banderolas, banderitas, gallardetes y estandartes, banderitas de papel, calcomanías, posters, calendarios deportivos con forma de un muñeco, juego de tiro al blanco Mundial Centro 78, libro de servicios del Mundial '78, pañuelos de hombre, señora y niños, pañuelos para cabeza, baberos, reglas, transportadores, escuadras y pistoletes de dibujo en plástico o acrílico, etc. ¿Faltaría algo? Sí, ésos eran apenas los primeros licenciatarios. Otros se encargarían de las gorras, chupetines, alfajores, chocolatines, revistas, figuritas Mundial '78...

El gauchito vigilaba desde todos los lugares.

La Dirección General Impositiva (DGI) proseguía su campaña publicitaria contra la evasión fiscal. Las publicidades alternaban la simpática caricatura de un "hombrecito" con leyendas tan serias como admonitorias. Una de ellas decía: "Existe un *padrino* muy conocido. La literatura y el cine lo hicieron famoso. Y es evidente el perjuicio que un personaje como él ocasiona a la sociedad. En cambio existe otro –el evasor– que aunque no usa métodos mafiosos, provoca muchos males. No aporta al bien común, se aprovecha de los demás, y se beneficia con el esfuerzo de todos. Y aún sigue obteniendo las ventajas de su anonimato. Para bien del país, será por muy poco tiempo más. La DGI lo está buscando."

Lejos de las publicidades de los medios, las calles de algunas ciudades veían carteles con otra mascota de aire similar a *Mundialito,* pero que ninguna relación guardaba con el mundial de fútbol. Se trataba de la publicidad de una importante cadena de carnicerías que hoy día ampliaron su ramo para convertirse en poderosos supermercados. En "el país de la carne", la empresa Coto había elegido la siguiente imagen publicitaria: un carnicerito con aire de gaucho posaba abrazado a una vaca con rasgos antropomórficos. Pero el diseño del dibujo sumaba algo más a aquel vínculo; en definitiva el amigo gauchito iba a faenar a la compañera que abrazaba: una mano rodeaba a la vaca y la otra sostenía escondido un facón ensangrentado. El delantal tenía las huellas de sangre de las pisadas desesperadas de su víctima anterior.

Imposible no ver allí una imagen terrorífica, que, sin embargo, pasaba inadvertida para los clientes, transeúntes y los dueños de la empresa. ¿Cuál era la causa que volvía invisible aquello que era por demás evidente? Como muestra de esa evidencia vale considerar que con los primeros aires democráticos, la empresa le quitó el facón y la sangre a su gauchito. Comenzaba a caer el velo que convertía en invisible la escena. Porque en 1978 la crueldad de la represión estaba de tal modo instalada en la vida cotidiana que pasaba por ser una muestra natural en lugar de una anomalía fácilmente distinguible. Así como nadie percibe el olor de su propia

casa porque la distinción se ha vuelto parte de la cotidianidad, el terror en su insistencia ominosa llega a enceguecer sus más mínimas actuaciones.

La imagen del carnicerito no es una metáfora de la naturalización del horror en aquellos tiempos, sino un indicador más de esas acciones que irrumpían en cada uno de los rincones de la vida. El Proceso no sólo modelaba cómo y por qué se debía "jugar" hacia afuera, en buena medida también daba el marco de lo que se podía imaginar hacia adentro. Poco tiempo antes, por televisión y en horario central, un periodista político preguntaba con tono cómplice a los padres detrás de la pantalla: "¿Usted sabe dónde está su hijo ahora?" Los padres, entonces, ordenaban a sus hijos adolescentes a no hablar con desconocidos, a no entregar sus números de teléfonos, a no sentarse con cualquier compañero en las mesas de los bares en la esquina de los colegios y las facultades, a no transitar cerca de aquel lugar porque esa misma tarde –aseguraba el padre– había visto allí un "operativo". Las palabras "subversivo", "operativo" ya estaban internalizadas, tanto como el miedo.

Ningún detalle del horror puede ser menos que una muestra terrible del horror. Pensar en una metáfora de aquellos días es otra cosa; tal vez valga como ejemplo de una de ellas recordar que en la última semana de mayo del '78 Magdalena Ruiz Guiñazú utilizó por primera vez el concepto de *sensación térmica* en su programa de radio matinal *Dos en la noticia*, que emitía Radio Continental. La periodista, que en 1984 integraría la CONADEP, aludió al concepto que de allí en más sirvió para distinguir la temperatura marcada en los aparatos de aquella otra que, en realidad, se sentía en el cuerpo. La revista *Humor*, en su segundo número, preparado en el marco del certamen, no dejó pasar la ocasión para comentar la novedad: "Uno se levanta. Las chancletas ya le empiezan a anunciar que hace frío. Va tiritando al baño. Y con los preparativos de la ducha prende la radio. La primera cosa que uno se entera en el día es que hay cuatro grados y una 'sensación térmica de un grado bajo cero'. ¿Por qué? ¿Por qué esa tortura? ¿Cómo se defiende uno? Porque cuatro grados se aguantan, pero uno bajo cero es mucho frío. Entonces uno no se baña, ni se lava y sale a la calle muy deprimido. Y no sirve para nada en todo el día. Como siempre".

"Argentina se unió a los países que ya tienen Centrales Telefónicas electrónicas. DGT Electrónica, la única empresa que las fabrica en el país".

"Olympia documenta minuto a minuto el Mundial".

El precio del pan aumentó a 380 pesos el kilo, lo que indicaría que en el transcurso del año había alcanzado una suba de 47,3 %.

En abril el costo de vida aumentó un 11,1 %, registrando un alza del 46,4 % desde el inicio del año.

El 11 de mayo, en un mensaje al país por la cadena de radiodifusión, Martínez de Hoz había reconocido las falencias de su programa antiinflacionario. La Comisión de Gestión y Trabajo, que reunía a parte del sindicalismo ortodoxo, respondía: "el salario sigue hundiéndose, la inflación nos ahoga como antes y, lo que nos parece más grave, el país está casi paralizado."

Durante el mes de mayo se hicieron más frecuentes los ensayos para la ceremonia del acto inaugural. Se sabía que la exhibición iba a resultar imponente y que no desentonaría en nada con la del Mundial del '74. Y así fue. La disciplina y la precisión de los esquemas dieron un aire de monumentalidad típico de esa clase de eventos, por lo cual sería del todo arbitrario cargar las tintas con el peso de las circunstancias locales. Las cámaras de TV pusieron en pantalla las destrezas, y los comentarios que despertaron fueron muestra del orgullo que se buscaba. Pero, además, había otra emoción muy firme para ser tomada en cuenta: la sensación de estar no sólo a la altura de la capacidad organizativa de los grandes países, sino la de sentirse por primera vez protagonistas de una película *de* país con taquilla asegurada en todo el mundo, en vivo y en directo.

La banda militar, encargada de interpretar la música en la celebración, redobló sus ensayos las semanas previas al comienzo del campeonato. Todas las mañanas llegaban con los micros del ejército al Campo de Deportes del complejo de edificios del barrio militar de Villa Martelli. Los vecinos se despertaban al compás de una marcha y, pese a la costumbre que muchos de ellos tenían sobre esa clase de desayuno, no eran pocos lo que preferían que la banda se fuera con la música a otra

parte. Los primeros días eran muchos los que se asomaban desde las ventanas de sus departamentos simplemente a mirar, como quien consigna su presencia más que por curiosidad. Después ya no, la banda comenzó a mezclarse con el ruido de los autos que pasaban rápidamente por la Avenida General Paz. La costumbre es un ejército implacable. Esteban, en cambio, tenía en ese entonces siete años y no podía dejar de espiar el movimiento de los soldados mientras descendían de los camiones munidos de sus instrumentos. Su papá, un oficial del ejército, apenas le distraía la atención llamándolo a la mesa donde lo esperaba el café con leche. Entendía lo que su hijo decía en esa mirada de silencio que dirigía hacia abajo, pero que estaba muy lejos de allí. Seguramente otros chicos, los hijos de los vecinos que se preparaban para salir hacia la escuela, mirarían de otro modo los instrumentos de la banda; es más, le preguntarían a sus padres los nombres de cada uno y la complicidad de la conversación les demoraría a ambos la partida de la casa.

Pero el padre de Esteban sabía que no podía esperar tanto de la relación con su hijo; debía ser paciente y aguantar que el tiempo pasara. Era necesario, imprescindible. Si la costumbre es un ejército implacable, el tiempo resulta a veces la bala perdida del olvido. Es que recién desde hacía pocos meses habían vuelto a vivir juntos; mejor dicho, vivían juntos por primera vez, porque él se había separado de su mujer cuando Esteban apenas era un bebé, en 1972. Esteban se había ido con la madre a vivir a la casa de sus abuelos en Castelar y él se quedó allí, en el barrio frente al regimiento. Era preciso que su hijo aprendiera a olvidar como él había borrado de su vida a esa mujer. Por eso, aunque Esteban jamás podría entenderlo, desalentaba los encuentros con sus abuelos. Prefería resguardar la distancia con ellos, como si se trataran del pasado mismo. Al menos por un tiempo, se decía el oficial, pensando que el olvido jugaba de su parte.

Durante aquellas mañanas de mayo Esteban miraba al Campo de Deportes del barrio y pensaba en sus abuelos, en su casa y en aquella noche que le llevaría años reconstruir, un domingo, el 24 de octubre de 1977, cuando irrumpieron en su casa hombres armados y vestidos de civil, a cara descubierta, y se llevaron a su madre junto a quien entonces era su pareja. Esteban recordaba, eso sí, que en un momento le habían tapado la cabeza con una sábana, que sus abuelos estaban con él

y que todo había pasado lentamente. No recordaba haber oído disparos, y, sin embargo, descartaba la idea de que su madre se hubiera ido a vivir a Córdoba, como le decían en su nueva casa. Con el tiempo supo de los disparos. La madre había intentado escapar por la terraza.

"Yo tenía once años y medio cuando volví con mi abuela y dejamos que pasara el tiempo para hablar. En esa época era muy jodido, la abuela me pedía que no hable, que a la gente, al de afuera, no se le decía lo que había pasado. Cuando preguntaban por ella, yo decía que mi mamá murió en un accidente. No se podía hablar de eso, el Proceso estaba muy metido y yo lo sabía".

Por entonces el padre ya estaba viviendo en Ushuaia y a Esteban se le hacía difícil extrañarlo. Le reprochaba a la distancia, con el mismo silencio de sus siete años, no haber hecho todo lo que estaba a su alcance para salvar a su madre. En 1983 el padre de Esteban pidió la baja en el ejército; sin embargo tuvieron que pasar cinco años para que el hijo levantara la cara y le preguntara qué había pasado realmente con su madre, por qué él había recuperado el cuerpo... "Y me dio una versión –cuenta Esteban– que, por lo que he descubierto al día de hoy, me mintió en algunas cosas. 'Tu mamá era del ERP –me dijo–, ella y el compañero, y vino un grupo de tareas, pidió zona liberada y ella murió en el enfrentamiento. Yo vi el cuerpo de ella, presentaba orificios de bala en la cabeza y en la cadera'".

Su abuela, en cambio, le contó que cuando desenterraron el cuerpo después de ocho años para llevarlo a un nicho, el cráneo no estaba. El padre aseguraba haberla enterrado en un cajón de madera. Su abuela le habló de un cajón de cartón y que "había unas medias, las medias de ella, y alguna ropa de ella. Dice que no estaba como mi papá dice que estaba."

Publicidad de la DGI: "Señalar al culpable. El Estado necesita, imperiosamente, contar con los ingresos de carácter fiscal para equilibrar su presupuesto. Si esos ingresos no se producen en la magnitud prevista el equilibrio se rompe. Vuelve, entonces, a emitirse moneda sin respaldo que genera inflación. Así se postergan los proyectos, se interrumpen obras, se reduce el poder adquisitivo

en general y usted, con justa razón, se queja. La víctima de esta situación es el país y el culpable es el evasor. La cosa es así de simple y de dramática. Usted, que es un contribuyente honesto, no se limite a quejarse, señale al evasor y será un ejemplo para los demás."

El 16 de mayo quedó inaugurado el estadio mundialista de la ciudad de Córdoba con un partido entre la Liga Cordobesa y el seleccionado argentino. En el entretiempo un grupo folklórico, vestido con ropas de "gauchos", realizó una coreografía armada al compás de *La Marcha de San Lorenzo* y acompañado por sus bombos.

Al iniciarse la jornada hubo tumultos y desórdenes ocasionados por una demanda de público que excedía con creces las 43.500 localidades. El público arribaba al estadio desde distintas zonas de la provincia de Córdoba, también de Santa Fe, La Rioja, Catamarca... Desde hacía unos días se hablaba en la ciudad de una reventa de entradas. Durante la jornada inaugural el Ministro de Gobierno de Córdoba, coronel Mariani, declaró: "Existen versiones de que algunos policías distribuyeron ilegalmente las entradas para el partido. Vamos a iniciar una minuciosa investigación y detendremos a los responsables." Esa misma tarde, la Comisión Provincial Córdoba 78 (COPROCOR) denunciaba la falsificación de entradas.

Diez días más tarde, se inaguró en la Capital Federal el estadio remodelado de River Plate. La revista *El Gráfico* tituló "El último ensayo". Las seis fotografías resultaron suficientes para resaltar el excelente estado en que se encontraba. Debajo de una de ellas, tomada a espaldas de un arco, se leía: "16.20. Hace tres minutos que River y Defensores de Belgrano movieron la pelota. Iluminación perfecta. Tribunas casi colmadas. El monstruo cobra vida."

Capítulo IV

"Regardez le Mundial en Videlacolor"
L 'epique *(1978).*

"Es una idiota, una verdadera idiota", espetó Ernesto Sábato cuando Víctor Sueiro, el conductor de "Esta noche" quiso conocer su opinión sobre la Mujer Maravilla. Sueiro empalideció. "Ejem, hmmm, vamos a un corte ¿eh?".

La Mujer Maravilla era una serie norteamericana basada en una historieta de 1941. La pasaba el canal 13, el mismo que emitía el programa de Sueiro, y gozaba de mayor popularidad que *La mujer biónica* y *Los ángeles de Charlie*, que transmitían el 7 y el 11. La protagonista de las aventuras, Lynda Carter, había sido Miss Estados Unidos'73. En la ficción era Diana Prince, una princesa Amazona que llegaba al centro del poder mundial para combatir a científicos locos, agentes secretos de potencias enemigas y criaturas espaciales. Tenía un avión invisible y un lazo mágico. Sus redondeces encandilaban a su jefe en el servicio de Inteligencia del Ejército. El capitán Trevor, sin embargo, nunca sabría que detrás de las gafas de su tímida secretaria se escondía la super-amazona vestida con una malla alusiva a la bandera de EE.UU.

El éxito de la tira en la Argentina era tal que se celebraban concursos para elegir a la *Wonder Woman* vernácula. "No hace mucho tiempo, las nenas chiquititas querían ser enfermeras, maestras o madres. Hoy quieren ser biónicas o maravillas, supermujeres. Pero tienen distorsionado el concepto de supermujer. Es tarea de los padres enseñarles a los chicos cuáles son los verdaderos ídolos: los maestros. Así como es tarea de los maestros enseñarles a sus alumnos cuáles son los verdaderos ídolos: los padres", pregonaba el Consejo Publicitario Argentino.

Wonder woman "es una mujer total", decía a la distancia Lynda Carter. Las revistas especulaban acerca de sus relaciones de parentesco y

afirmaban que era sobrina del presidente norteamericano, James Carter.

Nada había de cierto en eso, aunque el jefe de la Casa Blanca sí contaba con una heroína veraz. Se trataba de Patricia Derian, una empleada pública con militancia en la lucha por las libertades civiles que había entrado al Departamento de Estado con el rango de subsecretaria para los Derechos Humanos y Asuntos Humanitarios. Durante los cuatro años que estuvo en funciones fue una de las grandes acusadoras del Proceso.

Carter había llegado al poder en enero de 1977 luego de augurar que los derechos humanos se convertirían en un asunto rector de su política externa. "La posición del Congreso en ese momento era la siguiente: habían sido promulgadas un grupo de leyes que relacionaban la asistencia de tipo económica y militar con normas internacionales de derechos humanos. La idea era que no debía prestarse asistencia a países que los violen en forma continuada", recordó Derian en 1984 al testimoniar en el juicio contra las Juntas.

Su primer caso fue el de unos disidentes checoslovacos. El segundo, el de un físico soviético que había solicitado emigrar y lo encarcelaron. Pronto, los folios sobre la situación argentina se acumularon en su despacho.

En febrero, el secretario de Estado Cyrus Vance anunciaba que la administración Demócrata reduciría a 15,7 millones de dólares la ayuda de seguridad a la Argentina prevista por el doble de esa cifra. Más tarde, el gobierno de Carter se abstuvo o votó en contra de treinta y dos propuestas relacionadas con los créditos a Buenos Aires. Al firmarse el acuerdo del Canal de Panamá en Washington, Vance le entregó a Videla una lista de personas desaparecidas. Entre los nombres figuraba el del dirigente sindical del gremio de los docentes, Alfredo Bravo. También le comunicó que poseía otra nómina de 7.500 personas de las que sus familias desconocían el paradero.

La administración Demócrata, dice el periodista norteamericano Mick Andersen en *Dossier secreto, el mito de la guerra sucia*, tuvo gestos de explícita solidaridad con las víctimas de la represión: al salir en libertad Hipólito Solari Irigoyen fue recibido nada menos que por el subsecretario de Estado, Warren Cristopher. "Los satélites de inteligencia de los EE.UU. escudriñaban el vasto territorio argentino –infructuosamente– en busca de campos clandestinos".

Carter apretaba en otros frentes. El gobierno militar había solicitado informalmente al Eximbank 270 millones de dólares en seguros de crédito con el fin de comprar turbinas hidroeléctricas Allis-Chalmers. La Casa Blanca hizo saber que no aprobaría el pedido. Esa negativa alimentó parte de los enconos a su política. A partir de 1978 Derian sería objeto en Washington de numerosas zancadillas. Si bien gozaba de la confianza presidencial, sus iniciativas chocarían con intereses tanto privados como burocráticos.

Lo que el Congreso pensaba sobre la Junta no era compartido por el poder económico y militar. "Tengo la sensación de que finalmente la Argentina tiene un régimen que comprende el sistema de la empresa privada... desde la Segunda Guerra Mundial que la Argentina no contaba con una combinación de circunstancias ventajosas como las actuales", decía el banquero David Rockefeller a *The Guardian* (17-10-77).

Los empresarios estadounidenses radicados en Buenos Aires destacaban que las relaciones con los sindicatos habían mejorado y que la productividad aumentaba. La comunidad norteamericana en la Argentina criticaba la política encarnada en Derian. Los agregados de Defensa y agentes de inteligencia apostados en la embajada eran reticentes a sus indicaciones. Y la CIA consideraba que no le correspondía informar sobre los derechos humanos.

Sus agentes confabulaban en otra dirección y tranquilizaban a los militares ofendidos. En los ratos de ocio, se entretenían con revistas de actualidad como *Para Ti*, que el 1º de mayo anunciaba el desenmascaramiento de una guerrillera. La mujer había sido fotografiada desde arriba y con la cabeza gacha, como si estuviera en pleno acto de contrición. El humo de su cigarrillo llenaba una sala vacía. Un Panasonic captó el testimonio.

Todo, decía la chica, había comenzado en un grupo de cristianos de izquierda y libertino. "Yo tengo una moral que me enseñaron mis padres y no tengo nada de que avergonzarme, salvo el haber estado en un grupo como ése. Esto de las torturas nos lo repetían continuamente. Yo creo que para meternos miedo. Nos contaban las terribles torturas que hacían los militares, más de monstruos que de seres humanos. Por eso, se nos aseguraba, nunca debíamos caer vivos. La realidad era otra: no querían que nos entregáramos para que no pudiéramos dar nombres,

para que no habláramos ni delatáramos a los otros compañeros". Según la revista, Marta sabía que su declaración le costaría la vida. No le importaba. "Prefiero morir como cristiana y no morir equivocada como podría haber muerto".

El alegato era apócrifo y su tono no sensibilizaba precisamente a la Casa Blanca. "Ahora nos dan la espalda", bramaba en Buenos Aires *Somos*. La portada mostraba a Videla y Carter enfrentados. El semanario fue caja de resonancia de los reparos que se le formularon al presidente de EE.UU. en su propio país. "Ha fracasado miserablemente en la aplicación de la política en defensa de los derechos humanos. ¿Quién se ha beneficiado con este fiasco? No la gente del mundo libre ni las presuntas víctimas de la represión. Sólo los comunistas y aquellos que pregonaron la destrucción de nuestro sistema", protestó en sus páginas el general Gordon Summer Jr., que luego sería funcionario de Ronald Reagan.

Otro de los grandes disconformes con el ala liberal de los Demócratas fue entonces el encargado de asuntos latinoamericanos del Departamento de Estado, Terence Todman. *Somos* lo definía como "un amigo de la Argentina". Ya era conocido por su pragmatismo. Todman decía comprender el disgusto de los militares argentinos y recomendaba "menos retórica" y un "acercamiento equilibrado". Perdió la interna y se fue a España.

La presión norteamericana obligaría no obstante a que la Junta accediera, durante el Mundial, a invitar a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) de la OEA para que sacara sus conclusiones sobre el problema argentino. Derian había tenido mucho que ver con eso. Sus gestiones ayudaron a que se abriera el cerrojo. Había visitado Buenos Aires tres veces en 1977. Se dice que apabulló en cada oportunidad a oficiales y funcionarios. Conocía "la cadena de mandos de Suárez Mason hasta el Ford Falcon", destaca Andersen.

Años después, Derian recordaría que los militares "transpiraban y les temblaban las manos. Videla se estremecía durante las reuniones que manteníamos. Siempre fueron muy gentiles conmigo, pero luego sostenían que habían sido muy duros (...) Tenían la costumbre de hablar sin tino. Se ponían nerviosos, impacientes y se sentían obligados a hablar: No, nosotros no hacemos esto pero tal y tal lo hace".

Ellos repetían que no podían controlar a sus subordinados, lo que era como un elogio al revés de la obediencia debida.

Derian se vio con Massera en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA). La cita tuvo lugar el 10 de agosto de 1977, a las 11 horas. La acompañó el jefe de misión alterna de la embajada de Estados Unidos, Max Chaplin. "La Armada no tortura a nadie, es el Ejército y la Fuerza Aérea", le aseguró Massera. Derian lo cortó en seco: "Tenemos cientos de informes de personas torturadas por oficiales navales" le dijo, y le dijo además que algunos de esos informes provenían de gente dentro de la Armada y en otros casos de gente del Ejército y la Fuerza Aérea. Ella hasta había visto un esquema rudimentario del piso que estaba debajo suyo y comentó que, posiblemente, mientras hablaban alguien estaba ahí siendo torturado. "Él me sonrió con una enorme sonrisa, hizo el gesto de lavarse las manos y me dijo: 'Usted recuerda lo que pasó con Poncio Pilatos'".

Joy, Diane y Henessy bajaron del Boeing 707 con sus labios saturados de rojo bermellón y ríos de Chanel número cinco encima. Pasaron los controles rutinarios en la Aduana de Ezeiza, tomaron un taxi y se fueron al hotel a descansar. Al otro día tenían una sesión de fotos.

Las top models francesas habían sido invitadas por *Para Ti* (22-5-78) con el propósito de que constataran si "lo que cuenta la prensa de su país" se ajustaba a la verdad. Diane fue la que soportó los mayores reproches familiares por semejante travesía: le decían que era peligroso, que había soldados en las calles, que no se podía salir de noche.

Las modelos se presentaron en la Plaza de Mayo un día jueves a las 11 de la mañana, cuatro horas antes de que se poblara de mujeres sin sosiego. Sacaron fotos y hasta amagaron con mojar sus piernas en la fuente. Hablaron con los porteños y aseguraron: "Nada de lo que nos contaron es cierto".

Regresaron a París, inmunes a los afiches que las habían shockeado: un gauchito amordazado, una pelota-calavera –evocativa del cuadro de Edward Munch, *El grito*–, el emblema Argentina'78 presentado en perspectiva como si fuera el pasillo de un campo de concentración, un militar que le patea un tiro penal a un arquero estacado, un estadio cercado por alambres de púas.

El Mundial como inequívoca alegoría de lo abyecto.

Lionel Jospin, miembro del secretariado nacional del Partido Socialista Francés (PS, en la oposición hasta 1981) decía a *Le Matin* (23-12-77): "El problema no es ciertamente boicotear la Copa del Mundo. Se trata de saber si hay que boicotear a la Argentina. El PS ha denunciado constantemente a la Junta militar que hace reinar un terror sangrante sobre este país".

En Madrid *El País* sostenía que la prédica del Cómite de Boicot a la Argentina (COBA) "había tenido cierto impacto" en Francia. "Más de 150 comités del COBA se han creado para fomentar el clima anti-Junta". Se refería también a un periódico lanzado para informar sobre el asunto (*L' epique*, una parodia de la tradicional revista deportiva *L' equipe*) que había vendido 80.000 ejemplares. Y ofrecía otros datos contundentes. "Más de 100.000 carteles se han repartido por todo el país, en las escuelas, en los liceos, en los centros urbanísticos. Hoy es imposible hablar del Mundial con alguien sin que, paralelamente, se evoque la situación política argentina. El 22 por ciento de los franceses, según un sondeo, son hostiles a que el equipo galo participe en el torneo".

Los militares consideraban que detrás de las denuncias se escondía la pretensión de convertir a la Argentina en una plaza sitiada. "Esta campaña de denigración realmente nos afecta", reconocía a *Le Monde* (4-4-78) el jefe de Estado Mayor del Ejército, Roberto Viola. Y el embajador en Francia, Tomás Manuel de Anchorena, decía que la central difamatoria en Europa estaba en la mismísima París.

"Regardez le Mundial en Videlacolor", titulaba *L' epique*.

Las acusaciones tuvieron internamente un extraño efecto aglutinador. Carlos Ulanosky sostiene en *Paren las rotativas* que la "gran mayoría de los medios" compartieron "esa actitud de defensa a ultranza del país".

"No podían decir que no sabían lo que estaba ocurriendo. Lo sabían, pero lo ocultaban. Ochenta periodistas desaparecieron. Hay que considerar que no todos fueron cómplices. Había mucho miedo, muchas trabas", dice Adolfo Pérez Esquivel, quien en esos días estaba a punto de salir de la prisión.

Bernardo Neustadt niega haber vivido una luna de miel en las unidades militares. "Yo no colaboré con la Junta: colaboré con el Mundial. Era inútil decir que éramos derechos y humanos porque no éramos

humanos ni derechos. Me alcanzarían los dedos de la mano para nombrar periodistas que se jugaron. Acepto mi culpa, pero nunca me manché la mano con sangre ajena".

Mientras, el general Ibérico Saint Jean proclamaba que en la lucha iniciada sólo sobrevivirían los "pueblos vitales" y algunas publicaciones lo tomaron al pie de la letra: *Gente*, *Para Ti* y *Somos*, de Editorial Atlántida obraron como una verdadera brigada agitadora.

La periodista Reneé Salas, de *Gente*, recorría las redacciones de *Paris Match*, *L' Express*, *Le Point*, *Le Monde* y *Le Figaro* "para conocer las razones que los llevan a publicar notas contra la Argentina y qué argumentos tienen. En toda Europa hay una moda antiargentina. Es la moda de los intelectuales de izquierda. Es mucho más nota un jefe montonero que yo, y eso no lo dudes", diría una vez terminado el campeonato. "El Mundial fue el tiro de gracia contra la campaña antiargentina. Campaña que estaba agonizando porque cada vez tienen menos argumentos. Hay menos atentados, menos violencia".

Las balas servían como atajo legitimador. El caso Moro fue asumido por los militares argentinos como una afrenta propia. La Cancillería levantó la voz y trazó paralelismos que pudieran atenuar el azoramiento internacional: "No menos preocupa al observador argentino la similitud del momento que atraviesa en la actualidad Italia" con los hechos "que la República Argentina sufrió antaño".

Los esfuerzos por establecer simetrías políticas entre Roma y Buenos Aires tuvieron escasa resonancia. En cambio, las comparaciones entre Argentina'78 y los Juegos Olímpicos de Berlin '36 celebrados bajo el nazismo o la mención a las Olimpíadas en México'68 tras la masacre de Tlatelolco se convertían en un lugar común.

"Fussball macht frei" (el fútbol libera), rezaban unos carteles en Berlín y Hamburgo, aludiendo al letrero del portón de entrada del campo de concentración levantado en Auschwitz: "Arbeit macht frei" (el trabajo libera). Alemania hacía responsable a las autoridades argentinas por la seguridad de las delegaciones durante el certamen. *L' Express* reportaba desde París que doce miembros del GS69, un comando antiterrorista formado en ocasión de Munich'72, había acompañado al seleccionado alemán en su viaje a la Argentina. Los comandos se habían camuflado en el avión con indumentaria deportiva.

"No toleraremos que se entrometan en nuestra seguridad interior. No permitiremos la entrada de ningún tipo de armamento", advertía el jefe de seguridad del Mundial, el general Ángel Barbieri.

"Argentina'78: Voetbal en Foltering", agitaba en La Haya el Solidariteits Komitee Argentinie Nederland. Los sindicatos y partidos españoles hacían lo propio. El Grupo Socialista del Parlamento Europeo impulsaba un debate en torno al Mundial. El alemán Ludwig Fellermaier, referente de esa bancada, aseguraba que existían "riesgos reales" para los jugadores y cronistas. El sindicato de Prensa francés había reclamado garantías para sus afiliados.

La culpa de todo la tiene el exilio, refunfuñaban los glosadores de comunicados institucionales. *Gente* (11-5-78) publicaba la "carta" a "un argentino que vive afuera": "Invitá a cualquiera de tus amigos preocupados que elija cualquier dirección en cualquier guía y escriba preguntando sobre la realidad argentina y te puedo anticipar las respuestas. Una realidad difícil, pero sin esa fantasía terrorífica con que el mundo quiere hablar de nosotros. Se habla de represión, de terror en las calles, y todo eso indigna, por eso, debés comenzar vos mismo a hacer 'tu' campaña contra la propaganda antiargentina".

Marcelo era entonces un adolescente que soñaba con ser periodista deportivo y disfrutaba acumulando información y datos insólitos sobre fútbol. "En 1977 estaba en cuarto año del nacional Julio Argentino Roca en el barrio de Belgrano. Era una escuela célebre porque entre 1974 y 1976 tuvo un fuerte activismo político. Fue en el colegio que descubrí a Panzeri, que dirigía la sección deportes de *La Prensa* y decía que celebrar un Mundial en la Argentina era un despilfarro. En mi ingenuidad me preguntaba cómo un gobierno militar estaba dispuesto a gastar absurdamente tanto dinero después de haber proclamado tantas veces que la austeridad –virtud cardinal de todo hombre de armas, según el discurso castrense– era una de las prioridades del Proceso. Me animé a plantearlo abiertamente en la escuela. Una de las profesoras, era la de Castellano, me acuerdo bien, aceptó el desafío y me invitó a exponer los puntos de vista. Con las notas de Panzeri en la mano dije que el dinero del campeonato podía utilizarse para otras cosas. Nadie comentó

nada, pero en el '78 sería uno de los pocos estudiantes del Roca que no convocaron para participar de las exhibiciones gimnásticas. Mis padres no hicieron ningún comentario al respecto. Ellos tuvieron conmigo una actitud piadosa que seguramente nacía del instinto de conservación. Siempre trataron de alejarme del clima político. Tal vez por eso, y desconociendo lo que sucedía, me animé a escribir a la revista *Guerin Sportivo*, el equivalente italiano de *El Gráfico*, que había publicado un artículo sobre la falta de libertades políticas en el país. En esa carta le decía a su director que presenciara el Mundial para sacarse las dudas. El tipo publicó la carta y me llamó por teléfono ni bien llegó a Buenos Aires. Me temblaron las piernas. Recuerdo además que aceptó cenar en casa y dar una charla en el curso de italiano que tomaba en la Dante Alighieri. Cuando nos visitó, junto con el fotógrafo estrella de *Guerin*, preguntó qué podíamos decirle sobre un grupo de mujeres que, decía, llamaban 'Las locas' de Plaza de Mayo. Nadie supo qué contestar y cambiamos de tema. A la semana llegó por vía aérea el número de la revista con la cobertura del Mundial. Había una nota sobre ese tema del cual los medios argentinos no informaban. Así supe quiénes eran".

El choque inaugural entre Alemania y Polonia se acercaba y los partidos políticos tomaban posiciones. Desde Madrid, el diezmado PRT se abstenía de toda acción armada. Montoneros abogaba por transformar el Mundial en una "conferencia de prensa gigante para informar al mundo de la tragedia que nuestro pueblo está viviendo". La consigna de la guerrilla peronista era "¡Argentina campeón, Videla al paredón!". El llamado Ejército Montonero se propondría demostrar su capacidad operativa lejos de los estadios de fútbol.

Los anuncios eran denostados por la izquierda que apostaba a recuperar su legalidad. "La farsa ha sido tan bien montada en el teatro exterior, que los terroristas que actuaron en nuestro país aparecen como víctimas inocentes de un régimen violento. Pero se ignora, a veces deliberadamente, que son secuestradores y asesinos, incluso de un ex presidente como (Pedro Eugenio) Aramburu", sostenía *La Vanguardia* (16-3-78), el periódico del Partido Socialista Democrático (PSD), cuyo

líder, Américo Ghioldi, sería designado embajador del gobierno militar.

Y una delegación del Partido Comunista Argentino (PCA) viajaba ese mayo por EE.UU. para explicar qué sucedía con el Proceso. Athos Fava y Fernando Nadra dejaron testimonio de ese recorrido en *Estados Unidos, grandezas y miserias.* "¿Cuál es la composición de clase de los militares y la guerrilla? ¿Cuál es la naturaleza del actual gobierno de Videla? ¿Cómo ven la cuestión de los derechos humanos? ¿Cómo se desarrollan las relaciones gubernamentales con los países socialistas? ¿Cuál es el propósito de la campaña de Carter sobre derechos humanos?", quisieron saber sus anfitriones. Los visitantes hablaron de la "necesidad de impedir el pinochetismo, de terminar con el terrorismo político y económico, de iniciar un diálogo amplio, de impulsar un proceso democrático y de convergencia cívico-militar".

Sobre la política de Patricia Derian señalaban: "EE.UU. tiene derecho a opinar lo que crea conveniente sobre nuestro país y expresarlo pero lo que no tiene derecho a hacer de ningún modo, porque no lo aceptará ni permitirá ningún argentino, es interferir en la vida nacional y pretender dictarnos normas de conducta bajo amenazas de cualquier tipo".

La Liga Argentina por los Derechos del Hombre (LADH) asistía a presos y familiares de desaparecidos. Sin embargo, al estar bajo la égida del PCA defendía con sus criterios la realización del torneo. "No venir al Mundial", decía, "es afirmar la imagen que precisamente los terroristas buscan para la Argentina. Por el contrario, la presencia de delegaciones dará la oportunidad para que la imagen del pueblo argentino, trabajando, luchando por la plena vigencia de los derechos humanos, resplandezca bajo una nueva luz, sin distorsiones de ninguna especie". El número de mayo de *Derechos del hombre* en el que se sentaba posición fue secuestrado. Su director, Antonio Sofía, pasó varios días en prisión.

El 25 de mayo, la mayoría de los equipos ya estaba en suelo argentino. España e Italia se llevaban las mayores muestras de afecto. La televisión ampliaba considerablemente sus horarios dedicados al Mundial. Se incrementaba la venta de televisores y quedaban pocas entradas para ver en los cines los partidos principales.

En los diarios se anunciaban las salas diseminadas por las principales ciudades: Neuquén, Cine-Estadio Español, Bariloche, Cine-Estadio

Gimnasio de los Bomberos Voluntarios, Río Cuarto, Cine-Estadio Plaza, Sierra Grande, Cine-Estadio Gimnasio Vuta Mahuida. "Es por eso que, con el respaldo de las empresas asociadas que integran la Red Gran TV Color, hoy afirmamos con seguro y legítimo orgullo que los argentinos podremos ver el Mundial'78 televisado en colores, en directo y en diferido, y a pantalla gigante", consignaba una publicidad.

En el Edificio Cóndor, Agosti repasaba esa mañana su discurso por el 103 aniversario del nacimiento de Jorge Newbery. Con muestras de asentimiento desmenuzaba las palabras de sus escribas: "Estamos quedando solos en una zona del mundo considerada negociable por los que creíamos aliados naturales".

La Iglesia Católica argentina también tomaba partido sobre la situación política y a veces no dudaba en dictaminar sus avales adueñándose del cielo. Así lo había demostrado monseñor Adolfo Tortolo a fines de 1975, cuando puso en tierra su pregunta: "¿No querrá Cristo que algún día las Fuerzas Armadas estén más allá de su función?" Dicen que antes de morir, el 1º de abril de 1986, lo encontraron delirando en la cama. Cuenta al respecto Emilio Mignone en *Iglesia y Dictadura* que gritaba que su madre estaba desaparecida. Tortolo era vicario castrense y había sido, desde 1968 a 1978, presidente de la Conferencia Episcopal Argentina (CEA). Una voz autorizada que, sin embargo, el 14 de octubre de 1976 se encogía de hombros al ser consultado sobre lo que pasaba a su alrededor. "Yo no conozco, no tengo prueba fehaciente de que los derechos humanos sean conculcados en nuestro país. Lo oigo, lo escucho, hay voces, pero no me consta".

En los peores momentos de la represión, el Episcopado divulgó tres documentos, uno de ellos de carácter secreto. En el primero, del 17 de marzo de 1977, se valoraba el papel de "gobernantes y de cristianos convencidos" de la Junta, y se hacía referencia a "las inquietudes que de todas partes nos llegan desde hace tiempo". Se reconocía la autoridad de los militares "para proceder a detenciones" dentro del "marco legal vigente". Al mismo tiempo los obispos aludían a los secuestros y desapariciones, las denuncias de aplicación de tormentos y abusos contra la propiedad en las operaciones de represión. "Desaparecen todo tipo de

objetos que nada tienen que ver con una adecuada averiguación policial". Sin embargo reconocían "la situación excepcional" que se atravesaba. "Sabemos de la amenaza a la vida nacional que la subversión ha significado y significa".

La segunda declaración, en las Pascuas de 1977, sostenía que ninguna "teoría acerca de la seguridad colectiva puede hacer naufragar" el respeto de los derechos del hombre y reiteraba la existencia de situaciones "denunciadas o presentadas por familiares y amigos". Videla replicó diciendo que el gobierno aceptaba la reflexión de la Iglesia y enumeró cinco causas de lo que se entendía como desapariciones: pase a la clandestinidad, eliminación de los sujetos por las mismas organizaciones armadas, ocultamiento con el propósito de marginarse, suicidio por desesperación o el resultado de "posibles excesos" en el marco de la represión.

Del tercer documento nada se sabe.

Cuarenta y cinco días antes del Mundial el obispado evitó en su declaración pascual toda alusión al tema. Los prelados, sostiene Mignone, "llegaron a la conclusión de que las presiones y gestiones individuales habían fracasado. No se atrevieron a formular una denuncia de tipo frontal que hubiera supuesto una ruptura. Optaron por respetar los hechos y repetir frases genéricas de tipo ético".

Su hija Mónica había desaparecido en 1976. Era una joven que participaba en grupos cristianos dedicados al trabajo social. Mignone padeció, como muchos, la desesperación de la búsqueda. Con el Mundial en puertas, Mignone ya había presentido el destino final de su hija. Se metió en su casa y desenchufó la TV. "Me molestaba toda esa exuberancia".

Ese desenfreno arrastraba también al purpurado. El 12 de mayo, la CEA exhortaba a los participantes del XI Campeonato a no cometer infracciones ni sacar "ventajas injustas". Una semana más tarde, el arzobispo de La Plata y uno de los prelados que con mayor vehemencia se identificó con la Junta, José Antonio Plaza, difundía a través de la Agencia Informativa Católica Argentina (AICA) una pastoral titulada "El deporte, necesidad de nuestro tiempo".

Plaza fue vinculado con la desaprición de su propio sobrino. Se decía amigo del reverendo Sung Myung Moon y de Herminio Iglesias. Fue acusado además de visitar las cárceles clandestinas de Ramón Camps. "El niño –llegó a escribir extático– debe ser ayudado a alcanzar el desarrollo muscular necesario tanto por parte de sus padres como por las instituciones que complementan su formación: la escuela, el Estado. En ese sentido, todos deben inculcar los debidos principios y graduar los ejercicios adecuadamente para que ni adquiera un desarrollo extemporáneo ni se violente la naturaleza, ni se sobrevalore el deporte ni se confunda con el éxito".

Durante el certamen Plaza sería recibido por Videla. Al dejar la Casa Rosada retrucaría furibundamente a Amnesty International: "En la Argentina no hay presos políticos".

La cárcel a los opositores era vista como un mal ajeno y como situaciones siempre condenables en los países "comunistas". Junto con la URSS, el CAME, la África "roja" y Cuba, China era la representación más cabal de los atropellos y las restricciones. Hacia ahí se había encaminado igualmente Martínez de Hoz, siguiendo la ruta de Marco Polo. Su empresa tenía una agenda prefijada. Fruto de esa visita, la Argentina exportaría 1 millón de toneladas de granos en el trienio 1979-81 y 25.000 toneladas de algodón.

El ministro fue recibido por Deng Xiao-Ping. El viejo dirigente había salido del invernadero en 1976, al morir Mao. Había liquidado a la "banda de los cuatro" y se erigía en el "verdadero orientador" de la apertura china hacia el mundo. El ministro le explicó a Deng las singularidades del Proceso. Le habló también de la inminencia del Mundial. Faltaban apenas horas para el partido entre Alemania y Polonia.

Martínez de Hoz conoció la Ciudad Prohibida y la Gran Muralla. Un año más tarde Videla haría el mismo viaje.

La Junta blandía su espada anticomunista acercándose a los irreconciliables Pekín y Moscú. Buscaba, a la vez, mostrarse como un organismo colectivo y sin supremacías entre sus integrantes. Se trataba de no repetir la experiencia de Onganía, quien había sido nombrado presidente por las tres armas pero retuvo la comandancia de las FF. AA. y un

poder que debió ser cortado con otro golpe de palacio. Para reforzar el papel del triunvirato y facilitarle sus tareas ejecutivas se designó a Videla presidente desde el 2 de mayo de 1978 hasta el 29 de marzo de 1981. Tres meses después del nombramiento dejaría la titularidad del Ejército.

A partir de ese momento lo llamaron "el cuarto hombre". Cuando se decidió a dar por finalizado el "período de excepcionalidad", la represión ilegal había declinado en comparación con los índices espeluznantes de los años precedentes: entre 1976 y 1978 se consumaron el 90 por ciento de las desapariciones, según estimaciones de la CONADEP.

La Junta había llegado al ridículo de celar la entrega de condecoraciones. Si un gobierno quería distinguir a Videla, debía premiar a los otros comandantes. Lo mismo ocurría cuando se recibían cartas diplomáticas. Se dedujo que un "cuarto hombre", sin fuerzas bajo su mando, y supuestamente con facultades recortadas, evitaría las disputas entre facciones militares. Éstas eran integradas por "moderados" y "duros" o "pinochetistas", según el dislate conceptual de aquella época; como si la máquina de sufrimiento hubiera tenido una perilla para graduar la intensidad del dolor infligido al cuerpo social.

La dirigencia política – una verdadera comunidad silente, salvo excepciones– coincidía con ese diagnóstico. Fundamentaba que el Proceso era una confederación de feudos con notorias afinidades y matizadas discordancias. El general José Rogelio Villarreal, secretario general de la Presidencia, y su segundo, el abogado Ricardo Yofre, defendían la incorporación de civiles al gobierno, la negociación con distintos sectores y el tendido de puentes hacia la transición. Saint Jean, el gobernador bonaerense, veía subversivos y corruptos en todas partes y abogaba por la prohibición absoluta de los partidos. Destilaba en sus pronunciamientos una buena cuota de antisemitismo. Suárez Mason y Camps eran sus aliados. El general Ramón Genaro Díaz Bessone, ministro de Planeamiento, intentaba que el Proceso jugara un papel similar al de los militares brasileños.

Massera, en tanto, quería jugar su propio juego. La Marina hacía propaganda o acción psicológica en favor del "cuarto hombre" especulando con la sucesión. El objetivo de Massera y los "duros" en el Ejército (Suárez Mason, en especial, que le puso una bomba a Yofre; Galtieri

estaba temporalmente del lado de Viola) era minarle el poder a Videla. Creía que de esta manera podría llegar a ser presidente y promover una eventual salida electoral regulada. Claro que no siempre los esquemas funcionaron. Los analistas periodísticos verificaron tempranamente que el esquema del "cuarto hombre" no había calmado los ánimos. Los "ultras" no habían dejado de desconfiar de la existencia de un compromiso con los partidos y torpedeaban cualquier gesto en esa dirección. Este equilibrio en el poder se desmoronaría con el intento de sedición de Menéndez, el 29 de setiembre de 1979.

Esta conjura se incubó al compás de una marchita futbolera.

El Teatro Municipal General San Martín presentaba *Ana Christie*, de Eugene O'Neill, *Cyrano de Bergerac*, de Rostand, y *El jardín de los cerezos*, de Anton Chejov. El Cervantes ofrecía *El abanico*, de Goldoni. Alfredo Alcón y Rodolfo Bebán actuaban juntos en el Blanca Podestá. Luis Brandoni y Duilio Marzio, en el Ateneo. Thelma Biral sería la actriz principal de *Doña Rosita la soltera*, de Federico García Lorca, en el Teatro Regina. En el Payró se montaba *La cantante calva*, de Ionesco.

La revista cultural *Pájaro de Fuego* no le encontraba razón de ser a *Maipo 78*: "La señora Pons, vedette de turno, es un tronco, en el sentido más cabal de la palabra, si bien sus atractivos físicos no parecieran hacer tal cosa posible. Por su parte, Verdaguer tiene que cambiar su repertorio con urgencia antes que pierda el respeto que se le debe. Rolo Puente –de incomprensible inclusión– es el desgano personalizado del cuadro inicial que da la impronta a lo por venir".

Verdaguer no se acuerda del palazo recibido. "¿De verdad decían eso? Si los chistes no le hacían mal a nadie. Eran chistes sobre el Mundial, chistes blanditos. Había un chiste que decía así: Hay que tener cuidado porque es importante perder, pero más importante es saber hacer cómo pueden perder los otros. Ja, ja, ja".

Cecilia Rosetto estaba en el teatro El Candil de San Telmo con su espectáculo unipersonal *Cecilia y las estrellas*. "Yo intentaba resguardarme en un mundo muy limitado sin perder la dignidad y la salud mental". Sus personajes eran marginales. Entre ellos se destacaba una prostituta a la que llamaban "Pantera rosa", inspirada en una mujer que la actriz había

conocido en una celda, una noche que la detuvieron por averiguación de antecedentes.

La prensa elogiaba el show de la Rosetto. "¿Cuáles son las fechas más importantes de Cecilia?", quiso saber *La Nación*, y ella enumeró: el día de su nacimiento, el primer beso recibido debajo de unos tilos, el día que terminó el magisterio e ingresó al Conservatorio de Arte Dramático, allá por 1965, y 1972, el año que había conocido a un "gran amor". Sin embargo, en la nota no mencionaba que su marido estaba desaparecido. Del amor se saltaba a otra cosa. "¿Te considerás linda o fea?", "¿Qué piensa Cecilia del Mundial?". "En primer lugar debo aclarar que no soy hincha de fútbol, así que a mí no me dice demasiado. Yo me entusiasmaría con un mundial de teatro".

Recuerda ahora que todo era muy esquizofrénico. "Hacía frío, mucho frío. Yo me evadía. Evitaba encender la tele. Arriba del escenario decía cosas bastante fuertes. Pero como mi cáscara eran las lentejuelas lo pasaban por alto".

Todavía guarda en un cuaderno "Arte" de aquellos días los monólogos escritos por Oscar Balducci. Lee en voz alta el de la mujer del campo: "La cuestión es que me quedé triste, triste como mormón al que le habían robado la bicicleta. Caída como bombacha de *mamao* flaco. Desconcertada como gallego frente al diccionario y pa'colmo, con esta seca, que lo parió, qué seca. Cómo nos tiene el FMI, a las piñas, en el aire, zarandeándonos con perdón de la palabra, como huevo de rengo. Cómo será la seca que hasta Remiggio me pidió mis ahorros prestados para un negocio que pintaba reluciente como sapo'e bronce. Don Remiggio se quería comprar un camión estratosférico, cómo decirte, un colectivo, sólo que los elementos que transportaba no van al trabajo sino al río. Buen negocio, dice, pero a los pocos meses lo veo sin un cobre, y le digo, ¿Qué pasa, Don Remiggio?, no me diga que no hay más pozos ciegos. Haber hay, me dice, pero no se llenan, parece, con perdón de la palabra, que la gente no hace caca, y claro, no comen. ¿Vio que algunos están devolviendo los medidores de luz? Yo le digo que si esto sigue así, hasta los inodoros van a devolver los pobres".

El público se reía y a carcajadas. No muy lejos de San Telmo, Astor Piazzolla y Gerry Mulligan tocaban por separado en dos salas céntricas. Spinetta cantaba en el Astral. Había disuelto Invisible y se inclinaba al jazz-rock.

En medio del campeonato se realizaría el *Primer Festival de la Canción Popular*, organizado por la Cancillería. La Sociedad Hebraica promovía una *Muestra de artistas argentinos ganadores de premios internacionales*, con obras de Antonio Berni, Alicia Peñalba, Julio le Parc, Emilio Pettoruti, y el Grupo de los 13. La Galería Marchand presentaba *Pintores argentinos para el mundo*, con cuadros de Berni y Raúl Soldi, entre otros. La Fundación Argentina exhibía la muestra *Ciudad y Campo en la Primitiva Iconografía Argentina*. El Salón Nacional de Exposiciones ofertaba *Mil años de tejido*.

Parecía el Mundial de las luces.

El compositor Roberto Caamaño interpretaría en el Teatro Colón su *Concierto número dos para Piano y orquesta*, op. 30. Caamaño, decano de la Facultad de Artes y Ciencias Musicales de la Universidad Católica (UCA), había sido contratado por el Ejército para componer *Canto a San Martín* en el bicentenerio de su nacimiento. De no haber sido por el mecenazgo castrense, dijo, "no habría escrito una obra sinfónico-coral de 30 minutos". Caamaño se la dedicaría a la Junta. Cacciatore le encargaría un *Tedéum* para la Municipalidad.

El compositor amaba la música de Brahms, amaba a Bartok, a Scriabin y Messiaen y tenía poco aprecio por los géneros que consideraba menores. Nunca se le hubiera ocurrido seguir el itinerario de Norbert Schultze, quien de la opereta pasó, en los años '30, a escribir las principales canciones de barricada del nazismo: *Feuertaufe*, para la invasión de Polonia, *Bomben aut England* y *Führer befiehl*, en ocasión de la fallida ofensiva en Stalingrado. Mucho menos himnos futbolísticos.

Pero el Mundial necesitaba una "marcha" y canciones oficiales, y no faltaron bardos. El general Merlo exaltaba la musa inspiradora de los autores y la funcionalidad del producto. "Servirá para fines promocionales, transmitiendo a través de la música un mensaje de optimismo, amistad y confraternidad deportiva".

La canción oficial había sido compuesta por Ennio Morricone, con letra de Martín Darré: "Llegó, al fin/ el día del Mundial/ la luz del sol/ alumbrará triunfal.../De aquí, de allá/ la gente que vendrá/ se sentirá/ en un segundo hogar/ Verán, también/cuál es nuestra verdad/Amor y paz/ trabajo y libertad".

La autoría de la marcha correspondía completamente a Darré:

"Veinticinco millones de argentinos/ jugaremos el Mundial/ Mundial/ la justa deportiva sin igual/ Mundial, un grito que es clamor universal/ ¡Vibrar!/ ¡Soñar!/ ¡Luchar!/ Luciendo siempre/ sobre la ambición y la ansiedad/ temple y dignidad... Luciremos/nuestra imagen/ en deporte y en cultura/ Brindaremos/ al hermano de otras tierras/ nuestra proverbial/ hospitalidad".

Julio (César Bissio) Fontana había hecho en tanto la marchita "comercial", de tribuna, aquella que decía "Vamos vamos, Argentina/ vamos vamos/ a ganar/ que esta barra/bullanguera/ no te deja/ no te deja de alentar". El tema figura en SADAIC como "de dominio público" y otros reclaman aún su paternidad. Fontana no duda en defenderlo para sí. "Acá vino Néstor Rama una medianoche y me dijo te voy a pasar la música. Philips/Phonogram , dijo, quería llevarle la contra a las canciones oficiales. Entonces hicimos *Argentina, te queremos ver campeón*, y esa fue, en definitiva, la marcha más vendida, la más tocada y cantada. No me lo contaron, lo pude comprobar. Una vez fuimos con mi señora a un cine de la calle Lavalle y al lado había una casa de música, y tenía sobre la calle dos parlantes grandes, y sobre ellos había dos chicos bailando. Cuando entré estaba la marcha puesta. Al salir seguían bailando. Entonces fui y pregunté cómo era eso, y el vendedor me dijo: No, no, acá no se para, llega el disco al final y se pone de nuevo. Y la cola en la calle tenía más o menos media cuadra. El simple se vendía como pan caliente. Era explosivo. Si hasta Mirtha Legrand lo bailó en su programa con el gordo Muñoz".

Un atentado contra el Centro de Prensa montado en el Teatro San Martín tensó el ánimo de los organizadores. Havelange desalentó el fantasma de Munich'72. "No creo que sea el augurio de un drama", le dijo a *Cambio 16* de Madrid (28-5-78). "El plan de seguridad argentino cubre todas las eventualidades. Todas las medidas han sido planeadas y estudiadas".

En mayo habían desaparecido unas ochenta personas, contra un promedio mensual de cuarenta entre enero y abril y durante junio. Havelange lo pasaba por alto y desestimaba toda consideración política: "Argentina es un poder económico. Produce petróleo, hasta el 86 por ciento de su consumo. Trigo, carne. Es el mayor exportador de carne del mundo.

Culturalmente hablando es la nación más avanzada de América Latina. Tiene 25 millones de habitantes. Todos saben leer y escribir. Eso merece respeto".

Esas intervenciones endulzaban el paladar de la Junta. *Die Welt* decía en tanto que en la Argentina no había presos políticos. Y *Corriere della Sera* (29-5-78) se mostraba de acuerdo con ese diagnóstico en una nota de su enviado Paolo Bugialli: "No pueden ser todos policías disfrazados los taxistas que comprenden que eres extranjero, venido para el campeonato del mundo y rechazan el pago: 'Es una atención'. No pueden ser todas policías disfrazadas las mucamas que, mientras duermes, entran en puntas de pie y te dejan el paquete de diarios sobre la cómoda, para evitarte el trabajo de ir a buscarlo. No pueden ser todos policías disfrazados los que en el restaurante, advirtiendo que eres italiano, van a buscar un pianista que toque *O sole mío*, la canción de la vieja nostalgia".

"Acá no hay ningún problema", tranquilizaba Massera a un periodista brasileño al abandonar las instalaciones de ATV78. "La gente va por la calle con absoluta confianza y ojalá nos encontremos en algún partido de fútbol". El corresponsal recibió una palmadita en el hombro. Llevaba consigo la edición de esa semana de *Para Ti* que en su "Correo de lectores" consignaba: "Los felicito por la nota a las modelos francesas. Ahí se ve que los argentinos estamos muy bien preparados y la que supuestamente es la cuna de la cultura está absolutamente desinformada".

Capítulo V

"Éramos el único centro de un país detenido"
(C. Menotti en La fiesta de todos).

El otoño ya había empezado en los calendarios, sin embargo promediaba el mes de mayo y todavía persistía el mismo calor espeso. El clima se mostraba enrarecido en todas sus acepciones, aunque ninguna de ellas dejaba de desembocar en el Mundial. ¿Facilitaría eso el desarrollo del turismo a lo largo del país? ¿Perjudicaría el desempeño de algún equipo?

El hidrometeorólogo Ernesto Portalet y el licenciado Alberto Celemía publicaron en el semanario *Siete Días* un "informe especial" titulado "El clima del Mundial en los países finalistas". De los dieciséis países que competirían en el campeonato sólo tres pertenecían al hemisferio sur: Perú, Brasil y Argentina. Los trece restantes provenían del norte: once equipos europeos, uno asiático, Irán, y otro americano, México. De este modo, de los equipos que jugarían en Buenos Aires junto al seleccionado local, sería Suecia el más beneficiado, ya que encontraría una diferencia de temperatura con respecto a su país apenas de tres grados. Italia, según esos mismos cálculos, llevaría la peor parte de los equipos visitantes que jugarían en los estadios de River Plate y Vélez Sarsfield. En Córdoba, era Escocia quien se sentiría más cómodo, y el seleccionado de Irán, el más destemplado. En la provincia de Mendoza, Holanda podría desempeñarse a la perfección; y en la ciudad de Rosario, Polonia. El "informe especial" incluía, además, la situación climática de otros primero de junio a la hora 15 –momento del partido inaugural–, tomando en consideración fechas de hasta setenta y cinco años atrás, y las "situaciones de extrema temperatura que pueden presentar los días de junio": la tarde más calurosa había sido de 30 grados y la más fría de 5.

Los datos estaban diciendo que el clima podía disparar en cualquier dirección, igual que el Estado se había tragado todas las posibilidades y se arrogaba el derecho de vomitarlas a su antojo. Todo mezclado. En el mismo número de la revista se entregaba un póster a doble página de *Mundialito*. La tapa de ese número, el 570, lo anunciaba al margen con una franja amarilla: Póster sorpresa. Toda la portada, en cambio, era de color negro con una mancha sangrienta de rojo debajo del título de la nota central: "Un documento sensacional y definitivo. EL LIBRO NEGRO DE LA SUBVERSIÓN. CÓMO SE INTENTA DESTRUIR LA IMAGEN ARGENTINA EN EL EXTERIOR." Las once páginas que ocupaban la nota reproducían decenas de nombres, pero, significativamente, estaba ausente el nombre del autor.

El litoral argentino sufría una acuciante sequía. El centro de Misiones, provincia que limita al país con Brasil y Paraguay, era una de las zonas más afectadas. Los arroyos se habían secado, los pozos estaban llenos de polvo, escaseaba el agua potable y las cosechas de yerba y tabaco se mostraban irremisiblemente perdidas. No eran pocos los que hablaban, más o menos figuradamente, de una peste bíblica. Una periodista de Misiones, Olga Kolesnikoff, describía con patetismo la situación: "La gente no lo puede creer, está trastornada, incluso inventa leyendas. Dicen que un colono, desesperado por la sed, sacó a su santo a los fondos de la chacra y lo amenazó con acribillarlo si no hacía llover. Como a la semana no llovió, el colono salió con la escopeta y baleó al santo." En una nota firmada por Pedro Abdón Fernández para el diario provincial *El Territorio*, el intendente municipal de Gobernador Roca, Jorge Pelinsky, prefería alejar sus críticas de las inclemencias de la naturaleza y apuntar directamente a las problemáticas económicas estructurales: "En los últimos años la gente se está alejando de aquí. Si le pudiéramos ofrecer al agricultor todos los medios necesarios para vivir...".

Si bien Misiones contaba con uno de los atractivos turísticos más visitados del país, como son las Cataratas del Iguazú, el resto de su territorio quedaba fuera del foco de atención que suscitaba el Mundial.

Las provincias del norte también estaban fuera de la agenda privilegiada. Sin embargo, desde marzo de ese mismo año había comenzado

a funcionar la represa Cabra Corral, a ochenta kilómetros de la ciudad de Salta. El proyecto denominado *Aprovechamiento Integral del Río Juramento*, una vez finalizado posibilitaría agua de riego a las provincias de Salta y Santiago del Estero, así como energía eléctrica para otras provincias de la zona. La dictadura capitalizaba como enteramente propio un emprendimiento hidroeléctrico iniciado en 1966.

Resultaba imperioso, como demostración del poderío concentrado, hacer crecer el orgullo nacional a la par de enormes empresas faraónicas. Hacer visibles los logros hacia adentro del país para generar consenso. Mostrar para poder ocultar, iluminar para destacar y, al mismo tiempo, mantener a oscuras e invisibles, otras partes del cuerpo social y los distintos rostros del país.

Paula, actualmente profesora universitaria y directora de una escuela de la Capital Federal, tenía 21 años en mayo del '78 y le faltaban pocos días para emprender su exilio a Brasil. La casa de sus padres estaba frente a una plaza que por las noches, dice, "era una boca de lobo por lo oscuro que estaba". En aquellos días, cuenta, cuando iba a visitar a sus padres no podía hacerles entender ni a ellos ni a sus amigos por qué prefería atravesar la enorme plaza a oscuras en lugar de transitar por las calles iluminadas. Es más, a ella misma le costaba creer que en medio de esa oscuridad completa se sentía más segura que bajo la claridad vigilante de la luz.

Y en Córdoba, el general Luciano Menéndez declaraba que había vuelto la "tranquilidad en el pueblo porque la delincuencia subversiva ha sido aniquilada en el campo de la lucha armada, pero la paz hay que ganarla y mantener la tranquilidad, mediante la vigilancia constante".

Los organizadores del certamen habían seleccionado como cabeza de sede a las ciudades con mayor infraestructura, pero esperaban, por supuesto, que el turismo después se esparciera desde los grandes centros hacia todo el país. Ya en noviembre de 1975, el periodista Dante Panzeri escribía en la revista *Chaupinela* críticas mordaces, plagadas de tanto sentido común como de humor, hacia quienes vislumbraban la

llegada de 150.000 turistas: "Un cálculo no empresario, ni científico, de semejante posibilidad, indica que se necesitan 429 aviones de 350 pasajeros cada uno aterrizando en Ezeiza durante siete a diez días; 100 hoteles para 1.500 personas totalmente vacíos; y que todos los argentinos renunciaran a ir al estadio de River Plate para que su cupo de 100.000 personas fuera totalmente absorbido por aquellos turistas, de los cuales un tercio tendría que conformarse con haber viajado a la Argentina para ver el Mundial por televisión, en su hotel."

Finalizado el Mundial, en una nota del diario *La Nación* (12-7-78) el subsecretario de Turismo de la Nación, Antonio Torrejón, dio muestras claras de lo irrisorio que habían sido los cálculos. El funcionario, desde luego, evitó la comparación con las expectativas y prefirió cotejar las cifras con las de los últimos campeonatos realizados en el continente. Estimaba que habían visitado al país 21.000 personas, mientras que, según aseguraba, en el Mundial '70 en México se habían contabilizado sólo 15.000.

Lo cierto es que apenas unos 3.000 extranjeros llegaron a Ezeiza para presenciar el XI Campeonato.

La ciudad de Buenos Aires era el rostro privilegiado para ser mostrado durante el Mundial. Allí debutaría el seleccionado nacional y se celebraría el partido final del certamen. Ezeiza había sido remodelado a pleno. Las nuevas construcciones abarcaban 21.000 metros cuadrados, modernos sistemas de climatización invierno-verano y la instalación de tecnología de avanzada para su torre de control. Ése era el primer ojo del país que verían los turistas y, a la vez, el primer ojo por donde serían vistos. De allí en más los visitantes llegarían al centro de la ciudad a través de la Autopista Ricchieri, la cual empezaba a empalidecer ante las nuevas redes de autopistas que se encontraban "en marcha".

Cacciatore aseguraba que su plan urbanístico era una necesidad exigida por el progreso y que los costos del presente serían amortizados por los beneficios de la modernidad. Incluía el ensanchamiento de ciertas avenidas y el trazado interconectado de autopistas. Para llevarlas a cabo era preciso la demolición de vastas zonas de la ciudad, generalmente sectores considerables de barrios tradicionales de clase media. El

objetivo de las autopistas era la creación de "arterias vitales" que agilizaran el traslado desde la periferia hacia el "corazón" de la ciudad. Una vez delineado el proyecto se procedió a la adquisición de los terrenos y viviendas afectadas, y rápidamente comenzó la tarea de demolición. Lo que indica que, entre la tradicional fisonomía de la ciudad y la augurada por el proyecto, tuvo lugar un prolongado interregno donde inmensos sectores se convirtieron en escombros desesperados. Sí, una ciudad amputada con sus heridas a la vista. Se anunciaba, por ejemplo, que la Avenida 9 de Julio llegaría a la Costanera recién en 1982, y que, aprovechando la depresión natural del terreno, a la altura de la calle Posadas se construirían carrilles elevados. De ese modo se pasaría por encima de las vías de Retiro para conectarse con la nueva Autopista Lugones, que, a su vez, uniría Buenos Aires-La Plata.

Buena parte de la realización de esas obras sobrepasaron al Proceso; otras persistieron inconclusas y algunas desechadas para siempre, como las que afectaban a ciertos terrenos de Villa Urquiza y Saavedra, que hasta hoy muestran manzanas azarosamente cercenadas. En el norte de la ciudad el ensanchamiento de la Avenida del Libertador, cuyo diseño tradicional se asemejaba a la gran avenida parisina que atraviesa los Campos Elíseos, fue inaugurada antes del comienzo del campeonato para recibir, según estimaciones oficiales, a los 3.000 vehículos que la transitaban por hora. De igual modo se inauguraron la Autopista Lugones, ubicada detrás del Estadio de River Plate, y otra próxima al Estadio de Vélez Sarsfield, la cual en un tramo cruza impúdica, al alcance de la mano, por las ventanas de algunos edificios.

Los espacios libres, en todas sus acepciones, habían sido o eran rápidamente ocupados por la dictadura. Así, en las heridas que mostraba el nuevo plano de la ciudad, proliferaron plazas con poco césped y mucho cemento, bautizadas con nombres de militares, como la Plaza Aramburu en el barrio de Caballito, o de miembros de la Iglesia, como fue el caso, en ese mes mayo, de la nueva Plaza Monseñor D'Andrea, sobre la Avenida Córdoba y Jean Jaurés. Las notas periodísticas de la época indicaban que aquello había sido "un terreno baldío ocupado por un par de casas." (*¡sic!*) En medio de ese panorama tal vez resulte extraño que una de las modernas autopistas llevara el nombre del poeta Leopoldo Lugones, aunque difícil sería aseverar si la distinción

era al poeta o al intelectual que había virado desde el socialismo hacia el fascismo, y que en los años treinta impulsó el primer golpe de Estado en el país.

Si tradicionalmente Buenos Aires había emulado a París, el plan de las autopistas proyectado por Cacciatore parecía remedar las obras de Georges Haussmann, el prefecto de la capital francesa que entre fines de 1850 y la década siguiente terminó con la imagen clásica de París. El mismo Haussmann se autoproclamó "artista demoledor" y, munido del mandato imperial de Napoleón III, construyó nuevos boulevares para facilitar el tránsito a través de la ciudad de un lado a otro y así ejercer con mayor facilidad el control ante posibles sublevaciones obreras.

Las obras planificadas a largo plazo eran pensadas exclusivamente para la ciudad, se tratara tanto de las construcciones de autopistas como del relleno que se iba a hacer sobre el río con sus escombros entre 1980 y 1982 para el proyecto *Ensanche del área Central de la ciudad.*

En 1978 la construcción de los edificios de Catalinas Norte, próximos al Hotel Sheraton y delante de la zona portuaria, era una muestra de los cambios notorios de la ciudad que iría ganando nuevas perspectivas frente al río. Pero en la zona sur de la ciudad, los barrios de Barracas y La Boca se encontraban distantes de los planes innovadores que hicieran que, por el contrario, su cercanía al río no redundara en inconvenientes. Una semana después de finalizado el Mundial, las lluvias, que ansiosamente esperaban los campos del país, depararon más de mil evacuados en las zonas ribereñas de Buenos Aires.

El plan de *Erradicación de villas de emergencia*, dispuesto por la Municipalidad Metropolitana, se encontraba en pleno funcionamiento. Las topadoras arrasaban las construcciones precarias, a veces acompañados por la policía y otras por las mismas fuerzas del ejército, dejando en claro que la tarea era, por sobre todo, disolver y espantar las marcas de la pobreza, "limpiar de pobres" el paisaje urbano, y no erradicar las causas estructurales que la hacían posible. El 20 de mayo, por ejemplo, había finalizado la "erradicación" de la llamada Villa de Bajo Belgrano, entre la Avenida Figueroa Alcorta y las calles La Pampa y Monroe, donde había vivido Houseman. A fines del mismo mes fue el turno de la Villa de Inmigrantes, en Retiro. A principios de junio se había "afectado" a dicha "remodelación urbanística" un amplio sector que tenía como ejes las

avenidas General Paz, Perito Moreno, Escalada y la Autopista General Ricchieri. En una nota de *Clarín* (3-6-78) puede leerse que las villas ubicadas en esa área se caracterizan "por el descontrol y deterioro edilicio". Otra vez la misma palabra: descontrol. Dieciséis días después el mismo diario reportaba que fuerzas de la Policía Federal "realizaron operaciones en Ciudadela por las ventas fraudulentas de departamentos para integrantes de las villas de emergencias." Se agregaba que el "desalojo será la solución para todos aquellos que no puedan demostrar la adquisición legal de las propiedades". Una crítica entre líneas: la solución. El diario *La Nación* (12-7-78) publicaba una noticia con el título "Prohibición en las villas de emergencia", en la que se informaba que habían sido prohibidos por la Municipalidad Metropolitana "el estacionamiento y la guarda de vehículos, así como toda operación de carga y descarga dentro de los límites de las villas de emergencia de la Capital ... durante las 24 horas del día." La nota destacaba que los fundamentos de la medida "facilitan las tareas de erradicación, a cargo de la Comisión Municipal de la Vivienda." Al mismo tiempo, se estaba efectuando "el limpiamiento" de la Villa 30, próxima al Mercado Dorrego. La "desinfección" incluía, por otra parte, el retiro de punguistas, mendigos y rateros de las ciudades sedes.

En la Buenos Aires de Cacciatore todo estaba demarcado. En los meses previos al Mundial se realizaron 50.000 metros cuadrados de señalización horizontal y la instalación de 355 semáforos en las esquinas. Al mes de mayo eran veinticinco las obras que el municipio ejecutaba, y el plan de iluminación de monumentos históricos ya había empezado a extenderse desde la capital hacia el resto de las ciudades del país, con preferencia, claro está, de aquellas que serían cabezas de sede.

El Ministro de Bienestar Social, el vicealmirante Julio Juan Bardi, declaraba que "hay que llenar los espacios vacíos de nuestro país y, especialmente, las áreas de frontera." Aludía, desde luego, a la baja densidad de población que mostraba la mayoría del territorio; era una típica y gastada declaración de principios que evitaba poner en discusión el problema del centralismo porteño. La alusión a "las áreas de frontera"

era uno de los slogans más repetidos por el gobierno: era necesario generar en la población un estado de alerta, de reproducir desde el Estado y hacia la población una actitud de permanente vigilancia hacia posibles "agentes extraños" que vinieran a "enfermar" el cuerpo social que la Junta proclamaba estar "saneando". Desde esa visión, los países limítrofes se convertían en "el peligro".

No faltaron incidentes que abonaran esas elucubraciones. Durante los meses de marzo y abril se descubrió una cantidad abultada de dólares falsos en las provincias de Salta y Córdoba. La Policía Federal, tanto como las distintas policías provinciales, no tardaron en relacionar el hecho con la inminencia del campeonato. Se pensaba que la moneda falsa había ingresado por países limítrofes.

Es decir, lo que venía a "envenenar" al Mundial era "extraño" y, como nada anómalo escapaba a su control, lo "extraño" debía ser "extranjero". Un argentino llamado Guillermo Zaccagnini dio a conocer su invento, el *Dolar Test*, o como la llamó el periodismo: la máquina de espiar dólares. Mediante un sensor electrónico el *Dolar Test* detectaba la tinta falsa de los billetes. Un detector de mentiras. Un espía en el bolsillo. La reproducción en miniatura de la gran luz vigilante, porque detrás de cualquiera se podía esconder un rostro poseído por el mal.

La revista *El Gráfico*, en su número del 30 de mayo, publicó una carta abierta que el capitán del seleccionado, Daniel Passarella, escribió "a la hinchada argentina". La carta no contenía ninguna alusión directa a la situación que atravesaba al país; sin embargo se hace difícil leerla sin que surjan al paso relaciones. Decía Passarella: "Me siento muy emocionado. Nunca pensé que por mi intermedio podríamos tener una oportunidad así para comunicarnos con ustedes. Estuve hablando mucho con el grupo y hay varias cosas que nos gustaría que sepan antes de que empiece el Mundial. Somos conscientes de la responsabilidad que tenemos y queremos asumirla plenamente junto a Menotti y sus colaboradores. Cada uno de nosotros va a dejar en la cancha todo lo que tiene porque estamos identificados con el fútbol que jugamos. Si no se dan los resultados, la culpa será nuestra, no habrá ninguna excusa. La preparación fue muy buena. No se descuidó ningún detalle, nadie

que haya participado en esto puede quejarse del trato que recibió. El proceso se manejó seriamente y sin manoseos".

Sólo hablaba de fútbol, incluso puntualizaba un problema muy específico como era, por entonces, la preocupación por acrecentar la competitividad internacional y la consiguiente super-profesionalización del fútbol argentino. Asuntos inherentes al fútbol, pero que en un país tan proclive a sobredimensionar su lugar resultaban tratados como si fuesen cuestiones de Estado. De ahí, quizás, el tono de la carta, cargado de una emotividad que parecía más la despedida de un soldado hacia la guerra. Un soldado antes de marchar hacia el frente de batalla, un soldado próximo a "la hora de la verdad" asumiendo, como en una epopeya, la representación de toda su comunidad.

Menotti coincidía a pleno con el capitán. Su mayor preocupación era el fútbol argentino. En la entrevista publicada en el mismo número de la revista, decía: "Pero tenemos que ganar por los que apoyaron este proceso, tenemos que ganar para demostrar definitivamente que el fútbol argentino tiene arreglo si se trabaja y se organiza seriamente".

Las palabras no son inocentes, siempre dicen más que la definición que les asigna el diccionario, y a veces otra cosa muy distinta que lo que quisiéramos que digan. Las palabras se cargan del uso que les va dando la historia. Entonces, ¿cómo escuchar como meras nomenclaturas cuando se dice "proceso", o se alude a la organización seria que conduciría al "arreglo", la reparación de un falla...?

A las siete de la mañana del 25 de mayo, alguien golpea en el dormitorio de Menotti de la quinta de José C. Paz. El director técnico tarda en despertar hasta que finalmente abre molesto la puerta de par en par. "Me pareció que era un granadero –cuenta Menotti–, no, no, un soldado, me pegué un jabón bárbaro. En un segundo me pasaron mil cosas por la cabeza. Una revolución, un secuestro, pensé que no se jugaba el Mundial. Me dije: 'chau, chau, César, no se juega. ¿Qué hiciste? Vas en cana...' El oficial me saludó y me dijo: 'Soy el jefe de seguridad del área, vengo a darle los buenos días en el día de la Patria...' Al rato yo seguía sin entender nada, cuando me quedé solo otra vez no sabía si reír o llorar de los nervios..."

Ese mismo día se organizó una fiesta de despedida para la delegación argentina que estaba a punto de marchar al campo de juego. El

Club Juventud Unidad de San Miguel instaló un ring para que dos campeones mundiales, Galíndez y Corro, realizaran una exhibición. Y también tuvo lugar el canto popular en sus diversos géneros: el Cuarteto Zupay, Rubén Juárez, Roberto Grela, Raúl Lavié, Susana Rinaldi y Spinetta.

Un estadio-una sala de tormentos. La topografía mundialista incluía involuntarias asociaciones en el catastro. River-Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA). Chateau-La Perla. Vélez-Olimpo. Mar del Plata-Unidad Regional. Mendoza-Liceo Militar. Rosario-II Cuerpo.

Existieron 340 centros clandestinos de detención entre 1976 y 1983. No era en otro país, ni siquiera un país oculto dentro de otro sino *en* el mismo país. A menudo el recuerdo prefiere insistir, todavía hoy, que la existencia de los campos era menos conocida por la población de lo que en realidad fue, o que no se conocía del todo aquello que tanto se sabía y que no dejaba de murmurarse, en secreto, sintiéndose portadores de una verdad que era preferible seguir manteniendo en suspenso, como si no fuera totalmente cierta. Porque reconocer la verdad y decirla era correr el riesgo de pasar del otro lado, hacia el interior del campo, o hacer invivible la vida bajo un estado totalitario que era igual a sí mismo en todas partes. Un vecino de Martínez, localidad de la zona norte del Gran Buenos Aires, que vivía próximo al COT I Martínez, declaraba lo siguiente ante la CONADEP, el 20 de enero de 1984: "Vivo aquí con mi familia desde el año 1973. Al llegar nosotros, ese inmueble colindante estaba desocupado. A fines del '76 empezaron a hacer modificaciones. Elevaron allí una gigantesca pared medianera y pusieron un alambre de púas, colocando rejas en las ventanas. Se escuchaba permanentemente el ir y venir de personas. De noche, los focos de la torre iluminaban por todos lados. Se escuchaban disparos de la mañana a la noche, como si practicaran tiro o probaran armas. También se oían gritos desgarradores, lo que hacía suponer que eran sometidas a torturas las personas que allí estaban. A menudo sacaban de allí cajones o féretros. Inclusive restos mutilados en bolsas de polietileno. Vivíamos en constante tensión, como si también nosotros fuéramos prisioneros, sin poder recibir a nadie, tal era el terror que nos embargaba, y sin poder conciliar el sueño durante noches enteras."

Entre 1976 y 1978, estuvieron como detenidas ilegalmente en la ESMA más de 4.700 personas. El campo de concentración estaba ubicado en la avenida del Libertador, es decir aquella misma arteria por la que pasaban aproximadamente 3.000 automóviles por hora. De esa ESMA sacaron a un prisionero y lo "vistieron" de periodista para que se mezcle con los cronistas extranjeros que fueron a reportear a Menotti. Los marinos querían conocer qué opinaban sobre la situación argentina, qué decían acerca de las torturas, de ese brazo ejecutor que tenía en La Perla al centro de exterminio más importante de Córdoba. Se estima que pasaron por ahí más de 2.200 personas. Pero las cifras son apenas aproximativas, calculadas por la CONADEP a partir de los testimonios del escaso número de sobrevivientes.

En la mayoría de los casos los campos de concentración procedían a la destrucción total de los cadáveres, incinerándolos o introduciéndolos en cal viva, cuando no se hacía desaparecer a las víctimas arrojándolas, en estado de inconciencia, al Río de la Plata desde aviones. En un número inferior los cadáveres eran llevados a las morgues judiciales de cada jurisdicción como N.N.

Una petición administrativa de la Morgue Judicial de la ciudad de Córdoba, dirigida a la Presidencia de la Nación, con fecha 30 de junio de 1980 queda como testimonio atroz de aquellas actividades.

"Es imposible Sr. Presidente describirle una imagen real de lo que nos tocó vivir, al abrir las puertas de las salas donde se encontraban los cadáveres, dado que algunos llevaban más de 30 días de permanecer en depósito sin ningún tipo de refrigeración, una nube de moscas y el piso cubierto por una capa de aproximadamente diez centímetros y medio de gusanos y larvas, los que retirábamos en baldes cargándolos con palas. Nuestra única indumentaria era pantalón, guardapolvo, botas y guantes algunos, otros tuvieron que realizar este trabajo con ropa de calle, los bozales y gorros fueron provistos por la Dirección del Hospital por atención del sub-director debido a que carecíamos de los mismos. A pesar de todo esto no tuvimos ningún tipo de reparos en realizar la tarea ordenada; es de hacer notar que la mayoría de los cadáveres eran delincuentes subversivos. Morgueros y Ayudantes Técnicos de Autopsia en la caja del camión junto a los cadáveres y custodiados por dos móviles de la Policía de la Provincia correspondientes a un operativo

montado para tal fin nos dirigimos así al Cementerio de San Vicente. Es inenarrable el espectáculo que presentaba el cementerio; los móviles de la Policía alumbraban la fosa común donde fueron depositados los cadáveres identificados por números y como punto de referencia los pilares de la pared cercana, detrás de la cual e inclusive arriba de los techos los vecinos al cementerio observaban la macabra tarea realizada."

No era un país escondido dentro del mismo país, ni la imagen de un territorio librado a las huestes de un ejército de ocupación. No era tampoco el acto desequilibrado de un grupo de individuos. No cabe duda de que los hubo, aunque poco de eso, por más terribles que resulten los testimonios que dan cuenta de ellos, sirve para entender cómo fue posible la emergencia de ese terror y su permanencia tan duradera. Era, lisa y llanamente, el vértigo desencadenado por un Estado de terror que lo ocupaba todo y ante el cual los individuos respondían, como podían, en la parte que les tocaba desempeñar en esa maquinaria omnívora.

De ese modo los vecinos pudieron contemplar "una macabra tarea", de la misma manera que otros civiles, empleados de la morgue y del hospital, llegaron a "realizar la tarea ordenada", como si se tratara de un imperativo que no podía sino ser cumplido, costara lo que costase en el ánimo individual de cada uno, porque los "cadáveres eran delincuentes subversivos". Era el mismo lenguaje impuesto por el Estado totalitario, el mismo sentido subyacente: esos cadáveres *seguían siendo* "el enemigo absoluto". Por esa razón fue posible que alguien se sobrepusiera a su malestar y escribiera esa carta, una simple petición administrativa que no fue contestada por Videla, y que dejó por contrapartida, casi accidentalmente, un testimonio vivo del horror: se trataba de la otra parte del "combate", el dificultoso *exterminio*, esta vez del cuerpo del delito.

Tan inmenso era el horror que hasta en sus intersticios podía colarse, por entonces invisible, el testimonio de su padecimiento. Ni siquiera el responsable de esa petición administrativa *sabía* cuánto estaba diciendo en eso que había visto y vivido, y lo mismo ocurría con la "sorpresa" de Menotti al despertarse esa mañana del 25 de Mayo. ¿Acaso *sabía* el director técnico del seleccionado local lo que estaba diciendo mientras contaba en tono inocente la anécdota con el oficial del ejército? ¿Acaso lo *sabía* el periodista que le realizó la entrevista? Indudablemente ni

uno ni otro tomó el episodio como algo que era preferible mantener *off the record*; para ambos se trataba de un sobresalto cotidiano.

Ante el miedo de ser chupado esas intromisiones en la privacidad resultaban, de manera siniestra, hasta simpáticas para ser contadas. ¿Acaso no ocurría lo mismo cuando en los días previos a la Navidad, en esos mismos años, estacionaba un camión del ejército ante un restaurante y, tras el silencioso estupor que generaba el pedido colectivo de documentos, los soldados se retiraban repartiendo a la clientela pequeños almanaques del año nuevo? Era difícil proseguir con la cena o con el brindis de fin de año; pero se seguía, sin agregar ni una palabra y no con pocas "gracias". El terror obligaba a ese tipo de agradecimientos blandiendo, como punto de partida, la amenaza de la desaparición para cualquiera, sea quien sea o hiciera lo que hiciese.

Alicia recuerda que el 24 de mayo de 1978 había ido al cine con su novio Julián. Él estudiaba ingeniería y ella cursaba el segundo año del profesorado de enseñanza pre-primaria. Habían ido a la última función de la noche a ver *La chica del adiós,* que hacía pocos días se había estrenado.

Mientras Alicia y su novio seguían atentos las peripecias del melodrama en el que trabajaba el actor que había sido oceanógrafo en *Tiburón* y especialista en ovnis en *Encuentros cercanos del tercer tipo*, de golpe, en medio de un beso apasionado, la sala se llenó de luz. Mirando preocupada a su alrededor, Alicia empezó a preguntarle a Julián qué era lo que ocurría. Nada. No sabía. Al instante empezó a oírse en todo el cine el *Himno Nacional Argentino*, en conmemoración de la Revolución del 25 de Mayo de 1810. Eran recién pasadas las doce en el reloj de Julián, que de inmediato se puso de pie como el resto del público para cantar las estrofas de la canción patria. Alicia se negaba a pararse, ofuscada de que le hubieran interrumpido ese beso, el primero que daba el antihéroe en ese film, en el que no era ufólogo ni oceanógrafo sino un simple actor que mal representaba *Ricardo III*. Julián transpiraba y apenas consiguió hacerla poner de pie a la fuerza, retorciéndole el brazo con un pellizcón. Fue imposible que terminaran de ver la película con los mismos arrumacos que con los que habían entrado al cine. A la salida

discutieron. En resumen, uno era un cobarde y la otra una inconsciente, decían. Dos años más tarde se separaron por motivos que no vienen a cuento; es decir, se separaron sin que esa noche haya tenido nada que ver y, sobre todo, sin que jamás hayan podido recordar juntos ese episodio ante alguien.

El cine todavía está allí, es el *Rivera Indarte* del barrio de Flores, justo a la vuelta de la plaza frente a la Iglesia San José, a una cuadra de la Pizzería *El Odeón.* Todo está. Todo está distinto, remodelado, pero sigue en su lugar. El recuerdo, en cambio, va cambiando de dolor adentro del cuerpo.

El doctor Norberto Liwsky vivía a pocas cuadras, le gustaba la pizza de *El Odeón* y a menudo iba a ver los estrenos en ese mismo cine, siempre y cuando él y su esposa Hilda tuvieran con quién dejar a las dos nenas.

Pero en aquella madrugada del 25 de mayo el doctor Liwsky permanecía desaparecido.

"En cuanto empecé a introducir la llave en la cerradura de mi departamento me di cuenta de lo que estaba pasando, porque tiraron bruscamente de la puerta hacia adentro y me hicieron trastabillar. Salté hacia atrás, como para poder empezar a escapar", contó Liwsky (Legajo No. 7397) a la CONADEP. Ante su intento de resistencia le dispararon dos balazos, uno en cada pierna, y se lo llevaron. Liwsky recordó que en esos momentos "gritaba a voz en cuello que eso era un secuestro y exhortaba a mis vecinos para que avisaran a mi familia."

Todo resultó en vano. Al día siguiente los vecinos, en buena mayoría, murmurían que se habían llevado al doctor; que pobre las hijitas porque la mujer debería estar en la misma; porque hoy en día hasta los médicos pueden ser subversivos; sí, papá; y ese doctor en algo debería andar; no, los milicos son los únicos asesinos; no digas pavadas, ellos usan a todo el mundo, incluso a la propia familia la engañan, hasta las guerrilleras se hacen embarazar para que no les hagan nada cuando las agarran; minga, papá, minga; a ver, cambiá de canal la tele a ver si hay algo en el 11, el 13 se ve "con fantasma", todo movido.

No bien Liwsky llegó al campo se presentó un hombre diciendo ser médico y, después de informarle sobre la gravedad de las hemorragias en sus piernas, le recomendó que no intentara escapar. En seguida se

presentó otro que dijo ser EL CORONEL y que le aseguró que lo iba a "pagar caro" porque los padrecitos de los pobres se habían acabado. "Y comenzaron las torturas con la picana eléctrica en distintas partes del cuerpo que prosiguieron en sesiones durante varios días". A veces sus captores alternaban la picana con prolongadas rutinas en donde lo apaleaban rítmicamente en glúteos, pantorrillas, espalda, plantas de los pies... hasta que el dolor se hacía insoportable y, a la vez, le hacía sentir el cuerpo como una cosa ajena, insensible, inexistente.

"Me dejaban colgado por los brazos de ganchos fijos en la pared del calabozo. Algunas veces me arrojaron sobre la mesa de tortura y me estiraron atando pies y manos a algún instrumento que no puedo describir porque no lo vi pero que me producía la sensación de que me iban a arrancar cualquier parte del cuerpo".

Estando boca abajo en la mesa de tortura, le sacaron la venda de los ojos para mostrarle un trapo manchado de sangre. Preguntaron si lo reconocía. Liwsky contestó que no. Le dijeron que era la ropa interior de su mujer.

A los diez días de su desaparición en el campo, "chupadero", le dejaron ver a su mujer, Hilda Norma Ereñú, por unos minutos y delante de un torturador. "Su estado físico era deplorable", recordó Liwsky en su testimonio. "Cuando se la llevaron pensé (después supe que ambos pensamos) que ésa era la última vez que nos veíamos. Que era el fin para ambos." A partir de entonces, a la tortura con picana se le sumó el despellejamiento de las plantas de los pies, retorcimientos de los testículos, violaciones, y demás vejaciones inenarrables. Padecía ya una grave insuficiencia renal y, en los veinticinco días que llevaba de cautiverio, calculaba haber perdido más de 25 kilos de peso. A partir de entonces la tortura cedió, aunque de todas maneras dos o tres veces por semana le daban una paliza. "Con este nuevo régimen, comparativamente terapéutico, empecé a recuperarme físicamente".

Semanas después, Liwsky seguía con los ojos "tabicados" pero ya identificaba las voces de sus torturadores tanto como sus seudónimos. Eran Tiburón, Víbora, Rubio, Panza, Luz, Tete... También, pese al dolor, intentaba registrar cada detalle externo que le permitiera deducir dónde estaba. Oía cantos de chicos; entonces debía estar muy cerca de una escuela. Campanas de una iglesia... No sabía si alguna vez saldría

vivo de allí, pero como otros detenidos-desaparecidos repetía su nombre como podía a quienes compartían el cautiverio en los calabozos de alrededor. Seis años más tarde recordaría cómo se llamaban: Aureliano Araujo, Olga Araujo, Abel de León, Amalia Marrone, Atilio Barberan, Jorge Heuman, y Raúl Petruch.

A fines de agosto de 1978 sería liberado definitivamente. El Juez de Instrucción en el Regimiento de Palermo lo acusaría de "haber sido" médico en la Escuela Piloto de Integración Social de Niños Discapacitados, que funcionaba en Hurlingham, partido de Morón. Sin embargo, el Tribunal Militar -Consejo de Guerra Estable No.1/1– se declararía incompetente en el caso.

Dos meses antes, Liwsky y otras seis personas fueron amontonadas en una camioneta, y aún "tabicadas", sacadas del campo para llevarlos a lo que resultó ser la Comisaría de Gregorio de Laferrere, en la Provincia de Buenos Aires. Recobrarían su identidad, aunque en esos momentos lo único verdadero seguía siendo el dolor y la incertidumbre.

Era el principio del fin de esa temporada en las tinieblas.

El día estaba frío, era invierno; en la comisaría los oficiales conversaban agitadamente de asuntos que nada tenían con ver con los nuevos detenidos, ahora legales.

Era el primero de junio y había comenzado el Mundial.

SEGUNDA PARTE

Primera vuelta

Capítulo VI: El acto inaugural

*"No es posible que un país se sienta representado
por jugadores de fútbol. Es como si nos
representaran los dentistas."*
Jorge Luis Borges

Todo estaba listo para el comienzo del XI Campeonato Mundial de Fútbol. Un pequeño suelto en *El Gráfico* hasta se ocupaba de aclarar que "la ciudad aparece distinta, más limpia, más bonita". Cacciatore, agregaba la revista, "puede estar satisfecho. Ahora sólo nos resta, a todos, cuidarla."

Había llegado la hora del acto inaugural en River Plate y del primer partido entre Alemania Federal y Polonia, que tuvo como resultado un soporífero empate en cero. A las 13.30 en punto, la Junta entró al palco oficial vestida de civil. Según *Clarín* (2-6-78), sus integrantes "fueron calurosamente recibidos por los espectadores, que aplaudieron cuando el locutor oficial mencionó por los altavoces los nombres de los comandantes en jefe". La lista de oradores comenzó con el Arzobispo y cardenal primado de Buenos Aires, doctor Juan Carlos Aramburu, quien invitó a rezar un Padrenuestro, y terminó, a las 14.52, con las palabras de Videla: "En el marco de esta confrontación deportiva, caracterizada por su caballerosidad, en el marco de la amistad entre los hombres y los pueblos y bajo el signo de la paz, declaro oficialmente inaugurado este Onceavo Campeonato Mundial de Fútbol 1978."

El estadio repleto hacía flamear banderitas argentinas como nunca antes se había visto en una cancha, acostumbrada desde décadas a los repentinos y sagaces cantitos de las hinchadas y a las grandes banderas de los clubes. Ahora eran miles y miles de pequeñas banderas y el grito único de "Argentina, Argentina", mientras el locutor oficial anunciaba y describía por los altoparlantes los esquemas gimnásticos efectuados con

impecable destreza por cientos de jóvenes. Todos eran uno en medio del campo. Todos eran uno en las plateas. Todos eran uno más allá del estadio y en todo el país. O así lo parecían. O así querían serlo. O así sentían que debía ser. *El Gráfico* había publicado en su última página un saludo "exclusivo para 22 argentinos" que insistía sobre esa sensación que ahora empezaba a vivirse a pleno. La nota estaba acompañada por una fotografía donde Videla saludaba al plantel en la Casa Rosada, y que decía en su epígrafe: "Detrás de este equipo está todo el país." La revista les pedía a los jugadores "que sigan el camino trazado hacia el objetivo fijado"; es decir, que quedaba en un segundo plano "salir campeones" y que lo que realmente importaba era "reivindicar la riqueza humana y técnica que siempre se le reconoció al fútbol argentino". Para obtener ese logro les pedían que pusieran "todo lo que tienen adentro", que dieran el "máximo de responsabilidad, de aplicación, de vergüenza y de dignidad", porque, como decía la nota en su párrafo final: "Ustedes son nosotros. Abiertos y generosos para pensar en jugar antes que en ganar. Orgullosos y humildes a la vez para creer en nuestras pequeñas grandes verdades argentinas."

Se había dispuesto un asueto a partir del mediodía para facilitar la concurrencia al estadio o para seguir su desarrollo a través de la televisión. Ese mismo día, en horario central de la noche, la televisión repitió el acto inaugural. Todo había salido a la perfección y, como un primer triunfo, la imagen ya se había propagado al mundo y a todo color. En los únicos lugares del territorio nacional donde los partidos del mundial se vieron en colores fueron los locales de "Pantalla Gigante", que funcionaban generalmente en algunas salas de cine. El público agitaba sus banderas y tiraba papelitos, alentando a los jugadores argentinos como si realmente estuvieran en la cancha. Todos eran uno también allí, tan apretados como si estuvieran dentro del estadio, aunque sin la compañía de los cientos de jóvenes que, en uniformes provistos por Thompson & Williams, hacían las veces de "acomodadores" a través de las gradas.

La Junta manifestó inmediatamente su "profunda satisfacción" por la proeza organizativa. Exhortó "al pueblo argentino a continuar demostrando esas añejas virtudes, tanto en esa fiesta del deporte cuanto

en la gran empresa común que es la Patria." No se tardó en repudiar la actitud de unos comentaristas de la TV alemana que en la transmisión del acto inaugural recordaron los Juegos Olímpicos de Berlín durante el nazismo y aludieron al estado de terror que se vivía en Argentina.

A las 15:30, mientras el árbitro Ángel Coerezza hacía sonar el silbato inicial en River, las Madres de Plaza de Mayo daban su primera vuelta de junio frente a la Casa Rosada. "Fui por razones de conciencia moral", cuenta Ronnie Helström, el arquero del seleccionado sueco que dos días después jugaría con su equipo en Mar del Plata ante Brasil.

Emilio recuerda cómo "detestaba" ese uniforme provisto por Thompson & Williams para los jóvenes que trabajaban en los estadios. Por un amigo de un amigo de su familia había sido contratado para estar dentro del campo de juego de River y llevar los rollos de películas tomadas por los reporteros gráficos a las oficinas de las agencias dentro del estadio. Emilio tenía diecisiete años y había aceptado el trabajo, menos por el pago que por tener la posibilidad de ver los partidos "en vivo y en directo". Pero detestaba el uniforme, sobre todo ese saco marrón –"marroncito", dice Emilio con tono despectivo– que le obligaban a usar a toda hora y que por nada del mundo resultaba tan cómodo y elegante como lucía en las publicidades, en las cuales hasta el mismo João Havelange se había prestado a posar como modelo. Sí, Emilio menciona desparejas y deslucidas algunas anécdotas de ese primer trabajo de su vida; lo que conserva intacto aún, en cambio, es la emoción de esa tarde en que un fotógrafo alemán, en medio de la urgencia del trabajo y con las manos ocupadas, estuvo a punto de entregarle una película equivocada si no fuera porque él le corrigió el error mediante señas. "Yo no hablo ni una jota de alemán, pero me hice entender igual y el tipo, en seguida, se sacó el gorro que tenía puesto y me lo puso en la cabeza." Emilio no tiene que buscar mucho para sacar de un cajón ese sombrero colorido que guarda como un trofeo.

En los estadios trabajaban cientos de jóvenes de ambos sexos, todos ellos estudiantes, que cumplían las más diversas funciones. Todos llevaban

uniformes de la misma empresa que anunciaba "vestir" al Mundial, pero según las áreas variaban los colores de polleras, sacos y pantalones. Si bien existía una preocupación para que el público asistente se sintiese cómodo, el cuidado preferencial era para la prensa extranjera. Era a ellos a quienes había que atender esmeradamente para dar cabida a que después ofrecieran una nueva imagen del país. El EAM había pagado medio millón de dólares a la empresa norteamericana Burson-Marsteller & Asociados para que le diseñara un plan que permitiera corregir en algo la mala imagen ante el mundo. Una de las sugerencias que, entre muchas otras, recomendó la empresa era la siguiente: "Presentación de jóvenes representando a la juventud atractiva y sana que servirían de acomodadores y guías durante el Mundial." Una sugerencia por lo menos extraña: el 43, 23 % de los desaparecidos eran jóvenes de 16 a 25 años.

En el diario *La Prensa* (17-5-78) la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos había publicado una nómina de 2.508 personas que se encontraban desaparecidas. El gobierno esperó el inicio del Mundial para dar alguna respuesta. El 3 de junio el Ministerio del Interior se ocupó de hacer publicar en los diarios el paradero de 87 personas que "erróneamente" figuraban en dicha lista.

Muchos de ellos volverían a ser chupados.

"Aquella etapa me quedó en blanco. Vivíamos sin la conciencia de la realidad. De alguna manera fuimos engañados porque uno era futbolista y estaba detrás de un objetivo muy grande y, por ahí, no llegaba a ver otras cosas", cuenta Julio Ricardo Villa, integrante del seleccionado argentino del Mundial '78 y que entre 1991 y 1995 fue concejal de la Unión Cívica Radical (UCR) en Roque Pérez, provincia de Buenos Aires. "De aquella época guardo mi etapa deportiva, por decirlo de alguna manera. A través del tiempo descubrí las atrocidades que ocurrían y toda esa injusticia enorme que no quisiera que se repita. Pero no me siento usado, porque yo estaba jugando al fútbol, que me apasiona, y nosotros, como jugadores, cumplimos con nuestro objetivo. ¿Recuerdos? Tengo tantos que no se pueden enumerar... Pero, sí, hay uno que siempre lo tengo presente. Cuando íbamos en el micro desde José C. Paz a la cancha

de River hacíamos el mismo recorrido y siempre nos encontrábamos con una viejita con la imagen de la Virgen María que solamente nos miraba pasar. Al principio unos pocos nos dimos cuenta, pero después se fueron sumando hasta que no le permitimos al chofer pasar por otro lugar que no fuera ése. Ves, ahí tenés, ese esfuerzo que hizo la gente es un recuerdo que me quedó grabado para siempre."

En otra tarde de mayo pero veinte años atrás, Villa no había estado tan sereno. Era un viernes soleado y fresco en la quinta de José C. Paz y Menotti se había comprometido a comunicarles cuáles eran los tres jugadores que quedarían fuera del plantel de los 22 que participarían en el XI Campeonato. No era una decisión fácil para el cuerpo técnico. Se conocían cuáles eran las preferencias de Menotti y había nombres que estaban fuera de toda discusión, tales los casos de Passarella, Fillol, Kempes, Bertoni, Luque, Tarantini... Otros, en cambio, estaban en duda; además, siempre podría existir un cambio de último momento. Por ejemplo, la suerte podría caer de pronto y hacer que Maradona, el más joven del equipo, quedara entre los veintidós. O la suerte, quién sabe, podría ser funesta con Alonso, puesto "de prepo" por Lacoste, según los rumores de esos días.

Maradona terminó siendo uno de los excluidos. Los otros, Bravo y Bottaniz. Los ánimos no eran buenos para nadie en lo que quedó del día. Passarella se acercó al periodista de *El Gráfico*, Carlos Ares, y le entregó la carta abierta que el equipo le dirigía al país y que iba a publicarse en la revista. "Mirá, es una carta un poco triste porque la escribí hace un rato. Hoy fue el peor día que pasé en los cuatro años que llevo de Selección. Sé que la culpa no es de Menotti ni de nadie, pero estas cosas te matan... Te juro que ahora quiero ganar más que nunca, por ellos. Te juro..."

Passarella había quedado como capitán del equipo desde que "El Lobo" Carrascosa abandonara la selección a fines de 1977, después de un partido preparativo que el seleccionado nacional jugó frente a la República Democrática Alemana. Argentina ganó 1 a 0, y el autor del tanto había sido Carrascosa. Nada se supo acerca de la reunión en la que, ante el plantel completo, el marcador de punta de Huracán y Rosario Central anunció su retiro en la plenitud de su carrera. Según algunos trascendidos, las palabras de Carrascosa durante la reunión del plantel

fueron más o menos las siguientes: "De ninguna manera yo voy a ser instrumento de esta dictadura militar." Sólo los asistentes podrían corroborar la veracidad de esos dichos; por otra parte, existen testimonios públicos que podrían volver plausible esa declaración: al igual que Menotti, Carrascosa había apoyado públicamente al camporismo.

El periodista Carlos Juvenal, sin embargo, se mostró cauto a la hora de elegir alguna de las posibilidades en su testimonio para *Los militares y el Mundial*. "Tuve varias versiones (de las razones del retiro de Carrascosa). Una vez me encontré con él y prefirió no hablar. Sé que es un hombre de bien. Él estuvo disconforme con algo, pero no sé. (...) Él es un muchacho de principios, y si en una de ésas estuvo en contra de que vinieran los (jugadores) que estaban jugando en Europa (a integrar el seleccionado), para él esa razón chiquita fue importante. Escuché por ahí que se fue porque el seleccionado se dopaba. Eso es descabellado. Me consta que el doctor Oliva hizo hacer muchos placebos dándoselos a los jugadores y diciéndoles que era para estimularlos. Los deportistas siempre tienen tendencia a tomar algo que les mejore el rendimiento".

Carrascosa aún hoy sigue prefiriendo el silencio.

Como si se tratara de personajes de historieta, la prensa se ocupó de reforzar o recrear una cualidad distintiva, una "super personalidad" mostrable, para cada uno de los jugadores. Y el plantel respondió de acuerdo con las exigencias. Sus integrantes más extrovertidos adquirían poses de modelos publicitarios o ciertos tics farandulescos. Hasta llegaron a tener romances de telenovela; pero siempre, todo ello, revestido por un inocultable impulso que los mostraba como los hacedores de una gesta patria. Entre las controvertidas y, a veces, desdichadas declaraciones de Jorge Luis Borges, como aquella de que los argentinos necesitaban tener fe en el gobierno, hubo otras certeras, plagadas de sarcasmos a tanto tinte nacionalista reinante (*Somos*, 23-6-78, entrevista de Luis Pazos): "No es posible que un país se sienta representado por jugadores de fútbol. Es como si nos representaran los dentistas. La Argentina tiene dos cosas que ningún país del mundo posee: la milonga y el dulce de leche. ¿Qué más identidad pretenden?".

Cualquiera fueran las características que se destacasen de los jugadores todos mantenían el mismo denominador común, la "garra argentina" y la sencillez que los volvía aptos para toda la familia. Alberto Tarantini, "El Conejo"–porque era necesario un seudónimo que dejara las tribunas parciales y se hiciera parte del núcleo básico colectivo– era "el lindo" y el más joven de los veintidós, tenía la cabeza llena de rulos y las adolescentes adosaban su fotografía en las tapas de sus útiles escolares o en las paredes de sus dormitorios. Desde comienzo del año estaba de novio con Pata Villanueva, una conocidísima modelo con quien se casó después del Mundial, y juntos no dejaron de aparecer en cuanta tapa de revista se presentara, como si se tratara de la demostración de que el agua y el aceite también se mezclaban. Ella tenía fama de díscola, "de no pensar mucho las cosas antes de hacerlas", decía él marcando las diferencias, que incluían el gusto por la "tranquilidad lejos de la farándula", escuchar "música moderna no demasiado ruidosa..., leer novelas de aventura" y tener la plena certeza de que "el fútbol era lo más importante."(*Gente*, "Dos que se quieren... cuando Menotti los deja", nota de tapa del número del 25-5-78) Conformaban la pareja ideal de jóvenes. Mario Kempes era "El matador", y, aunque estaba casado con una mujer española, Mavi, a la cual la prensa no dejaba de calificar de hermosa, su cualidad consistía en atravesar con "bravura" cualquier escollo y llegar a la meta final. Passarella, decían, era la "cabeza" del equipo, el "temperamento". Leopoldo Jacinto Luque era el "coraje" y Alonso la elegancia; "El Tolo" Gallego, en el medio, "puro quite"; Fillol, "El Pato", "la seguridad y la mesura"; Bertoni, "constancia y viveza"; Ardiles, el único universitario del equipo, era definido por Silvio Marzolini –ex integrante del seleccionado y estrella de Boca en los '60– como "un robador de pelotas insuperable". Ortiz, era el desborde.

Houseman era el desaliño y la picardía, un producto genuino del potrero. Le costaba adaptarse a los nuevos tiempos del fútbol televisivo como a la imagen plagada de afeites que exigía el *marketing* de la política local. "Oiga, René, ¿qué le pasa? Me parece que a usted le hace mal vivir como un profesional –cuenta Menotti en su libro *Cómo ganamos la copa del mundo*–. Al final, tanta vitamina, entrenamiento y después resulta que no me tira un caño, que no me deja tres tipos tirados en el piso. Esto no camina, René, me parece que lo voy a mandar de vuelta a su

casa y lo voy a llamar media hora antes de los partidos... ¿Se cree que yo lo llamé para correr gente? No, eso es un complemento. A usted lo quiero para que toque, se hamaque, desborde y tire caños en el área contraria..."

El público, en especial aquel que no estaba familiarizado con las figuras, fue decidiendo sus preferencias en esa "legión de superhéroes argentinos". De los tres jugadores que habían quedado fuera del plantel nadie soltó una palabra. Incluso la salida de Maradona podía comprenderse porque, como escribía en una carta abierta en *El Gráfico* el director técnico Omar Sívori: "Vos tenés la verdad del fútbol adentro y toda una vida para mostrarla." (Resulta curiosa la insistencia de tantas cartas abiertas en un país que estaba *tan cerrado*). Todos esos asuntos quedaron al margen una vez comenzado el campeonato. Todos éramos, o debíamos ser, uno; los veintidós éramos nosotros, nosotros éramos todos y estábamos en pos de un interés supremo, como era la imagen de grandeza del país.

El entonces joven Jorge Asís escribía en *Clarín* breves retratos costumbristas con el seudónimo Oberdán Rocamora. El publicado al día siguiente del inicio del XI Campeonato trataba de indagar acerca de las emociones suscitadas por el Mundial. "Tal vez ese sensitivo concepto de nosotros sea uno de los fundamentales éxitos que nos depara este torneo: ese maravilloso afán de mostrarnos todos responsables de lo que se hace, de compartir el terror de que algo fracase o salga como no deba" Y, también, que "este terror y estos deseos de perfección expresen mayor énfasis de recuperar una gratificante imagen hacia adentro". En River, aseguraba por último, "se percibió como una intención de confiar y creer".

¿Era posible "confiar y creer" tanto en las palabras propias y ser tan asertivo cuando lo que se pretendía describir era percibido como algo inusual? En medio de su descripción festiva, Asís, sin embargo, pronunciaba la palabra "terror" dos veces haciendo referencia a distintas implicancias emotivas.

Más allá de todo pronunciamiento personal, la realidad imponía su lenguaje.

Frente al "nosotros argentino" con forma de equipo de fútbol estaban "los otros", representados por las quince delegaciones restantes. Pero

el otro con mayúsculas era, indudablemente, "la subversión apátrida", los "piratas de rojas banderas y hombres que odian por no tener Dios", como decía la canción de la publicidad televisiva del ejército durante la Navidad del '75. Saint Jean creía verlos en todas partes y establecía un orden de prioridades en la tarea purificadora: primero, acabar con los ideólogos, después con los simpatizantes y, al final, con los indecisos. El coronel Luis Premoli, profesor de Estrategia en la Escuela de Defensa Nacional durante 1975 y 1976, no dudaba en afirmar que ya había comenzado la Tercera Guerra Mundial. Las acciones de esa guerra no eran batallas convencionales y el enemigo utilizaba mil formas y disfraces. Y este "nosotros" argentino estaba librando, mediante el fútbol, una gesta decisiva contra ese gran otro en mayúsculas, un "ellos", que representaba un mal tan metafísico como absoluto.

Parece demasiado, pero así era. Un mal absoluto y metafísico como la más cruel fantasía de ciencia ficción. Porque de otro modo, ¿cómo podría explicarse que las delegaciones y periodistas provenientes de "países comunistas" no fueran quienes encabezaran las críticas y protestas y sí, en cambio, éstas fueran realizadas, en el transcurso mismo del campeonato, por alemanes, franceses y holandeses?

Nosotros éramos perfectamente iguales a nosotros mismos, los "ellos" estaban siempre cambiando, eran agentes imprevisibles y tan invisibles que casi casi se asemejaban a los marcianos.

"Desde lo alto de River Plate, el paisaje no podía ser más hermoso, envuelta aquella llanura de casas por el manto irisado al sol de los copos que seguían cayendo. Lástima que tanta belleza era también tanta muerte. El reciente combate contra los invasores me había dejado como aturdido," decía el protagonista de *El Eternauta*, la gran historieta de ciencia ficción publicada a fines de la década del '50.

Los lectores habían sido cautivados por esa novedosísima idea de contar una invasión de extraterrestres y hacerla transcurrir aquí, en lugares vividos y conocidos por todos. El relato comenzaba con una partida de truco y una sorpresiva situación invernal: nevaba en Buenos Aires. Pero los "copos" eran letales y habían aniquilado a buena parte de la población mientras dormía. Los sobrevivientes se unieron entre sí y después,

junto al ejército regular, enfrentaron a los primeros soldados de los *Ellos*, "los cascarudos", unos bichos teledirigidos, en el Combate de River.

Era emocionante tener entre manos una aventura que transcurría en lugares al alcance de la mano. No era un dato nada despreciable para quienes aprendían a aceptar, como un destino indiscutible, que las aventuras siempre quedaban en otro mundo, que en el cine había que ser hábil y ligero para mirar las imágenes y leer los subtítulos al mismo tiempo, que en los bailes hubiera que imaginar la letra de la melodía que tanto nos subyugaba, que era imprescindible convertirse en especialista del tarareo... Leer en aquel entonces *El Eternauta* era experimentar la sensación de que el mundo era ancho, pero que no debía ser ajeno. Era colarse al mundo de la aventura y sentirlo propio, porque también era propio. En lugar de King Kong en el Empire State era una batalla en la mismísima cancha de River de todos los días. La sensación de recobrar lo perdido. ¿No era algo similar a lo que sintió buena parte del público argentino mientras observaba la ceremonia de inauguración del Mundial? ¿Qué quería decir sino eso de "estar a la altura de cualquier país del mundo"?

"Habíamos luchado contra los 'cascarudos', contra los 'gurbos', contra 'los hombres robots', contra los 'Manos'. Cada vez habíamos tropezado con un enemigo más extraño, más formidable... Y sabíamos que todos no eran más que juguetes en manos de los *Ellos*... Los *Ellos*, los verdaderos invasores, los directores de todo...", contaba Juan Salvo en *El Eternauta*.

El creador de *El Eternauta* –Héctor G. Gestherld, desaparecido en 1977– concibió su ficción como una epopeya, en la cual, como él mismo decía, "el único héroe válido es el héroe 'en grupo', nunca el héroe individual, el héroe solo".

Fuera de esa ficción, en medio del Mundial, mientras los diarios anunciaban un ciclo de conferencias de Borges y otras del escritor y psicoanalista Marcos Aguinis, también podía verse el aviso destacado convocando a los audiovisuales que ofrecía Fabio Zerpa, un actor de cine y televisión que desde hacía unos años había devenido ufólogo. La revista *Somos*, dedicaría a los ovnis la tapa de un número (16-6-78): *Encuentros cercanos en la Argentina. Llegan los platos voladores.*

El furor por los ovnis estuvo en alza durante varias semanas. La casualidad quiso que apareciera uno con el inicio del Mundial, el jueves

1° de junio. Pero muy lejos de los impactantes estadios. En la localidad de Palo Labrado, provincia de Catamarca, a 70 km de la ciudad capital, ocho maestros que hacían su trayecto de rutina hacia la escuela en la que enseñaban habían visto tres artefactos surcando el cielo. Eran las siete y diez de la mañana. Jesús Orellana, el director de la Escuela 201 y uno de los testigos, no dudó un instante en reunir en un aula a todos los alumnos del humilde establecimiento y, frente al pizarrón, extenderse en una clase acerca del inédito suceso. Al fin y al cabo, pensaba Orellana, ese pueblo siempre tan lejos y distante del alcance de la modernidad, había dado un salto futurista.

"Yo venía atrás en la camioneta. Fui el primero que lo vi –contó a la periodista Reneé Sallas de *Gente* (22-6-78)–. Era una luminosidad que se acercaba en dirección a nosotros. Al principio no distinguí más que una. Después observamos dos más. Me llamó la atención la velocidad con que se acercaba. Irradiaba una luz por momentos blanca, por momentos verdosa, por momentos roja. Enseguida di la alerta a los otros. Más o menos un minuto después giró como en un ángulo de 40 o 50 grados y se alejó nuevamente. Eran tres, seguro que eran tres. Y giraban, porque las luces que irradiaban eran por momentos cambiantes."

Era la primera vez que Orellana había visto un ovni. Claro que tenía ganas de ver uno, le dijo a la periodista que acostumbraba a entrevistar a las figuras máximas del gobierno. "Se habla tanto", dijo Orellana. "Pero jamás pensé que me iba a ocurrir a mí." Habían visto otros platos voladores en la provincia. El 16 de mayo el diario local *La Unión* informó de una "aparición" en el puesto caminero del río Huacras, límite de Catamarca y Tucumán. Fue a las cinco y cuarenta de la mañana.

En la camioneta junto a Orellana, en la fría madrugada del primero de junio, también estaba presente el director de la Escuela número 3 de Monte Potrero. Dante Zeballos recordaba con precisión cada detalle, como si en eso se jugara su credibilidad de maestro y de hombre argentino. "Conozco muy bien el cielo de Catamarca. La gente de campo, usted sabe, es buena de vista y de oído. Avista cosas a distancias que otras personas no pueden ver. Y además no miente". Estaba segurísimo de no haber visto un avión ni un globo ni una estrella. "Eran tres objetos luminosos del tamaño de las ruedas de los autos, que se vio clarito

que pasaron delante de las estrellas, porque las estrellas en ese momento parecieron borrarse del cielo."

Ese mismo 1° de junio *Clarín* incluía como titular de tapa la decisión de Brasil de aplazar la reunión, entre ambos países y Paraguay, por la represa de Corpus e Itaupú. Massera, por su parte, se negaba a hablar de asuntos de la política nacional e internacional. En cambio, se despachaba a gusto sobre el éxito que significaba el Mundial "más allá de lo deportivo". El "Toto" Lorenzo pasaba por alto sus diferencias con el entrenador del seleccionado y decía: "estoy con Menotti, estoy con los jugadores, estoy con el país. Soy un hincha más."

En el suplemento *Cultura y Nación* el actor Alfredo Alcón hacía declaraciones a favor del XI Campeonato, especialmente por las actividades que se generarían a su alrededor que "demostrarán al mundo cómo hacemos, qué somos". Los visitantes, decía, podrían escuchar una conferencia de Borges, ir al cine o pasar por una librería. "No... no creo que aumente la alienación de la gente. Gracias a Dios, nuestro país todavía no es, para nada, un país alienado."

La cotidianidad misma parecía ser un fantasma que, de golpe, confundía todo y confundía a todos. El solo hecho de enfrentarse con el diario a la mañana resultaba ya una prueba. Demasiadas afirmaciones unánimes y elipsis. ¿No llamaba la atención de los lectores, al menos, que no existiera ni una sola voz que criticara al seleccionado? ¿Acaso no se llegaba a reconocer que eran sentidos forzados los que aparecían casi en una suerte de silogismo: porque "estoy con el país" o porque "soy un hincha más", por lo tanto, "estoy con Menotti-estoy con los jugadores"? ¿No se percibía allí la imposición de un pensamiento circular que volvía sinónimos los conceptos de "país" y de "hinchada" y que impedía la posibilidad de elegir a uno sin el otro? La realidad misma cobraba visos fantasmagóricos por lo que tenía de contradictoria y repentina. ¿De qué otro modo un hombre de teatro como Alcón, conocedor de la existencia de listas negras y prohibiciones de las que eran víctimas sus compañeros más cercanos, podía hablar de un país no "alienado"? ¿Creería él, acaso, que era conveniente sofrenar las "críticas más duras" esperando el momento apropiado para hacerlo lenta y serenamente?

¿Habría que resignar "algo" en beneficio de "algo" mayor? ¿Qué diferencia había entre los dos "algo" si eran iguales? ¿Resignarse al Mundial y quedarse con "las actividades culturales" permitidas?

La mayoría de la población estaba tan acuciada viviendo en esa realidad fantasma que no alcanzaba a poner en el diario un enorme signo de pregunta. Decir: ¿Será todo esto así? ¿Por qué? Las órdenes, por definición, excluyen las preguntas y aquél era un país ordenado. Hasta de modo risible se había cambiado la letra de la *Marcha del Mundial*, pero igual se la seguía cantando: "Veinticinco millones de argentinos *pagaremos* el Mundial...".

Separado del cuerpo central del diario, en la contratapa, donde tienen cabida los "chistes" y no la información, se destacaba una viñeta de humor gráfico de Roberto Fontanarrosa:

Representante: –Profesor, quiero recomendarle este pibe. Tiene clase, estilo. Es un jugador tipo Villa, el de Racing...

Director Técnico: –¿Con ese fisiquito?

Representante: –Es que es más bien tipo Villa de Emergencia.

Al costado, debajo del *Clemente* de Caloi estaba *Diógenes y el linyera*. La historieta diaria de Tabaré, Abrebaya y Guinszburg presentaba una situación muy diferente para el inicio del Mundial. Diógenes, el perro del vagabundo que soltaba mordaces preguntas en los globitos de su pensamiento remedando al filósofo griego, había caído enfermo. En ese día no pensaba nada.

Era la primera de las veinticinco jornadas que duraría el campeonato.

Capítulo VII: Argentina 2-Hungría 1

"...se ha advertido en los últimos tiempos, una notoria ofensiva marxista en el área de la literatura infantil. (...) las editoriales marxistas pretenden ofrecer 'Libros útiles' para el desarrollo, libros que acompañen al niño en su lucha por penetrar en el mundo de las cosas y de los adultos, que los ayuden a no tener miedo a la libertad, que los ayuden a querer, a pelear, a afirmar su ser. A defender su yo contra el yo que muchas veces le quieren imponer padres o instituciones, consciente o inconscientemente, víctimas a su vez de un sistema que los plasmó o trató de hacer a su imagen y semejanza."
(de La Subversión en el ámbito educativo. Conozcamos a nuestro enemigo, *Ministerio de Educación de la Nación)*

El almuerzo del Rotary Club había terminado. Iban por los postres cuando el Secretario del Menor y la Familia, Florencio Varela, pidió un poco de silencio a los comensales. El funcionario puso cara de velorio y habló de un desgraciado incidente que retrotraía a los "tristes capítulos" padecidos por "la familia argentina". Era el 31 de mayo y las mentes estaban puestas en la inminencia del Mundial. Varela no pasaba por alto el acontecimiento pero prefería referirse a cuestiones como "desfasaje generacional" y "una mal entendida independencia". Decía, además, que "nos han matado el amor y esa muerte del amor nos ha comprometido seriamente y nos han querido cortar el hilo de la tradición para que nuestros hijos no supieran a dónde van."

Las sentenciosas palabras tenían su origen en el único acto de "desobediencia" que la prensa había registrado en esos días. En la Escuela número 20 Julio César Raffo de la Reta, ubicada en las calles Potrerillos y Villavicencio de la ciudad de Mendoza, dos alumnos se habían limpiado la nariz con la bandera y, de inmediato, fueron detenidos por fuerzas policiales "por ofensa contra la enseña nacional."

En los establecimientos educativos del país la indignación corría pareja en todo aquello que podía entenderse como un agravio a los símbolos patrios, sin embargo no había ningún reparo hacia la intromisión de la fuerzas de seguridad en los colegios. No era un hecho ocasional que la policía ingresara a las aulas, no para ofrecer, como era ya una costumbre, audiovisuales sobre el uso indebido de drogas acompañados de una encuesta personal sobre hábitos y costumbres del estudiantado, sino para reprimir alguna falta de conducta. El 2 de junio, por ejemplo, los alumnos del Colegio Nacional Mariano Moreno, en la Capital Federal, habían visto con menos sorpresa que estupor pasar por las aulas a tres policías acompañando a un taxista a quien, en el horario de ingreso al colegio, le habían abollado el capó del auto. Inmersos en el fervor del Mundial los estudiantes habían pretendido declarar su propio asueto desde la mañana para ese día viernes en que Argentina jugaba su primer partido en el último horario, recién a las 19.15 hs. Un centenar de estudiantes detuvo el tránsito en la calle Bartolomé Mitre y los colectivos, taxistas y automovilistas particulares se resignaron a retroceder unos metros y tomar otro recorrido. Todos menos uno, el taxista que había acelerado metiendo la trompa del auto en el tumulto.

"Hoy no entramos, nos dijimos. Eso fue todo. Como éramos los más grandes, llevamos adelante eso que pretendíamos convertir en una *rateada* masiva", cuenta Miguel, en aquellos días alumno de 5to. año y hoy profesor de literatura en la escuela media. "Pero un pibe se trepó al capó del auto y ahí nomás se terminó todo. En seguida entramos a la escuela." Tal vez tomaron conciencia del peligro. Tal vez los asustó sentir en carne propia el descontrol... Como si tirara la cuerda de su memoria, cuenta que las mañanas de los viernes estaban ocupadas por tres materias: Matemática, Literatura e Instrucción Cívica. Y aclara que no hay nada prodigioso en su memoria, que simplemente se acuerda de Literatura y que el antes y el después se le imponen. "¡Cómo no íbamos a ser indisciplinados si en Instrucción Cívica nos hacían estudiar la *Constitución Nacional*! Cada vez que hablo de *El Matadero* (de Esteban Echeverría) en una clase me acuerdo de que ese cuento lo leí por primera vez durante quinto año y que, sin embargo, en ningún momento se me pasó por la cabeza relacionar que esa tortura padecida por el personaje también nos *hablaba* de las torturas que había *hoy* y que algunos de mis

compañeros decían que existían a toda hora. La dictadura ni siquiera nos dejaba pensar aquello que estábamos pensando."

En medio de la clase de Matemática entraron los tres policías y el taxista, acompañados por la interventora del colegio que dedicó unas palabras al efecto. Acto seguido el taxista pasó entre los bancos tratando de identificar al alumno, a quien había bajado a golpes del auto. No estaba allí. Tenían que seguir buscando en las aulas de los tres pisos del edificio. Tampoco estaba ahí, ni allá. En cada aula los profesores no tardaban en proseguir con su clase sin hacer comentarios o, mejor dicho, primero permitían que ingresara el estudiante buscado que iba pasando de curso en curso y entonces, como si nada hubiera ocurrido, retomaban el hilo de la clase.

Pocos días antes había empezado a circular por los colegios un folleto de cuarenta páginas con el título de *Conozcamos a nuestro enemigo. La subversión en el ámbito educativo.* Así, el Ministerio de Educación daba cumplimiento a la resolución 538 por la cual se hacía "conocer" al personal docente y administrativo "las características" del "enemigo" que se combatía en todos los terrenos.

Aunque cueste creerlo, el folleto dedicaba un apartado especial, además de referirse centralmente a los establecimientos universitarios y de enseñanza media, a las escuelas primarias y aun a los jardines de infantes (pre-primaria). Porque el "enemigo", se decía, bien podía empezar a gestarse allí sin que nadie por el momento llegara a percatarlo. Detrás de los conceptos como "autodisciplina" e "independencia" podía crearse en los alumnos, en forma paulatina, la vivencia de una "autonomía" perjudicial a los intereses del país. Era la "limpieza" a fondo de una generación completa y había que iniciarla desde el principio, desde el jardín de infantes hasta la universidad.

El Secretario de Cultura de la Nación, doctor Raúl Casal, había dicho que el mundo actual se debatía entre la libertad y la esclavitud y que, dada esa situación, era pernicioso considerar el "consumo de cultura por sí mismo o a la cultura como meramente recreadora", ya que de proceder de ese modo se hacían "peligrosísimas concesiones al enemigo". Para Casal, el folleto apuntaba a fortalecer desde todos los ángulos posibles

y sin menospreciar ninguno, la muralla de contención que había sido levantada por el Proceso: "El peligro de la infiltración ideológica, en el caso de la Argentina, depende más que de la invasión de las ideologías de que sepamos poner barreras mediante la 'no concesión', es decir, no presentando debilidades internas. Por eso la cultura y la defensa de los valores culturales siempre debe estar comprometida con ciertos valores que nosotros defendemos, que sabemos defender con pasión".

Las severas normas en los colegios se relajaron no bien comenzó el campeonato. Hasta los sacos y corbatas, que como uniforme obligatorio debían llevar los estudiantes varones del secundario desde 1976, encontraron un respiro en medio del crudo invierno. Por veinticinco días los colegios se verían mundializados, presos de un júbilo que por momentos se confundía con el recuerdo de la primavera. Las clases, por primera vez en dos años, admitían tocar temas que no estuvieran en la currícula.

Lo que los estudiantes vivían como una conquista propia era, sin embargo, la traducción de una sugerencia que había hecho circular la Subsecretaria de Educación, Edith Alonso de Dumrauff, de que se utilizara el Mundial '78 como un tema para ser abordado en el transcurso del mes de junio. "Éste es un momento de euforia que la escuela no puede desaprovechar", explicaba. No había ninguna contradicción. La estrategia del gobierno no dejaba de ser clara: se controlarían hasta los mismos efectos de la alegría.

Ya lo había dicho el mismo Casal en una entrevista (*Gente*, 25-5-78). ¿Qué defecto debe anularse antes que otros en el argentino?, preguntó el periodista, y el Secretario de Cultura de la Nación sentenció: "El escepticismo. *Deben desaparecer los escépticos para que nazca la esperanza, que es la que posibilita la alegría*". Las itálicas son nuestras, las palabras son enteramente suyas.

En el Ministerio de Educación funcionaba, desde 1976, un organismo de inteligencia que, encubierto bajo el nombre de Recursos Humanos, cubría el área de espionaje educativo de la Operación Claridad, el plan de represión cultural más grande que se conoce hasta ahora de los tiempos del Proceso ("Operación Claridad", *Clarín* 24-6-96). "Recursos

Humanos" era financiado, según consta en un memorandum –noviembre de 1976– del ministro de Educación Ricardo Pedro Bruera a Videla, por fondos secretos que le permitían afrontar los costos del "personal técnico y la creación de toda la infraestructura de apoyo a la labor informativa", es decir pago de informantes ocasionales. Asimismo, por una solicitud de "necesidades" presentadas por el organismo "al señor SIDE" (*¡sic!*) en marzo de 1977, se puede deducir en algo cómo era el radio de su accionar. Los objetos requeridos eran: una motorola para comunicar el vehículo con la central, una línea teletipográfica, sistema de intercomunicación para cinco agentes, sistema encubierto de grabación, máquina fotográfica Minox, trituradora de papeles, máquina de fotos tipo reflex 35 mm con flash, grabador con chupete para teléfono, etcétera.

Para el Mundial ese organismo de espionaje ya contaba con todos los enseres requeridos y se encontraba en pleno funcionamiento. El coronel (retirado) Agustín Camilo Valladares, amigo de Viola, se desempeñó al mando bajo el cargo pantalla de "Asesor de Comunicación Social" hasta 1983.

Al inicio del ciclo lectivo del '78 "Recursos Humanos" había recibido la "Directiva del Comandante en Jefe del Ejército" que, con la firma de Viola, exigía despidos e inhabilitaciones "del personal jerárquico o de cuadros docentes, no docentes, laicos y confesionales, enrolados o simpatizantes de la ideología marxista" que no hubieran "logrado los resultados deseables." La línea que signaba el ingreso como "simpatizante" no dejaba de ser antojadiza, aun en las especificaciones de las directivas que incluían, además, la reunión de los datos de los familiares de los "sospechosos". Podía tratarse de "funcionarios y directivos que, mediante acción o inacción favorecen la infiltración", como también de "docentes religiosos o laicos que impriman a sus clases una clara o encubierta orientación marxista."

No habiendo centros de estudiantes en las universidades ni en los colegios secundarios, la represión hacia el alumnado se focalizaba en cualquier intento de agrupación gremial o asociación con fines culturales extracurriculares. Todo era plausible de ser tomado por las autoridades como una "infiltración" de ideas subversivas, desde un pedido de ampliación de horarios de clases en la facultad hasta la organización

de un ciclo de cine debate. Si el temor no surgía por parte de los alumnos, corría a cargo de los directivos y personal docente y no docente de las instituciones. Sobre ellos pendía el ojo de la vigilancia, y, por cierto, el despido y la inhabilitación no eran las represalias más temidas.

Mientras el ministerio recibía estas directivas, el Consejo Publicitario Argentino daba a conocer, a través de distintos medios gráficos, su opinión sobre el inicio de las clases. Era la foto de una familia tipo con la siguiente leyenda: "Escuela número 1. Si la escuela es el segundo hogar, el hogar es la primera escuela. Los padres son los primeros maestros. Los que enseñan a hablar. Los que enseñan a pensar. A los 6 años, los padres deben mandar a sus hijos a la escuela. Pero también acompañarlos. La escuela y el maestro necesitan su apoyo. Esperar todo del maestro y del Estado es negar su responsabilidad de padres. Su Casa: Escuela número 1."

El EAM '78 había editado la *Guía de información general de la República Argentina* que era mucho más que un panfleto de cuarenta páginas; tenía 673 páginas y había sido auspiciada por treinta empresas, entre otras, Coca Cola, Tecsa S.A., Arquitectos Manteola, Sánchez Gómez, Santos, Solsona y Viñoly, Pirelli S.A.I.C, Bariloche, Kohl y Ulimann S.A., Aslan & Ezcurra S.A.

En el prólogo del libro el turista extranjero encontraba las pretendidas descripciones del tan mentado "ser nacional", esa añeja suerte de espíritu colectivo que el Proceso se empeñaba en promover: "Cuando un argentino termina una conversación amistosa suele invitar a su interlocutor a visitarlo, ofrece la dirección de su hogar y agrega con una sonrisa: 'su casa, señor'.(...) No son palabras vanas: la preocupación por agasajarlo, la presentación de sus familiares, el cuidado por brindar una mesa bien servida, los sinceros ofrecimientos de ayuda... son las pruebas de que los argentinos conciben la amistad y las obligaciones del anfitrión como deberes importantes que cumplen muy a gusto.

"Hay otra expresión típica del idioma argentino: 'gaucho'. Gaucho es el habitante de las pampas, las vastas llanuras donde la solidaridad de los hombres es imprescindible para sobrevivir. Quizá por esta razón la palabra

'gaucho' también se emplea para denominar a las personas que están siempre dispuestas a dar una mano, a prestar su auxilio a quien lo necesite.

"Ahora bien, imagine usted una casa de más de tres millones de kilómetros cuadrados; imagine usted a unos 27 millones de 'gauchos' que con un gesto amplio de su brazo le dicen amablemente: 'pase, señor; ésta es su casa' y tendrá el primer vislumbre del espíritu de la Argentina y sus habitantes."

Por más que muchos argentinos quisieran sentirse arrobados por ese "nosotros", nada en la vida real les ofrecía motivos ciertos para creerlo. La frase "su casa, señor" sonaba al mismo tiempo en que el Centro de Inquilinos hacía conocer su protesta ante los desalojos que anunciaba la puesta en vigencia de la nueva ley de alquileres. "Si las autoridades del país no toman medidas para detener los desalojos, las calles de todas las ciudades del país se llenarán de muebles, se incrementará el hacinamiento y crecerán inevitablemente las villas de emergencia", decía su principal dirigente, José Bonano. Las penas eran propias y las casas, igual que las vaquitas de la zamba (mejor dicho, una milonga campera) de Atahualpa Yupanqui, seguían siendo ajenas.

Las declamaciones *for export* se volvían *for import* hacia los argentinos que vivían como extrañados en un país que cada día se hacía más ilusoriamente propio. Si alguna vez había sido frecuente la invitación a compartir la misma mesa, ahora era cotidiano el temor de ofrecer y recibir siquiera el número telefónico a quienes recién se conocía. La portación de pánico sobrepasaba con creces la tenencia de libros y discos que pudieran juzgarse como "material subversivo" en las usuales requisas de documentos y revisaciones de pertenencias en cualquier lugar público y privado. Y también íntimo, porque en los cuartos de los "hoteles de alojamiento" que, por orden de Cacciatore empezaron a llamarse "albergues transitorios" para no confundir a los turistas, se podía asistir a una requisitoria. El "delincuente subversivo" era capaz de esconderse en cualquier lugar, y su solo nombre, dirección o teléfono "envenenaba" las agendas. Las profilaxis ante esa "peste" que circulaba subrepticiamente de agenda en agenda era la distancia con los otros, o conformar grupos de relación estrechamente cerrados, o agudizar la memoria en lugar del papel. El pánico no sólo nos convertía en mudos sino también en ágrafos.

Juan, que aún hoy prefiere usar un seudónimo pese a la promesa de que no figurará su apellido, nos da a elegir en mencionarlo también como "El memorioso Funes", menos como reconocimiento al personaje borgiano que como un guiño a su pasado. Jamás usó una agenda, ni siquiera en estos días en que es el más común padre de familia y que trabaja como comerciante en el "pleno olvido" –dice él– de su carrera universitaria que dejó inconclusa cuando sólo le faltaban dos exámenes. Sigue conservando en su cabeza los "veinte números de teléfonos" que le importan; "igual que antes", dice y aclara, "aunque ya no son los mismos". Mucho antes de esa madrugada de abril del '78 en la que llegó a la Capital desde su "provincia del norte", Juan ya tenía un entrenamiento en inventarse ardides mnemotécnicos. Nunca le había interesado el fútbol, pero como había venido a Buenos Aires "para cortar definitivamente con la militancia y perderse entre la gente" empezó a hablar de lo que todos hablaban. No quería despertar sospechas en la pensión donde vivía ni en los trabajos que conseguía como peón de albañil. Al comenzar el Mundial ya opinaba como cualquiera de sus compañeros de trabajo. De vez en cuando, sin embargo, recorría las librerías de usados de la calle Corrientes y, con disimulo, buscaba si en la primera página del libro había un nombre, una firma, una marca, algo. Estaba convencido de que en los allanamientos los grupos de tareas incluían en el "botín" libros que después vendían. Ni siquiera después de tantos años, Juan pretende dilucidar qué buscaba o, mejor, qué temía encontrar.

En esa "casa de 27 millones de argentinos" se había vuelto una propiedad horizontal bastante extendida suministrar información, como lo requerían las publicidades y el viciado aire que se respiraba, sobre movimientos "extraños" en las casas vecinas que incluían, desde la presencia de "gente rara" hasta la circulación del número de visitas. ¿Cuántas personas vivían en el departamento de al lado? ¿No era inusual que esa "parejita" que vivía sola usara tantas veces el depósito del baño? El aire estaba contaminado de historias que decían que los guerrilleros, completamente diezmados, secuestraban chicos para tomarlos como rehenes y así exigir la colaboración de los padres para sus huestes. Había que estar alerta también, se decía, a los vendedores ambulantes que iban puerta a puerta dejando muestras con sus productos; podían ser subversivos

que nos convirtieran en cómplices, aunque más no fuera como "mulas" de mensajes clandestinos que otros "vendedores" recogerían. Jamás había que firmar nada; era posible que se tratara de un engaño que escondiera un compromiso con los subversivos. Había que hurgar entre las pertenencias y amistades de los hijos, saber qué leían, de qué hablaban. Había que estar atentos a lo que decían los maestros y los profesores de nuestros hijos; los profesores y preceptores no debían bajar la guardia de lo que decían los alumnos, ni siquiera en el baño de las escuelas cuando se reunían a fumar a escondidas en los recreos. No podía haber la más mínima inscripción en las paredes que aludiera a lo político. Los baños debían ser revisados después de cada recreo. Los estudiantes, en tanto, hacían correr otra voz muy distinta: que muchos preceptores trabajaban para la policía.

Entre tanto, un magro lugar le quedaba a las "gauchadas" que no fueran delaciones. Había que estar atento a vecinos, porteros y mozos de cafés; todos ellos tenían entre manos la posibilidad de ofrecer una advertencia salvadora, aunque por lo general era la acusación parida por el miedo. ¿Usted notó movimientos raros en los vecinos nuevos?, preguntaban a diario policías de civil, y el miedo picaba en el estómago una respuesta más rápida que la verdad. En definitiva, lo "raro" era todo aquello que ocurría fuera de las cuatro paredes de alrededor; además, como rezaba el lema gaucho del *Martín Fierro*, había que hacerse amigo del juez y no darle nada para desconfiar.

Ése era el gaucho, un personaje literario que el "ser argentino" había transformado en mito nacional a principios del siglo. El hombre que había trabajado y trabajaba en el campo en tierras ajenas siempre se llamó paisano. Tomando la voz de esos peones rurales, Atahualpa Yupanqui cantaba a través del mundo lo que por prohibición estaba impedido de contar en el país: "La penas y las vaquitas se van por la misma senda. Las penas son de nosotros, las vaquitas son ajenas." Cuentan que unos meses después de finalizado el Mundial, ante el éxito rotundo de un concierto suyo en Alemania, la embajada argentina le hizo entrega de una estatuilla que representaba a un "gaucho". Al recibirla, y para el desconcierto de los diplomáticos, Atahualpa exclamó: "Es la primera vez en mi vida que toco un gaucho; yo siempre lo llevo adentro, en el corazón."

La *Guía de información general de la República Argentina* aseguraba que en 1976 "las Fuerzas Armadas iniciaron una etapa de reorganización política y administrativa", en la que existía autonomía del Poder Judicial y en la que eran respetados los derechos y deberes establecidos por la Constitución Nacional de 1853.

Incluía, entre sus más diversas informaciones de utilidad para el turista, un extenso capítulo dedicado a las manifestaciones artísticas. En el apartado referido a la literatura, por ejemplo, Esteban Echeverría jamás había escrito su ensayo netamente liberal que quedó en la historia de la literatura argentina con el equívoco título de *Dogma socialista.* En la nómina de títulos y autores contemporáneos de distintos géneros en la que estaba ausente Julio Cortázar, se nombraban, sin embargo, a algunos escritores censurados como Manuel Puig y Griselda Gambaro. Si bien en un sentido estos datos resultan menores, no lo son a la hora de testimoniar cómo cada uno de los ámbitos era un terreno resbaladizo que se inclinaba hacia la internalización del miedo y la culpa: el peligro circulaba en el abecedario completo, así que, sin saberlo, se podía estar leyendo un libro prohibido. En las páginas de música popular Atahualpa seguía mudo de palabras, era simplemente un "excepcional guitarrista".

"Escándalos desnudos al verde vivo: audaces strip teases. Las damas desnudas del Mundial". Así promocionaba su show un local del centro de Buenos Aires. El "verde" aludía a lo "picante", a la temperatura de esos cuerpos que apenas quedarían cubiertos, casi como en el mismísimo Edén. El espectáculo se prometía continuado desde las once de la mañana hasta las cuatro de la madrugada. Buenos Aires mantenía su noche sin desperdiciar el campeonato de fútbol. "Los mismos horarios durante todo el Mundial '78 en las dos salas. Dentro de nuestro show realista transmisión en blanco y negro en directo por televisión en pantalla grande". El anuncio se preocupaba por dejarlo muy claro: no era la pantalla gigante a todo color; esto era aun más "realista": un sótano oscuro y las piernas de una mujer compitiendo con los jugadores para ver quién derrochaba más ilusiones ante hombres inmóviles.

El aviso se publicó destacado en los diarios el día del partido entre Argentina y Hungría, tratando de competir quizá, mediante la doble

oferta, con las salas para toda la familia que ofrecían los partidos en circuito cerrado de TV color en el Luna Park, los cines Ocean, Gran Rex, Broadway, Sarmiento y Plaza. Los precios de las localidades variaban según la capacidad, comodidad de la sala y dimensión de la pantalla. Pero también fueron aumentando a la par que crecieron las posibilidades de Argentina en el campeonato. El doctor Hugo Giganti, titular de la empresa poseedora de los derechos de este tipo de transmisiones en el país, declararía al diario *La Nación* (10-6-78) que los precios en realidad no habían aumentado sino que la decisión de la empresa había sido reducirlos cuando no jugara el equipo local. Confirmaba, eso sí, que había habido reventas por un valor seis veces mayor en el segundo partido, pero que la empresa era totalmente ajena a esas acciones. El redactor del diario, de todas maneras, enfatizaba que las localidades ya eran más caras que las del estadio de River y se preguntaba cuál podía ser el tope si los triunfos continuaban.

El partido contra Hungría pondría a prueba las aspiraciones del equipo nacional. El periodismo especializado ya se había encargado de descartar al conjunto dirigido por Lajos Baroti como uno de los candidatos del campeonato. La trayectoria del director técnico hacía contundentes sus opiniones acerca de la falencia más marcada de su equipo, como era "la inexperiencia internacional de la mayoría de los jugadores."

Hungría había arribado con sólo 19 jugadores, tres menos que los permitidos por la FIFA. Había tenido una difícil clasificación en la zona que integraban la U.R.S.S. y Grecia. Fue preciso que peleara su plaza en el XI Campeonato con Bolivia, a quien consiguió golear en Budapest y en La Paz.

Cuanto más se acercaba el momento del partido, las dudas, sin embargo, crecían. El contraataque adquirió la forma de un arma secreta en un equipo que, tal como se decía, tenía puntos de contacto con el fútbol sudamericano. Aunque los temores estaban impulsados en gran medida por la ansiedad, también cobraron la forma exigida por la cautela. ¿Qué ocurriría si Argentina perdía en su debut? ¿No era acaso más redituable elevar las cualidades del adversario cualquiera fuese el resultado del partido?

Decidida a no perder y sí a ganar terreno en la batalla, la Junta se esmeró en dejar claro que lo conseguido ya era suficiente. De esa manera, tomando el éxito deportivo como un agregado accesorio, no le quedaba

más que avanzar sobre un campo seguro. No fueron los funcionarios del Proceso quienes comenzaron a hablar de Argentina campeón, ni siquiera demostraban por el equipo local el mismo entusiasmo que sí transmitían los periodistas. Todas las declaraciones previas al comienzo del campeonato así lo corroboran. El gobierno, desde luego, tenía muy en claro que el cálculo redundaría a su favor. Ya habíamos "ganado" desde el primer día, el resto era un sueño que merecía el mejor de los cuidados.

Para ese viernes del partido, la ciudad mantenía abierto el telón de sus espectáculos. A pocas cuadras del local de las audaces striptiseras, Tato Bores, Mimí Pons y Verdaguer presentaban *Maipo 78*; Dringue Farías, Adolfo Stray y Adriana Aguirre eran *Los reyes del Tabarís*; Porcel y Olmedo, junto a Ethel Rojo, hacían *La revista nunca vista.* La oferta era amplia para el género, aunque la gran vedette Nélida Lobato actuaba en la comedia musical *Chicago.* Pinti hacía *Historias recogidas.* Tocaba el "Mono" Villegas y cantaba Edmundo Rivero. Mientras, en los teatros más alejados del epicentro porteño, seguían en cartel *Visita* de Ricardo Monti, *Requiem para un viernes a la noche* de Germán Rozenmacher. El cine Alfil presentaba *Holanda Pop Festival,* la mejor forma que por el momento tenían los jóvenes para ver y escuchar a Soft Machine, Santana, Pink Floyd, Jefferson Airplane...

Era recién el principio y las cosas proseguían su ritmo. Aunque el fútbol era una indiscutida pasión de multitudes, no era aún un fenómeno massmediático omnipresente como hoy en día. Existía, además, una cierta toma de distancia hacia el fútbol, remarcada en los sectores de profesionales de clase media.

"No sé si habíamos ido a ver una película de un concierto de Yes o de Pink Floyd, pero de lo que estoy segura es que el padre de Paulo y yo no vimos un solo partido del Mundial", cuenta Silvia orgullosa, que en aquellos días cumplía tres meses de casada con el padre del primero de sus dos hijos, un técnico en una empresa de acondicionadores de aire. A ellos no les interesaba "ni el fútbol, ni la política, ni los militares", así que planeaban cosas para hacer; al principio eran salidas pero después "con los festejos de la gente en la calle se hacía imposible y era lo mismo que ver el fútbol". Entonces se quedaban en la casa, a él le gustaba la música, "tocaba muy bien la guitarra", y ella cantaba. Se habían

conocido hacía menos de un año y se casaron "con lo puesto", dice ella, "con lo puesto y un departamento de dos ambientes, todo vacío, que nos prestó un tío mío". Sin heladera, ni sillas, ni tazas; lo único que tenían era un colchón, una mesa de caña y un grabador donde escuchaban a Pink Floyd, algo de Emerson Lake & Palmer y mucho del Yes de Rick Wakeman. "¿Que qué gente había en el cine esa noche? Mucha, estaba lleno. Era gente como nosotros, común, qué sé yo, éramos rockeros sin llegar a ser 'jipones' y no tolerábamos a los bolicheros tipo Travolta en *Fiebre de sábado por la noche*. Teníamos veinte años. Bueno, yo veintiuno y él veintitrés y vivíamos las cosas muy rápido."

La película de Travolta estaba a punto de estrenarse, aunque la moda la anunciaba desde mucho tiempo antes. Silvia, mientras repite "palabras viejas" arrancadas desde lejos como "bambula", "topper celestes y rojas", "jardineros little stones", no deja de lamentarse por haberse casado tan pronto. "Creo que era porque uno estaba muy necesitado de sentirse independiente. Todos nuestros amigos estaban casados. Sí, sí, con libretita y todo, como Dios manda."

Quizás también fuera el deseo de que los demás los vieran hechos a su imagen y semejanza, sin desafinar en nada con el "nosotros". Porque, como decía en *Para Ti* (10-7-78) el Secretario del Menor y la Familia, Florencio Varela: "Cuando en una familia hay respeto, ese orden genera automáticamente jerarquía, donde hay jerarquía hay orden y donde hay orden hay fuerza. En la mayoría de los casos, esa fuerza de la familia, es la misma que la de la Nación."

A pocos minutos de comenzado el partido la familia en pleno tambaleó. Todavía se oía el eco del *Himno Nacional Argentino* cantado a toda voz en el estadio. Sentados frente al televisor, el padre mostraba cómo se le había puesto "piel de gallina" por la emoción, aunque se quejaba, como siempre, de que los jugadores argentinos movían los labios en vez de cantar. Un avance del equipo húngaro por el costado derecho y, en seguida, desde el otro lado aparece el volante Karoly Csapo, queda solo frente al arco, y gol.

Hungría 1, Argentina 0. Menotti volvió al banco, se arregló el cuello del sobretodo y encendió su tercer cigarrillo. La madre preguntó si

ya nos habían hecho otro gol. Es el replay, contestó el padre molesto con los jugadores que siempre hacían lo mismo, pasar la pelota para atrás en lugar de avanzar como los europeos, tres toques y ya estaban en el arco contrario. En seguida, tiro libre para Argentina. Un zurdazo de Kempes, la pelota rebota en el arquero y el gol del empate. Hungría 1, Argentina 1.

La hija pregunta por Tarantini. No, no fue "el conejo" dice su hermano, fue Kempes. No, no fue Kempes, fue Luque el del gol, suelta el padre. La charla se repite tan igual como el partido. La hija abre la revista *TV GUÍA* y se pone a leer una entrevista a Claudio Levrino, el galán de *Un mundo de veinte asientos.* El hijo, de costado, empieza a dibujarle con una birome anteojos y bigotes a la foto del actor que hace de colectivero en la telenovela. Salí, le dice la hermana, forcejeando como Passarella con el delantero Torocsik. Fin del primer tiempo. Secándose las manos con un repasador, la madre le comenta a la hija que acá todo es copiado y que era mucho mejor *Rolando Rivas, taxista.*

Que con este equipo no vamos a ninguna parte, dice el hijo al comienzo del segundo tiempo. Yo les tengo fe, contesta el padre, pero tiene que entrar Alonso. No hay con qué darle a los húngaros. Que manejan bien la pelota pero no se quedan dando vueltas como nosotros. Siempre lo mismo, el pase al costado y atrás. Qué te dije. Entra Alonso. Parecés brujo, vos. No, es la lógica, un tipo como "El Beto" desequilibra. Un casi gol de Hungría. Los húngaros, en definitiva, eran unos tapados con ese fútbol que se traían bajo el poncho. Les falta, dice el padre, pero tienen orden, avanzan y retroceden juntos. Son europeos, no hay vuelta que darle. Es así, dejás a tres argentinos en una isla y a la semana ya te hacen una guerra civil. Alonso daba vueltas y la pelota giraba, pero en otro lado. Y mañana te cortás ese pelo. ¿Uno a uno?, entonces está bien, dice la madre. No, falta orgullo por la camiseta, mirálo a Alonso, se cree que es un baile. La hija levanta la mirada de la revista, dejando desamparada a Susana Giménez que ya no quiere escándalos y habla de su romance con Monzón, y apenas llega a ver el taco de Alonso y la aguerrida arremetida de Luque. Imparable. Un rebote y gol de Bertoni. Eso, hay que estar ahí, donde se debe estar. La definición de un goleador. Agentina 2, Hungría 1. Qué te dije. Qué. Que ganábamos, viste.

Capítulo VIII: Argentina 2-Francia 1

"Tiren papelitos" (Clemente).

De las tribunas de River cayeron esa noche cataratas de serpentinas y rollos de calculadora, hojas de resmas tamaño oficio, de blocs y cuadernos escolares, todas cortadas en dos, en cuatro, en mil; pedacitos de hojas de diarios y revistas, de legajos y prontuarios perdidos. Expedientes con infidencias y confesiones.

La lluvia formaba parte del folclore futbolístico argentino: el grado de fanatismo por una camiseta se verificaba en los retazos echados a volar desde las bandejas del estadio. Las tribunas reciclaban una forma de recepción vista por primera en la Quinta Avenida neoyorquina durante el desfile de las tropas norteamericanas que regresaron triunfales de la Primera Guerra Mundial. El rito se repetiría en los Estados Unidos después de cada conflicto armado. Inclusive, luego de aquellos que dejarían un sabor amargo: cuando el general Mc Arthur volvió de Corea, despedido por Truman, un diluvio escupido desde balcones y ventanas lo saludó a su paso por la calle más pintoresca de Manhattan.

Bajo el embrujo del XI Campeonato, River estaba más cerca de la Quinta Avenida que de Figueroa Alcorta. Se olía en todo el estadio el perfume guerrero. "¡Qué espectáculo fue la salida de la cancha el otro día!", comentaba Clemente desde la contratapa de *Clarín* (3-6-78). "Y eso que antes de entrar, la cana le sacaba los papelitos y los diarios (futuros papelitos) a la gente. Había montañas de papeles junto a las *vayas*, en los accesos al estadio, que me juego la cabeza que después se lo *yevaba Murióz*. ¿No estará arreglado con algun *boteyero*?", ironizaba.

José María Muñoz había llamado a una cruzada aséptica y Caloi le llevó la contra desde el primer momento. Clemente hablaba en nombre de los tabloneros de ley en la única "polémica" escuchada durante el certamen.

"A mí me corresponden las generales de la ley", se excusaría Muñoz, el Relator de América, la voz del EAM, a la hora de revisar en 1984 su papel de agitador oficial. "En aquel momento no se tenían los datos o referencias sobre lo que estaba sucediendo. Conocíamos el problema de la subversión, pero uno no estaba en contacto directo con las cosas. En su momento, también sufrí haber estado postergado. Pude haber sido un hombre de las Fuerzas Armadas, era técnico aeronáutico. Sin embargo, me gustaba el periodismo deportivo. Y eso hice. Pero bajo ningún aspecto le di tinte político. Soy un hombre católico, de gran fe, de familia, de un hogar bien constituido, y además, algunas amistades mías, lamentablemente, no las encontré más".

Caloi no cree que su personaje haya contribuido a la utilización política del certamen. "Clemente no estaba ligado al pensamiento de los militares. Ellos quisieron hacer un Mundial sin gente, o con la menor posible, porque le tenían miedo a las multitudes. Y Muñoz, por otra parte, no quería que se ensucie la cancha. Era como decir: 'si hay gente, que no se note', cuando el espectáculo futbolístico no se termina con los 22 jugadores, el referí y los jueces de línea. Acá hay una participación muy activa y creativa, como no la hay en otros lugares del mundo. Los papelitos fueron la voz de los que no tenían voz. La alegría era legítima y no estaba avalando una acción de gobierno. Si ni se le pasaba por la cabeza que la selección podía salir campeona. Esto desbordó las previsiones".

La oratoria de Muñoz tendría como constante la repetición del decálogo de las buenas costumbres. Sin embargo, había perdido su batalla con Caloi. Victoria pírrica aquella: Clemente sería incorporado a la emblemática oficial a través del tablero electrónico. La hinchada respondería a sus llamados y regaría el césped de River de copos blancos.

La Junta miraría complacida la cascada.

Sentada en las plateas buscaba proyectar una imagen monolítica. Eran los centuriones ansiando un poco de distensión del otro lado de las trincheras. Fuera de los estadios, las disputas subían de tono. Videla y Massera peleaban codo a codo por el centimetraje en la prensa. En las vísperas del choque con Francia, Massera visitó Mar del Plata para

presenciar Brasil-Suecia. "El campeonato representa una magnífica ventana para que el mundo vea que la Argentina es sólo un país que aspira a vivir en paz y libertad. Cumplido el Mundial se continuará con el Proceso de Reorganización Nacional, buscando los objetivos que las Fuerzas Armadas se han fijado, objetivos que lógicamente no pueden estar alejados, y no lo están, de lo que el pueblo argentino quiere. Pero insisto en que ha habido aciertos y ha habido errores y seríamos sabios si tratáramos de enmendar los errores".

Acto seguido, anunció para septiembre su pase a retiro. Lo reemplazaría Armando Lambruschini. Un ciclo empezaba a cerrarse.

Massera había inoculado a la institución su sentido mesiánico. Con él, la Marina se sintió casi a la misma altura del Ejército. Había defendido a capa y espada un reparto equitativo de poder entre las instituciones armadas. El famoso 33 por ciento. En virtud de ese principio, marinos y aviadores no sólo tuvieron *status* de pares en la Junta sino en la Comisión de Asesoramiento Legislativo (CAL), se repartieron cargos en el gabinete, los medios de difusión y las intervenciones en los sindicatos.

El 2 de noviembre de 1976 había pronunciado un discurso titulado "Los muertos por la Patria" en el que decía: "No vamos a tolerar que la muerte pueda andar suelta en la Argentina. Lentamente, casi para que nos diéramos cuenta, una máquina de horror fue desatando su impunidad sobre los desprevenidos y los inocentes, en medio de la incredulidad de algunos, de complicidad de otros y el estupor de muchos".

No se reconocía en su propia obra. "Era consciente de que, en el esquema de gobierno que se avecinaba, las cuotas de poder de cada uno tendrían que homologarse con la proporción de represión que ejecutara", dice Claudio Uriarte en *Almirante Cero*. "Quien más reprime, más poder tiene, y el *quantum* de la represión se mide por el número de muertos y detenidos y por los espacios territoriales bajo control. Con esta regla de oro comenzó la planificación de las operaciones". Ese razonamiento fue compartido por los ultraduros del Ejército: Menéndez y Suárez Mason, amos y señores del III y I Cuerpo; es decir, los principales centros urbanos y fabriles, Córdoba y Buenos Aires.

Massera había forjado en la ESMA una escuadra a imagen y semejanza. "El arma se juega entera y yo no les voy a pedir a ustedes nada

que yo mismo no esté dispuesto a hacer", solía decir. Como consecuencia, el propio almirante participó ametralladora en mano del primer secuestro. Había socializado la carnicería, conminando así a la firma de un tácito pacto de sangre. La rotación en las mazmorras era la puerta de entrada a la cofradía. La ilegalidad total.

Había llegado a la conclusión de que la Argentina era incurablemente peronista y con el ministerio de Bienestar Social –que controlaba la Marina– quería poner en marcha un proyecto equivalente al de Perón en la secretaría de Trabajo y Previsión en 1945.

Para llegar a la cima de un poder político legítimo, inmune a las rotaciones periódicas de cada arma, era preciso aproximarse a la base social del gobierno derrocado. Massera había ideado una hoja de ruta. Al fin de cuentas, él, "el Negro", le había prodigado a Isabel toda clase de adulaciones. Con esa realidad en mente –según sostiene Uriarte– dedujo dos reglas prácticas para los operativos militares de la ESMA: habría un lote de sobrevivientes y ese lote sería reclutado entre los detenidos de la organización Montoneros, que eran vistos como más nacionalistas que los militantes del ERP.

A partir de 1977 había empezado a hacer más ostensibles sus reparos hacia la política de Martínez de Hoz. Las objeciones serían en rigor un ardid estratégico: el peronismo era su desvelo final. Conjeturaba que ese movimiento amorfo no podía ser seducido por el neoliberalismo. "Nadie se ha muerto jamás por el Producto Bruto Interno", diría en pleno XI Campeonato.

Había decidido utilizar los litigios territoriales con Chile y Gran Bretaña para armar su propia cabeza de playa en el Ejército y una forma de incrementar la participacion de su arma dentro del presupuesto militar.

Antes del Mundial, se había presentado en EE.UU. como paladín de los derechos humanos. Decía que la Armada propiciaba la publicación de una lista completa de presos políticos y desaparecidos y adjudicaba al Ejército la oposición al blanqueo.

Durante el XI Campeonato pensaba en sigilo sobre su futura estructura política: un inocuo Partido para la Democracia Social. Para eso había decidido diferenciarse cada vez más, y eso se dejaba traslucir ya entre comentarios futbolísticos de ocasión. Iba paso a paso. Como el seleccionado. No contemplaba en esos días de junio que el

encierro y la fosa del estrepitoso ocaso lo estaría esperando a la vuelta de la esquina.

Mario Abal Medina leyó con extrañeza las palabras "doping" y "fencafamine" en *La Nación*. El escocés Willie Johnston había ingerido estimulantes durante el partido contra Perú. Escocia había perdido 3-1 en Córdoba y se preparaba para hacer las valijas de regreso.

Él, en cambio, se encontraba asilado en la Embajada de México en Buenos Aires desde abril del 76. Abal Medina fue secretario general del Partido Justicialista a los 27 años. Había bajado del avión que trajo al general Perón el 17 de noviembre de 1972 con el pelo engominado, el rostro adusto y un traje oscuro. A su lado, José Ignacio Rucci los protegía de la lluvia con un paraguas. Fue un referente del peronismo en las elecciones que consagraron a Héctor José Cámpora el 11 de marzo de 1973. La guerra interna los distanció pero la embajada mexicana volvió a reunirlos.

El "Tío", como lo llamaban sus seguidores, la abandonó en 1980, cuando un cáncer de garganta le dejaba pocos días de vida. Abal Medina permaneció en la residencia del embajador durante casi todo el Proceso. Se quedó en una pieza, con escaso contacto externo, hasta que se desencadenó el conflicto con Gran Bretaña por las islas Malvinas. Su hermano, Fernando, uno de los fundadores de Montoneros, había muerto en 1970. Él, que había sido celador de Firmenich –a quien consideraba un tipo sin talento–, dice que nunca creyó en la vía armada. Los militares lo detestaban igual. Su familia era hostigada. Sus hijos tuvieron que hacer la escuela primaria en siete lugares diferentes.

En la embajada escuchaba la radio, en especial los programas de música folclórica, y preparaba una historia económica de América Latina. Leía con entusiasmo a los principales escritores argentinos del siglo pasado: Sarmiento, Echeverría, Mitre, Alberdi. "¡Qué ironía! Es que esos tipos habían estado en las antípodas de mi pensamiento, yo estaba influido por el revisionismo histórico y todas las corrientes del nacionalismo del cual provenía".

Las noticias más estremecedoras no le llegaban por la prensa sino, fragmentarias, a través de otras fuentes. La caída de Fulano. La muerte de Mengano.

Cuenta que Cámpora no podía creer lo de las desapariciones. Para el Mundial, sin embargo, el ex presidente había perdido toda incredulidad. Consideraban que el Mundial era una pantalla. Estimaban también que terminado el campeonato los militares se fortalecerían. "Pensar que mucha gente miraba para otro lado. Y bueno, tenés que convivir con ellos, son la mayoría. Alemanes e italianos soportaron cosas parecidas".

Los mexicanos les comentaban con extrañeza lo que sucedía en las calles. El tema de los festejos después de la victoria ante Hungría. El clima previo a la segunda fecha. Abal Medina hablaba horas y horas con Cámpora. "Es que yo no tenía una tradición peronista sino una visión libresca. En el '72 habíamos coincidido con el tema de las candidaturas, pero después, la mirada del fenómeno fue divergente". Antes del partido discutieron sobre la masacre de Ezeiza. Debimos haber sabido evitar el enfrentamiento, decía él, y el "Tío", asentía con la cabeza pero sin soltar palabra. Si se hubiera detenido a López Rega y a Osinde, tal vez las cosas hubieran tomado otro carril, arriesgaba Abal Medina. Perón no lo hubiera tolerado, opinaba Cámpora. No, Perón premiaba a los ganadores, replicaba Abal Medina redoblando la apuesta: el general fue un irresponsable al haber asumido la presidencia con su salud tan deteriorada, el general se dejó llevar por Isabel cuando debió gobernar desde atrás.

Ésa fue una de las pocas veces que el tono de cordialidad estuvo a punto de fisurarse. Acordaron poner paños fríos y volver a verse a la nochecita. Sería el momento de encender la TV.

Una vez terminado Argentina-Francia y "Mónica presenta", una chica contestaba en "Odol pregunta" sobre la historia del caballo.

Una comitiva oficial viajaba a Ginebra para participar de la reunión anual de la Organización Internacional del Trabajo (OIT). En la apacible Suiza también arreciaban las impugnaciones al Proceso. "La Argentina exhibe hoy un rostro distinto, ha quedado atrás la etapa en la que se intentó trastocar los valores y las instituciones de toda la sociedad organizada", replicaría en la asamblea el ministro de Trabajo, Horacio Tomás Liendo. Las medidas de rigor, anunciaría, son transitorias.

El movimiento obrero había sido ferozmente golpeado. En la antesala del golpe, el sindicalismo clásico tenía más de un dolor de cabeza para controlar la agitación. El desborde de los parámetros capitalistas se sentía como una amenaza. Ricardo Balbín, el líder del radicalismo, había acuñado el término "guerrilla fabril". La ferocidad del Proceso se correspondió con las aprensiones previas.

El principal sustento de los militares fue la gran burguesía. Unos y otros se necesitaron y recelaron mutuamente. La exclusión política y económica fue una necesidad compartida. La internacionalización de la estructura productiva, un horizonte. La absoluta primacía del mercado, una bandera. La despolitización y la apatía, un requisito. La Doctrina de la Seguridad Nacional, un instrumento para la desinfección microscópica.

La globalización del ajuste de cuentas.

La revista *Mercado* (octubre de 1978) computaría, de todas maneras, la existencia de 1.300 conflictos sindicales en el primer semestre del año.

Veinticuatro horas antes del partido contra los franceses, Videla sancionó la ley 21.808 que reimplantaba el artículo 29 de la ley de Defensa Civil que determinaba severas penas para aquellas personas o entidades que, desde el campo laboral, entorpecieran el normal desenvolvimiento del Proceso de Reorganización Nacional". Se hacía expresa mención a las "medidas de fuerza" que afectaran "los servicios públicos y otras prestaciones esenciales". *La Razón* tituló con parquedad y contundencia: "Ojo".

Ese mismo día Martínez de Hoz regresaba a Buenos Aires de la China. "Hemos abierto una nueva vía en las relaciones económicas".

El costo de vida de mayo había aumentado un 8,7 por ciento.

"Para el Mundial el Che Pibe hace los mejores 'cambios' de moneda extranjera", decía una publicidad gráfica del Banco Popular Argentino.

Se computaba la temperatura más baja del año: 0,4 grados.

Jugaba la selección y eso era un paro con programa televisivo. "El orden laboral privado tendrá también en dichas ocasiones inevitable

alteración, aceptada de buen grado por las mayores empresas que, aun así, han resuelto en la generalidad de los casos mantener los pagos íntegros de remuneraciones del personal", consignaba *La Nación*. El Mundial ya era una verdadera máquina devoradora de acontecimientos. Igual que *La Nona*, el personaje de la obra teatral de Roberto Cossa que se presentaba en el barrio de Once.

Cossa había dejado el país en 1976 aunque regresó al poco tiempo. *La Nona*, que había quedado inconclusa, fue uno de los motivos. Carlos Gorostiza quiso ponerla en escena. "Inconscientemente, un divertimento grotesco se transformó en tragedia".

La pieza se exhibió primero en la tele, en el ciclo *Historias de medio pelo*. En 1977 se estrenó en una sala céntrica con Luis Brandoni y Ulises Dumont. El éxito fue grande y la repercusión también. Una bomba molotov explotó un día en el hall del teatro, aunque eso no impidió que se hiciera la función.

"El Mundial fue una especie de *zapping* que provocaba sensaciones ambivalentes", recuerda Cossa. "De un lado, quería que fuera saboteado. Del otro, sentía orgullo. Es que el fútbol me gusta, me gusta mucho. Y a mí se me mezclaban las ganas de que el equipo gane y el temor de que todo derive en una explosión chauvinista, pro-gobierno. Cierto júbilo me dejaba estupefacto. Uno sabía lo de la ESMA. Se enteraba de muchas cosas que le pasaban a personas cercanas. Y la vida seguía. Como en la Segunda Guerra, cuando la gente iba al cine. Había como una normalidad en la superficie. Abajo era otra cosa. El teatro fue por eso para mí un refugio. Un encierro aislante. Una defensa. *La Nona* sirvió para respirar un aire distinto. ¿Quién era esa viejita que se comía la comida y el alma de los que la rodeaban? Gorostiza decía 'es aquello que lo destruye todo'".

Habían quedado atrás los húngaros y el susto inicial. Se asomaban los franceses luego de perder 1-2 con Italia en Mar del Plata. El choque tenía un condimento extrafutbolístico. Se palpaba la expectativa en algunos círculos. Argentina tenía que ganar. Había que ganar, y con baile. Ganar o ganar, a modo de vindicación.

El equipo que dirigía Michel Hidalgo representaba al país en donde

se habían generado las muestras de mayor rechazo público al Mundial. El ministro de Deportes francés, Jean Pierre Soissons, había estado a punto de provocar un incidente diplomático cuando anunció que el seleccionado francés iba a ser custodiado por tropa propia. Y el vicepresidente de la Asamblea Nacional, Bertand Stasi, había publicado en *Le Monde* un artículo de amplias repercusiones: "Veintidós franceses en la Argentina o el otro equipo de Francia". Hacía referencia a la cantidad de desaparecidos, entre ellos las monjas Alice Dumon y Leonie Duquet. "Sí, el mismo número que el de los futbolistas seleccionados. Extraña y siniestra coincidencia. Mientras veintidós jóvenes franceses participan de la gran fiesta mundial del fútbol, otros veintidós continuarán, si no se hace nada por evitarlo, sufriendo su calvario".

El COBA, por su parte, había entregado a cada integrante del combinado francés una lista con los nombres de las víctimas en cuestión. "Platini y sus compañeros recibieron la recomendación de pensar en el compatriota ligado a su nombre, encarcelado y torturado mientras ellos juegan", reportaba en Madrid *Cambio 16* el 4 de junio.

Elena era una asidua lectora de *Para Ti* y una de las primeras en acercarse al kiosco de Cerrillos, un pueblito de la provincia de Salta, cuando llegaba el ejemplar de la semana. Se había tomado muy en serio los enojos de la revista por las acusaciones internacionales. Por eso envió al COBA una de las postales que la revista entregaba como un regalo a sus lectoras. La fotografía presenta a la pirámide de la Plaza de Mayo. Una nena juega con las palomas y una pareja sonríe. "La guerra ya terminó en la Argentina. En esta plaza, los enemigos del país, los que intentaron destruirnos, levantaron sus banderas y mostraron la violencia de la que eran capaces. Ahora la paz ha vuelto a esta plaza, donde está el monumento que nos recuerda nuestra Independencia".

María hizo lo mismo desde Argüello, provincia de Córdoba. Ella eligió la postal de un aeropuerto de Ezeiza remodelado. "Usted, si cree en esta paz de la que hablamos, venga. Pero con fe, con ganas de ver con la verdad, de imponerla ante la farsa de una campana que pretende asombrar al mundo con un sensacionalismo mezquino e irracional. Venga a visitarnos y quédese a vivir con nosotros".

Liliana iba a la escuela normal San Pedro, en Jujuy. Como sus compañeras de división acudió al llamado de la directora y escribió. La

profesora de francés tradujo los textos de cada una. "COBA: 14 Rue de Nanteuil. París. Francia. Nous les Argentines, nous avons l'orgueil de dire avec une grande jeveur et patriotisme que la paix regne". Como no consiguió un ejemplar de *Para Ti*, eligió una vista panorámica de Tilcara.

El COBA respondió a cada una de las cartas con un mensaje común: "Alguien les ha informado tendenciosamente", decía el aerograma. "Si, como dice la postal, 'la guerra ya terminó', ¿por qué el gobierno mantiene el Estado de sitio, prohíbe las actividades políticas, interviene la CGT, sanciona como delito el ejercicio al derecho a huelga? ¿Por qué el gobierno no explica dónde están los miles de desaparecidos cuya lista fue publicada por la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos?".

La batalla propagandística no daba tregua. *Gente* multiplicaba su osadía haciendo del logo del XI Campeonato un objeto de adoración: "Los dos brazos que sostienen una pelota se han abierto para recibir al mundo entero". E incluía una suerte de largo padrenuestro sin desperdicio:

"A pesar de todo lo que pasó antes del 24 de marzo de 1976: caos, violencia, falta de garantías, atraso, corrupción.

"A pesar de los años perdidos sin levantar un solo ladrillo del Mundial.

"A pesar del asesinato del general Actis, presidente del EAM.

"A pesar del boicot del Mundial organizado por terroristas en varias capitales de Europa.

"A pesar de los tropiezos menores que se magnificaron: por ejemplo, el error que provocó la quema del pasto de River.

"A pesar de que no pudimos terminar todo el aeropuerto de Ezeiza.

"A pesar de la sana polémica entre el doctor Juan Alemann y el general Antonio Luis Merlo sobre hacer o no hacer el Mundial. Los dos, desde distintas posiciones, estaban a favor del país.

"A pesar de una bomba que estalló en el centro de prensa.

"A pesar de los que fueron detenidos por revender entradas.

"A pesar de los 700 millones de dólares que costó. Por primera vez los argentinos sabemos lo que cuestan las cosas, y pagaremos esa deuda aunque no resulte fácil.

"A pesar de las consignas subversivas que circularon clandestinamente con instrucciones de alterar el orden.

"A pesar de los prejuicios de ciertos periodistas extranjeros que empezaron criticando y ahora elogian.

”A pesar de los que proponen la falsa opción: en lugar del mundial, hospitales. Podemos hacer las dos cosas.

”A pesar de todo y contra todo.

”Los Argentinos hicimos el Mundial”.

A pesar de que Samuel “Chiche” Gelblung era uno de los directores de *Gente* no recuerda haber estado detrás de ese rezo. “Digamos que es lo que sentía todo el país. La gente que ama el fútbol, y especialmente lo que es la selección, no racionaliza demasiado, es más emocional; incluso es probable que muchos con familiares desaparecidos hayan salido a la calle a gritar por la Argentina. Se vivía bailando en el Titanic, y el periodismo se tomó al Mundial como una militancia. Para los comprometidos, estaba Menotti, que era un tipo reconocidamente de izquierda. Y ahí donde estaba Videla se decía ‘está todo bien muchachos, tenemos justificado todo: vamos a ver fútbol’. Nosotros adheríamos a la teoría de los dos demonios. La posición de *Gente*, que en parte respondía a esquemas que yo manejaba, partía de la concepción que había una guerra, y esto era lo que permanentemente se negaba, por las dos partes. Había una especie de culpa colectiva en la cual se decía, ‘mientras maten a esos hijos de puta, pasa’. Y mientras mataban a mis enemigos, o yo así lo interpretaba, no había problema. Ahora, cuando desaparecen mis amigos, Edgardo Sajon, Helena Holmberg, Jacobo Timerman... ahí ya la cosa empieza a ponerse jodida. Se hizo lo que se pudo. La opción era morirte o seguir viviendo. Pero, ¿poner a *Gente* como la malvada de la película? Si no asesinó ni secuestró. *Gente* no tiene las manos manchada de sangre”.

A las 19:15, Héctor apenas se conformaba con el relato que salía de un pequeño parlante.

Le decían “Capitán Dumbo”. Lo de “Dumbo” remitía a sus orejas. Lo de capitán, por haber comandado algunos robos menores.

En 1977, la policía bonaerense lo detuvo y lo picaneó hasta hacerlo firmar una declaración en la cual se hizo cargo de la muerte de un colectivero. Héctor aún hoy jura que no tuvo nada que ver. Estuvo preso

cuatro años en Caseros y salió a fines del ochenta sin condena. "Durante el Mundial la pasé jodido, pero no yo solo. Había requisas a cualquier hora y en cualquier motín aparecía alguien boleta".

Argentina-Francia no tuvo imágenes. La TV de su pabellón se había descompuesto unos días antes. Por suerte, su familia le había hecho llegar una radio. Él había lanzado desde una ventana de la cárcel una piedra atada a un hilo y ahí le adjuntaron una Spica que luego subió despacito. "Los goles los gritábamos todos. No sé si se escuchaba más el barrio que nosotros, o nosotros más que el barrio. Así, gritando todos juntos, fue como si no estuviéramos presos".

"Reducción de la depresión y la ansiedad a través de la meditación trascendental", por Herta Weiss, en Arenales 2322. "Meditación trascendental para lograr el desarrollo de la inteligencia y la creatividad".

Ada hubiera querido asistir a las charlas. El tema le parecía apasionante pero la agenda se lo impedía. Al día siguiente la parroquia de San Ambrosio realizaría un té-canasta y un desfile de modelos en el Belgrano Athletic Club. Y esa noche también tenía programa. Eran las siete y media y debía salir para el Teatro Colón. Acababa de discutir con su marido, reacio a quedarse sin fútbol. Voy a ser el único boludo sentado en la platea, le dijo. Ada terminó persuadiéndolo. ¿Acaso te vas a perder *Otello*, vos?

Sacaron el Taunus del garage y le metieron parejo por avenida Libertador. Prendé la radio, ¿querés?, dijo ella. Él se sorprendió con el pedido. Rivadavia no sintonizaba bien así que optaron por Yiyo Arangio. Era tan visceral como Muñoz aunque menos fanático, le explicó su esposo.

Estaba por terminar el primer tiempo y habían dejado atrás la calle Migueletes. Peligro. Shhh, calláte. "Ataca Kempes con la pelota, va llevándola por el círculo central, atención, esto está por terminar: sigue Kempes, carga por el centro, buena maniobra, tocó para Luque, se metió solo, va a tirar. Mano, mano penal. ¿A ver si lo cobró? Sí, señor. Lo cobró: penal, penal. ¿O no? A ver..."

Redujeron la velocidad.

"... fue evidente penal de Tressor. Va a consultarlo con el juez de línea.

Fue mano. Miren por el televisor. Mano clara de Tressor cuando la pelota buscaba el arco. Eso fue penal, señoras y señores. Va a tirar Passarella y ojalá que sea gol. Atención. Toma carrera, cuarenta y seis minutos. Le va a pegar el zurdazo. Tira Passarella. Gol, golllllllll argentino. Violento remate a la izquierda del arquero. A los cuarenta y seis minutos, el azar puso justicia. Argentina uno, Francia, cero".

Frenaron de golpe antes de llegar a Recoleta, se abrazaron y tocaron bocina. El primer tiempo había terminado y todavía no se decidían dónde estacionar. Vamos al Petit Colón, sugirió Ada. Francia empataba. No –respondió él–, busquemos un bar con televisor. Ocho y veinte. Tuvieron tiempo de tomar un café y gritar el gol de Luque. Ocho cincuenta. Argentina había ganado.

Ocho cincuenta y dos. Fueron hasta Carlos Pellegrini y Corrientes, siguiendo el tumulto. Nueve menos cinco, entraron a las corridas al Colón. En unos minutos se subiría el telón. Uy, me parece que perdí un aro mientras subía la escalera, o en la calle. Enseguida vuelvo. Su marido la paró en seco: Adita, mi amor. Si te parece...

Las luces se apagaron. *Otello*, la más italiana de las óperas de Verdi, iba a comenzar. Ada estaba en otro teatro. Su marido también. "Passarella para Tarantini". Ni siquiera habían advertido ese *tutti* inicial.

Entraba a escena Otello, seguido de Casio, Montano y los soldados. *Esultate! L'orgoglio musulmano/sepolto è in mar./Nostra è del ciel e gloria./Dopo l'armi lo vinse l'uragano.* Miraban sin ver, oían sin escuchar. Otello informaba desde un balcón que había vencido al invasor y era aclamado. "...para Bertoni, Ber-to-ni..." Era el turno de los ciudadanos reunidos en la plaza. *Evviva Otello! Evviva!/Evviva! Evviva! Vittoria! Vittoria.* "... y pisando la medialuna". Ada ni siquiera tamborileaba con los dedos sobre sus rodillas. La Folla Citadina insistía: *Vittoria! Vittoria!/Sterminio! Sterminio!/Dispersi, distrutti, sepolti nell'orrido/tumulto piombar/Vittoria!* "Tarantini para Luque". Corrientes debería estar atestada a esa hora. "Espectacular media vuelta..." *Sterminio!/Avranno per requiem la sferza dei flutti.*

Pero allí tampoco volaron papelitos.

En las cárceles no había lugar para ese tipo de festejos, y a veces ni

siquiera para el festejo privado de leer por puro placer o por estudio, como una afirmación contra el encierro. Así los libros de historia y teoría política quedaban tan lejos de las manos como la ternura familiar y las páginas de Arlt, Neruda, Dostoievski, Kafka...

La disciplina carcelaria obligaba a abortar cualquier intento de fortalecimiento interior, y de ese modo, casi paradójicamente, los escritos de Lenin no entraban a la cárcel donde sí permanecían presos sus lectores.

Ante esa puntillosa tecnología del castigo –interiorizar la prisión en los cuerpos para hacerla más efectiva–, surgieron algunas técnicas de resistencia: la memoria y la circulación oral de los escritos; y la copia en letra diminuta de páginas enteras en pequeños papelitos. La hermana de un militante preso en la Unidad 9 de La Plata usaba las cortas visitas semanales a su hermano para repetir poemas que él memorizaba y luego compartía con sus compañeros. Mensajes, poemas, directivas, artículos, ensayos y teorías fueron reescritos en esos papeles que se tragaban –los llamaban "caramelos"–, venciendo así a las requisas que no alcanzaban a los estómagos.

Cuenta el poeta Juan Gelman (*Prosas de prensa*) que Hugo, un militante preso en el '74 y que pasó en prisión los siete años de la dictadura, copió en un "caramelo" *El imperialismo, etapa superior del capitalismo* de Lenin y que, además, por papelitos de otros conoció la literatura de Borges. Hugo era un estudiante universitario cuando fue detenido, pero la política urgente no le había dado lugar para tomar contacto con escritos de ficción que ahora, literalmente, descubría salidos de la mierda.

Su caso, semejante al de otros presos, era menos patético que el de uno de sus compañeros. Solo en la celda se había sentado sobre el plato vacío para evacuar también los "caramelos" escondidos. En eso notó que un guardia lo estaba mirando por la mirilla de la puerta y trató de disimular su búsqueda, como pudo. Nada, nada, contestó, y se hizo el distraído.

El guardia había dejado el diario cuando estaba por leer el chiste de Clemente: "¿*Usté* vio qué triunfo el otro día? ¿No? Definitivo, ¿eh? Sí, también sobre Francia. Pero sobre *Murióz*, digo. Y claro, era una *barbaridá* pretender erradicar algo tan hermoso como los papelitos.

Al contrario. Hay que fomentarlo. Ésas son las cosas lindas de las hinchadas".

–Vení, negro, mirálo a éste. Parece que hizo una apuesta que perdíamos y se está comiendo la mierda. ¡Me cago en su madre!

Capítulo IX: Italia 1-Argentina 0

La mujer se mezclaba con tranquilidad a este regocijo, a veces con la mayor muestra de inmensa seguridad, de falta del más pequeño temor, que se expresa cuando conduce al centro de la multitud lo mejor de su vida: el hijo de corta edad. ¿Son fanáticas del fútbol? No. Sería mentir el afirmarlo, de lo que sí son partidarias es de su clásico matriarcado.
(Ulyses Petit de Murat)

Alfredo Bravo leía en la penumbra historias de Corín Tellado.

"Mag sonrió aturdida. Revolvió en las ropas. Eran de una calidad finísima, olían a Tuker. Todo en aquella casa olía a Tuker, a aquel hombre que la miraba...

"–Póntelo–invitó...–Cuando vi esas prendas te imaginé vestida en ellas, te delineé en la imaginación y quiero saber si fui demasiado fantaseoso".

En la Unidad Penitenciaria Novena de La Plata eran estrictos en cuestiones de gustos literarios. Sólo le permitían el acceso a ese compendio amoroso confeccionado bajo el franquismo.

Bravo se burla ahora de aquella morbosa tentativa de reeducación sentimental y dice que llegó a soñar con el príncipe azul. Pero el príncipe de los cuentos no degeneraría ni siquiera en rana cantora sino en integrante de un cuerpo de tareas. Y azul sería el color de la centuria que lo secuestró durante una de sus clases en la Escuela Número Cinco de adultos de la Capital Federal.

Era dirigente del sindicato de maestros y estuvo desaparecido varias semanas. Lo torturaron salvajemente. La policía quiso saber cómo hacía la APDH para mandar su correo a Europa. Fue blanqueado luego de una intensa presión internacional.

Antes del partido contra Italia empezaron a llegarle rumores sobre su liberación. Una noche fueron a buscarlo a la celda. El parapolicial

Raúl Guglielminetti lo hizo subir a un automóvil. Creyó que le aplicarían la llamada "ley de fuga". En dos horas apareció en la sede de Gobierno.

Regresó definitivamente a su casa a mediados de junio. Lo primero que hizo fue besar a su mujer y a sus hijos. Luego quiso comer. Estaba famélico. Pidió papas fritas con huevo frito.

Por seis meses estaría bajo el régimen de libertad vigilada y conviviendo en su casa con dos policías que se sentían casi propietarios. Abrían la heladera y retiraban un poco de fiambre para hacerse un sándwich. ¿No hay café? A la hora de la cena preguntaban cuál era el menú y se quejaban si no variaba a diario. ¿De nuevo estofado? Esto se parece a la comisaría, mi principal. A veces eran discretos, a veces revisaban cuarto por cuarto, escuchaban las conversaciones telefónicas, leían la correspondencia. Su esposa, también docente, hizo de maestra particular de uno de ellos, un cabo de la federal, para sus exámenes de promoción.

Bravo había seguido la primera ronda del XI Campeonato por los parlantes de la prisión. Los goles fueron gritados moderadamente, para evitar toda clase de represalias. "El Mundial era una forma de olvidar dónde estábamos".

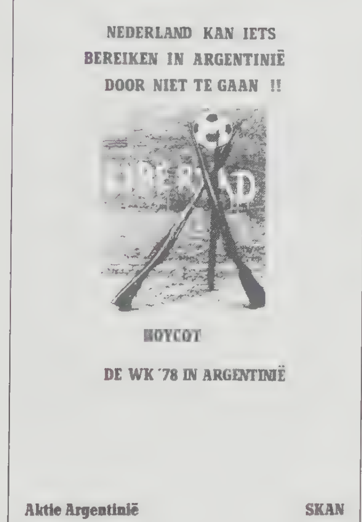
En otra parte de la ciudad, en una peluquería, una clienta aguardaba su turno con los ojos puestos en una fotonovela. La que estaba sentada a su lado preguntaba si no había un *Gráfico* en el revistero. No, le dijeron, y como se aburría comentó al pasar que su hija quería ir a estudiar al Instituto Balseiro. Eso es en el sur, ¿no? A la que no se ve hace rato es a tu hermana, le dijo la manicura. No sé nada y tampoco quiero saber, respondió. Y se puso a hablar de fútbol, de lo linda que era la esposa de Kempes, que contra los italianos, pobrecito, lo iban a poner en un puesto que no era el suyo.

Las mujeres luchaban contra ese lugar que le asignaba el discurso de actualidad. Era una pelea desigual. Las chances de ser deglutidas por el Mundial eran mucho mayores que las de encontrar un caparazón protector. Si hasta el "Círculo Femenino" explicaba a sus socias el funcionamiento del juego y *Gente* (15-6-78) ofrecía un "curso acelerado" con diferentes ítems: qué es un líbero, un desborde o una plancha; un contraataque, el chanfle y el foul, un tiro libre y el off-side.


La Coupe du Monde de Football en Argentine

QU'IMPORTENT LES CADAVRES POURVU QU'ON AIT L'IVRESSE !

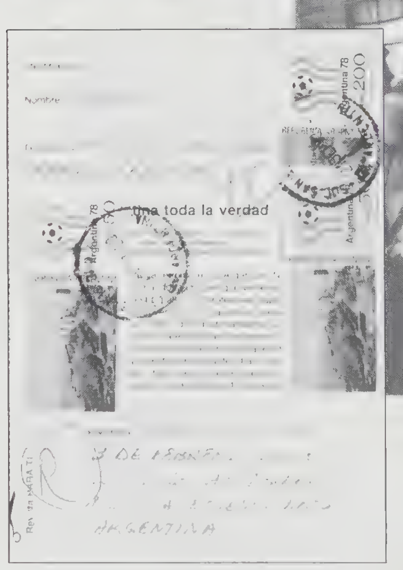
Le « Mundial » : une affaire d'État



El mundial es un disparador de tétricas alegorías. En lugar del *gauchito*, irrumpen en los afiches las más escalofriantes representaciones del terror que asola a la Argentina. La junta habla de una campaña antiargentina que tiene sus usinas en las principales capitales europeas. Los medios de prensa, en tanto, se abroquelan con los militares en la defensa a rajatabla del XI Campeonato.







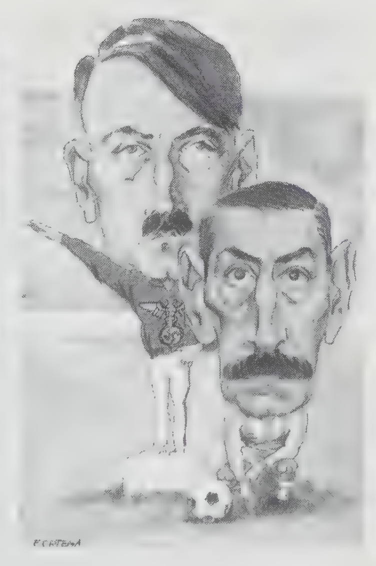
ARGENTINA TODA LA VERDAD*

Con un estusiasmo casi militante, *Para Ti* se dedica a refutar las denuncias internacionales. En sus ediciones incluye estas postales, e invita a sus lectoras a inundar las redacciones de diarios extranjeros con imágenes de un país casi paradisíaco.









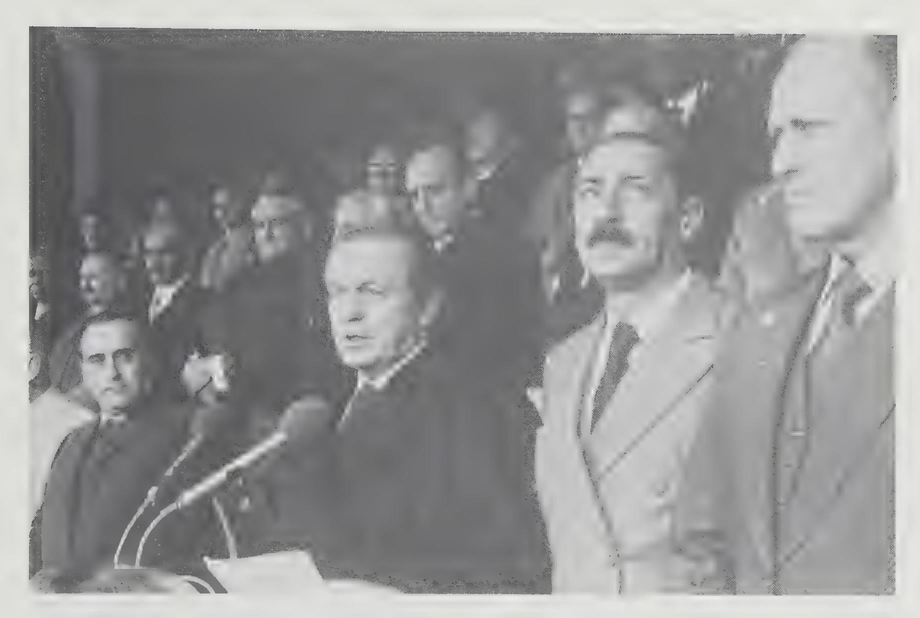
Los esfuerzos publicitarios del Proceso tienen escaso impacto en el exterior. La comparación entre los juegos Olímpicos de Berlín y el Mundial está a la orden del día. En la Argentina, el Mundial está en todas partes: hasta el cacique Patoruzú se viste de celeste y blanco para salir a la cancha. Por su parte, el primer número de la revista *Humor* muestra una de las pocas formas de malestar periodístico frente al torneo.



Un verdugo amigable: el simpático carnicero que abraza a la vaca esconde un cuchillo manchado de sangre.



La fiebre del dólar es un mal nacional. Para los argentinos se vuelve un hábito ir a consultar en las pizarras una cotización que cifra esperanzas o desgracias.

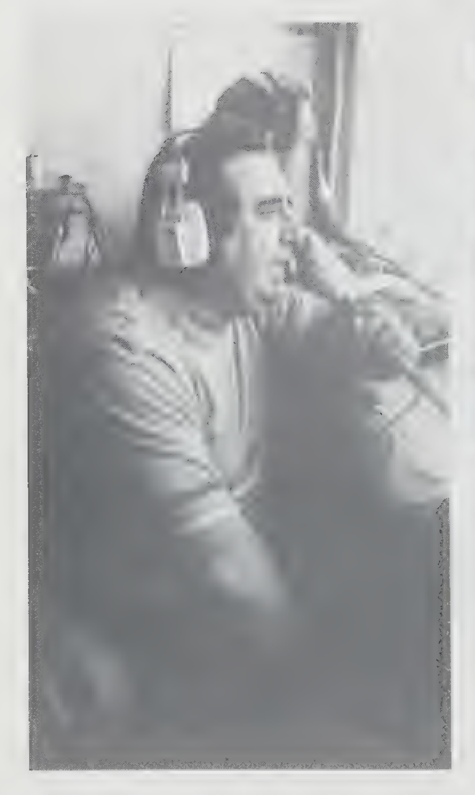


Videla, flanqueado por Alfredo Cantilo, presidente de la AFA, y Joao Havelange, presidente de la FIFA.



El festejo en estado puro. Miles de banderas, papelitos y un aliento ensordecedor. El estadio de River y el de Rosario fueron los escenarios donde la Argentina produjo el rito colectivo.







Tres momentos que se repiten a lo largo del Mundial: el festejo callejero; Jose María Muñoz, ícono de la dictadura, eterno fustigador de la campaña antiargentina en el exterior y relator estrella; y la imagen de Clemente en el cartel electrónico del estadio de River.



Kempes festeja su gol y la Argentina acaricia el campeonato.



Una imagen inmortal, por siniestra. Videla, Massera y Agosti festejan el gol de la Argentina como si fueran tres hinchas más.



Los jugadores reciben la copa, termina el Mundial y estalla el festejo. Las calles se llenan de gente que sale a celebrar, y en el Obelisco converge el máximo fanatismo.

"Nuestra presencia no fue solamente decorativa", diría la vedette Nélida Lobato en *La fiesta de todos.*

"Ya llamé al service de TV. Esta semana cambiaré mis lentes de contacto y compraré sillones nuevos", decía a *Clarín* la repostera Blanca Cotta.

No todas adherían con ese mismo fervor. "¿Cómo hay gente que puede vivir obsesionada por el Mundial cuando el mal de Chagas, la fiebre hemorrágica, la rabia y otras pestes por el estilo amenazan a medio país?", contestaba al diario Zulema Revisso, una licenciada en Relaciones Públicas.

Unos dos millones de perros vivían en el cordón industrial. Tres por cada habitante. *Clarín* aseguraba que en las villas de emergencia la cifra era de dos por persona. Seis personas habían muerto en el Gran Buenos Aires y otra en Junín por efecto del ensañamiento canino. Una resolución oficial autorizaba el sacrificio inmediato del animal capturado. La búsqueda del "foco rábico" contemplaba a su vez el allanamiento domiciliario.

La definición de perro vagabundo estaba prevista en un decreto provincial, el 4669: "Aquellos que circulen por la vía pública sin ser conducidos por sus dueños o cuidadores sujetos con cadena o correa adecuada, estén o no inscriptos y patentados según la reglamentación vigente". El jefe del Centro de Profilaxis para la Rabia, Ricardo Esquivel, traducía la normativa: "Muchos creen que si su perro sale unos minutos a dar una vuelta de manzana no corre ningún peligro, no puede ser mordido por otro animal y, en consecuencia, no le pasa nada. Ese perro es tan vagabundo como cualquiera que anda suelto". Otro funcionario, el doctor Juan Carlos Arosi, calificaba de dramática a la situación. "Y no hay que olvidar que en 1976 hubo 618 casos de rabia humana en la provincia, lo que llevó a ocupar el primer lugar en América Latina y el tercer lugar del mundo".

Los ladridos no perturbaban a las esposas y novias de los jugadores. Ellas tenían sus propios desvelos y formaban un equipo de Penélopes que tejía sus consideraciones sobre lo divino y lo profano. La vida privada de los hombres del seleccionado era otra forma de crónica social.

"Mi marido es muy celoso y no quiso que continuara mis estudios", decía Mabel Susana Ares de Bertoni.

"No somos muy materialistas, estamos interesados en nuestro crecimiento intelectual", confesaba la estudiante de Derecho Silvia Navarro de Ardiles, encantada "con la demostración de su capacidad que la Argentina hace al mundo".

La pasarela era otro de los escenarios donde el país ponía en juego su prestigio. En el flamante Hotel Bauen eran presentadas al periodismo nacional e internacional las 18 chicas que concursarían por el título de Miss Mundo 1978. Silvana Suárez saldría desde Buenos Aires a la conquista de ese cetro. La TV la mostraría con la corona de reina, al lado de la presentadora Nelly Raymond.

El calor de las pantallas parecía por otra parte enfriar las alcobas, uno de los blancos de la contrarreforma de las costumbres a partir de 1976. Es difícil sin embargo verificar cuánta energía desviaba el fútbol de la cama al comedor. No se registraban estudios de campo: la sexología era una actividad prohibida. Lo único que se sabe es que en febrero y marzo de 1979 la tasa de natalidad no ofreció variaciones con respecto a períodos precedentes.

De todas maneras, la sensación glaciar estaba en el aire, a tal punto que *La Opinión* (4-6-78) sugería socarronamente a las mujeres soslayadas recurrir, en caso de prolongada insatisfacción, a los servicios amatorios de los extranjeros. "Aparentemente no hay más que ponerse a elegir: entre los millares de visitantes, la mayoría pertenece, por lógicas razones, al sexo masculino".

La mujer debía exhibir todo su encanto, viviera o no sin dobleces. *Claudia* de junio anunciaba su selecto catálogo de moda invernal: el esplendor de las *robes de soireé* de Nina Ricci, tweeds y corderoys para *tailleurs* con predominio del marrón y el gris, camperas y miniimpermeables en tonos neutros o en verde militar. Y, por supuesto, mucho cuero: botas de gamuza acordonadas, con tacos bajos y forro de piel clara.

¿Qué es la madurez? ¿Decaimiento? ¿Plenitud? ¿Es posible definirla sin definir la sociedad en la cual se madura?, se interrogaba la revista.

Claudia era una publicación femenina de Editorial Abril que difundía cuentos de Hemingway o Salinger. Estaba dirigida a la clase media-alta y había sido la primera en hablar de cuestiones como el aborto y el erotismo en la pareja. Sus referencias externas eran *Elle* y *Marie Claire*. Por su redacción pasaron escritores y poetas como Rodolfo Rabanal y Olga Orozco. Sus dueños, los Civitta, habían sido fuertemente presionados para que imprimieran al mensuario un golpe de timón monacal y dejaran de ser el reverso crítico de *Para Ti*. Resistieron hasta que no les quedó otra alternativa que irse del país.

Aunque Gabriela Courreges era una de sus columnistas destacadas, "Hablo por todas" –el nombre de su sección fija– estaba en la mira. Su esposo, el periodista y escritor Rogelio García Lupo, se había visto obligado a dejar la profesión y refugiarse en una empresa constructora. Gabriela temía seguir un camino similar. Cada vez se le hacían más difíciles las cosas. Finalmente, la censura acotaría su espacio. Hubo notas que merecieron observaciones y otras no pasaron por el filtro. Ya no las tiene. A cambio, nos cede su diario íntimo, que en pleno Mundial se poblaba de fantasmas y escalofríos:

"Lunes 5.6.78

Bajo del 39 en Charcas y Coronel Díaz. Camino por Charcas hacia Guise. Anochece. El auto viene despacio y no quiero mirarlo. Entro en la mercería de Charcas y Guise y compro un metro de elástico blanco. El auto ya no está. Llego a casa y no cuento nada. R. escribe. Los chicos están jugando. Guardo en mi caja de costura el elástico blanco y me digo: tengo que escribirlo, tengo que escribirlo.

Jueves 8.6.78

Mi vecina, la más antigua, la más apreciada, me cuenta cómo huyeron de Hungría y lo asocia con la guerrilla:

–¿Qué pueden hacer ellos estando en el poder, con la propiedad, con la libertad?

–A mí eso no me preocupa, me preocupan los muertos, cómo han hecho desaparecer personas, en su mayoría jóvenes.

–Pero vos no sabés lo que es el comunismo, yo sí. Ellos hacían lo mismo en Hungría.

–Esta historia es diferente, es algo nuevo, y a la vez se parece al nazismo. El poder militar es siempre nefasto.

–Estoy de acuerdo. ¿Pero entonces por qué se uniformaron ellos también, por qué se armaron como los militares?

–Quisiera que fueran tratados como presos políticos, que no haya lugares donde los juntan, los torturan y los matan, verdaderos campos de concentración.

–Y... quieren cortar la raíz.

13.6.78

El Mundial absorbe la mitad del tiempo acogotado. ¿Qué hago con los chicos? Los tres varones están enardecidos: aparecen banderines y stickers en sus mochilas del colegio y no los puedo romper, no les puedo decir nada.

Miércoles 14.6.78

Tenemos televisor color. R. lo compró a una gente que los hace en el sur. Miro esa pantalla perversa que mis hijos adorarán cuando lleguen del colegio".

"¿Qué opinás realmente de la mujer biónica y la mujer maravilla?", le decía *Clarín* en Cannes a Farrah Fawcett, que acababa de abandonar la serie *Los ángeles de Charlie.*

"¿De ellas o de las series?".

"De ellas".

"Que tienen todo el futuro que puedan soñar".

En medio de los desafíos que se avecinaban, Menotti se hacía tiempo para ponderar el papel de las mujeres. "Antes estaba equivocada. No se animaba a participar en nuestro fútbol. Claro que necesita una comodidad distinta. No se puede ir a una tribuna popular, por ejemplo".

No solía incurrir en esas transgresiones. Por el contrario, defendía a capa y espada la importancia de los saberes específicos. La publicidad oficial sentenciaba "Cada uno en lo suyo, defendiendo lo nuestro", y él parecía abrazarse a esa consigna para jerarquizar su propio compartimento frente a las digresiones ajenas. "A Martínez de Hoz no lo critico porque supongo que él sabe más que yo de economía", decía.

No obstante, la revista *Humor* (1-6-78) encontraba sus paralelismos entre ambos y los fusionaba en una misma caricatura. El conductor del seleccionado era llamado "Menotti de Hoz". Andrés Cascioli lo dibujaba con grandes orejas y la sentencia: el campeonato se hace "cueste lo que cueste".

Es que si bien la figura del "técnico" solía remitir al portador de un conocimiento aplicado a los manejos del mercado y el control del gasto público (el funcionario con experiencia previa en el Banco Mundial o el FMI), el "Mundial" de fútbol trastocaba los roles y hacía que éste saliera de los despachos para sentarse en el "banco" de suplentes o dirigir un entrenamiento de manera sapiencial.

Menotti cumplía su tarea con esmero y un plus de singularidad. Lo avalaba una trayectoria corta pero contundente. Había dicho en 1973: "Los sistemas son inexistentes. Hablar de 4-2-4, 4-3-3, o de lo que se le ocurra es relativo. Hay 11 jugadores que juegan para defender, atacar y hacer lo que pueden. Después, la cuestión es tener la pelota, mantenerla, utilizarla como se sabe. Al final, desequilibran los jugadores de talento. Los planteos técnicos son un poco un cuento para poder hablar".

En 1974 revaluaba la función del entrenador. El seleccionado era como un Estado en sí con su secretaría de Eficiencia: "de cada jugador hago una ficha que dice cuántas veces entra en contacto con la pelota; eso indica si es dinámico o estático. También indica el destino que le da a cada pelota, positivo o negativo. Si el pase fue largo, corto, a un adversario o un compañero. Cuántos le atajan, cuantos desvía, cuántos concreta el gol. Y luego tengo otra referencia del valor de cada uno, pero eso es 'supersecreto' y no lo puedo revelar. Con Pizzarotti llevamos también planilla de piques, cantidad de metros recorridos, tiempo empleado, para saber si traslada mucho o cede con rapidez la pelota".

Debajo del revestimiento lírico asomaba un profesional de lo absoluto. "Ya tengo tanta experiencia en este negocio que hasta puedo imaginar las preguntas que me van a hacer. Y tengo respuestas para todo", le decía a *El Gráfico* (13-6-78) después del partido con Italia. El entrenador se molestaba ante las dudas de la prensa. "A mí también me gustaría hacerles preguntas a los críticos, a los 'especialistas' que ponen la lupa sobre cada una de las cosas que dice Menotti o están listos para levantar la voz cuando se equivoca un jugador argentino".

Para preservarse de los interrogatorios y decidir los momentos de su exposición se había enclaustrado con los jugadores en la quinta de José C. Paz, Natalio Salvatori. Ése era un laboratorio con leyes propias. El doctor Rubén Oliva, médico del plantel, había adquirido un walkie-talkie para tener un propio sistema de comunicación con el entrenador. Menotti era ahí "Gato negro", por sus recorridas nocturnas. *El Gráfico* reproducía un diálogo con ribetes de película de espionaje.

"–Hola 'Jeringa Mecánica', aquí 'Gato Negro'. ¿Cómo va todo por el consultorio?

"–Ya le dije que no se preocupe más, 'Gato Negro'. Lo de Alonso evoluciona bien, creo que el miércoles va a poder jugar. Con el resto no hay problemas".

A la quinta Natalio Salvatori –el "campamento"o la "base de operaciones", según se decía– llegaban innumerables mensajes, expresiones de aliento de la Asociación Argentina de Actores, habitantes del interior; hasta de John Cruyff, que tuvo que salir a desmentir su adhesión a la campaña contra el Mundial. "Fíjese que la mayoría no habla de resultados, son frases de apoyo al proceso", decía el secretario técnico de la selección, Rodolfo Kraly.

Los jugadores olvidaban el tenor de sus obligaciones históricas en la mesa de ping-pong, frente a un tablero de ajedrez o con una partida de truco. Había también margen para la broma. "Yo era el más jodón y lo volvía loco al Negro Galván. Cada vez que se distraía le ponía sal en el vaso de vino que dejaba para después del postre. Y el Negro se lo tomaba de un saque. Y puteaba. Otra vez este guacho, decía, al darse cuenta", evoca Houseman.

Lo que no se acuerda es quién fue el que dibujó sobre una foto de Menotti y sus asistentes, que había en el comedor, un sombrero "para que sea César Bonaparte", como reportó *El Gráfico.* Una flechita identificaba a Rogelio Poncini como "Felipe el hermoso" y a Pizzarotti le añadieron el mechón y el bigote hitleriano con la leyenda "Adolfo Pizzarotti".

Las metáforas de la violencia se explayaban ubicuamente.

Luque archiva insólitas intromisiones. Cuenta que en el micro del plantel había una motorola por la cual se filtraban voces con amenazas a los militares y los equipos; voces imperativas y crípticos planes, malos augurios del tipo "sos boleta" o "van a palmar".

"Che, ¿cómo es esto?", preguntó una vez y el chofer no le respondió. "Yo no sé quién hablaba, pero uno no podía estar ajeno. Nosotros pedíamos que se apague la motorola porque no queríamos escuchar más, pero como había órdenes, decían, la motorola tenía que estar funcionando, por cualquier cosa, sí o sí, no sé quién era el que decía eso".

Otra motorola hablaba de un incidente en el microcentro, el 8 de junio. La agencia Noticias Argentinas hacía su reporte: "Un grupo de mujeres, en su mayoría madres de personas desaparecidas, intentó promover, ayer por la tarde, una demostración pública en la calle Florida.

"El hecho se registró en la intersección de esa arteria y Tucumán, alrededor de las 16.30.

"Las mujeres, doce, aproximadamente, comenzaron a proferir gritos reclamando información sobre sus parientes y, de acuerdo con comentarios recogidos en el lugar, algunas de ellas habrían exhibido retratos de personas por las cuales clamaban.

"La actitud de las manifestantes halló escaso eco entre los transeúntes e, incluso, despertó la reacción adversa de una parte de ellos. Se escucharon gritos y expresiones que reprochaban a las mujeres por su proceder, atribuyéndoles la intención de impresionar a los visitantes extranjeros.

"Efectivos policiales se movilizaron con discreción. Habrían llevado en un patrullero a una de las mujeres".

Muchos cronistas europeos estaban atentos como linces a esos hechos. Las teletipos escupían las informaciones hacia el exterior desde las oficinas de ENTEL, en Maipú y Corrientes, el centro de Prensa o en los mismos estadios. Claro que las copias de esos reportes llegaban volando a las oficinas del gobierno.

En ocasión del Día del Periodista –el 7 de junio– el Ejército, que contaba con un espacio semanal en Radio Belgrano, había exhortado a mantener la mesura en los despachos: "La libertad de prensa juega un papel principalísimo ya que coartar la expresión del hombre implicaría cercenar su posibilidad de evolucionar. Pero ella no puede ser

utilizada como instrumento atentatorio contra la misma libertad en la que se nutre".

Un día después, Monseñor Plaza no vacilaría en pronunciarse con mayor vehemencia: "algunos señores que tienen la captura recomendada y que deberían estar detenidos se dan el lujo de ofrecer conferencias de prensa y aparecer por televisión en Europa". Aludía a ciertas acciones de la guerrilla peronista en Buenos Aires glosadas hacia afuera por los enviados especiales pese a las recomendaciones castrenses.

"Primer gol montonero contra la dictadura", titularía *Proceso* (12-6-78). La revista mexicana daba cuenta de una interferencia de la emisión televisiva en La Plata. Argentina y Francia estaban empatando sin goles cuando se produjo la interrupción. Era el mensaje de un pomposo Comandante en Jefe del Ejército Montonero, secretario general del Partido Montonero y también secretario general del Movimiento Peronista Montonero, Mario Firmenich, que entraba al aire por trece minutos.

La grabación fue dirigida a todos los que "aman la paz, la justicia social, la independencia económica y la soberanía política". Y decía lo siguiente: "Hoy estamos bajo las cámaras y los flashes del periodismo mundial. Es un deber de todo argentino de bien mostrar ante el mundo a nuestra Argentina real".

Firmenich recordó la existencia de "cinco mil muertos individualizados, alrededor de veinte mil desaparecidos, miles de presos reconocidos y decenas de miles de torturados.

"Una vez más la mentira pretende ocultar la realidad del heroísmo popular argentino: la realidad de decenas de transmisiones de Radio Liberación, de 600 operaciones del Ejército Montonero durante 1977, de millones de adherentes al Movimiento Peronista. No negamos los golpes que el pueblo y nosotros, en particular, hemos padecido a causa de la represión, por el contrario, los denunciamos como el crimen masivo institucionalizado de Estado.

"El Mundial es una inmejorable oportunidad para obligar definitivamente a Videla y sus cómplices a otorgar la apertura política y sindical. No hay ninguna contradicción entre nuestro anhelo de ganar el campeonato de fútbol y nuestro anhelo de voltear al salvajismo que se ha instalado en el poder".

Proceso y *Der Spiegel* conversaron además en el barrio de Mataderos con Norberto Habegger, secretario de Acción Política del Consejo Supremo del Partido Montonero. "Una explosión de júbilo saludaría hoy la muerte de Videla, júbilo que saludó ayer el ajusticiamiento de Aramburu. A Aramburu no lo lloró nadie: en cambio, nadie se alegró por la muerte de Moro".

La revista mexicana remarcaba que Habegger había dejado su ametralladora en el sofá para explayarse en sus predicciones: "A Videla no lo tiraremos en el '78. Decirlo sería una mentira. No es mentira decir que la Junta camina por la vereda de la derrota. Las Fuerzas Armadas tienen contradicciones por arriba, por abajo, por el medio".

En 1979, y a caballo de imaginativas sublevaciones populares, la guerrilla lanzaría desde el exterior una "contraofensiva" que terminaría de atomizarla: capturas en la frontera, nueva ola de delaciones y divisiones internas convertirían a la cúpula en jefes de sí mismos hasta que éstos decidirían autodisolverse.

Montoneros se había transformado en una Organización Político Militar (OPM) en abril de 1976, es decir, en un partido de cuadros de carácter leninista, basado en el centralismo democrático y regido por el "materialismo dialéctico". El peronismo, declararon, había muerto. "Ha quedado agotado, y el pueblo huérfano", sentenciaba el documento funerario titulado "Hacia una nueva política para la conquista del poder". Consideraba también que en 1975, durante el pico de las luchas sociales, los trabajadores tomaron conciencia de que "cuando el poder se comparte con los patrones, terminan ganando éstos, aliándose con el imperialismo". Como alternativa proponía una "transición al socialismo".

El romance con el lenguaje bolchevique duraría hasta 1977, cuando se fundó en Italia el Movimiento Peronista Montonero (MPM). El programa de los "Ocho Puntos de Roma" hacía sentir las secuelas del desbande que había dejado a la organización en un 15 por ciento de su capacidad operativa. Bajo el impacto de la cacería se reclamaba el retiro de Martínez de Hoz, elecciones, liberación de los presos y restauración de los derechos políticos y constitucionales.

En junio de 1978 hacían una lejana mención al socialismo y se abogaba fundamentalmente por la reunificación del peronismo, con la participación de todas sus facciones en una jefatura conjunta.

Montoneros nunca se sumó a las campañas de boicot del Mundial. En cambio, continuaría su enfrentamiento con las Fuerzas Armadas. El "comandante" Mendizábal comunicaba al Vaticano que, con el fin de que los católicos pudieran unirse al Ejército Montonero, éste había establecido una capellanía.

La sección de Tropas Especiales "Capitán Alberto Camps" utilizaría lanzacohetes portátiles RPG-7 para llevar a cabo 18 ataques contra casas de oficiales del Ejército, la Escuela Superior de Guerra, la ESMA, la sede del Servicio de Información del Ejército, la casa de Gobierno, varias comisarías. El requisito para hacer esas operaciones era la elección de un objetivo ubicado a más de 600 metros de un estadio.

"El plan militar funcionó a la perfección. Una granada explotó en la Casa Rosada y el agujero fue tapado en cuatro horas. Fracasamos en la propagandización del hecho. En los estadios tratamos de levantar consignas contra la dictadura pero eso no anduvo. Sí funcionaron con cierta eficacia las conferencias de prensa clandestinas", dice Roberto Perdía, entonces el número dos de la OPM.

Montoneros, señala, "tuvo un fuerte debate interno con compañeros de adentro y afuera" en torno al Mundial. La discusión los enfrentaba con otros sectores del exilio. "Nuestro pensamiento era que el Mundial debía ser aprovechado como una vidriera y que la gente pudiera encontrarse con un respiro. Sobre esto no tengo ninguna autocrítica que formular".

Perdía, que entonces estaba en Madrid, opina que el XI Campeonato fue un "respiro" para los argentinos. "Cuando de repente se pueden juntar veinte mil personas, cantar y gritar juntos, eso es una fuerza social que no había otro modo de reunirla. Aunque esa fuerza social en apariencia convalidara a la Junta, adquiría una dimensión de sentirse de vuelta vivos, como decir: 'el otro existe, puedo vivir con el otro'".

Por eso califica de infamantes las versiones sobre un encuentro con Massera en París para pactar una tregua durante el Mundial. "Quieren desvalorizar la lucha, su sentido ético, destruyendo a sus dirigentes y militantes. Las únicas relaciones que tuvimos eran en la ESMA, en la mesa de torturas, él de un lado y los compañeros del otro".

Montoneros había pensado que el derrocamiento de Isabel aceleraría las contradicciones políticas y desbrozaría de malos entendidos la ruta de la revolución.

La respuesta que dio el Estado a la guerrilla no había sido contemplada. "Imaginábamos –dice Perdía, dedicado en la actualidad a su labor como abogado– una represión más alta de la que habíamos conocido hasta ese momento, fueros especiales, detenciones en condiciones más rigurosas, como en la época de Lanusse, pero nunca que iba a adquirir la forma que adquirió. Cuando empezamos a percibir los primeros detalles que nos llegaban, por presunciones, por datos, vimos que algo distinto estaba pasando. Lo distinto era, obviamente, el método de represión orgánica. No suponíamos que iba a adquirir ese carácter tan brutal y arrollador a esta altura de la civilización".

Según Perdía, recién a principios de 1977 tuvieron clara conciencia de lo que ocurría. "Pero entonces habíamos perdido la conexión sensible con el pensamiento de la gente". Dice haber estado ese año dentro del país "replanteando formas organizativas y bajando el nivel de enfrentamiento con los milicos para fortalecer la resistencia popular. Sin embargo, ya era demasiado tarde".

En el setenta y ocho creyeron que la Junta carecía de "fuerza moral para retomar la represión como en el setenta y seis". Computaron además las discordias en su seno y un embrión de malestar social. "Nos equivocamos radicalmente en la forma organizativa de la respuesta: el aparatismo. Erramos de pé a pá".

Cristina no había pertenecido a Montoneros sino a las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP). Cayó presa por primera vez en 1971 y salió con la amnistía de Cámpora, en 1973. Aunque en 1976 había dejado de militar fue igualmente detenida y puesta a disposición del Poder Ejecutivo. Pasó tres años en prisión hasta que se fue a Suecia, en 1979.

Dice que la cárcel es un tiempo de goma, un chicle que se estira y se estira, donde los hechos se mezclan y pierden su orden cronológico. La memoria los recupera casi por azar. Sin embargo, hay situaciones que quedan grabadas, flashes, como los del Mundial; esos están ahí, por su grado de paroxismo, afirma Cristina. "Por lo absurdo que significaba estar escuchando al lado de la reja, con las orejas paradas, la radio que llegaba de la sala de las celadoras. Cuando los partidos terminaban,

venían las requisas y ése era otro campo de batalla porque tiraban todo y nos hacían desvestir y nos toqueteaban".

Como todas las presas, Cristina se encontraba a una distancia sideral de las revistas de moda que dictaminaban acerca de lo que era un cuerpo perfecto y de las dietas para mantenerlos en forma. Una de esas publicidades decía: "Yo perdí todo en 23 días. Todo empezó hace seis meses atrás. Yo tenía centímetros demás por todos lados. En mi cintura, en las caderas, en los muslos. Ahí conocí a SMS, un método revolucionario, un método que no utiliza gimnasia, ni masajes, ni píldoras ni aparatos. Y no obliga a pasar hambre. Después de 23 días en SLIM yo perdí todos mis excesos".

En la cárcel de Devoto, ellas también se cuidaban de la grasa, pero por otras razones. "La comida tenía un gusto horrible. Dabas vuelta la olla y no se caía nada de tan grasoso que era todo. Los pedazos de carne llegaban envueltos en una capa amarillenta y había que lavarlos, uno por uno, con mucha paciencia para intentar comerlos". Previamente, los mejoraban con algún condimento celosamente guardado en el pabellón. Es que a veces las guardias se ensañaban hasta con un frasco de sal. "Mucho tiempo después de salir en libertad me encontré con una de ellas en el edificio de IBM. La tipa trabajaba en el área de seguridad. No le dije nada. ¿Para qué? Al fin de cuentas era una pobre mujer, la misma que te contaba sus problemas y más tarde arremetía contra vos. Percibían el compañerismo entre las presas y se sentían mal. Como si nos envidiaran".

Más allá de las rejas, otras mujeres hablaban de la "pinta" de Bettega. Sin embargo, mientras esperaban el partido, todas pedían que Passarelia no lo deje pisar el área. Que si fuera necesario, lo sacara de la cancha como él sabía. Era lógico, estaban en disputa intereses superiores, y las mujeres formaban parte del fútbol como del impulso machista que parecía sostenerlo.

Las mujeres habían pasado de la cocina a seguir atentas las tablas de posiciones del campeonato pero siempre al lado de sus maridos, padres o novios, a los que consultaban y ante quienes bajaban la cabeza si hacían un comentario inapropiado. Cuando la vedette Nélida Lobato

aseguraba que las mujeres ingresaron con "argumentos propios a la discusión y nos detuvimos en detalles importantes", olvidaba que ese sitio estaba designado por los hombres de antemano. Porque desde siempre habían aprendido que, así como los hombres no deben llorar, ellas deben ser sensibles, detallistas y sacrificadas.

Es sabido que la homofobia es una de las caras privilegiadas del machismo y el Mundial no desperdició oportunidad de demostrarlo. El animador Rolando Hanglin se vistió con una pollera a la usanza de los escoceses para caminar por las calles de Córdoba. Quería ver qué decían de un tipo con bigotes que no llevaba los pantalones puestos. *Gente* había sido la promotora de ese happening que armó alrededor una rueda de mujeres "de su casa" y hombres "de su trabajo".

Oscar tenía 26 años y la convicción de que eso sólo era un chiste de una sociedad autoritaria que, al igual que la pasión por el fútbol, venía de antes de 1976. "En esa época uno tenía dificultades por ser gay, por ser joven, por pensar de una manera determinada, por tener barba. Era una sumatoria".

Su manera de socializar era el *yiro* callejero. "Santa Fe, caminar por la avenida Santa Fe y levantarse a una persona, con todos los infinitos cuidados que exigía el momento. Uno siempre temía hasta último momento que fuera un servicio, un cana o gente que era puesta especialmente por la Policía". Existía una especie de coartada: 'apenas conocías a alguien te ponías de acuerdo. Había que saber cosas sobre el otro".

Oscar solía ir a un pub de la calle Coronel Díaz, el "Privado Bar", que estaba arreglado con la policía. O si no, transitaba por otros bares frecuentados por gays: Young Men's II y Scoopas, en Barrio Norte, "Cambalache", la tanguería de Tania, viuda de Discepolín, en Libertad y Córdoba. Paseaba además por las galerías del Teatro Colón, cuando había sesiones de ópera y, también, por los baños públicos. "Si te encontraban yirando caías en la comisaria 17, sobre Las Heras, donde había un cana de apellido Palopolis. Lo primero que hacía era llamar por teléfono a tu casa y decir 'señora, su hijo es puto'. Si no querías pasar por esa situación tenías que poner plata".

A Oscar le gustaba Holanda porque se decía que varios de sus jugadores eran gays y habían venido con sus parejas. Las revistas no mencionaban nada al respecto pero se sabía. Y eso lo impresionaba. "Y me

impresiona todavía: no me imagino a un jugador argentino asumiendo su homosexualidad. Pese a todo, cuando jugaba la Argentina salía a festejar. Nunca había visto tanta gente. Ni siquiera con Perón".

Un happening muy distinto tenía planeado realizar Marta Minujin con el fútbol nuevamente como elemento disparador. Minujin era uno de los rostros del sesenta, una de las más excéntricas y discutidas figuras de la neovanguardia artística. Su nombre estaba asociado como pocos a esas experiencias que buscaban anular distancias entre lo estético y lo real. La muestra que presentaba en la Gordon Gallery en vísperas del partido contra Italia incluía una obra titulada *Mujer instalada en una cancha.* Además, en esos días, estaba planeando llevar adelante *El Gol.* Para tal fin, había ideado una ambientación compuesta por seis cuartos cúbicos y uno circular interconectados entre sí. En cada cubo, una cámara de televisión registraría la "actuación" de cada visitante. Televisores acoplados a la pared exterior del cuarto principal proyectaban la cinta en el momento de su llegada. Un sistema de micrófonos y altavoces intercomunicarían los cubos con el control central. Cada cuarto admitiría una permanencia de dos o tres minutos.

"El Mundial –decía Minujin– es como un gigantesco happening y como tal debería ser filmado, es una especie de energía tremendamente importante entre el espectador y los autores. Una energética que cuando termina la acción se diluye y la gente queda como desorientada".

"Queremos ganarle a Italia", decía Menotti. Lo que estaba en juego ese 10 de junio era la permanencia en Buenos Aires. El derrotado iría a Rosario. "No quiero que cometamos el error de 1974, cuando nos clasificamos en forma casual y creíamos que con eso ya éramos campeones mundiales o algo parecido. Esto no es tarea cumplida para nadie. La Argentina tiene posibilidad de ir peleando hasta el final. Nosotros, cuando comenzamos, dijimos que teníamos por delante grandes pasos. A medida que vamos dando uno, el que queda atrás se hace chiquito y el que queda adelante se agiganta. Nos quedan todavía cinco pasos importantes".

El 10 de junio se conmemoraba a su vez el día de la Reafirmación de la Soberanía Argentina sobre las islas Malvinas y del Atlántico Sur. Por la mañana, Videla dirigió un mensaje a todas las unidades militares: "En lo que me compete dentro del poder político actuaré con firmeza agotando las posibilidades que den satisfacción definitiva a los derechos soberanos de la República". Y enfatizaba: "jamás dejará de anidar en el pecho del soldado argentino la 'voluntad de vencer'. Para ello el tiempo no cuenta".

O sí: cuatro años más tarde, durante otro Mundial, enfrentando nuevamente a Italia, las tropas del general Mario Menéndez estarían al borde de la rendición en Puerto Argentino.

¿Quién lo hubiera imaginado en 1978? El Ejército se veía aún a sí mismo como una fuerza invencible.

¿Y el seleccionado? No había exhibido aún semejantes atributos. Para colmo, Luque se había lesionado contra Francia y no sería de la partida. "Muchos me dirán que un jugador no hace un equipo, pero yo les contesto qué era la Alemania del 74 sin Muller, Brasil sin Pelé, Holanda sin Cruyff", se atajaba Menotti.

La selección perdería 1-0.

Bettega sería el verdugo.

Después del partido, la Junta se haría presente en los vestuarios para dar su aliento a los jugadores. "Estábamos todos tan locos que Menotti le dijo lugarteniente al brigadier Agosti, y enseguida Poncini le sacó el sándwich que estaba comiendo Passarella, ya que en ese momento lo iba a saludar el presidente, y se puso a comerlo él, un par de segundos antes que el teniente general Videla lo abordara para saludarlo. Y para rematarla Pizzarotti amablemente les pidió que se retiraran porque los jugadores se estaban enfriando y había que controlar el peso. Aceptaron con una sonrisa y se fueron". La "anécdota" era contada a *El Gráfico* por Roberto Saporiti, otro de los colaboradores de Menotti, quien –según el semanario– "saludó al almirante Massera como si fuera su hermano".

Y desde la concentración del Hotel Potrerillos de Mendoza, Rudolf Josef Krol, capitán de Holanda, le escribía a través de la misma revista una "carta" a su hija:

"Mamá me contó que los otros días lloraste mucho porque algunos

amiguitos te dijeron cosas muy feas que pasaban en la Argentina. Pero no es así. Es una mentirita infantil de ellos. Papá está muy bien. Aquí todo es tranquilidad y belleza. Ésta no es la Copa del Mundo sino la Copa de la Paz.

"No te asustes si ves algunas fotos de la concentración con soldaditos de verde al lado nuestro. Son nuestros amigos, nos cuidan y nos protegen.

"No tengas miedo, papá está bien, tiene su muñeca y un batallín de soldaditos que lo cuida. Que lo protege y que de sus fusiles disparan flores. Dile a tus amiguitos la verdad. Argentina es tierra de amor.

"Te adoro, cuida a mamá, espérame con una sonrisa y anda pensando un nombre para la muñequita. Mi beso".

Papito".

TERCERA PARTE

Segunda vuelta

Capítulo X: Argentina 2-Polonia 0

"EN UN TELEVISOR EL DISEÑO ESTÉTICO ES LO MENOS IMPORTANTE. Nuestra empresa, netamente argentina, le brinda mano de obra argentina, respaldada por continuidad, asesoramiento de post venta, servicio técnico total y constante y repuestos legítimos, controlados, permanentes y a bajo costo. Talent 14, de Ranser", junio del '78.

A Blanca le hubiera gustado verse en el diario explicando de qué manera salió del pozo. Ser, en definitiva, protagonista de la saga "Historias de ganadores" que Financiera Carlés publicitaba regularmente en *La Razón* y que en esos días se ocupaba de un tal Vicente Tratolleri.

"¿Leasing?, ¿y eso qué es?", preguntó Tratolleri el día que fue a buscar una inyección de dinero para su empresa vendedora de repuestos que andaba a los tumbos: 2.598.543 pesos, lo que costaba una camioneta. "Bueno –le dijeron–, según mis cálculos, ustedes deberán pagar 24 cuotas fijas de 206.131 y ..." "Pero, ¡usted es un mago!", lo interrumpió, entusiasmado. "No, soy de Carlés".

Si dejar el bando de los perdedores era apenas cuestión de proponérselo, por qué no podría hacerlo ella que tenía expectativas menores. Blanca no necesitaba sumergirse en un mar de cuotas indexadas. "Con un un poco de viento a favor me alcanza", decía. Su mercería "Blanquita" pasaba por un mal momento. Como estaban las cosas por Castelar no se atrevía a comprar un stock de bombachas y corpiños brasileños que le habían ofrecido a precio regalado.

El negocio, lamentablemente, no era el único desvelo. Quería viajar. Quería viajar ya. Las ofertas para subirse a un avión pululaban como nunca antes y eso le provocaba mayor ansiedad. "Miami-Disney-Auto-Crucero-Departamento. Vacaciones de invierno con todos-Planes de

financiación. Eves". "Vacaciones en casa rodante: USA, 12 dólares diarios por persona. Sudáfrica, 5,50 dólares. Todotour". Pero Blanca pensaba en otro destino. Su hijo se había exiliado en Barcelona y tenía pocas noticias de él. A veces la llamaba desde una cabina pública y se quedaban una hora conversando. Por lo general, hablaban sábados o domingos aunque podían pasar semanas, hasta meses, sin novedades. Y se deprimía.

Trató de vencer las aflicciones siguiendo unos consejos que había encontrado en *Para Ti*. La doctora Miriam Becker, recomendaba contarle todo a las amigas y así evitar "medidas drásticas" como ir a un analista. "Psicología de entrecasa", el nombre de la nota, sugería además tomarse un buen vaso de leche caliente y dormir muy bien. A Blanca no le gustaban los lácteos y cuando le abrió su corazón a una vecina se encontró con tal cara de pavor que desistió de un nuevo intento.

Lo único que la calmaba era planear su viaje a Europa. El marido, un visitador médico de la zona oeste, le había dado luz verde. "¿Por qué no comprás dólares en vez de preocuparte ahora por el negocio? Apuráte, dale".

El dólar se cotizaba en junio a 816 pesos por unidad. La tendencia alcista, decían, resultaba imparable. Blanca lo escuchaba a toda hora. En su casa, en la calle, en el negocio. La radio, que ese 12 de junio hablaba sin parar de Argentina-Polonia y de una extraña fiebre equina en el Chaco, no dejaba de ocuparse de las fluctuaciones en la "city", de sus ventajas y contratiempos. En diciembre, aseguraban algunos especialistas, la moneda norteamericana treparía a 1.114 pesos.

La carrera especulativa se corría en dos vías netamente diferenciadas: de un lado los competidores irrelevantes que no superaban la barrera de los tres dígitos; del otro, los pilotos de fuste que aceleraban hasta en las curvas. Bancos y grandes empresas industriales sacaban jugosos dividendos de la situación. Un ochenta por ciento de los depósitos – tres mil setecientos millones de dólares– estaba concentrado a treinta días y con tasas del 7,5 al 8 por ciento mensual. Era mejor colocar los excedentes de caja en un plazo fijo que reponer maquinarias y adaptarse a los desafíos que deparaba la competencia internacional y el mercado interno.

El fin del criterio productivo. "Sin que se mueva. Sin que mueva su dinero. El Banco Interfinanzas, una nueva modalidad". "Psst...ya consultó hoy? Tasa anual 96 por ciento. Cabildo, que también atiende los sábados", tentaba otra promoción, con la imagen de un paisanito con poncho.

La reforma financiera que propiciaba semejante alquimia cumplía un año de vigencia en medio del XI Campeonato. El aniversario era celebrado con las copas en alto. "Se sentaron las bases para una correcta asignación de los recursos económicos, anteriormente perturbada por la inexistencia del mercado libre", ponderaba la Cámara Argentina de Compañías Financieras. Todo, se aseguraba, ascendía de manera fulgurante. Y para representarlo, nada mejor que un ademán presidencial. Pecunia, Sociedad Anónima de Préstamo para la vivienda, se apropiaba en su aviso del pulgar hacia arriba de Videla con el propósito de anunciar la buena nueva: "A nuestra eficiencia agregamos seriedad y respaldo". Y otra compañía señalaba en la misma dirección, aunque utilizaba un dedo anular vendado: "Lo que siempre recordamos para que el nuestro sea un verdadero pacto entre amigos".

Si bien Martínez de Hoz era "palabra santa" en los círculos del dinero fácil, las asignaturas pendientes de su programa carcomían parte de su poder. Un chiste gráfico de la revista *Humor*, dibujado por Fati, hacía referencia al talón de Aquiles del ministro. En la viñeta, un borracho le dice al otro: "¿Y usted por qué cree que hacen tanta publicidad a los vinos? Para que el pueblo beba y se olvide de la inflación". No eran frecuentes las bromas de ese tipo en la prensa. Y menos con un asunto que sacaba chispas internas.

"En marzo del '76, cuando aparece Joe, el problema más grave de la Argentina es la inflación. Estábamos en el 100% mensual y, como en el '89, había una demanda muy fuerte en toda la sociedad de frenar el caos", dice el economista e investigador Jorge Schvarzer.

La inflación baja en el año del golpe, bastante con respecto a las cifras absurdas precedentes mientras que en 1977 se mantiene arriba del 100% anual. O sea: Martínez de Hoz consigue reducirla pero no la para. En parte, dice Schvarzer, porque se había puesto el acento en la creación del sistema financiero. "En el mes del Mundial se cumplían tres años del rodrigazo y después de tres años de shock inflacionario

seguíamos en una escalada realmente muy alta. Y esto había provocado, aparentemente, fuertes tensiones, incluso en el seno del gobierno militar. No casualmente se larga a fines de 1978 un nuevo programa, la tablita, que implicó controlar el proceso de devaluación del tipo de cambio para frenar la inflación. Y esto terminó en un desajuste total en marzo del '81".

Schvarzer vuelve a 1978, a los instantes de júbilo tecnocrático, y recuerda que, por entonces, había terminado la recesión desencadenada en 1975. Es más, se percibía cierta reactivación en virtud del importante plan de obras públicas puesto en marcha. La perspectiva de un desmadre en ciernes carecía, por lo tanto, de fuerza intimidatoria. Recién se estaba degustando la "plata dulce". Un endeudamiento externo de 17.000 millones de dólares –todavía una bicoca– apuntalaría la era del "déme dos". La presencia de "lo importado", desde bienes de capital a tacitas de té taiwanesas y camisas, pasando por los televisores hasta llegar a los *seamonkeys*, resquebrajaba una coraza proteccionista de casi medio siglo. "Whiskys *White Horse*, ofertas por caja. Usshers's store". "Vení al centro a buscar tu Paco Rabanne". "Joyas, su precio internacional". El modelo de desarrollo autárquico y su lema "compre nacional" aguardaban las formalidades de la extremaunción.

"El equipo económico –comenta a propósito Schvarzer– creía que el mercado decidiría qué es lo que a la Argentina le convendría más, si caramelos o acero. Al final se paró la siderurgia y creció Arcor. Lo que no entendían es que los mercados normales en países como éstos son de muy corto plazo. Un mercado así permite que se desarrolle la cosecha de trigo o soja, pero no la industria".

Según el economista, Martínez de Hoz era heredero de una tradición que siempre vio con desconfianza la irrupción de los trabajadores en la vida política. Una tradición, dice, que terminó odiando la estructura industrial. "Esto no es broma: en el setenta y nueve, la provincia de Buenos Aires trata de tutelar el crecimiento fabril alegando problemas de contaminación ambiental. La ley no establecía normas sobre la cantidad de tóxicos que se largaban, ni especificaba nada sobre afluentes líquidos pero sí marcaba pautas estrictas sobre cuántos obreros podía tener la planta. Como si ése fuera el elemento contaminador ".

La asepsia es un requisito previo para toda cirugía. Y así se operó en

la Argentina. Por eso, Schvarzer opina que Martínez de Hoz fracasó en sus objetivos explícitos –detener la inflación y generar crecimiento– pero no en su propósito real: transformar la economía en condiciones tales de que no se volviera atrás. "Él había creado el mercado financiero y endeudado al país. Después que se fue, las restricciones fueron gigantescas. Todos aquellos que quisieron hacer políticas reformistas y cerrar el mercado descubrieron que no podían".

Schvarzer se había quedado en el país. Un centro de estudios sería su cielo protector. Una hora antes de que Polonia y Argentina salieran a la cancha estaba en Ezeiza aguardando a su mujer que llegaba de Europa.

No había nadie en el aeropuerto. Los de migración hicieron todo a las corridas y ellos salieron en el auto casi en soledad, tratando de retornar rápido a casa.

Tampoco había un alma en la calle. Ni en la autopista Ricchieri. En la avenida Directorio sucedía lo mismo; cuando andaban entre los escombros de las casas derribadas por la construcción de la autopista 25 de Mayo, Schvarzer y su esposa se sentían los únicos sobrevivientes de una ciudad inclinada ante una pantalla de tevé.

La transmisión de las actuaciones del seleccionado lograba audiencias sin precedentes en la historia de la TV argentina: 79,7 puntos de rating. La consultora IPSA revelaba que unas 7.200.00 personas promedio habían visto al equipo de Menotti en cada partido de la primera ronda. A medida que crecieran las posibilidades de la Argentina, el XI Campeonato llegaría a todos los hogares por cadena nacional. Hasta uno de los ciclos más exitosos, "Mónica presenta", había pasado a un segundo plano. Uno de sus últimos impactos había sido el informe sobre la supuesta presencia de un OVNI en la frontera con Bolivia.

Ése era, tal vez, el único tema que parecía desviar tanta atención centrada en el fútbol. "El aluvión de 'naves espaciales' que se abatió sobre varias provincias argentinas y los menos creíbles pero también abundantes 'testimonios' de gente que dice haber sido 'capturada' por seres extraterrestres, es material no desechable", decía *La Opinión* (14-6-78).

Y agregaba: "O se trata de histeria colectiva, o realmente nuestro espacio es receptor de lo, por el momento, inexplicable".

En sintonía con la moda alienígena, Mauro Viale entrelazaba en las páginas de ese mismo diario el fútbol con la serie televisiva *Viaje a las estrellas*. A modo de un señor Spok de las pampas, escribía una crónica sobre su "experiencia" dentro de un OVNI.

Viale veía descender de la nave "un ser de aspecto indefinido", junto con una persona de estatura elevada, delgada, de unos 39 años, cabello largo, serio y con un paquete de cigarrillos en la mano. Instantáneamente lo confundió con Menotti, que le decía: "No se asuste, somos pacíficos y solamente queremos que nos acompañe durante un viaje muy corto para que conversemos sobre el Mundial ". Aceptó el ofrecimiento de inmediato. "Si van a buscar a otro periodista lo encontrarán y yo no quiero perder esta primicia".

Había siete personas en la nave. El mayor era un sosías del técnico de Brasil, Claudio Coutinho. Los otros le recordaron a Sepp Maier, el arquero alemán, Teófilo Cubillas, la estrella peruana, Bettega, el delantero de Italia, Lato, Krankl y Resembrik, goleadores de Polonia, Austria y Holanda. En suma, todos los clasificados para la segunda etapa del certamen.

"Hemos descubierto un país tan grande como rico, con gente cordial y amable. Gente con ganas de vivir y de aprovechar las riquezas naturales que su tierra les ofrece", comentó el holandés.

Durante el viaje hablaron del bajo nivel futbolístico observado en la primera ronda y sobre las chances de los ocho equipos en carrera.

Después, la nave lo dejó en la puerta de su casa y Viale se mantendría a la espera de un nuevo encuentro cercano hasta la conclusión del XI Campeonato.

Colorín colorado.

El abuso de los recursos ficcionales no dejaba de resultar problemático para algunas redacciones.

La carta de Krol publicada por *El Gráfico* era apócrifa y estuvo a punto de provocar un incidente. La había fraguado un periodista del semanario, Enrique Romero, en coincidencia con la polémica surgida

entre legisladores y el embajador de Holanda a raíz de la situación política argentina.

En La Haya habían causado malestar las declaraciones formuladas por el diplomático que calificó a Videla de "honesto en todo sentido" y "muy cristiano", lo que le valió una reprimenda del ministro de Relaciones Exteriores, Chrisph van der Klaauw.

Ésas no eran, sin embargo, apreciaciones disonantes para la comunidad política argentina. En 1978 Videla seguía siendo visto como una versión delgada e hirsuta de Lanusse, la llave confesional que abriría la puerta a la normalización republicana.

La administración de los 1697 municipios existentes en el país por parte de los partidos tradicionales daba fundamento a esa radiografía: 301 intendentes eran de la UCR (el 35 %), 169 del mismísimo peronismo (19,3 %), 23 correspondían a agrupaciones neoperonistas (2,7 %), 109 al Partido Demócrata Progresista (12,4 %), 94 al Movimiento de Integración y Desarrollo (MID) (10,7 %), 78 a las fuerzas federalistas (8,9 %), 16 a los demócrata-cristianos (1,8 %) y cuatro a los intransigentes (0,4 %).

La apertura económica –que tanto radicales como peronistas objetaban por lo general con delicadeza protocolar – no tenía su correlato político. El 11 de junio, Harguindeguy había fustigado delante de una ignota "Cámara Junior" a los "apresurados del tiempo". Cada desaire del ministro del Interior era no obstante interpretado por la dirigencia como una pantomima del "videlismo" para distraer a los "duros" del Ejército. Semejante confusión tendría su precio. Sólo se encontrarían sombras a lo largo del túnel.

Martínez de Hoz era otro de los que mostraba escaso entusiasmo con la idea de acelerar los ritmos de la transición. Harguindeguy, a quien conocía desde hacía mucho tiempo, solía hablar por él. Ese mismo 11 de junio el timonel de la economía escuchó complacido las definiciones del general, aunque su atención estaba puesta en un importante anuncio. El gobierno congelaba temporalmente su profesión de fe liberal para anunciar que el Estado adquiriría la Compañía Ítalo-Argentina de Electricidad (CIAE) por 93 millones de dólares que recién comenzarían a pagarse en 1983 y hasta 1989.

La concesión de la Ítalo estaba por concluir y se la absorbía en una situación materialmente calamitosa. Con su compra, el Estado pasaba

a tener – hasta las privatizaciones de los años 90 – el virtual monopolio del suministro energético.

Un día después, los diarios informaron que las autoridades de la empresa, capitales suizos, habían decidido retirarse del negocio. Se omitió mencionar que Martínez de Hoz había sido el presidente de la Ítalo hasta ser convocado por la Junta. Se trataba de un escándalo de proporciones por el cual "Joe" comparecería en el Congreso a partir de 1984.

La "estatización" de la Ítalo fue recibida con un corte de luz. Eran las 17:55 y el apagón afectó a buena parte de la Capital y sus alrededores: se interrumpieron las intervenciones quirúrgicas en dos hospitales y un sanatorio. Por varias horas dejaron de transmitir las radios, pararon los trenes y el subterráneo. Según la Secretaría de Energía, el "desperfecto" había obedecido a la salida de servicio de la línea El Chocón-Puelches.

A la mañana siguiente, el transporte terrestre y aéreo sufrió prolongadas demoras. No eran unos cables de alta tensión partidos lo que habían puesto a la ciudad patas para arriba, sino una niebla inédita. La oscuridad no impidió que la provincia de Buenos Aires, gobernada por uno de los militares más anticomunistas del Proceso, Saint Jean, decidiera comprarle a los soviéticos equipos electrógenos para mejorar el servicio en el cordón industrial.

Un haz luminoso tocaría al menos providencialmente a tres familias con los trece puntos del PRODE mundialista. Cada uno se repartiría más de 460.000 pesos. Daniel Ghisolfi, de 42 años y dueño de un puesto de achuras en la feria de Tres de Febrero, debía su fortuna a la intuición del menor de sus hijos, de trece años. "Soñé que ganaba y mi papá me hizo caso", dijo a la televisión.

El otro beneficiado, José Parattore, era auxiliar del Instituto Antirrábico de Mendoza y vivía en una casa de adobe. Su esposa, por cábala nomás, le había confeccionado una falda escocesa. "Si ganamos, te la ponés", le dijo. Y así fue. "Me vestí así como homenaje personal al equipo que consolidó mi punto trece en la tarjeta de la fortuna".

Del tercero en cuestión se sabía poco y nada, apenas que hizo su apuesta en la agencia 50.546 de la calle Martínez de Hoz 1120, en San

Miguel. Se dijo que había festejado el milagro en los "boliches" de la zona, en Okala o Yiki, sin "chetos" ni "pardos" a su alrededor, bailando al compás de lo que más le gustaba: "Rockollection", título de la canción de moda del francés Laurent Vonzy.

La familia de Miriam no jugaba al PRODE pero también la suerte la había sorprendido. Fue una de las ganadoras del sorteo de *Billiken* y le dieron un par de entradas para ir a la cancha. Su madre guardó el número del 6 de junio, que incluía los cupones para el concurso, hasta el momento en que ella entró a la Universidad para estudiar oftalmología.

La revista muestra en la tapa un dibujo de un niño de su edad, 10 años, rubio y de ojos azules, con el pelo desordenado, una pelota "Tango" en la mano y un vincha con la inscripción de Argentina'78. Está vestido con los colores celeste y blanco y parado sobre una cinta de papel que tiene las banderas de todas los países participantes.

Miriam no recuerda qué partido vio. Sabe, sí, que fue en River y que la llevó su hermano mayor. Y que se sintió como los "fulbipibes", los protagonistas de la historieta de *Billiken* que triunfaban siempre sobre sus adversarios.

¿Sucedería acaso lo mismo con el seleccionado en Rosario?

"¡Arriba Argentina!", gritaban para calentar el ambiente y desde una costosa publicidad gráfica a doble página "Iluminación artificial Pirillo", "Carpintería acero inoxidable bronce Indarciclo", "Ascensores Gargiulo", "Aconcagua, quesos", "OIPSA fumigación", "Propato Hns. Biberones", "Alfajores Jorgito", "Sigfrido Shuster, camas metálicas" y "Calcule-mos, calculadoras electrónicas".

El equipo ya estaba concentrado en Granadero Baigorria para su inminente desafío. El "centro de operaciones", como lo llamó el técnico, se había diseñado en función de las exigencias.

La recepción de los rosarinos había desbordado las previsiones. Algunos jugadores no habían rendido de acuerdo con las expectativas y una ciudad tan cariñosa les ofrecería la oportunidad de la revancha. Se

hablaba en especial de Houseman y Kempes. El segundo era objeto de mayores muestras de afecto porque había vestido la camiseta de Rosario Central. "Estoy a punto", aseguraba "El Matador", a estas alturas uno de los preferidos por los argentinos.

La nueva etapa se iniciaba en el estadio "canalla". Central le había robado la sede a Newell's Old Boys con una maniobra de ribetes picarescos. Cuando la delegación de la FIFA fue en 1976 a observar la cancha rojinegra, ubicada en el Parque Independencia, se cortaron todos los semáforos. Aquel embotellamiento fue decisivo a la hora de la elección del escenario.

"Ahora sólo pensamos en los polacos", dijo Menotti, impresionado por las instalaciones. "Esto parece un teatro", sostuvo.

Rosario era la nueva Meca. Todos mirarían hacia el Paraná en una hora precisa. Todos querían estar allí.

"Gran negociado con las entradas", titulaba *Crónica* el 13 de junio.

Los cuatro mil quinientos caballos chaqueños, se supo, habían sido contagiados por un "pura sangre" de carrera.

"Una epidemia: la fiebre Travolta", reportaba por otra parte *Somos*.

Buenos Aires Herald alertaba en su editorial que Edgardo Sajón, Rafael Perrota, Héctor Hidalgo Solá, Rodolfo Fernández Pondal y Julián Delgado continuaban desaparecidos. "Estos cinco nombres debieran dar el toque de alarma en todo el país para advertir tanto al gobierno como al pueblo que despierten a la realidad antes de que sea demasiado tarde".

Las personas mencionadas "son democráticos" y "ninguno puede ser acusado de tener trato alguno con el terrorismo". Pero aparte de ellos, remarcaba, "hay centenares, sin duda miles, sobre los que nadie sabe en absoluto".

El editorial se titulaba "El 'Triángulo' de la Argentina", una alusión al espacio en las Bermudas donde barcos y aviones entran sin salir. Delgado, editor-director de *El Cronista* y *Mercado*, fue encontrado muerto ese mismo día, víctima de la lucha interservicios. Lo había secuestrado la Marina que quería apropiarse del diario.

La TV no hizo ningún comentario al respecto.

La radio sintonizaba otra frecuencia. Los locutores hablaban de una cosecha récord, la inminente presentación de los novillos campeones en La Rural y el superávit de la balanza comercial en 400 millones de dólares. Todo estaba en orden. Como trasfondo se esparcía en el éter una canción en francés.

Se llamaba "Rockollection" y era tan sólo un dato estadístico en el catálogo de 10.000 discos de Alejandro Pont Lezica.

"El" DJ de los colegios secundarios *high* no acataba modas: las imponía. Incluso más allá de su *guetto.* Los afiches callejeros promovían bailes con Pont Lezica "en persona" y "no en persona". Su sello era un factor aglutinante. "Pasé a ser artista de cartel en los carnavales junto con Julio Iglesias y Sandro e iban 35.000 personas".

Estaba en el secundario y ya animaba "asaltos" con dos Wincofon. El disc-jockey se anunciaba entonces en los avisos del rubro gastronómico. Él, dice, lo elevó a la categoría de artista. Lo hizo a los 22 años, con tres bandejas inglesas, una envidiable consola y parlantes que eran verdaderos cañones. Lo mejor en plaza, a tal punto que lo llamaron para encargarse del sonido de las conferencias de prensa de los partidos que se habían jugado en Vélez Sarsfield.

Lo suyo, sin embargo, no era el fútbol.

Pont Lezica era un emergente de esa "noche" previsible que, de viernes a domingo, administraba el ocio de los menores de 18 años bajo estrictas normas de pasteurización.

No era la "noche" de Experiment o Mau-Mau, ni la de la Recoleta, selecta y apenas transgedida por Isidoro Cañones y Cachorra en la historieta de Dante Quinterno. Tampoco "el bochinche" suburbano de los zapatos con plataforma, las razzias y los "fititos" picando por las calles de Ramos Mejía o San Miguel.

Las fiestas colegiales eran otra cosa. Pont Lezica hacía que bailaran hasta las tres de la mañana con un repertorio ecléctico, desde Gloria Gaynor y Dona Summer hasta Led Zepellin.

El DJ sería un catalizador del fenómeno de *Fiebre de sábado por la noche.* "Eso genera una nueva manera de mirar las cosas, tal vez un mundo un poco más superficial: ir a bailar por el solo hecho de bailar. Toda

una cultura light para un cuerpo reprimido. Mucho levante pero nada de sexo. No te cogías una minita así nomás: olvidáte".

La revista *Expreso imaginario* reaccionaría contra ese decálogo de la felicidad. En su portada aparecería un tomatazo estampado contra la fotografía de Travolta. Pero ésa sería una aversión minoritaria. Las fiestas eran percibidas como un solaz en medio del discurso de la contravención. También, según el DJ, como un trabajo muy artesanal de parte de los alumnos: juntar fondos para el viaje de fin de curso a Bariloche. "Algo más romántico, si querés".

No era lo mismo amenizar una fiesta en el Bayard o el Sagrado Corazón que en Flores. Pont Lezica reinaba en Barrio Norte y San Isidro, y Rafael Sarmiento, el otro DJ, trataba de arrancarle la clientela. Por los bordes circulaban los improvisados. "Yo tenía más una visión de lo cheto, aunque en lo personal eso nunca fue así para mí. Mi nombre estaba más allá de la línea divisoria. Mi sueño era la música".

El "cheto" era la imagen misma del joven aproblemático. Si bien tenían imitadores periféricos, su identidad era tan estridente como un tatuaje. Cabello bien corto, inmune a las tijeras de los preceptores y la policía. Incontinencia monetaria. Vestían como si fueran parte de un grupo organizado: mocasines marrones con flecos, medias blancas de algodón, vaquero Wrangler –el más costoso en el mercado–, cuenta ganado y pullóver con cuello en "ve" o polera. Un híbrido entre la barra de *Archie* y el cadete del Liceo Militar que salía de franco.

Los roqueros los odiaban y solían buscar camorra si los encontraban por la avenida Cabildo después de ver *Woodstock* o *Tommy* en el cine Ritz. No faltaban bataholas los 21 de septiembre.

El DJ trataba de mantenerse equidistante y no siempre lo lograba. "Me acuerdo que ponía rock argentino y la gente lo rechazaba porque no lo conocía. Siempre creí en esa música y la defendí a muerte aunque me tiraran monedazos o me dijeran que era una música comunista".

Su cercanía con el rock lo hizo viajar en 1977 a Brasil y cubrir para una radio la presentación de Genesis. Pont Lezica estuvó con ellos. "A la Argentina no vamos", le dijeron. El problema eran los derechos humanos.

La respuesta le había llamado la atención. ¿De qué le hablaban? "Me

pareció un cuento de hadas. Es que en la Argentina estábamos arriba de una tabla de surf".

Los roqueros nunca se enterarían del repudio de Genesis. Para el '78 las opiniones en relación con el grupo estaban por otra parte divididas. Unos decían que ya no sonaba igual y atribuían el declive a la ausencia de Peter Gabriel. La música del grupo inglés, sentenciaban, se había vuelto previsible y melosa. El propio Gabriel lo ratificaba con su primer trabajo solista, que ya se conseguía "importado"en negocios como "El agujerito", en el centro, o en el Parque Centenario, donde todos los domingos se intercambiaban discos bajo la observancia policial.

Así como Genesis estaba en baja, subían estrepitosamente las acciones de Piazzolla. El bandoneonista se sentía respaldado por los jóvenes de clase media, que nunca lo desairaron. Como parte de ese intercambio de guiños, Piazzolla elogiaba la performance de algunos roqueros y hasta se había llevado a Francia al guitarrista de Spinetta, Tomy Gubitsch, al que desplazaría en medio de una gira.

Claro que los alineamientos no eran tan sencillos. Piazzolla había apoyado el golpe militar y se abstenía de polemizar sobre la situación de la cultura. Prefería mantener su controversia con Héctor Varela, un tanguero de la antiquísima guardia.

La dicotomía progreso-reacción situaba a "don Astor" en el primero de los polos y así lo demostraba en Buenos Aires tocando con su quinteto. De esa época es la *Suite Troileana*. Mientras coqueteaba con un formato instrumental más eléctrico y cercano al jazz en lo que hacía a las pautas de improvisación, la Banda de la Fuerza Aérea se atrevía en el Teatro Nacional Cervantes con su *Balada para un loco*, un tema que había escrito con Horacio Ferrer a principios de la década.

El 14 de junio, a escasas horas de Argentina-Polonia, Piazzolla era parte de un repertorio heterogéneo. Agosti y su estado mayor asistían a la velada.

"La ductilidad del conjunto orquestal, sólidamente dirigido por el teniente Ramón Víctor Vergara quedó ampliamente demostrada a través de una marcha, varios temas de jazz. Algún bolero, un vals peruano", consignaba *Clarín* (15-6-78).

El programa se cerró con los niños periodistas del ciclo televisivo "Buenos Anuncios". Ellos cantaron "Volar es crecer", de Jorge López Ruiz y Jack Feldbaum. "El patriótico sentido de sus versos fue digno broche de este concierto", comentó el diario.

Pero ninguna otra canción tenía la capacidad de entrometerse en todos los lugares. Ése era sólo un atributo de la marchita del Mundial. Había sido grabada por la Sinfónica Municipal y el coro del Teatro Colón, para darle un mayor componente monumental. Como si se estuviera interpretando el *Requiem alemán* de Brahms. Como si los argentinos, en súbita comunión, la cantaran al unísono. Si había música para hacer llover o calmar el dolor, debería haber también música para ganar los partidos.

Su autor, el pianista Martín Darré, había sido elevado a la categoría de celebridad compositiva. "He tratado de que resulte fácil, pero no tonta: popular, pero con jerarquía. Una y otra cosa no sólo pueden sino que deben convivir", decía a *La Nación* (14-6-78). Aseguraba que su modelo musical había sido "Leven anclas", una marcha de la Armada de EE.UU.

No había manera de dar marcha atrás. "El 30 de junio es San desalojo. Habrá sesenta mil casos en Capital Federal", decía *Crónica* pero la ironía periodística pasaba inadvertida. La atención se centraba en Rosario. La "Chicago argentina" bullía. El país estallaba. La clasificación había inflamado los espíritus. Aunque Francia había quedado en el camino, la Cámara Argentina de Fabricantes de Equipos de Máquinas de Oficina le enviaba una carta al director de *Le Monde*: "Aquí se luchó y se seguirá luchando mientras sea necesario, en contra del socavamiento sucio y artero de nuestra forma de vida". La solicitada de un "ciudadano anónimo" publicada en *La Razón* felicitaba, con un tono similar, a todos los responsables de la organización del certamen.

"Estoy orgulloso de la policía que apeló a la mayor cordialidad para ordenar con prudencia y firmeza.

"Estoy orgulloso de los que embanderaron sus casas y sus autos, de los que lucieron escarapelas, estandartes y banderas en los estadios.

"Estoy orgulloso del periodismo argentino, porque cubrió todos los resquicios de la información con objetividad, sin exaltación.

"Estoy orgulloso de los taxistas, que dieron un ejemplo de conducta y honestidad.

"Estoy orgulloso de los que opinaron a favor y en contra del Mundial, porque lo hicieron dentro de un marco de libertad y amplitud de criterio.

"Estoy orgulloso de los acomodadores, llenos de amabilidad y de respeto.

¡Estoy orgulloso de ser argentino!".

Pero, ¿y si no se era? ¿Y si se dejaba de pertenecer? Convertirse en alguien errante, un "apátrida", era una de las pocas formas de escarnio que se atrevía a explicitar el Proceso a la par que defendía con vehemencia la libre circulación de mercaderías y capitales.

Los militares le habían retirado la ciudadanía argentina a Jacobo Timerman, que había salvado su vida gracias a las protestas internacionales y durante el Mundial se encontraba cumpliendo prisión domiciliaria en tanto que su diario, *La Opinión*, estaba intervenido por el Ejército. Lo mismo habían hecho con José Ber Gelbard. El ex ministro de Economía de Perón había muerto en el exilio en octubre de 1977. Pero su fortuna había sido interdicta y la causa judicial por las presuntas irregularidades en la contratación de su planta de aluminio, ALUAR, a principios de la década, seguía un trámite previsible. La Fiscalía Nacional de Investigaciones Administrativas se aprestaba a dar su dictamen antes de concluir el mes. El fallo, naturalmente, sería condenatorio.

Gelbard había sido uno de los grandes protagonistas de la Argentina desde la posguerra hasta el golpe de 1976: líder del pequeño y mediano empresariado, uno de los artífices de la ruptura del embargo comercial norteamericano contra Cuba, en 1974, un hombre de múltiples identidades que había atado su suerte a la de Perón con un programa político situado en las antípodas del de Martínez de Hoz: autosuficiencia y nacionalismo económico.

Su proyecto naufragó no sólo por las disputas que sacudieron al peronismo sino porque Gelbard pertenecía a una burguesía escuálida vinculada al Estado. La gran burguesía, que tenía posibilidades de

reconvertirse con un sesgo industrialista, había preferido correr el riesgo de ser socia menor del capital extranjero.

La refundación estructural del país a partir de 1976 significó el paso de una etapa distribucionista aunque autoritaria en lo político a otra determinada por la concentración de los ingresos, el disciplinamiento de los asalariados, la reducción del gasto social y el incremento del presupuesto militar. El fracaso precedente de Gelbard, su posterior persecución, constituyó la exequia de un anhelo de esa franja empresarial definitivamente derrotada: hacer de la Argentina una Canadá sudamericana.

En el fútbol, desde luego, no se vive de quimeras. Los resultados mandan. Y más durante un Mundial. En el Grupo "A", Holanda había aplastado a Austria 5-1 mientras que Italia y Alemania empataron sin goles. En la otra zona, la "B", Brasil venció 3-0 a Perú. Por su parte, el seleccionado argentino terminó ganando 2-0 a los polacos no sin cierta cuota de sufrimiento. El "Matador" había despertado con todo su potencial. Hizo los dos goles, uno de ellos de cabeza, y voló como Fillol para evitar el empate en el primer tiempo. Videla estuvo en la cancha y cuando Kempes perforó la red se levantó de su butaca con los brazos en alto. También saludó con el pulgar.

"El entusiasmo del presidente", reseñó *Clarín*.

El diario le puso ocho puntos a "El Matador", uno menos que al arquero. El "Pato" le había detenido un penal al talentoso Deyna. Más tarde le sacó al corner un tiro libre que se colaba por el ángulo derecho.

Bertoni y Villa, con siete y seis puntos, eran los otros jugadores que se salvaban de las críticas lapidarias. Las restantes calificaciones iban de cinco a tres y hablaban de las deficiencias que todavía mostraba el equipo. Ganaba, pero seguía sin conformar.

"Y, sí, nos hizo bien ir a Rosario", dice Kempes. En Buenos Aires habían quedado Holanda y Alemania mientras que a la Argentina le tocaron "equipos fuertes pero accesibles".

La respuesta de los rosarinos fue fenomenal y eso, cree, superaba la contingencia futbolística. "El país pasaba por un momento jodido,

sabíamos algunas cosas pero o nos poníamos del lado de afuera o de adentro. Y para darle una alegría a la gente había que estar adentro".

Sobre el equipo comenta que era muy ofensivo, diferente, porque "llegábamos con muchos jugadores, con cinco, y eso no era común". El mérito, sostiene, fue de Menotti.

Fuera de la cancha eran muy disciplinados. "Había una gran responsabilidad. Llegaba Pizzarotti a las diez y media de la noche y decía, 'muchachos, a la cama', y nos íbamos, sin chistar. Al otro día tenías que matarte en los entrenamientos. Por eso no entiendo a aquellos que dicen que llegamos a donde llegamos por influencia de los militares. Esos son antiargentinos".

Confiesa que no ganó mucho dinero con el Mundial ni a lo largo de su carrera. Del XI Campeonato le queda todavía un recuerdo herrumbroso: el Fiat 147 que le regalaron a cada integrante del plantel. "Anda bárbaro. Lo tiene mi familia en Bel Ville. El motor está de fiesta, ¿de chapa?, algo jodido".

Abel estaba esa noche pendiente de otro partido. El padre de un compañero en el Nacional Reconquista de Villa Urquiza regenteaba un prostíbulo y había prometido que si la Argentina ganaba haría "debutar" a todos los pibes de "quinto B".

Hubiera preferido otra iniciación, tipo Melody, ¿por qué no?, dice, pero en aquel mundo compartimentado, lleno de recovecos e interdicciones, saturado de tabúes y peligrosidades, pasarles una mano por debajo del vestido, rozarlas siquiera, superar la barrera del beso en el zaguán, requería de algo más que cierta paciencia zen.

Abel no estaba dispuesto a seguir esperando. Quería escribir su propia "historia de ganador". Había vendido en el Parque Centenario tres discos, *Blue train* y *Free hands*, importados, de John Coltrane y Gentle Giant, y *Agitor Lucens*, el doble de Arco Iris que ya no escuchaba y lo tenía desde aquella presentación en el Gran Rex junto con Fabio Zerpa. Con ese dinero viajaría hasta San Isidro y pagaría su "estreno".

Eran como veinte. Diez para cada puta, casi un equipo completo a punto de golear en los mismos boxes del hipódromo.

Había allí una cama, un rollo de papel higiénico, una palangana llena de agua y olor a bosta.

Abel entró segundo, detrás del hijo del proxeneta que, en un acto de superación filial, quería estudiar medicina y ser ginecólogo.

Argentina había ganado.

La victoria abrió los diques de contención y los argentinos se lanzaron a las calles para abolir por unas horas diferencias sociales y de géneros. La escena se repitió en grandes ciudades y pequeños pueblitos, donde las caravanas pasaban una y otra vez por la misma calle como si fueran los autitos de un Scalextric.

En ese celebrado reino de efímera permisibilidad, los trenes y el subterráneo no se pagaban, no se dormía, o se dormía poco, prodigaban los cacerolazos y se tomaba o gastaba a cuenta porque el día siguiente no importaba: era la rémora de una epifanía. Un movimiento telúrico que se desentendía de sus napas ocultas.

"Esto es prueba de madurez, de nobleza, de movilización popular plena de generosidad y desinterés. Algo muy alentador", decía Sábato a *La Razón*. "Mi hipótesis –agregaba– es que la Argentina ha sufrido tantas empresas nacionales que se ha volcado hacia esta competencia como queriendo mostrar a los extranjeros y mostrarse o demostrarse a sí misma que es capaz de llevar a cabo algo y algo nada desdeñable. No soy patriotero, pero debo confesar que este hecho me emocionó. En medio de tantas tristezas, cuando la vida es cada día más dura, me conmueve la reserva de pasión nacional que hay en nuestro pueblo".

Capítulo XI: Argentina 0-Brasil 0

ACABAMOS DE RECIBIR ESTOS IMPORTANTES LIBROS. NO ESPERE ENCONTRARLOS EN NINGUNA LISTA DE BEST SELLERS.

Merleau-Ponty, *Fenomenología de la percepción.*
Jacques Lacan: *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*
J. Berger: *Modos de ver*
Tomás Maldonado: *Vanguardia y racionalidad*
Brecht: *Historias de almanaque*
D. Hammet: *El agente de la continental*
F. Kafka: *Cartas a Felice*
E. Pound: *Cantares completos*
Thomas Mann: *José y sus hermanos*
Miguel Ángel Asturias: *Tres de cuatro soles*
Ulrich Conrads: *Programas y manifiestos de la arquitectura del siglo* XX

LIBRERÍAS FAUSTO
(Aviso en *Punto de vista*, julio de 1978)

Desde el camión cubierto con una bandera argentina salía por los altoparlantes la voz de Palito Ortega cantando "yo tengo fe, yo creo en el amor; yo tengo fe que todo va cambiar... la luz de la esperanza no se apagará jamás". Al costado, dos mujeres vestidas con ropas "gauchas" repartían banderas argentinas y fotos autografiadas por Luque y Fillol.

El público se aproximaba a la entrada del estadio. *Welcome to world cup 78.* Faltaba poco para que comience el partido entre Argentina y Brasil y ninguna de las siete mil personas quería perderse el momento en que la pelota "Tango" empezara a rodar tan lejos, pero tan cerca y a todo color en pantalla gigante. Estaban a miles de kilómetros del

estadio de Rosario Central, en el mismísimo Madison Square Garden de New York.

Las voces del público se mezclaban en un riquísimo juego de tonadas latinoamericanas, marcadas apenas por el inglés. A los brasileros y argentinos se les sumaban otros sudamericanos, en su mayoría también emigrados económicos de las últimas décadas, que querían ver fútbol como "en casa". Algunos estaban con sus hijos muy chicos, y más ansiosos que ellos por mostrarles que el *soccer* era el *soccer* pero el fútbol era "otra cosa". Once contra once. Césped de verdad. Un estadio lleno. Cantitos de las hinchadas. El sol de la tarde en un domingo. Los colores de una camiseta. La mirada y las manos del padre. El pasado.

Eso era lo que más importaba; la rivalidad entre brasileros y argentinos quedaba en un segundo plano. Y, por cierto, no era un componente menor; desde hacía años se debatían, junto con Uruguay que había ganado dos mundiales, el liderazgo del fútbol sudamericano. Los argentinos llevaban mucho tiempo sin vencer a los brasileros, pero aun así los brasileros no olvidaban que antes, con Zizinho, Gerson y Pelé, eran ellos los derrotados. Las estadísticas, sin embargo, no dejaban lugar a la confusión: Brasil había ganado ya tres mundiales y, por ahora, Argentina ninguno.

El EAM '78, sin embargo, se preocupó por trasladar la fiebre mundialista a New York y desde muy temprano se había encargado de repartir banderitas argentinas en la puerta del Madison Square Garden. Al comienzo del partido no dejaban de flamear, casi únicas, altaneras, pretenciosas, apretadas, todas juntas, sin disenso, como "en casa". Y aunque de manera cómica, la rivalidad no tardó en hacerse notar en los cantitos: "Vea, vea, vea / la hinchada brasilera / no tienen cinco guita / pa´ comprarse una bandera."

Los jugadores salieron a la cancha. Había un pequeño cambio en la indumentaria del equipo argentino; por primera vez iban a usar medias de color negro. Brasil, en cambio, se presentaba como siempre, aunque en el banco había quedado una de sus máximas estrellas, Roberto Rivelino. La cámara se demoró un instante para mostrar cómo los pibes que alcanzaban las pelotas se acercaban a fotografiarse con el volante de Fluminense que jugaba su tercer campeonato. En seguida la cámara enfocó el centro del campo, donde dos chicos disfrazados de

Mundialito entregaban a Leao y Passarella, los dos capitanes, un regalo.

Era el Día del Padre.

Hacía calor para un domingo de invierno en Rosario. La temperatura era de dieciocho grados, pero la sensación térmica era mucho más alta.

Había que ganarle a Brasil y no dejar que nos "tengan de hijos" justo ese día.

Cuatro días atrás Brasil le había ganado 3 a 0 a Perú pero seguía sin mostrar el brillo de otros tiempos. El "Toto" Lorenzo, en sus columnas para *Clarín*, ya lo había descartado como candidato al título y todas sus preferencias se decidían por Italia y Argentina. Brasil, sentenciaba el técnico, ya no contaba con aquellos "super fenómenos" que "con dos o tres jugadas conseguían lo que este equipo no concreta en toda una tarde".

El equipo que dirigía Claudio Coutinho parecía descender de los cielos al infierno. Desde Brasil llegaba el furioso descontento de su "torcida" que la prensa argentina se encargaba muy bien de hacer circular.

Antes de terminar la ronda clasificatoria y después del deslucido juego ante España (había empatado 0 a 0), un millar de simpatizantes brasileros marcharon por el centro de la ciudad de Mar del Plata y quemaron un muñeco que representaba al director técnico. Llevaba escrito su nombre y una leyenda que decía: "Sólo comes, sólo duermes".

Las llamas consumieron al muñeco de más de cuatro metros de alto que estaba de espaldas al mar, en medio de los cantitos de la "torcida" brasilera. Era la una de la madrugada y, pese a la prohibición policial, los agentes esperaron cautamente que los manifestantes se desconcentraran sin su ayuda.

Desde un costado del bullicio, algunos "locales" no dudaban en repetir lo que después anunciaría la prensa. Que se había tratado de una "macumba" brasilera.

Otros aseguraban que era una falta de respeto que quemaran un muñeco con la camiseta de su propio país, que aquí a nadie se le ocurriría semejante barbaridad, porque en defintiva amarillo y verde eran los colores de su bandera.

Alguien asintió con el orgullo del "ser nacional" bien alto; otro pasaba pensando que los brasileros eran un pueblo tan alegre que hasta podían reírse de ellos mismos. Pero ésa no es la forma, le hubieran dicho; pero de qué se ríen con las cosas que les pasan, le hubieran contestado; ¿usted acaso se cree que lo hacen en broma?... De todos modos el hombre que pasaba no dijo una palabra, siguió caminando cada vez más rápido tironeando de la mano a su hijo que preguntaba por el fuego.

"Mi padre era payaso. Pensaba en la gente sencilla, humilde, y siempre decía que el pueblo tenía que estar alegre" –había dicho en una entrevista a *El Gráfico* (23-5-78) "Toninho" Cerezo, el volante brasilero que se perfilaba como una de las revelaciones. "También pude ser payaso, pero mi padre murió cuando yo recién cumplía los ocho años y me iniciaba en el circo. El destino cambió las cosas. La arena fue el pasto de las canchas. Pero de aquello que decía mi padre no me olvidé nunca. Por eso yo trato de hacer lo mismo con el fútbol. Y yo digo que el fútbol debe ser juego, divertido, bonito, que lleve alegría."

La definición de "Toninho" pintaba a las claras lo que se quería, y se temía, del fútbol de Brasil. En México'70 había conseguido su tercer Mundial, siendo invicto en las tres oportunidades. Había vencido a Italia en la final por 4 a 1 y se había quedado con la Copa de la victoria, la misma que en 1983 sería robada y vendida en sus dos quilogramos de oro puro.

El volante brasileño se había lesionado en el partido con Perú, pero ya se había recuperado y estaba en condiciones de jugar con Argentina. Más que todo, se había sobrepuesto a sus dolores ocultándole al doctor Lidio Toledo algunas molestias que aún sentía. "Toninho" se debía a su público y quería verlo alegre; por nada del mundo iba a desperdiciar el momento de poder ayudarlo en la sonrisa.

Pero el partido, bien lo sabían locales y visitantes, no iba a ser sencillo. A la ruta hacia la final se sumaba con creces la rivalidad futbolística de ambos países, que a menudo se confundía, como una pieza intercambiable, con una rivalidad política. En las semanas previas al comienzo del campeonato, Coutinho no había vacilado en afirmar que su equipo tenía todas las pretensiones de conseguir un cuarto triunfo y que eso le

quitaba todo derecho a especular con respecto a qué equipo convenía enfrentar antes o después. Y sentenció: "Soy consciente de que para ser campeones del mundo deberemos enfrentarnos con la Argentina en cualquier momento. Cuando eso suceda, que sea lo que Dios quiera."

A lo largo del siglo la altanería argentina había ido creando una carrada de refranes que prometían seguridad y bienestar en un país que se había vuelto cada vez más incierto. Una buena cosecha ya no podría arrancarnos de cualquier crisis. Así también, el país que desechaba la comida que otros añoraban, como tanto habían repetido los abuelos emigrados europeos, poco a poco entraba en la tierra cierta de las ilusiones perdidas. Pero si había un refrán que mostraba al máximo toda la soberbia junta era aquél que podía oírse en los momentos en que, repentinamente, la suerte cambiaba el rumbo y casi por misterio se volvía provechosa. Ahí el beneficiado, entonces, ponía sus manos en jarra a la cintura, como un imagen fiel de *Mundialito*, y decía: "No hay vuelta que darle; Dios es argentino, ¿te das cuenta?"

¿Quién iba a animarse a retrucárselo si desde que había comenzado el certamen parecía que el cielo estaba de nuestra parte? Hasta la derrota contra Italia parecía una concesión fraguada entre Dios y la Patria para mostrarse agradecidos con los abuelos y padres inmigrantes. Perder con Italia, tanto como con España, era un asunto de familia más que un derrota. Porque, como tanto se decía, Dios, la Patria y la Familia conformaban la impoluta trinidad argentina forjadora de su tradición.

¿Y si ÉL nos ayudaba a ganarle a Brasil? ¿Y si nos regalaba el milagro de llegar y vencer?

Había que seguir implorando que desde arriba se alumbrara el camino que quedaba por delante. El mismo Martín Fierro lo había hecho, cuando al tomar su guitarra y empezar a cantar su historia no vaciló al decir: "pido a los santos del cielo que alumbren mi pensamiento." Y si el padre de los gauchos argentinos lo había hecho, con más derecho aún podrían invocar estos hijos suyos, los veinticinco millones de gauchos y sus *Mundialitos*, un rezo adecuado a las circunstancias: *Pido a los santos del cielo que alumbren los botines de Kempes, Luque, Houseman...*

Pero había, al menos, una diferencia fundamental. Martín Fierro no

era más que un personaje de ficción creado por José Hernández, un intelectual de Buenos Aires que llegó a ocupar un banca en el Congreso de la Nación. Aquellos paisanos que podrían haber inspirado al *Martín Fierro* lejos estaban del brillo de las funciones públicas, de las seguridades del orden oficial, de los progresos, de la educación formal de los alfabetos, de las ciudades prósperas donde se digitaba su suerte.

Continuando la tradición de la literatura gauchesca, Hernández escribió como si fuera un gaucho que contaba su historia y denunciaba las injusticias padecidas. Para llevar a cabo su relato, el escritor se había valido de simular por escrito algo que sí le pertenecía por entero a los paisanos de carne y hueso. Era ese duelo entre dos, improvisando versos rimados y acompañados por los arpegios de la propia guitarra: la payada.

Hernández confiaba en volverse portavoz de todas esas injusticias vividas; convertirse, si se quiere, en la voz de aquellos que no tenían voz en la sociedad. Pero, claro, en ese gesto magnánimo se volvió difícil, cuando no imposible, deslindar quién hablaba por quién, o quién era el hijo y quién el padre. Porque había una pregunta que desde entonces no dejó de murmurarse por lo bajo, y a menudo clandestina: ¿Cómo es *la voz* de los que *no tienen voz*?

Cien años después, *El Martín Fierro*, ocupaba diversos lugares en el desarrollo de un campeonato donde *Mundialito* era apenas su faceta más visible. Junto a su conversión en "biblia laica" se había ubicado definitivamente en el corazón de las mayorías, representaba a todos los argentinos; menos, por cierto, a las minorías que pretendían interrumpir la marcha del orden establecido. Así fue que, un día antes del partido con Brasil, se organizó un torneo "internacional" de payada. A esta altura de los acontecimientos, nadie dudaba en ver a la payada como la hija dilecta del *Martín Fierro.*

La competencia se llevó a cabo en Rafael Castillo, a 21 kilómetros de la Capital Federal. A diferencia del fútbol, la payada no se había expandido con tanto brío y sólo contaba en rigor con la presencia de reconocidos intérpretes de Uruguay y Argentina. Pero era una fiesta en el sentido exacto del término. El vino, las empanadas y el asado circulaban sin árbitros mientras las bordonas acompañaban las voces y el público se cruzaba miradas sin temor a quedar en *off side.* Era una mezcla,

por momentos disonante, que reunía a hombres vestidos como "gauchos", otros en *jeans* y mocasines, y a mujeres con tacos altos peinadas como dictaba la moda, a lo Farrah Fawcet-Majors, la rubia linda de *Los ángeles de Charlie.*

Al comienzo uruguayos y argentinos improvisaron sobre dos temas previstos. Uno era acerca del papel del payador en la historia y la cultura, el otro sobre la provincia de Buenos Aires, su gente, su paisaje y su futuro. El número fuerte consistía indudablemente en la llamada payada de "choque". Pero el duelo de canto y guitarra era tan pudoroso que no había vencedor sino aplauso al ingenio repentino, de modo tal que cada uno de los participantes se reservaba para sí secretamente las palmas del triunfo. El payador uruguayo cerró su última intervención con un deseo para compartir con el público: "Por el cuadro de Menotti / en que se juega el destino / le dejo un verso sin trino / de una manera resuelta /y todo el pueblo esta vuelta/ hará el gran gol argentino."

Mientras la fiesta de los payadores demoraba en apagarse entre el coro de muchos de "Argentina, Argentina", los diarios del domingo poco a poco empezaban a ganar la calle. El anuncio del partido estaba en las primeras planas de todos ellos. *La Opinión* (18-6-78) dedicaba el centro de su contratapa a un "sondeo" de "cómo se pondrían de nerviosos hoy los argentinos", y agregaba al título: "Algunos 'notables' cuentan cómo se preparan para el match".

El pintor Antonio Berni aseguraba: "Voy a todos los partidos de Argentina y tengo mucha confianza en el triunfo contra la selección brasileña." El escritor Marco Denevi se mostraba más cauto en sus auspicios. Veía "un poco lento al equipo nacional" y "rápidos" a sus contrincantes, y como vaticinio sólo arriesgaba ponerse lo "suficiente nervioso como para fumar más que Menotti". La actriz Niní Marshall se sentía "contagiada" por el entusiasmo que definía como "esta maravillosa euforia que nos ha traído el Mundial." La periodista Canela hacía hincapié en "cómo las mujeres que siempre hemos estado alejadas del fútbol, ahora cobramos interés por él con esta maravilla que nos ha sucedido y que es el Mundial." Federico Robledo, Ministro de Defensa del gobierno de Isabel Perón, también mencionaba "el fenómeno de euforia masiva", pero en

lugar de una muestra propia se lanzaba a un balance global: "Está renaciendo en todo el país un sentido patriótico, de unión nacional, de una trascendencia difícil de estimar. Existe un genuino rebrote nacionalista, que es muy digno de tener en cuenta."

Como un refrán, el Mundial daba vueltas en la cabeza de los argentinos, ligando a unos y otros sin dejar que nada escapara a su contacto. Como un refrán se había vuelto una verdad colectiva, insoslayable hasta tal punto que restarle importancia también era *estar dentro* de él. Porque el Mundial funcionaba ya como un patrón de medición, una referencia obligatoria que licuaba todo, hasta el mismo disenso. Por eso en el "sondeo de notables" publicado por *La Opinión* podía aparecer sin tapujos la disonante declaración del músico Enrique Villegas: "Mire, a mí no me importa en absoluto ni este partido, ni el Mundial, ni todas estas imbecilidades. A mí me importa la inteligencia y no me interesan las cosas que se resuelven tocando un pito."

¿Para qué aparecía la ironía de Villegas en ese "sondeo" de "nerviosos" si no era para sumar verosimilitud democrática? Con veinte años de distancia la frase parece despegarse más crítica del contexto de lo que era, porque en defintiva no había quedado fuera de la nota de color que realizaba el diario. Villegas buscaba excluirse de la bandera del Mundial y terminaba por formar una de sus franjas necesarias.

El lector medio de *La Opinión* estaba acostumbrado a leer entre líneas y aun en esos años de plomo, seguía tomando al diario como un referente en el que reconocía algo más acerca de la realidad. Muchos de ellos se sentirían identificados en las palabras de Villegas, pero seguramente todos sin distinción habían paladeado en ellas un relente de ironía tan borgeana como solitaria. Pero, ¿era realmente efectiva para mostrar el disenso? ¿Había algún resquicio donde el poder flaqueara y permitiese a la crítica colarse? ¿Era posible construir una zona de resistencia ante ese "rebrote nacionalista" que lo inundaba todo?

La posibilidad, día a día, parecía ser más lejana. La "euforia" y las "maravillas" del Mundial habían conseguido extender ese furor nacionalista y llevarlo desde los cuarteles hacia afuera. Y en la prensa diaria, el fútbol, que siempre se había quedado acotado a la sección deportiva como a los lunes de café en las oficinas, ya se había vuelto referencia obligada en cada una de las páginas. Se convirtió, incluso, en tema

recurrente de las páginas culturales, que nunca antes se habían inclinado a observarlo con tal esmero.

El suplemento *Cultura y Nación* del diario *Clarín* prácticamente no dejó pasar un solo jueves sin dedicarle un artículo a página completa. Los artículos, a su vez, se remitían unos a otros como si formaran una cadena que salvaguardaba la euforia de la mayoría desde diversos aspectos y sin que escapara nada. Así el primero de junio, con el título de "Endopatía del fútbol", Carlos Enrique Urquía destacaba "el valor artístico" del juego y destilaba líneas de reflexión tan difíciles de clasificar como las siguientes: "Es que toda la existencia, el Ser, como diría Heidegger, vive un nervioso partido de fútbol que se juega de día y noche, con sol y con estrellas, dentro y fuera del corazón, en las canchas galácticas, con tribunas repletas, con un temporal referí llamado Isaac Newton... Un picado de fe y sin trampas, de tiempo eterno, con sabidurías y exactitudes."

Como contrapunto, una semana después el escritor Ramón Plaza dejaba a un lado los acertijos galácticos y se dejaba llevar por el entusiasmo del acto inaugural en su nota "Un viento celeste y blanco". Sin duda intentaba poner el acento, como muchos otros intelectuales, en la expresión popular que había ganado la escena. Pero aun en esas buenas intenciones faltaba una pregunta: ¿era el pueblo quien había tomado la escena, o era la escena quien se había devorado al pueblo? "El Mundial plantea un corte. Un término", escribía Plaza que vislumbraba optimista un cambio en la escena nacional, aunque, sin embargo, parecía quedarse en el mismo refrán que se oía a todo hora: "Ululan las banderas. Un viento celeste y blanco estremece todas las gargantas. Alguien se desmaya, nadie corre, nadie quiere atropellos. Se quiere ayudar, pero de una manera calma, sin miedo, evitando sobresaltos."

Dos semanas después, otro articulista, Esteban Polakovic, hacía referencia al ímpetu de Plaza para entrar de lleno en una reflexión sociológica del espíritu del pueblo: "La presencia de lo nacional. En el campeonato Mundial." La nación, según el autor, era "uno de los remedios contra la soledad del hombre", ya que le brindaba "la sensación de abrigo y protección". Ésa era la clave "para explicar la alegría colectiva" soslayada por "los racionalistas que desprecian las emociones como algo indigno del hombre maduro". Tal era el caso de las diatribas lanzadas por Borges contra el Mundial, a quien, según Polakovic, "se le escapó el valor

etnogenético de las emociones colectivas del ser nacional colectivo." El artículo no vacilaba en afirmar que si Borges "hubiera visto con sus ojos" (*isic!*) la algarabía que sí vieron "todos los argentinos" seguramente "habría escrito un poema para testimoniar su identificación con las multitudes que eran un solo ser..." Y sentenciaba: "No hay duda de que la Nación argentina entera, como ser viviente y palpitante, estaba presente en el estadio monumental."

La escena, entonces, parecía haberse devorado la genuina expresión del pueblo. No había lugar para cada uno en medio de la estampida del gigante.

"Sí, por supuesto, disfruté el triunfo como todos los argentinos; me sentí orgulloso, pero nada más. Yo no soy muy extrovertido para este tipo de momentos. No soy amigo de las exteriorizaciones", cuenta Cacciatore. "El resultado fue positivo para el país. Y la gente supo valorarlo. Festejó muy bien, con una gran altura, sin llegar a hacer manifestaciones hostiles para con nadie. La gente exteriorizaba su alegría sin ningún tipo de inconveniente. Todos hacíamos fuerza para lo mismo."

Con respecto al Plan de Erradicación de Villas de Emergencias, el ex intendente de Buenos Aires asegura que estaba en marcha desde mucho antes. "Era un plan que pretendía volver a poner las cosas dentro de su legalidad. No era nada fácil, pero no se podía tolerar que hubiera intrusos en propiedades privadas." Y, en seguida, ante la próxima pregunta, mira con cierto dejo de sospecha, como si en ella se encerrara algo más grande que un gato.

Sí, sí, un elefante se había escapado de un circo y anduvo deambulando por la ciudad hasta que lo atraparon y lo llevaron al Club Comunicaciones, donde estaba la carpa. ¿No lo recuerda? Los diarios dieron la noticia un día antes del partido con Brasil...

"No, no recuerdo lo del elefante. Lo que estaba previsto era un traslado del zoológico de Palermo a unas cien hectáreas del Parque Almirante Brown. Siempre hubo intenciones de trasladarlo a un lugar donde no tuviera tantas limitaciones y los animales pudieran gozar de un espacio más amplio. Se hicieron plantaciones de árboles y se preparó el terreno pero todo quedó ahí."

Beba, en cambio, recuerda perfectamente el episodio del elefante. Hacía pocos meses que se había mudado a la casa en la que todavía vive, a dos cuadras del Club Comunicaciones. Sus mellizos, que hoy tienen más de veinticinco años, estaban fascinados con la imagen grotesca: un elefante en medio de una cancha de béisbol, rodeado de frontones de tenis y un quincho con mesitas y parrillas en la que los socios hacían sus asados los domingos. "Lo que no me acuerdo era el día justo. Pero, sí, claro que había gente mirando. El elefante tenía puesta una camiseta argentina y todo, cómo no me voy acordar. Yo había llevado a los chicos para entretenerlos un poco; no tenía un peso en ese tiempo, me dedicaba a *full* al teatro y le hacía trámites a una hermana mía que es escribana. De eso vivíamos los tres, porque el padre no me pasaba un peso, pobre; él también era actor. Yo siempre digo que debo ser la mujer que más veces se casó y se separó del mismo hombre. A veces me pregunto cuánto faltará para la próxima reconciliación." Beba se ríe, y muestras las fotos de esos tiempos. Ella y los chicos. Ella en escena. Ella con la cabeza con permanente. Ella con el pelo a lo varón. Ella posando con una túnica traslúcida, cuando, como Beba misma dice, "había menos de mí en el mundo, exactamente cuarenta quilos menos de mí." Ella y un novio que pasa rápido. Ella y un amigo fotógrafo retratándose juntos ante un espejo. Y después, ella y él, ella y él, ella y él, como si realmente no terminaran nunca.

En medio del Mundial Beba trabajaba en *La lección de anatomía*, la obra de Carlos Mathus que ya llevaba seis años en cartel. Apenas se apagaba la luz de sala, los actores, que habían sido minutos antes quienes acomodaban al público, subían al escenario y comenzaban a desnudarse sin tropiezos. "A mí no me costaba nada hacerlo, todos sabíamos que eso formaba parte del espectáculo. Estábamos desnudos porque íbamos a poner al desnudo a la familia, a la escuela, a la sociedad completa. Qué sé yo, estábamos en pelotas, todos en pelotas y todo en pelotas, y yo me sentía realmente muy bien. Y sí, la gente se calentaba, y nosotros nos calentábamos; ellos tosían y nosotros nos aguantábamos, pero no mucho, no te vayas a creer. Si estas piernas hablaran podrían contar más goles que Kempes y Maradona juntos, te lo aseguro." Beba, sin embargo, no recuerda haber presenciado ninguna intervención directa del público, aunque dice, por lo que le contaron, que en una función

una mujer se subió al escenario y le pegó una cachetada a la actriz que hacía de madre, y que otra vez una mujer arrojó su cartera al aire y un collar de perlas al escenario. "También me contaron que una piba se desnudó y se subió al escenario, pero eso sí que yo no lo creo. ¿Por qué? Por la represión, pero más que nada por la represión interior. Vos veías a las parejitas que venían, así, todos muy intelectuales rebeldes, muy 'a mí no me gustan los milicos', y, sin embargo no sé qué harían después, ¿entendés? Quiero decir, ellos te miraban con miedo y con algo de reprobación de monaguillos al mismo tiempo."

Pero es extraño, Beba no recuerda el texto de la obra, dice que eso quizá se deba a la estructura misma de la pieza, o a que pasó bastante tiempo, o que ella no estuvo en el elenco más que un par de meses. Sólo retiene frases sueltas, como ésa en que una mujer encaraba a su hombre y le decía: "No me gustan tus manos, no me gusta tu piel, no me gusta tu modo de ser, no me gustan tus ideas políticas; pero te amo". ¿Era así realmente? "Sí, más o menos así. Ahí estaba todo. La hipocresía, la mentira, lo falso y la pasión, sobre todo la pasión de los cuerpos." ¿Tan así?

Lo que Beba retiene con exactitud de *La lección de anatomía* era el antes y el después, lo que ella llama la "convivencia con la obra." La policía siempre andaba merodeando por el teatro, entre las avenidas Santa Fe y Pueyrredón, como una presencia amenazante. "Nos metían miedo a nosotros y al público. Porque había mucha gente sola dando vueltas por el teatro, gente que buscaba acercarse a otros, gente que buscaba amor y que no querían que la obligaran a sentir del modo que mandaban 'las buenas costumbres'. Gente linda, y que sufría mucho por sus elecciones de vida. Es más, por el solo hecho de trabajar en la obra vos estabas marcada como cualquier cosa menos como linda. Pero te acostumbrabas, hasta a callar que formabas parte del elenco aunque te sentías orgullosa de ser parte de él. Eso no había quién te lo quitara." Y ante tanta presión policial, ¿cómo hizo la obra para sobrevivir los siete años de la dictadura? ¿Cómo conseguían llenar la sala del Theatron con dos funciones los días sábados? "Los éxitos son tan misteriosos como los fracasos. La obra era muy directa con el público, muy desnuda en todo sentido, y eso al público le gustaba. También en todo sentido. Qué sé yo. Además, en definitiva, nosotros no le hacíamos mal a nadie con lo

nuestro, nunca jodimos a nadie. Era muy injusto que quisieran meterse con nosotros."

Más sugestiva era la película que ese sábado 17 de junio, mientras los argentinos se preparaban para el partido con Brasil, proyectaba la Sala Leopoldo Lugones del Teatro Municipal General San Martín. *¿Qué es el otoño?* de David Kohn.

La película se centraba en las tribulaciones de un arquitecto que contemplaba la destrucción de su propia vida, mientras asistía al resquebrajamiento del tejido social comenzado en 1975. No había uniformes en el film, pero sí desapariciones, Ford Falcon, estudiantes con paradero desconocido, la universidad diezmada y el surgimiento de cursos privados como un intento de sobrellevar también las catástrofes culturales. El arquitecto terminaba inmolándose en un suicidio. Todo era alegórico: el suicidio como desesperanza colectiva, la profesión de arquitecto en un país de proyección nefasta, el otoño como indicador del golpe militar iniciado el 24 de marzo, y las alusiones, sobre todo en la escena del sacrificio, a *Alicia en el país de las maravillas*. Esta última sería una cita recurrente en la cultura no oficial en tiempos de la dictadura. Charly García escribiría poco después *Canción de Alicia*, que comenzaba diciendo: "Quién sabe, Alicia, este país/ no estuvo hecho porque sí/. Te vas a ir, vas a salir/ pero te quedas/ y es que aquí./ Sabes:/ el trabalenguas, traba lenguas; / el asesino, te asesina/ y es mucho para ti/ se acabó este juego que te hacía feliz./ No cuentes lo que viste en los jardines/ el sueño acabó.../ Los inocentes son los culpables/ –dice su Señoría,/ el rey de espadas..."

Y ¿cómo podía *¿Qué es el otoño?* estar en cartel y en la pantalla de una sala oficial? Algunos creerían que eso formaba parte de las contradicciones, de las escasas posibilidades que podía hallar el discurso crítico para colarse. Otros, sólo lo aceptarían con no pocos reparos y encontrarán en la alegoría la marca de su disenso: la forma que parecía más explícita era, a la vez, la que permitía anclar mejor el sentido en otro lado. Así, el mensaje cifrado de *¿Qué es el otoño?*, quizá, era entendido como una remisión a un hermético psicologismo, y la violencia, referida sólo a los tiempos previos al golpe. Sea como fuere, la película

estuvo en cartel ese único día. Recién en 1982, durante la guerra de Malvinas, el público llegó a verla otra vez en un festival de cine en Buenos Aires, casualmente en una sala de la calle Corrientes frente al Teatro San Martín. La película no concitó nuevas adhesiones, tal vez porque el peso de la alegoría había perdido espesor frente al peso de una realidad que empezaba a ser dicha.

Algo similar ocurría con buena parte de las letras de las canciones que a menudo aparecían directas en el rock nacional. Después de la disolución, en 1975, de Sui Generis, el grupo liderado por Charly García, parte de sus seguidores, en su mayoría adolescentes, se habían inclinado hacia un nuevo duo, Pastoral. Entre las canciones de *Humanos*, disco presentado a fines de 1976 en el Teatro Estrellas, había una llamada *Solo con silencio*, que cantaba Alejandro de Michelle apenas acompañado por su guitarra acústica, en una suerte de íntima conversación: "... pero vos estás matando y así no me podés ver,/ tu lenguaje es la violencia,/bueno, che, qué le vamos a hacer." Como contrapunto en una payada, el público aplaudía y lanzaba vítores. La palabras eran tan directas que se volvían equívocas. ¿Qué cosa se aplaudía y qué era lo que se creía estar aprobando con las palmas? ¿De quiénes hablaba esa canción? ¿A quiénes hablaba?

El rock como fenómeno contestatario no era patrimonio inherente de los músicos ni de su música; en todo caso el lugar de resistencia lo ejercían los mismos jóvenes, que con su sola presencia en los recitales masivos o en pequeñas salas a medianoche, desafiaban el orden del pelo corto y el silencio desolador de las calles. Esto no implica que no hubiera canciones prohibidas –tómese en cuenta, a modo de ejemplo, que en 1981 los censores arremetieron con 242 canciones–, pero no todas pertenecían a lo que en ese entonces se llamaba *música progresiva*, y, además, un bocado para el censor resultaba tanto la mera palabra "revolución" como la alusión a que alguien tuviera "un amante". De todas formas había una restricción más que explícita: el rock nacional, salvo escasísimas y puntuales excepciones, no se oía en las radios.

Pero la censura ya formaba parte de la costumbre y, además, bien se sabía que no podía ser eterna. ¿Cuánto más había que soportar? Algunos preferían contar los meses, otros los años, y no pocos contaban los goles del Mundial como si se tratara del más efectivo de los adelantos.

Muchos jóvenes, en tanto, aquellos que buscaban a la madrugada sus melodías en la radio, sentían tocar el cine con las manos viendo *Dos extraños amantes*, o descubrían, casi por casualidad, la literatura de Hammett y Lillian Hellman en la película *Julia*. No, no era extraño que se pudiera oír hablar del macartismo y el nazismo; lo imposible era decir, y siquiera pensar en voz alta, que eso mismo estaba ocurriendo a nuestro alrededor. En los quioscos la revista *Confirmado* ofrecía, en su número del jueves anterior, el cuento *Absolución* de Scott Fitzgerald, una entrevista a Borges en la que hablaba de las mujeres, el análisis de los ocho equipos finalistas del Mundial y dos notas también destacadas en tapa. La primera adelantaba la llegada de la última película de Bergman, *El huevo de la serpiente*; la segunda tenía un título por demás amenazante, *El regreso de los nazis,* y un copete que pretendía no ser menos: "La venta de símbolos del nazismo, que el año pasado provocó un boom en Europa, se asoma a Buenos Aires. En algunos negocios céntricos se exhiben réplicas de esas antigüedades que son un anzuelo para inacautos."

Un problema extranjero, un simple asunto de incautos. Nada más. Sin embargo, no eran pocos los que semanas atrás habían llenado el sótano de *La casona de Iván Grondona*, un centro cultural privado en la calle Montevideo y a pasos de la avenida Corrientes, para ver la versión de Orson Welles sobre *El proceso* de Kafka. Nadie dudaba de que el autor checo había escrito en su novela el preanuncio del totalitarismo, dejándolo entrever todavía dentro de su huevo de serpiente. Nadie dudaba de que la versión de Welles parecía una alegoría que nos murmuraba en clave nuestro propio presente. ¿Podía ser casual acaso que se llamara *Proceso*?

Todo eran señales, avisos, mensajes cifrados, signos. Todo era una clave oculta que buscaba furiosa la letra que dijera *algo*, aquello que no pudiera ser descifrado por la maquinaria policial que hurgaba, enloquecidamente, en todo. Como un rito, la sala de la Cinemateca Argentina se vio colmada de público para ver, sólo por ese día sábado de junio, otra vez *El proceso.*

Alejado del epicentro de la ciudad, en el barrio de Caballito, Kafka volvía a ser un punto de partida, pero de un modo diferente. El artista Carlos Alonso continuaba con la exposición de diecisiete obras –pinturas y dibujos– con un título meramente descriptivo: *Kafka*. En 1976, Alonso había presentado una muestra inspirada en *El matadero*, el relato

de Echeverría. Las medias reses colgaban en la sala, la sangre se coagulaba en las manos de los matarifes, la violencia estaba allí, transpuesta en arte, cruda y sin agregados. Del mismo modo, ahora podía verse a un hombre solo, una boca en mueca, una queja interminable... Pero nada había que interpretar allí, cada trabajo remitía a la figura del escritor como antes al relato, impidiendo así cualquier alegoría. Era eso que estaba allí, no otra cosa, una realidad sin anestesia. Puesta de frente pero para mirarla de costado, porque, al igual que la luz, la realidad corre el riesgo de cegar a quienes la contemplan.

Los laterales debían desbordar desde abajo permanentemente y sumarse al ataque; ir por el centro dificultaba la circulación de la pelota y el equipo se atascaba sin pasar la media cancha. Menotti confiaba en Tarantini y Olguín para esa tarea que ya le había dado resultados efectivos en los partidos anteriores.

Pero, ¿insistiría Menotti en esa estrategia ofensiva frente a Brasil? Bajo su dirección, el equipo argentino no había conseguido nunca ganarle a ese rival, y era conocida su admiración al fútbol brasilero. ¿Qué haría entonces? ¿Contendría el desborde de los laterales?

Menotti, se decía, iba a cambiar la "racha" con los brasileros ganándoles por primera vez en su ciudad. Los memoriosos no dejaban de hacer cálculos. En el '74 Brasil y Argentina habían jugado en la ciudad de Hanover y de aquellos veintidós jugadores sólo tres se repetirían en el partido: Kempes, Leao y Dirceu. Por otra parte, en la provincia de Santa Fe ya se habían enfrentado ambos equipos en 1975, y de los planteles se mantenían más argentinos que brasileros: Ardiles, Gallego, Luque, Kempes, y del equipo rival sólo Amaral.

Si bien esos datos tenían poca utilidad en el juego, resultaban avalados por el registro pretendidamente cientificista que había puesto en circulación el director técnico de la selección, y que aún veinte años después insistiría en sostener. En un partido entre Ecuador y Argentina para la clasificación al Mundial de Francia '98, Menotti, que oficiaba de comentador de la transmisión vía satélite, no dudó en decir ante el segundo gol del equipo ecuatoriano: "Ahora es el momento en que los jugadores argentinos demuestren lo que los hace genéticamente diferentes." La

desgraciada aseveración, sin embargo, no concitó demasiada sorpresa. Menotti se quedó sin ratificar ni rectificar públicamente su dicho, aunque por suerte los argentinos bien demostraron que no tenían nada distintivo, y perdieron. Si la opinión pública no se asombraba ante lo que representaban esa clases de sentencias, ¿por qué lo hubiera hecho veinte años antes?

Desde temprano el público fue acercándose a las inmediaciones del estadio. Sabían que la espera era larga, que tenían que pasar por diversas vallas y requisas, como nunca antes se había visto en el fútbol local. Sin tumultos, sin violencia, sin empujones, sin el riesgo de que haya alguien armado, y, sobre todo, sin panfletos opositores. "Vamos, vamos, Argentina", cantaban mientras esperaban ya ubicados dentro del estadio, "que esta barra quilombera, no te deja, no deja de alentar." Ahora nadie pensaba en cuál podía ser la estrategia de Menotti y menos en las encuestas, sólo en ganar costara lo que costase.

Para amenizar la espera por los altoparlantes pasaban música. Varias veces se oyeron la *Marcha del Mundial* y *El Himno Oficial del Mundial* y en un momento, que fue casi un rapto de alivio para los presentes, un tango, *Mano a mano*, al que nadie tomó como un presagio del 0 a 0. En seguida, la Banda del Batallón de Comunicaciones 121 tomó la música a su cargo y tocó *La Marcha de la Bandera* y *La Marcha de San Lorenzo*; es decir, canciones patrias para un Mundial que creaba al unísono nuevas efemérides.

Desde la tribuna alguien remontó un barrillete enorme con los colores celeste y blanco, en una demostración que tenía mucho del fútbol de los domingos. Pero el cartel luminoso del estadio, estrenado en el campeonato, no tardó en robarle la atención: "Reiteramos a todos los periodistas extranjeros presentes la bienvenida a Rosario, segunda ciudad de la República."

Los aplausos no se hicieron demorar, tampoco los comentarios. Eso en Europa no se consigue, dijo uno. ¿Qué cosa?, murmuró el otro con la mirada fija en las imágenes del cartel luminoso.

"Sutil y delicada recreación del universo de Kafka", dijo *La Opinión* (17-6-78) sobre la exposición de Carlos Alonso. El artista retornaba con

esta muestra después de haberse alejado durante el último año y medio, tras la "desaparición" de su hija Paloma. Para su vuelta había preferido tomar la obra kafkiana, según comentaba el diario, en "las antípodas" de lo que había hecho Welles con *El proceso.* Alonso se rehusaba a construir un enorme fresco con el universo de Kafka, algo monumental que estuviera a la altura de lo significaciones dadas a su obra. Se decidía, en cambio, a formar parte de ella, quedándose en su interior, en su encierro, en su queja, en su desolación: un retrato del autor con el rostro tapado, como si estuviese inacabado en un grafismo rojo; pequeñas hojas sueltas pegadas en un plano mayor; un dibujo arrancado y vuelto a pegar con cinta scotch.

Una elección semejante parecía tener lugar en el "arte de tapa" del primer número de *Punto de vista. Revista de Cultura*, que aún se mantenía en los quioscos junto al segundo de reciente aparición. La revista era por demás austera, no llevaba cartulina en la tapa, ni tampoco color, sólo un dibujo en el centro: una puerta entreabierta a la distancia, casi perdida en un paisaje únicamente negro, y alguien medio asomado con expresión adusta.

La ilustración *hablaba* en forma oblicua del presente argentino tanto como esos tres títulos que la seguían debajo, y que parecían indicar más que el contenido de la publicación: "FIN DEL MUNDO: superstición y milenarismo."; "EL LUGAR DE LA LOCURA"; "NOVELA LATINOAMERICANA, parodia y grotesco." Una imagen de reminiscencias kafkianas para una realidad que no dejaba de ser cruelmente grotesca. Al menos, no parecía un exceso interpretativo entenderlo de ese modo.

La revista había sido creada por el impulso de Beatriz Sarlo, Carlos Altamirano y Ricardo Piglia; pero ninguno de esos nombres figuraban en la publicación. Por razones de seguridad, ellos, como la mayoría de los colaboradores argentinos, se habían decidido por seudónimos. El único nombre que aparecía en el staff era el del psicólogo Jorge Sevilla, su director, y en el interior de las páginas sólo otro, Hugo Vezzetti, quien firmaba "El Lugar de la locura", una extensa crítica a *El psiquiatra, su 'loco' y el psicoanálisis* de Maud Mannoni, editado en Buenos Aires en 1976.

Vezzetti, que ya desde hace algunos años forma parte del consejo de dirección de *Punto de vista*, cuenta que en el diseño de tapa del primer

número no hubo una decisión de hablar en forma indirecta de la realidad argentina, aunque no por eso desestima la interpretación. En su caso, había sido invitado a colaborar por Piglia y eligió, dentro de la temática que estaba investigando, un libro que resultara pertinente para proponer a discusión. ¿Por qué había firmado con su nombre? Simplemente, porque no tenía otra salida. A diferencia de otros colaboradores de la revista, su nombre tenía una circulación pública, por su trabajo en la Asociación de Psicólogos o por su desempeño en el gremio de los Trabajadores de la Salud. "Mi nombre ya estaba ahí, y era imposible ocultarme", dice, y recuerda que, tiempo atrás incluso, lo habían dejado cesante en su trabajo en el Hospital Neuropsiquiátrico Borda por el Decreto de Prescindibilidad de la Dictadura.

El Decreto, que habían padecido miles de profesionales en el país, impedía ejercer cualquier cargo público, incluido en ello, por supuesto, la docencia en cualquiera de sus niveles. Ante tal situación, los profesionales debían recurrir a los más diversos empleos para sobrevivir. Vezzetti, si bien continuó trabajando en su consultorio privado, aceptaba de tanto en tanto algún trabajo *free lance*, como aquel que en el verano del '78 le había ofrecido una colega amiga. Debía realizar un análisis motivacional de una publicidad para un reconocida agencia. El producto no era menos conocido, se trataba de una de las propagandas del vino *Crespi*. Pero esta vez no eran los escarpines ni la dulce espera de la pareja, el protagonista de la serie recibía cartas de su hermano que estaba viviendo en el exterior. Vezzetti leyó los comentarios de los informantes y, a partir de los mismos, elaboró su análisis: nadie sabía por qué el hermano vivía afuera, su imagen parecía desdibujada, y en cada comentario se repetían las preguntas y las dudas cargadas de angustia. "La publicidad finalmente no se hizo. Y, por supuesto, a mí no me volvieron a llamar más", sonríe Vezzetti.

En los meses previos a ese verano, ya había ido afianzándose el proyecto de editar una revista que pudiera construir un entramado de posiciones críticas y de correspondencias entre intelectuales. Las primeras reuniones se realizaron en torno al Centro Editor de América Latina (CEAL), la editorial fundada y dirigida por Boris Spivakov que no había claudicado ante los embates. No sólo continuaba publicando nuevas colecciones de historia y literatura a precios accesibles y con una

circulación que sobrepasaba con creces a las librerías como únicos canales de venta –como ya había hecho el mismo Spivakov al frente de EUDEBA a fines de la década del cincuenta–; sino que también contrataba como asesores, ensayistas, prologuistas y traductores a buena parte de los intelectuales que habían quedado al margen de los centros de investigación y las universidades estatales. Eso hacía del CEAL un espacio propicio para construir desde sus alrededores proyectos de esas características. De ese modo surgió *Punto de vista.*

¿Cómo se financiaría la revista? Después de diversas reuniones Sarlo, Altamirano y Piglia aceptaron que el dinero proviniera de un pequeño partido político al que pertenecía el último, Vanguardia Comunista (VC). Por ese entonces los otros dos fundadores pertenecían a otra minúscula agrupación de izquierda, el Partido Comunista Revolucionario (PCR). El origen del dinero no cambiaba el carácter de la revista; no se trataría en ningún sentido de un órgano partidario, sino de un punto de vista a construirlo en común. Porque si bien el director, tanto como Piglia y Vezzetti, pertenecían a VC, otros colaboradores eran independientes o provenían de diversos espacios políticos.

Los cuatro primeros números, todos ellos editados en 1978 de marzo a octubre, contaron con ese apoyo. La revista daba a conocer debates teóricos y discursos críticos que no tenían lugar en las universidades argentinas ni en otros medios. Ni una sola palabra, sin embargo, dedicó *Punto de vista* al Mundial '78 en los números de ese año. Sin duda que la omisión era el mejor modo de pronunciarse de un modo más efectivo, no sólo tomando en cuenta la censura sino, además, porque de esa manera se recortaba del resto, ya que no existía ningún medio donde no se hablara del campeonato. "Teníamos una posición clara acerca de la utilización que hacía la dictadura del Mundial, y todos estábamos de acuerdo", cuenta Vezzetti. "Pero muchos de nosotros, por supuesto, igual veíamos los partidos. Yo nací en Parque Patricios, a cuatro cuadras de la cancha de Huracán, y el fútbol para mí tenía que ver, digamos, con mi identidad barrial. Pero en términos generales, más allá de *Punto de vista*, en torno al Mundial se repetían las contradicciones. Era una situación compleja. Muchos creían que el Mundial estaba poniendo a la gente en la calle y que eso podía ser el principio de una oposición mayor y efectiva. Había muchísimas contradicciones, no era nada fácil..."

El autor de *Aventuras de Freud en el país de los argentinos* (1996) cuenta que después de uno de los partidos salió a la calle a ver qué ocurría con los festejos, es decir sin ánimo de plegarse a la algarabía y con el único fervor de la observación. Con sorpresa vio a una amiga suya, militante de VC, "envuelta en una bandera argentina", cantando en el medio de una inmensa columna. Tres meses después, ella sería una de las decenas de desaparecidos que fueron secuestrados en un operativo que terminó con Vanguardia Comunista.

En el número dos de *Punto de vista* (mayo de 1978), con las iniciales L.F. se firmaba la crítica de *Julia*, la película de Fred Zinneman que aún un mes después continuaba en cartel. Como la crítica que la precedía en la página, dedicada al film de los Taviani, *Padre padrone* (que fue escrita por Piglia aunque sin firmar), se recurría también allí a una búsqueda de conexiones indirectas entre las obras y el presente que le pusieran palabra al silencio. Así, sin salirse ni en una línea de la temática de la película candidata al Oscar en el '77, la crítica a *Julia* terminaba con una cita tomada de las memorias de una de sus protagonistas, Lillian Hellman: "¿Desde cuándo es necesario estar de acuerdo con alguien para defenderlo de la injusticia?... La verdad lo convertía a uno en traidor, como a menudo sucede en tiempo de canallas."

La cita no daba lugar a malos entendidos; el "tiempo canalla" no podía con ella intentando volverla metafórica. Lo mismo ocurría con la mayoría de los textos que publicaba la revista, que extendían su trama hacia el lector tejiendo complicidades. Tal era el caso del artículo de Guillermo Salinas acerca de los avatares del bandoneón en la música popular. La primera frase mostraba a las claras que detrás de cualquier temática se podía colar el disenso: "Si para muchos predecir desde ya su desaparición es algo aventurado, lo que nadie puede afirmar es que su futuro próximo sea demasiado promisorio." Todos los lectores podían sentirse "bandoneón" en ese comienzo, como se sentían el chico protagonista que miraba los efectos de un golpe militar en el cuento *Aquella visita* de Carlos Dámaso Martínez. Con astucia, el relato se proponía escrito en 1975 y, por lo tanto, referido a otro de golpe de Estado; pero indudablemente se remitía al comienzo de los "tiempos canallas". Si

quedaban dudas de que otros espacios y otros tiempos eran siempre un modo del presente, ahí estaba el epígrafe de Jean Paul Sartre que había elegido Dámaso Martínez para su relato: "Vivo la muerte. A los cinco años me acechaba; por la noche andaba por el balcón, pegaba el hocico a los vidrios, yo la veía pero no me atrevía a decir nada."

El tercer número, aparecido en la semana en que terminaba el Mundial, comenzaba con *La locura en la Argentina 1860-1890*, parte de las innovadoras investigaciones que Vezzetti estaba desarrollando acerca de los hospicios y la psiquiatría en Buenos Aires, e incluía en sus páginas un comentario sobre *La mayor* de Juan José Saer y un relato inédito de Piglia, *La prolijidad de lo real*. Fue el primer número en el que Piglia, tanto como algunos otros colaboradores, firmó con su nombre.

"En Europa no se consigue". Era el slogan de una publicidad de botines argentinos, *Fulvence*, que tenía como protagonista a Rubén "El Ratón" Ayala, bicampeón con San Lorenzo en 1972 y delantero del equipo del seleccionado en el Mundial '74, que después había sido "vendido" al Barcelona. La frase había pegado en el público menos por el amor a la industria argentina que por la voz chillona del jugador. Sin embargo, con el tiempo se ganó su lugar dentro del folklore de los refranes, al punto tal de ser utilizado como latiguillo en los programas cómicos de la televisión. Aunque nunca perdió parte de ese contrasentido que encerraba desde el primer día. El zapato, al menos, no tenía calidad de exportación; por eso no se conseguía en Europa. Y también, el botín era tan únicamente argentino que el mismísimo Ayala no había encontrado sustitutos para la "marca" de esa porción del "ser argentino"; porque si quería botines de marca ahí estaban los internacionales Adidas.

La frase en boca de Ayala redundaba en una aseveración de larga data en el país: a la Argentina se la descubre a la distancia. No era poca cosa tratándose de un jugador de fútbol que, como todos sus compañeros, buscaban la superprofesionalización que también se escribía en cifras largas en el mercado futbolístico europeo. Es decir, allí, donde se conseguía todo, menos los autóctonos *Fulvence*, tan nuestros como el dulce de leche, los colectivos, la yerba mate, la milonga... Eso no se

conseguía en Europa, ni en ningún otro lugar del planeta, sino sólo acá, donde eso estaba y faltaba el resto.

Los emigrados argentinos en Nueva York siguieron paso a paso el partido en la pantalla gigante del Madison Square Garden. La transmisión vía satélite dejaba fuera los momentos previos al partido, apenas si las cámaras tomaban las tribunas y el cartel luminoso del estadio; pero el partido se vio completo. Lo mismo, desde luego, ocurría en Brasil o, según los casos, en algunos de los otros países latinoamericanos. Pero la suerte de los argentinos emigrados en Europa no era la misma. ¿Por qué habría de conseguirse sin distinción, a lo largo de todo el continente, la emisión de un partido entre dos equipos sudamericanos y que no era la final? Eso tampoco se conseguía en Europa, al menos de un modo fácil.

Con el Mundial había recrudecido una polémica en los círculos de intelectuales acerca del "irse" o "quedarse" en el país, entre "los que se habían ido" y "los que se habían quedado". Para algunos "quedarse" otorgaba mayores derechos de hablar, que "irse" y "mirar a la distancia". Para otros, "irse" había sido una necesidad obligada por las circunstancias, aunque no hubieran mediado amenazas, y de ningún modo lo sentían como un "abandono el barco". Desde afuera, sostenían unos, era muy fácil hablar; otros argumentaban que desde afuera se sabía más y se podía hablar mejor.

Estas duras oposiciones echaban por tierra los matices y las diferencias en la que quedaban disueltas las dos figuras que se imponían en el horizonte: el del colaboracionista y el del traidor. No se trataba del mismo fantasma sino de dos, como eran dos los enigmas que se callaban en el aire: ¿No existía ninguna responsabilidad por lo ocurrido? y ¿Cómo podía encontrarse ahora una salida?

Julio Cortázar, desde Francia, era el intelectual argentino que más acabadamente representaba a "los que se habían ido" desde la perspectiva de los que valoraban "el haberse quedado". Con qué derecho hablaba si nadie le había obligado a irse, decían. La escritora Liliana Heker, desde las páginas de *El ornitorrinco*, revista literaria que fundara junto a Abelardo Castillo, comenzaría tiempo después una acalorada polémica con Cortázar en torno a ese dilema. ¿Traicionaban al pueblo los que se iban? ¿Colaboraban con la dictadura, con su sola presencia, quienes se quedaban?

El autor de *Bestiario* (1951) había dicho socarronamente, en aquellos viejos tiempos del comienzo de su exilio parisino, que dejaba el país porque aquí no podía escuchar tranquilo la música de Béla Bartok. A lo largo de los años se arrepentiría varias veces de esa sentencia que lo dejó marcado para siempre como lo más común que se conseguía en Europa en materia de argentinos emigrados. Ellos hablaban de lejos, dándole la espalda al pueblo, dejándolo solo en éstas, sus más dolorosas circunstancias.

El diario *La Opinión* había contratado como columnista para el Mundial al escritor Abelardo Castillo. Se buscaba en él menos un retrato que siguiera a pies juntillas los avatares de la pelota y más al intelectual *comprometido* que en los años sesenta había sabido perfilarse como escritor notable y polemista ácido desde la izquierda independiente. En su columna del jueves 15 de junio, Castillo hizo referencia a una entrevista que le realizara una periodista sueca para la televisión de su país. Sus dichos daban cuenta, en forma acabada, de una de las posiciones de la polémica, la cual veía en el Mundial la posibilidad de la alegría popular.

Si Castillo contaba los pormenores de esa entrevista era, como decía, por una "razón moral" que explicaba de la siguiente manera: "Cualquier cosa que yo declare sobre los argentinos para otro país, siento la responsabilidad de que se oiga también en mi país. Espero no herir a algún compatriota escritor que viva en el extranjero si afirmo que desconfío de ciertos héroes intelectuales que postulan sus convicciones desde Calcuta o Afganistán." Después de esa indiscutida alusión a Cortázar, Castillo comentó su propia respuesta a la periodista que le había preguntado acerca de la campaña antiargentina. Según ella, el caos que le habían dicho que vivía el país no se ajustaba en nada a lo que ahora contemplaba por sí misma. El escritor le daba la razón. "Le hice notar que hay cosas que no se ven, pero que en efecto, la imagen era falsa. Más que falsa: corrompida, injuriosa no para un país abstracto, Argentina, sino para su pueblo, para los hombres de carne y huesos que, en las buenas y en las malas, son un país. Sentí que ella, como periodista y como extranjera, sentía una especie de vergüenza por esa campaña."

Ante la pregunta que la periodista le hacía acerca de si esta "alegría colectiva" no podía ser "una fiesta ilusoria", el autor de *Crónica de un*

iniciado no vacilaba en afirmar que "todo acontecimiento deportivo de esta dimensión, lo es." Y acto seguido daba ejemplos y definía la elección de su alegría: "También las Olimpíadas de Alemania y también el master norteamericano y el Campeonato Mundial de Ajedrez. En cuanto a la alegría yo prefiero ver gritando y riendo a mi gente por las calles que verlas como esperaban verlas los que infaman, no a un gobierno o a un país abstracto: a un pueblo entero que hoy más que nunca necesita alegría."

La columna que llevaba como título "Una imagen corrompida infama al pueblo" daba por sentado que el lector supiera las razones de por qué "hoy más que nunca el pueblo necesita alegría", y precisaba con todas las letras cómo el escritor había festejado el triunfo. Pese a que no era "de andar tocando bocina" había salido a la calle con su Citroën modelo 47, comentaba. Se había sumado al festejo tocando apenas "dos o tres tímidos bocinazos" y decía, dando fin a su columna, que si no se había comprado una bandera fue sólo "porque no me alcanzó la plata."

"La dictadura no era tan torpe como para dejar cadáveres en las calles como pensaban algunos cronistas europeos. Por eso yo le había dicho a la periodista sueca que si quería saber *del otro* país sólo tenía que ir a Plaza de Mayo los jueves a la tarde", cuenta Abelardo Castillo refiriéndose a aquellas columnas. "Conocía los límites que existían para escribir, por eso había decidido hacerlo en clave. En la primera, por ejemplo, hice alusión a un cuento de Poe, *La muerte de la máscara roja*, donde estaban en escena, conviviendo de un modo siniestro, una fiesta y la peste". Desde luego, sus estrategias estaban restringidas, ya que ni siquiera podía elegir los títulos de sus artículos.

El Mundial hizo que se relajaran algunas medidas de seguridad frente a la vigilancia estatal. Era entendible, no se podía vivir siempre alerta. Por otra parte, ¿por qué habría que despreciar esa alegría que brotaba entre la gente? La nota de Ramón Plaza en *Clarín*, que tuvo amplia repercusión durante el Mundial, tanto como las columnas de Castillo, ambos

escritores de indiscutida trayectoria progresista, se conducían en la misma dirección.

Distante de esas posiciones, Vezzetti recuerda la sensación que sentía en aquellos tiempos de que el Proceso, algún día, iba a caer. Es más, tiene muy presentes distintas situaciones en la que se veía diciendo, junto a otros, que todas las atrocidades iban a ser juzgadas y que los responsables pagarían por su participación. Pero no llegaba a imaginar cuándo. A la vez que crecían las posibilidades del cambio se distendían las medidas de seguridad, como si lo peor ya hubiera pasado y no pudiera recomenzar. Vezzetti cuenta que una colega suya de VC había abierto junto con otra un jardín de infantes en el barrio de Palermo, en Capital Federal. Para celebrar la inauguración realizaron un asado en el que concurrieron, además de los padres de los alumnos, la mayoría de la gente de VC. "Era un error muy grande, un descuido mayúsculo, ¿Te das cuenta? No se había tomado ningún recaudo, no se había tomado ninguna clase de seguridad. En el jardín se realizaron incluso algunas reuniones políticas. Pero si querés un descuido todavía más grande, puedo decirte que ése, además, era el jardín al que yo mandaba a una de mis hijas."

Tatiana tenía cuatro años, pero iba a otro jardín, casualmente en el mismo barrio. Todo el Mundial se lo habían pasado de festejo en festejo en las aulas, en reuniones en las que varias veces participaban los padres. Después del 0 a 0 con Brasil, y mientras la final se perfilaba como una posibilidad que necesitaba de ofrendas, el jardín organizó una fiesta entre todas las familias de la institución. Era por el Día del Padre, aunque en la película en super 8 que muestra Tatiana nada de eso parece cierto. En la película muda revolotean las banderitas argentinas, se ve que los labios cantan en gesto de hinchada, se ve un afiche de la selección pegado junto a un Dumbo, también a un padre con el pelo a lo Tarantini brindando con vasitos de plástico en medio de botellas de Coca Cola y otro que muerde cómicamente un cigarrillo apagado. Tatiana señala con el dedo los rostros del pasado, y a veces olvida alguno de los nombres de sus compañeros de jardín. Pero no el de Paula, su mejor amiga, la hija del escritor Ramón Plaza. En una toma se lo ve a

Plaza junto a Raúl, el padre de Tatiana. "Eran bastante amigos", cuenta la hija. "Mi viejo se dedica al teatro, Ramón era escritor. Se entendían. Creo que nosotras nos hicimos amigas por ellos."

Hace dos años Tatiana Mereñuk filmó otra fiesta ocurrida ese mismo año, con apenas unos meses de diferencia de aquella. Para documentarse en la realización de *Aluap*, que en 1998 recibió el Prix de la Jeunesse en el Festival Internacional de Cortometrajes de Clermont Ferrand (Francia), vio una y otra vez la película familiar en super 8 que filmó su papá junto con Ramón. "La historia de *Aluap* está tomada en su esencia de la realidad; lo que cambié fue el año. En vez de dejarla en la primavera del '78, la ubiqué en el '76 para que resultara más efectiva", dice Tatiana como si necesitara disculparse, aunque sin saber bien con quién. ¿Pensará que debe hacerlo con la historia?

Aluap cuenta el revés más perfecto de un fiesta de cumpleaños de una nena que está en jardín de infantes. Sus compañeritos llegan a su casa con regalos sin tener la menor idea de que faltan dos días para que su amiga se vaya a vivir fuera del país junto a toda su familia. Una decisión, por cierto, más forzada que elegida. Algunos padres lo saben, otros incluso conocen los detalles; pero los chicos estaban bastante confundidos con el suceso. Paula Plaza no iba a poder llevarse consigo ni sus viejos juguetes ni tampoco esos nuevos, así que su fiesta de cumpleaños termina al revés: ella despide a cada uno de los chicos invitados regalándoles sus propios juguetes.

En el número tercero de *Punto de vista*, Ricardo Piglia comenzaba *La prolijidad de lo real* diciendo: "¿Hay una historia? Si hay una historia empieza hace diez años. En abril de 1968, cuando se publica mi primer libro, él me manda un carta." Dos años después *Respiración artificial*, la novela que para muchos críticos sería la gran obra escrita durante el Proceso, tendrá ese mismo comienzo, pero el "abril de 1968" será cambiado por "abril de 1976." El nombre del protagonista de la novela será la misma firma que Piglia había usado en esos primeros números de la revista, Emilio Renzi.

La novela estaba dedicada a dos amigos suyos, militantes de VC desaparecidos en ese mes de agosto de 1978. La frase era una respuesta a

la pregunta que estaba en el origen del principio: "A Elías y a Rubén que me ayudaron a conocer la verdad de la historia."

Capítulo XII: ARGENTINA 6-PERÚ 0

"Cuando el peligro grande amenaza a los hombres, hay glándulas que vierten en la sangre ciertas sustancias que preparan el cuerpo para la defensa, una de estas sustancias, por ejemplo, es la adrenalina. A nosotros, nos pasa algo análogo. Pero las sustancias que el terror vierte en nuestra sangre actúan sobre la glándula artificial...Y ésta segrega entonces un veneno...Un veneno que nos mata en unos minutos."
(testimonio del Mano, *en* El Eternauta*)*

Si todos los hombres..., era el último libro de aforismos de José Narosky que se anunciaba en las publicidades. El grado de mímesis de sus máximas con el lenguaje estatal confundía a menudo las autorías. "El Proceso no tiene plazos sino objetivos", repetía el generalato llevando las consignas a su grado más elemental de enunciación. El aforista, por su parte, sentenciaba: "lo que suponemos metas, son etapas".

Y la Junta lo confirmaría con el Mundial. El aprovechamiento político del XI Campeonato no había tocado aún su techo. El certamen se había desarrollado sin resonantes incidentes del tipo Munich'72 (secuestros de delegaciones, atentados). Es más: había cumplido con su misión de convertirse en una gran ventana que pudiera atenuar o, al menos, contradecir las denuncias internacionales. Nada mejor que esas imágenes de masivo alborozo callejero para poner en duda el cuadro siniestro que describían los organismos defensores de los derechos humanos.

A partir de la victoria con Polonia y el empate con los brasileños la línea del horizonte se estiraba. Quedarse con un tercer puesto era insuficiente. Existía por delante una "etapa" superior y no parecía descabellada la consecución de la gran "meta". La Copa podría engalanar las vitrinas de la AFA y provocar interna y externamente un enorme impacto político. La lucha por el liderazgo en el Grupo B con Brasil, ese vecino

distante, más aún en esos momentos por la ríspida cuestión de la cuenca del Paraná, adquiría, por lo tanto, una dimensión que sobrepasaba lo deportivo.

No había que pensar solamente en el fútbol para constatar de qué manera un juego era rehén de otros intereses. Mientras el XI Campeonato entraba en la recta final, la OTAN y el Pacto de Varsovia, presuntas encarnaciones blindadas del Bien y el Mal, se veían frente a sí en Manila. La carrera nuclear cedía momentáneamente protagonismo a una guerra de posiciones diferente. Dos soviéticos, Anatoly Karpov y el exiliado Víctor Korchnoi definían un título mundial de Ajedrez de fuertes connotaciones simbólicas.

Manila y Rosario estaban unidas por una misma coordenada. Eran puntos calientes en el mapa de la conflagración. Focos de un choque bipolar en el cual La Junta se embanderaba con el más rancio Occidente pese al desdén de los Demócratas norteamericanos.

Carter y su secretaria de Derechos Humanos, Patricia Derian, no dejaban de amonestarla. La sucesión de señalamientos tenía connotaciones vergonzantes. "Los regímenes militares más autoritarios de la región han rechazado las críticas de los Estados Unidos", consignaba no casualmente *La Opinión.* ¿A quién se hacía referencia? El párrafo siguiente despejaba eventuales malos entendidos. "Los gobiernos de Chile, Argentina, Uruguay atribuyen la deteriorada situación de los derechos humanos en el continente a la actividad de las guerrillas izquierdistas".

Pero Carter no lo entendía así. Juega para los otros, se quejaban los militares formados en West Point y el Comando Sur, donde habían aprendido las tácticas de contrainsurgencia que los *liberal* abominaban.

Una semana antes de comenzar el Mundial había estado en Buenos Aires el subsecretario de Asuntos Políticos del Departamento de Estado, David Newson. Y mientras el enviado presidencial reclamaba a Videla que abriera las puertas a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) de la OEA, Viola buscaba frenar la andanada con apoyo en el Pentágono. Para eso, condecoraba al agregado militar en la embajada de EE.UU. en este país, coronel Paul Allin Goughin. Durante la ceremonia, Goughin había respondido con frases que sonaron como música celestial: "Es también alentador ver que el Ejército argentino

continúa trabajando para asegurar que todos sus ciudadanos disfruten de la libertad y democracia garantizadas por la Constitución".

Sin embargo, en Washington terminó primando el criterio de los civiles y la Argentina de Videla llegaría a la reunión de la OEA en el principal banquillo de los acusados. Y eso sucedería casi a la par del partido con los peruanos. Nada mejor, en ese contexto, que una victoria inapelable en la cancha de Rosario Central. Un triunfo que saque del candelero todo asunto espinoso y achique las distancias entre el principio de realidad y las osadas fantasías.

Desde luego, había que saber primero qué pasaría con Brasil. Si los tricampeones, que jugarían antes, ganaban, habría que anotar un gol más que ellos o despedirse de la lucha por el cetro. En caso de empate o derrota, las cosas serían más fáciles. El velo se correría en cuestión de minutos. Noventa minutos. Una hora y media de desasosiego. Dos tiempos, con descanso, de zozobra nacional. Tiempo de descuento para el suspenso más agobiante.

La hora, referí.

Brasil terminó derrotando 3-1 a los polacos. Sumido en la frustración, preso de una furia incontenible, un oriundo de Cracovia que vivía en Rosario discutió con su esposa y terminó quemando la casa. La mujer había puesto en duda la actitud de los eslavos. El litigio quedó resuelto con un poco de kerosene y una caja de fósforos. Los bomberos se pusieron furiosos por el siniestro. ¿Y si se quedaban sin ver al seleccionado por culpa de ese psicótico? Se venía un choque de vida o muerte. La Argentina estaba tres goles abajo y sus ambiciones tenían, por lo tanto, a las cinco de la tarde, una vara de medición inquietante. Cuatro goles, como mínimo, para pelear por el primer puesto con una Holanda inspirada que había dejado atrás a los italianos. Cuatro goles. Una barbaridad para un equipo que sólo había anotado dos tantos por cada presentación. Cuatro o afuera. Sólo así se podría regresar a Buenos Aires para librar "la batalla final", al decir de Menotti, en el estadio de River.

"Sí, la batalla de la cancha de River que imaginó Héctor fue premonitoria", dice Elsa de Oesterheld, de 72 años, cuando evoca uno de los momentos claves de *El Eternauta.* Aquel en que Juan, Favalli y otros

sobrevivientes dejaban atrás la avenida General Paz, pasaban por la ESMA sin indicios del enemigo a primera vista y buscaban abrigo en el estadio de Núñez. "Las tribunas de cemento nos protegerán como una gran trinchera y la cancha servirá para que desde ella, y sin peligro, la artillería pueda atacar, tirando por elevación", explicaba Favalli.

La humanidad luchaba contra los "Ellos", esa fuerza cósmica que controlaba a "Gurbos", "Cascarudos" y "Manos". Estos últimos morían con sólo sentir el pánico.

A Elsa le reconforta la vigencia de una historieta publicada por primera vez hace casi cuarenta años. Desde hace veintidós años ella trata de entender lo inentendible. Entonces tenía cincuenta, un marido admirado por sus guiones, y cuatro hijas. Estela, de 24 años, pintaba y estudiaba filosofía. Diana, socióloga, era un año menor. Beatriz, de 19, estudiaba medicina. Marina, de 18, quería ser maestra. Todas dibujaban y escribían. Diana esperaba su segundo hijo. Todas desaparecieron.

"Yo creo que mi familia simboliza la destrucción del país", dice Elsa.

Oesterheld, creador de las revistas *Frontera, Hora Cero* y *Misterix*, coautor de legendarias historietas como *Sargento Kirk, Ernie Pike* y *Mort Cinder*, fue asesinado en 1978 en Mercedes. Antes de ser secuestrado en 1977, el Ejército le había encomendado una historieta sobre el cruce de Los Andes. El grupo de tareas se robó su archivo personal y las obras que tenía en preparación.

"Héctor se comprometió con la juventud y el momento que se vivía. Participó de algo que descartaba: un cambio popular incontenible. Jamás pensó que eso iba a llevar a la destrucción de sus hijas, que lo idolatraban", dice Elsa. Sus hijas militaron en la JP y eso le resulta una pesada ironía de la historia. "Es que Héctor era antiperonista", exclama. Y debió lidiar con los gritos de "juventud presente/Perón Perón o muerte" o "Duro duro duro/ahí están los Montoneros que mataron a Aramburu". Por la mente de Elsa desfilan fotos, surcan leyendas, y se descoloca. "Esa dirigencia movilizó criaturas de manera irresponsable. Lo comprendí el día de Ezeiza. Ezeiza fue la anticipación."

Antes de comenzar el XI Campeonato, un oficial del Ejército le devolvió a su nieto. Se presentó como capitán Zanabria, en Palermo, cerca del cuartel. Le dijo que la orden había sido entregarlo NN a otra familia.

Elsa tuvo que salir a trabajar para mantener a sus nietos. Siempre sonriente usted, le decían en el Banco. Nadie veía detrás de la máscara cordial. Hoy se pregunta cómo aguantó. "Juré mantenerme al margen de todo para que los chicos no tuvieran odios que los destruyan. Dar ante ellos una imagen de superar todo cuando, en realidad, no pude superar nada: soportar la soledad y el dolor infinito de perder a toda mi familia".

Ese dolor, dice, es como el de un animal herido. Habla de una punzada lacerante, perpetua e infernal. "Hay momentos en los que se siente odio. El coraje viene cuando ya no tenés nada que perder".

Y dice que había que tener mucho pero mucho valor aquellos días de junio para respirar el aire de una ciudad que se embanderaba fastuosamente. "¡Era todo tan inenarrable!".

El Día de la Enseña Nacional, el 20 de junio, se cargaba de una intensidad distinta. Faltaban veinticuatro horas para el choque crucial y el Monumento a la Bandera anticipaba, con sus himnos y arengas, lo que se viviría a escasos kilómetros, en el estadio. El fuego patrio ardía con mayor fuerza a orillas del río al encenderse la mecha de la ilusión campeona.

"Los argentinos volvemos a emocionarnos ante la bandera", aseguraba en Buenos Aires el comodoro Erwin Roberto Kern, director de la Escuela de Comando y Estado Mayor Conjunto. "Quizás ése sea uno de los méritos más destacados de nuestras Fuerzas Armadas".

Había banderas en los balcones y en los edificios públicos. Banderas en los automóviles. Banderas con soles. Banderas de plástico y tela. Eran como un documento de identidad, un manto sagrado. "La magnitud de la demanda sorprendió a los propios comerciantes", decía *Clarín*. Carlos José del Fonte, de la firma "Doble A", aseguraba que el 20 de junio "se vendieron tantas banderas que la proporción debe ser de 100 a 1 con relación al año anterior". Juan Tabachnik, de la Casa del Coleccionista, en Viamonte y Maipú, decía que la compra de banderas y monedas se incrementaba a medida que crecían las posibilidades argentinas. También empezaban a aumentar los pedidos de licencia del logo para utilizarlos en diversos recuerdos. "Lo de Argentina campeón'78 ya

lo habíamos definido antes del encuentro con Brasil", dijo José María Nasca, de Muky SRL.

Manuel Pérez no fabricó insignias ni escudos con gorros frigios. Vendió "aire argentino" en un sachet de 12 x 5 centímetros. "Hay mucha gente que se enoja y todos dicen lo mismo. ¿Hasta el aire venden?", comentaba a *La Opinión* un empleado de Numismática Internacional. Pérez se defendía. "Es algo original y curioso". "Por favor, no sean cáusticos", reaccionaba Oscar Bravo, gerente de Relaciones Públicas de Mandatos Internacionales SA, la empresa que otorgaba las licencias para los artículos del Mundial.

Algunos visitantes extranjeros se llevaron de regreso el curioso souvenir. Por cierto, pocos entre los pocos. Tan exigua fue la presencia turística que Ana no vio un solo dólar pasar por su cama. Abandonó la prostitución en 1985. Ahora tiene cerca de cincuenta años aunque aparenta menos. Trabajaba en Safari, un bar sobre la avenida Santa Fe, con otras cinco chicas. "Laburábamos bien porque nos manejaba un tipo bastante piola, que había sido sindicalista y no tenía rollos con la cana". La ilusión de un junio próspero y excitante se evaporó tempranamente. "No llegó nadie: los únicos extranjeros que vimos fueron dos escoceses, que se emborracharon y no cogieron, un alemán, que estaba por negocios, y un par de brasileros calentones. Nada más. Y a otras le pasó lo mismo. Yo conocía chicas que trabajaban en los hoteles *pulenta* y se quejaban también". Ana cuenta que supo de quienes alquilaron o compraron departamentos cerca de River Plate y se tuvieron que ir antes de tiempo "porque no pasaba nada".

Algunas de esas mujeres fueron linchadas por esos días en la Panamericana, a la altura de San Isidro. "Quisieron copar una parada que no les pertenecía y se pusieron a la policía en contra", rememora Ana. *Crónica* no reportaría los incidentes. El diario informaba en cambio que los oficiales de la Federal responsables del ascenso de López Rega de cabo principal a comisario general serían liberados de culpa. El "Brujo", uno de los primeros factotums del Mundial, seguía extraviado en algún páramo europeo, bajo la protección de la Logia P-2 de Licio Gelli, la misma que tenía a Massera y Suárez Mason como selectos "hermanos".

En tanto, *La Razón* consignaba que el general peruano Leónidas Rodríguez Figueroa había llegado a la provincia de Jujuy. El militar retirado era presidente del Partido Socialista Revolucionario de su país, barrido al caer el régimen de Velasco Alvarado, y había sido deportado por las nuevas autoridades. Once uniformados habían pedido además asilo a comienzos del Mundial.

"Ja, un técnico y el equipo completo", decía un cliente beodo en la barra de uno de los hoteles céntricos inaugurados para el XI Campeonato. José, el barman, no le contestaba. No quería saber nada con la política. Los tragos eran su única preocupación. Hacía cócteles que maravillaban a los pocos visitantes que quedaban. Les llamaba la atención la excelente calidad de las frutas argentinas. "Eso permite realizar mezclas exquisitas". José acababa de encontrar nombre para su nuevo trago, "Libertador 78". Llevaba media parte de pisco peruano, una cuarta parte de pulpa de ananá, similar cantidad de jugo de naranja, gotas de licor Cointreau y de Bitter rojo. "Lo batimos en una coctelera con hielo picado y listo".

El desafío de Rosario no contemplaba recetas tan efectivas. Argentina no enfrentaría a un conjunto desahuciado.

Perú había dado pinceladas del mejor fútbol a lo largo del certamen. El *tape* de la victoria ante los escoceses en Córdoba, con ese golazo de Teófilo Cubillas de tiro libre, servía para intimidar a cualquier rival. Menotti y sus jugadores lo sabían. Lo sabían además la Junta y el periodismo. Era cierto que los peruanos habían perdido con Brasil y Polonia y que ni siquiera podían pelear por un tercer puesto. Era cierto también que la Argentina le había ganado 3-0 y con baile en la misma Lima, antes de comenzar el Mundial. De todas maneras, un partido por el campeonato no podía ser un paseo por un parque de diversiones.

Así como Perú despertaba incógnitas, Estados Unidos, en otro frente, se movía con pasos firmes y previsibles. El 21 de junio, cuando los ojos del país estaban por posarse sobre el estadio de Rosario Central, Carter inauguraba en Washington la VIII Asamblea General de la OEA. La política proteccionista de la Casa Blanca era uno de los temas

previstos para la reunión hemisférica. Pero no era ése el tópico que desvelaba a la diplomacia argentina.

La Junta, en virtud de la ofensiva de EE.UU, había resuelto, no sin profundas discrepancias en el seno de las Fuerzas Armadas, permitir la visita de la CIDH. El canciller argentino, vicealmirante Oscar Montes, formalizó la invitación antes de que sesionara la Asamblea General, con el "propósito" de que pudieran por fin "constatar las condiciones jurídico-legales imperantes". Otro "gesto" hacia afuera fue, ese día, la liberación de sindicalistas detenidos en Magdalena. Monseñor Plaza había fungido como mediador ante la Junta. "Como siempre obro por derecha le dije al Presidente que había recibido un pedido en ese sentido y lo hice mío".

Los términos iniciales del convite argentino le parecieron insuficientes a la CIDH. La comisión no quería hacer una mera supervisión *in situ*. Sus reglamentos eran claros en cuanto a las funciones que se atribuía el organismo: "cualquiera de sus miembros podrán entrevistar libre y privadamente a personas, grupos, entidades o instituciones, debiendo el gobierno otorgar las garantías pertinentes a todos los que suministren a la Comisión informaciones, testimonios o pruebas de cualquier carácter". La libre circulación por el territorio, el acceso a las cárceles y "a todos los sitios de detención e interrogación" era otro de los requisitos.

Clarín estimó al respecto que "entre la aspiración del gobierno argentino y el frío reglamento de la Comisión hay un amplio trecho sujeto a negociación política".

En medio de ese tira y afloja arribó a Ezeiza el ex secretario de Estado de EE.UU., Henry Kissinger. Ninguna visita más apropiada y halagadora desde el punto de vista político que la de un "halcón" republicano, justo cuando Carter azuzaba a la Junta ante los cancilleres americanos.

Siempre se pensó que la ayuda de Kissinger no fue gratuita. Su condición de lobbysta de primer orden le daba pasto a esa suposición. Lo cierto es que "Doctor K" bajó del avión y dijo: "Yo no sé mucho de fútbol, pero creo que la Argentina será campeón". A Kissinger, por otra parte, le interesaba un deporte con tamaña capacidad movilizadora que era prácticamente ignorado en su país. El Premio Nobel de la Paz 1975 vino con su esposa y su hijo. Trajo sonoras muestras de adhesión al

Proceso. "Terminemos con el chantaje comunista", le dijo a *Somos*. "En muchos países europeos hay una gran propensión a atacar a los gobiernos que son considerados conservadores antes que a los que se consideran izquierdistas".

Kissinger era un viejo conocido de los militares argentinos. Washington supo del golpe del '76 al menos con un mes de anticipación. El secretario de Estado para Asuntos Interamericanos, William Rogers, había enviado el 13 de febrero un memo secreto al "Doctor K" en el que consideraba "casi seguro que el gobierno militar en Argentina cometerá violaciones a los derechos humanos que generarán críticas internacionales". Pero la Casa Blanca haría la vista gorda hasta la asunción de Carter. Tanto fue así que Wayne Smith, quien fuera agregado de la Embajada norteamericana en Buenos Aires en 1976, recordaría veintidós años después que al entonces presidente Gerald Ford y a su canciller "no le preocupaban" esos temas. El propio "Doctor K" había tranquilizado en ese sentido al primer jefe diplomático de la Junta, el almirante Guzetti, apenas consumado el desplazamiento de Isabel.

Con o sin Kissinger, la suerte estaba echada.

A las 19 horas, el sociólogo Guillermo O'Donnell, viejo hincha de fútbol, se sentó en el living comedor con su familia, sus cuatro hijos, sus hermanos y su padre, para ver el partido. "Quería que perdiera, lo juro", dice. No lo hubiera expresado así, tan abiertamente y con ese desprecio, en el departamento de las afrancesadas calles Galileo y Copérnico de la Recoleta. La procesión era interna. El vía crucis eran los otros. En esos momentos trataba de investigar el pánico que causaba la posibilidad de ser secuestrado, torturado o asesinado. O'Donnell asegura que ésa fue la encuesta metodológicamente peor hecha en la historia de las ciencias sociales. "Hacíamos las entrevistas a gente que nos atrevíamos y que conocíamos de antemano, como forma de exorcizar nuestro propio horror".

Al principio esperaron encontrar una severa oposición al régimen. Error. De las respuestas surgía, naturalmente, mucho miedo y una "negación fenomenal" de lo que pasaba. Incluso, recuerda, en personas que habían sido marcadas años atrás por la política y que aborrecían

esa experiencia por su grado de peligrosidad y resabios caóticos; personas, en fin, que se habían vuelto "realistas", despotricaban contra la vieja "demagogia", decían la palabra "subversión", consideraban que los argentinos debían preocuparse por trabajar duro y se preguntaban, por las dudas, si su nombre estaba en alguna fatídica libreta telefónica.

O'Donnell había acordado una nueva entrevista al otro día de Argentina-Perú. Un nuevo disfraz saldría a su encuentro. O no. No podía saberlo mientras miraba el partido y conjeturaba sobre los escenarios políticos que se avecinaban. La sola posibilidad de una consagración futbolística atería sus sentidos. Minuto cero en Rosario. La Junta estaba en el palco. Las tribunas repletas. Las ciudades abandonadas. Vinieron los himnos y el abuelo Mario pidió a sus nietos que se pongan de pie para cantarlo. No, no, intervino el padre. Por qué no escuchamos a Muñoz y bajamos el volumen de la tele, propuso uno de los chicos.

Perú probaba primero. Dos minutos: Cueto recibía de Quesada y sacaba un disparo desde 30 metros. Inmediatamente, Fillol se salvaba por poco. Muñante se había ido por derecha, ganándole en el pique a Passarella. El remate provocaba suspiros en Rosario, en todo el país, en el departamento donde O'Donnell y su familia cruzaban los dedos con anhelos encontrados.

Sólo él maldijo la falta de puntería. Los demás temían un desaire deportivo. En Recoleta y La Quiaca. Poco importaba el espanto real. Esa pavidez inoculada como parte de un gran ensayo social, igual que a los *Manos* en *El Eternauta*, se expresaba de las maneras más sorprendentes. Con su encuesta, el sociólogo tenía la esperanza de encontrar detrás del silencio una comunicación positiva. "Y no: se percibía esa sensación de no tener con quién hablar. Muy pocos podían vencer la desconfianza. Y cuando se vencía decían que no querían saber nada con la política, que tal vez el gobierno tenía razón, que había que cuidar a los hijos y, sobre todo, 'no debe ser tan así' o, 'por algo será'. Ésta fue una de las grandes victorias del Proceso".

Oblitas se había quedado con el grito de gol en la boca. Argentina estaba desconcertada. Los argentinos tiritaban en las tribunas o en sus casas y no era por el invierno. A los 21 minutos Kempes abría el marcador. Gol, gol, gritaron en el quinto piso del departamento de Galileo y Copérnico. Todos menos O'Donnell, que se quedó tieso, como una

estaca. ¿Qué pasa, papi?, le decía su hijita María, sacudiéndolo con una mano. Nada, nada. Un mutismo más lacerante lo perturbaba. Esa venda. “Era una decisión férrea la de vivir una vida totalmente privatizada, con consecuencias que parecían muy visibles y dramáticas con respecto a los hijos. Decían que había que protegerlos, y eso quería decir que no se politizaran. El amor materno y paterno operaba de tal manera que hacía vivir a los hijos una vida totalmente aséptica. Era una aceptación del discurso oficial, algo que se complementaba con el boom de consumo de Martínez de Hoz, el ejecutor de la venganza social más terrible que hubo en la Argentina, esa Argentina insolente, obrera, inmigrante, a la que había que escrachar. Y la escracharon”.

Tarantini ampliaba las diferencias a los 43 minutos. ¡Bien, Conejo! La selección se retiraba a descansar más cerca de la hazaña. Ya no había dudas acerca de la superioridad argentina. Perú se sentía a la deriva. Era un holograma de sí mismo. Como si fueran zombies. Jeckyll y Hyde. Dos en uno. Y ésa no sería una cualidad distintiva de once jugadores. O’Donnell volvería a entrevistar a las mismas personas de junio de 1978 seis años más tarde, en 1984. Sus respuestas serían diferentes. ¡Qué barbaridad lo que pasaba!, le dirían. “Hemos reescrito las memorias individuales. Da mucha culpa la manera en que se actuó”.

Pero el sometimiento, la boca cerrada, el disimulo, la obediencia, se difuminaban en medio de esa noche semifinalista. El Mundial escondía las miserias debajo de la alfombra. La Junta, sostiene O’Donnell, autor de *Contrapuntos*, no representaba un tipo de dictadura tradicional, con un Estado muy débil apuntalada en relaciones caudillistas. “Tampoco era una dictadura populista o fascista. Es lo que llamo regímenes burocráticos autoritarios que estaban basados en Fuerzas Armadas muy verticalizadas”. Con otro sistema de exclusión. Gobernando sobre masas silenciosas y haciendo que el Estado se clandestinice, se niegue a sí mismo como tal, convirtiéndose en un asesino clandestino. “Tal vez se parezca al franquismo de los primeros años, o a la Filipinas de Marcos”.

Rosario-Manila, otra vez.

Y en el segundo tiempo la Argentina había encontrado su orden. Larrosa conducía al seleccionado. Pocos habían creído en el volante de Independiente. Fue un acierto de Menotti hacerlo entrar por Ardiles, que estaba lesionado. Kempes ponía el 3-0 a los cuatro minutos. Están

comprados, se dijo O'Donnell. Ninguna persona, nadie a su alrededor, hubiera estado dispuesto a admitirlo. Los compraron, repetía. Pero sucedió lo inexplicable. Vino el gol de Luque, el cuarto, el de la clasificación. Todos saltaron a su alrededor. "Y lo grité, me paré y lo grité, y después me agarró una crisis personal". Luque otra vez y Houseman sellarían el resultado en seis. O'Donnell seguía ruborizado. Terminó el partido. Su familia salió a festejar. Había tratado de explicarles a sus hijos lo que ocurría. Los había exhortado, sin éxito, a que permanecieran en el departamento. "Me quedé solo y con una sensación de frío tan horrenda...".

Desde la calle llegaron los primeros cantos victoriosos: "Ya todos saben que Brasil está de luto/son todos negros/son todos putos".

Con el 6-0 y un lugar en la final, hasta Videla se animó a tocar en su lira una tenue cuerda populista. Dijo, con una sonrisa infrecuente, que el seleccionado ganó "con el coraje de nuestro pueblo". Nuevamente posó para los fotógrafos con sus dos pulgares hacia arriba. Videla, Massera y Agosti fueron a Rosario junto con Kissinger. La Junta se animó a entrar a un vestuario que hervía. Todos se estaban bañanando entre saltos y gritos. El único que rompió el protocolo fue Houseman, que salió del agua desnudo y enjabonado y se acercó hasta Videla. El "Loco", cuenta, le dio la mano mientras su interlocutor lo observaba sorprendido, sin saber qué hacía. La animadora televisiva Pinky, que estaba también en el vestuario, se tapó los ojos. "¿Y qué esperaban esos boludos, que salga de la ducha trajeado?", dice René.

La parranda se hacía sentir en el Jockey Club. En Guido y Ortiz, en "Main Street", las mujeres bailaban sobre las mesas. En Juncal y Arenales, Pont Lezica se subió a un camión con sus equipos de música e improvisó un *dancing* en la calle. El ballet de Ariel Ramírez dejó el teatro de la calle Corrientes y, con sus atuendos gauchescos, zapateó sobre el asfalto. Pañuelos al aire y chasquidos, al grito de "Y llora, y llora/y llora Brasil llora". En la villa de Cobo y Castañares, Mateo, un boliviano de 50 años, salió a golpear cacerolas con otros vecinos. En Villa del Parque, Gabriela le decía a su madre que esa noche estaba más enamorada que nunca de Kempes. Tenía 15 años y enloquecía con las piernas de "El Matador". Los policías que vigilaban a Timerman en su departamento

salieron al balcón y dispararon unos tiros. "Dale campeón dale campeón", cantaron, con la melodía de la *Marcha peronista*, como casi todos. El secretario de Hacienda, Juan Alemann, trataba de tranquilizar a su esposa, alterada por la bomba que había estallado en el momento del cuarto gol. Los daños habían sido menores. La firma del atentado era indeleble. Le estaban pasando una factura. Lacoste, Lacoste, musitaba el funcionario. En la cárcel de Magdalena, Hernán, que estaba preso desde 1973, cuando el ERP trató de copar el Comando Sanidad, se quedó sin mirar el partido. Pero vio, desde la reja, subido a una silla, la celda donde Carlos Menem y un grupo de gremialistas celebraban la clasificación al lado de la TV.

Pedro Eladio Vázquez estaba también preso por haber sido secretario de Deportes y Turismo de Isabel. Ni siquiera lo salvaba el hecho de haber pavimentado parte del camino que condujo a la realización de los fastos deportivos. Ya no quería saber nada con el Mundial. "Fueron momentos muy tristes", dice, al rememorar los días de junio.

Su gestión oficial se le ha vuelto borrosa y no sabe fehacientemente si lo de las manos de Perón fue cierto o parte de la leyenda maldita que lo acompañó desde el mismo momento en que su nombre se pegó al de Lopecito. "Yo no estaba en la parte gráfica, pero tengo entendido que fue así".

La goleada empezaba a despertar sigilosas muestras de desconfianza. En la conferencia de prensa se escucharían las primeras explicaciones.

"Así debimos jugar siempre", razonó Menotti. "Fue el mejor partido de la Argentina. Hoy salimos a hacer el fútbol que siempre debíamos haber hecho, el que está en la idiosincrasia de nuestros jugadores". Si Brasil le hizo tres goles a Polonia jugando con dos hombres de punta, "¿cómo nosotros no íbamos a meterle cuatro o más jugando con cinco delanteros?".

Los peruanos no aparecieron en la sala. El periodismo se quedó con las ganas. "Señores, el técnico Marcos Calderón anuncia que no vendrá. La delegación pide las excusas correspondientes y que comprendan este momento", dijo la gente del EAM en la sala de prensa.

"¿Lo de hoy? Mejor olvidarlo", recomendó Héctor Chumpitaz al subir al ómnibus. "Argentina le ganará a Holanda", predijo Muñante.

"La noche triste", tituló *Clarín*.

La Nación resaltó la goleada pero, como si quisiera dejar entrever alguna oscuridad, consignó que los defensores Manzo, Chumpitaz y Duarte jugaron "muchas veces peligrosamente en las inmediaciones del área o dentro de ésta". La fragilidad de la línea de cuatro "facilitó hasta lo increíble la gestión argentina".

En Lima se habló inmediatamente de "anormalidad". *Jornal do Brasil* dijo "si es verdad que los argentinos hicieron todo para vencer por goleada, no es menos cierto que los peruanos hicieron todo para no dificultar la tarea". *O Globo* fue más categórico: "día de vergüenza mundial para el fútbol". Coutinho opinó que Perú había perdido más que un partido: su prestigio internacional.

"BOLETÓN Y A LA FINAL. LLORE BRASIL. LA INFLACIÓN LLEGÓ AL FÚTBOL", respondía *Crónica* el 22 de junio con letras enormes y mordaces. "No lo lamenten, muchachos, a la final llegan solamente los buenos", agregaba con una tipografía menor.

"Chupete" Quiroga, el arquero de origen argentino que custodiaba el arco peruano, escribió en *Clarín* una "carta abierta" a los aficionados de los dos países. Frente a las suspicacias que provocaba el resultado sostuvo: "Los comentarios nos hicieron mucho mal y sé perfectamente que cuando lleguemos a Lima será peor". "Nosotros", agregaba, "hicimos lo que pudimos. Le dimos el gusto a la Federación Peruana de pasar a la segunda ronda y con eso, ellos se quedaron contentos. Entonces ahora no hay que ponerse a llorar ni acusar por gusto". *Clarín* le había dado la oportunidad de salvar el honor de sus compañeros ante el mundo. "Y lo hice, para decir que jugamos contra Argentina con el mismo amor que lo hicimos frente a Escocia". Pero el fútbol es así. "Hoy te aplauden y mañana te aporrean". Los peruanos, dijo por último, "perdieron un partido y no la guerra".

Rodolfo Manzo jugaría luego del XI Campeonato en Vélez Sarsfield pero duraría en ese club lo que un suspiro. Le atribuirían palabras de reconocimiento de una presunta coima. "Puedo garantizar que nunca

recibí dinero", diría. Igual, la AFA lo despacharía a su país sin valijas. La Junta –se susurraba, *sotto voce*– había pagado la victoria con trigo y algo más. Eran sospechas que carecían de repercusión pública. La prensa soslayaría este asunto hasta la caída del Proceso. El supuesto *affaire* nunca se aclararía. La mácula persiste.

Luque descree de las conspiraciones y dice que contra los peruanos "jugamos a cien por hora". Los contrarios, en cambio, no tenían nada que perder. "Un equipo sin ninguna clase de chances se brinda... pero de repente no se tira de cabeza. Nosotros nos dijimos, muchachos, hacemos dos goles en el primer tiempo y tenemos cuarenta y cinco minutos más para hacer los otros dos. Ahora, si por ahí sucedió algo, el jugador de fútbol es el último que se entera. Nosotros no nos enteramos absolutamente de nada, en ningún momento tuvimos presiones y charlas que no sean con el técnico, y nadie a nivel mundial se va a dejar hacer seis goles para favorecer a otro. Además, para salir campeón hay que ganarles a todos".

Y eso era lo que se proponía el seleccionado, pensando ya en la final del domingo. El equipo retornó rápidamente a Buenos Aires y otra vez se refugió en José C. Paz. "Anoche tuve un sueño y siento la íntima necesidad de compartirlo", escribió Menotti en su columna para *Clarín*. El técnico soñaba que soñaba, y que el Mundial había terminado. No podía precisar qué equipo se había quedado con la Copa. "Pero la gente que me rodeaba estaba distinta. Amable. Cordial. Sin angustias. Feliz". Menotti llegaba a su casa y sus hijos le hablaban de los cambios de programa que habían tenido en la escuela. Los vectores y la teoría de los conjuntos seguían sin ser nombrados. Lo nuevo era otra cosa: Educación Física ya no quedaba restringida a jugar dos partiditos de fútbol semanales. "Se había transformado en una materia base y concomitante con Higiene, y a través de ambas 'la educación sanitaria' les había mostrado facetas que ellos no conocían y que jamás hubieran imaginado que existían si el Mundial que se había jugado en nuestro país no le hubiera abierto los ojos al Ministerio de Educación".

Si algo faltaba antes de subir el último peldaño era una utopía profiláctica.

Capítulo XIII: Argentina 3-Holanda 1

"Y me acuerdo muy bien del día que nació el Pato Fillol. La mamá era caba de las enfermeras, hasta que él, mire si será buen hijo, se la llevó a vivir a Quilmes, hace cuatro años. Por eso me acuerdo. Y porque el parto fue bastante difícil, señor. La criatura no venía muy bien, y la madre era una primeriza de veinte años. Costó trabajo, pero a Dios gracias... Me acuerdo que le hice una broma a Celia. Che, con éste no vas a tener que preocuparte por su futuro: vino pisando fuerte".
(Leoncia Ilda de Petruccelli, partera. Gente, *22 junio de 1978)*

Ortiz y Gallego se levantaron de las sillas con la cabeza baja, mientras Doree, el masajista del seleccionado, le hacía burlas al "Tolo" por confiar demasiado en su ancho de basto. "¿Cómo no te avivaste que yo tenía el de espadas? Se caía de maduro", le repetía. "Che, a ver, si los de Holanda te hacen lo mismo. Fijáte bien cuando se te vengan encima, eh", bromeó Houseman. Ortiz intercedió con una grosería y todos, incluido "El loco", empezaron con las carcajadas.

La dupla de Doree y Moure, un empleado administrativo de la quinta de José C. Paz, había conquistado el campeonato interno de truco y se quedaron con el trofeo: dos afeitadoras eléctricas. El segundo lugar había sido para Gallego y Ortiz, el tercero para Passarella y Larrosa, y el cuarto para La Volpe y Killer. Habían pensado en cuatro puestos, igual que en el Mundial. Aunque después del resultado a ninguno se le ocurrió proseguir con ese tipo de relaciones. A un día del partido no quedaba nadie que se conformara con un segundo lugar.

En el Mundial del '74 el equipo de Holanda se había ganado con acabada justicia el epíteto de *La naranja mecánica*. Eran tan fuertes, como rápidos e incansables. Por más que algunos comentaristas sostenían que el apodo les había quedado holgado en el transcurso del campeonato, estaban en la final después de ganarle a Italia por 2 a 1. En el primer

tiempo no habían demostrado más que sus rivales, pero en el segundo *La naranja mecánica* resultó ser aquel conocido y afiatado engranaje. Además, era inolvidable la derrota Argentina en el Mundial '74 por 4 a 0, un resultado todavía menos auspicioso que el 4 a 1 de un partido anterior, jugado en Amsterdam ese mismo año.

En la quinta de José C. Paz, ese sábado 24 de junio, nadie malgastaba el presente con ese tipo de recuerdos. El plantel había tenido la mañana libre, se habían reunido a comer a las doce y, después del helado o el queso y dulce del postre, se dispusieron a jugar la final del campeonato de truco que había quedado pendiente del día anterior. A las dos y media ya estaban libres otra vez, esperando cada uno en sus habitaciones ver por televisión el partido de Italia y Brasil, por el tercer puesto. Después, comenzarían con el último entrenamiento.

Mientras la delegación a pleno seguía los pormenores del partido, el secretario técnico, Rodolfo Kraly, se encerró en su oficina a redactar el último parte del diario de la correspondencia recibida. Entre telegramas y cartas sumaban más de setecientos abrazos, apretones de manos, besos, y todo el aliento que, de un modo u otro, insistían que detrás de los veintidós jugadores había veinticinco millones de argentinos dispuestos a inclinar la cancha de River para que la "*Tango*" se deslizara hacia el arco contrario. El músico Osvaldo Pugliese, junto a su orquesta, envió un extenso telegrama en el que enfatizaba la alegría que el equipo le había ofrecido al pueblo en estos tiempos casi sin esperanza. El telegrama terminaba como *La Yumba*, seguido a la última palabra se leía el "Chan chán." También Guillermo Vilas, la estrella más importante del tenis nacional, apelaba, al igual que el maestro Pugliese, a que su telegrama tuviera la marca de su oficio. "Jueguen así también el último set", decía.

El equipo Holandés también tenía quien le escriba. El diario de Amsterdam *Telegraaf*, que contaba con una tirada de 500.000 ejemplares, había abierto en su edificio una oficina especial en la que entregaba al público una postal del equipo a cambio de una estampilla. *Telegraaf* se encargaba de hacer llegar esos mensajes, que fueron más de 5.000, primero a la ciudad de Mendoza, y, en la segunda rueda, al Hotel Sierras en la provincia de Córdoba.

Desde su llegada a Mendoza *La naranja mecánica* había hecho gala de no descuidar ningún detalle. Porque además de los diversos souvenires, entre los cuales se contaban 600 relojes, vasos de plata para beber cerveza, escudos metálicos y de tela, 300 camisetas para obsequios, etc., cada habitación tenía dos televisores, uno en blanco y negro y otro en color, y modernísimas videocaseteras todavía desconocidas en el mercado local. Los jugadores tenían a su disposición más de cien grabaciones con los partidos clasificatorios del Mundial '78, y otros tantos con películas y conciertos de música pop o rock.

La mañana de cada partido, el cuerpo técnico le entregaba a cada jugador un reloj pulsera como regalo. "Los muchachos se alegran cuando le damos un presente junto con el desayuno. Así salen a jugar con un pizca de alegría", contó el director técnico a los periodistas de *El Gráfico*, que esperaban ver las preliminares del último entrenamiento en el Sindicato del Seguro, en la localidad de Moreno.

El delantero Rene Van de Kerkhof contaba que le gustaba jugar la final con Argentina porque le parecía "maravilloso" estar rodeado por un público como el de aquí. "A uno lo incentiva más," decía. "No sé si le ocurrirá lo mismo a los jugadores argentinos; quizás eso los presione demasiado." Otros, como Rud Krol y Johan Neeskens, quien había acaparado más de mil postales, no ocultaban su sorpresa de que la final fuese ante Argentina. Neeskens recordaba que el 4 a 0 del '74 había sido un resultado avaro, tomando en cuenta los goles que pudieron haber hecho, y que hasta la última semana del Mundial '78 pensó que su rival iba a ser Brasil. "Ahora el 6 a 0 ante Perú –decía– me obliga a pensar de otra forma y ser más cauteloso con relación a la posible definición." Krol lo apoyaba en los dichos, aunque a la hora de declarar sólo destacaba la confianza que tenían en sí mismos. "Para Holanda todos los rivales son iguales."

Otro atacante, Joan Nicolass Rep fue el único jugador holandés que desde el principio confió, no sólo en que su equipo llegaría al final, sino además que ese partido sería con Argentina. "Ni mis compañeros me tomaban en serio y no por Argentina. Ellos pensaban que no nos íbamos a clasificar. Yo sí. Gané yo. Ahora les digo que puede ser un gran partido. Tal vez el mejor del campeonato porque los dos equipos tienen muy buenos atacantes y varios caminos para llegar al gol."

Eso es lo que Rep había comentado a los periodistas de *El Gráfico* un día antes del partido. Sin embargo, ese mismo día le confesaría a Ezequiel Fernández Moores, por entonces un joven periodista de veinte años que trabajaba para *Noticias Argentinas*, algo muy diferente: "Tengo miedo de ganar."

Dos décadas después, Rep guarda en el recuerdo su paso por *La naranja mecánica* y entrena a un equipo de tercera división en los suburbios de Amsterdam. Después del largo tiempo transcurrido es natural que algunos detalles se pierdan, por eso mismo resulta aun más significativo que repita la frase de ese sábado de 1978. Sin duda que la sensación no habrá sido un simple detalle. "La gente argentina era amigable, aunque, claro, cambiaron antes de la final", cuenta. "Se convirtieron en personas enfervorizadas que se movían como una masa histérica. Tuvimos un poco de miedo antes de ese partido, incluso llegamos a pensar que lo mejor era no ganar. El miedo era a la gente y al gobierno. Efectivamente, no podíamos ganar. Teníamos miedo de ganar. En la cancha también lo sentimos. El árbitro no era totalmente imparcial. Se lo veía en pequeñas cosas, pero creo que él también sintió que nosotros no debíamos ganar."

Como sucedía con todas las residencias de las delegaciones extranjeras, el hotel de Mendoza en que se alojaron a su llegada estaba "fuertemente custodiado". De todas maneras, dice Rep: "Nosotros nos dábamos cuenta de todo, pero estábamos siempre en el hotel. Teníamos la sensación de lo que estaba pasando, pero naturalmente no lo vivíamos en forma directa sobre nosotros." Rep desestima el recuento de postales recibidas mediante *Telegraaf*, porque sostiene que, en su gran mayoría, los holandeses no querían que viajaran a Argentina. "Pero era un Mundial –afirma–, y teníamos que jugarlo. Nosotros, repito, estábamos en contra de la dictadura de Videla. Por eso, tras perder la final, nos negamos a estrecharle la mano, él era un dictador y eso no nos gustaba."

La delegación holandesa había arribado al país una semana antes del comienzo del campeonato y en seguida se instalaron en Mendoza. Eso impidió que muchos cumplieran con el deseo de visitar a las Madres de Plaza de Mayo. Rep todavía hoy lo lamenta. "Yo no pude verlas pero sí otros compañeros míos".

Para ellas, el Mundial fue algo terrible. Así cuentan ese momento en *Historia de las Madres de Plaza de Mayo*: "Nos llevaban presas a cada rato. Nos golpeaban. Ponían perros en la Plaza. Nosotras llevábamos un diario enroscado para cuando nos echaran los perros. Nos tiraban gases. Habíamos aprendido a llevar bicarbonato y una botellita de agua. Para poder resistir en la Plaza. Mujeres grandes, que nunca habíamos salido de la cocina, habíamos aprendido lo que habían hecho tantos jóvenes antes." Y el Mundial "tapó, o quiso tapar, todo lo que estaba pasando."

Como un contrapunto, mientras la OEA discutía en Washington las violaciones a los derechos humanos que estaban siendo perpetradas en Argentina, Henry Kissinger seguía en el país avalando el plan económico. Martínez de Hoz lo acompañaba en su gira en la que no estaba ausente, desde luego, su apoyo y admiración hacia el Mundial. No sólo había lanzado sus mejores augurios al equipo local tras la victoria ante el conjunto peruano, sino que también se manifestó "muy impresionado" por "la unidad que el pueblo había demostrado" y "por la dedicación del gobierno argentino para mejorar las condiciones del país en todos sus aspectos."

La Nación (23-6-78) destacaba en su noticia, además, que el Premio Nobel de la Paz se había entrevistado el día anterior con Borges en la residencia de los embajadores de los Estados Unidos. La "charla", según comentó el escritor, resultó por demás informal. El Mundial, quizás por primera vez en la estadía de Kissinger en el país, se mantuvo al margen, y tuvieron lugar los detalles de otra conquista. "Hablé con él y con su hijo, curiosamente sobre la Conquista del Desierto, en la que participó mi abuelo –dijo Borges, desconcertando una vez más a los periodistas, que esperaban otra respuesta–, sobre los indios pampas, sobre literatura y filosofía alemanas, estos últimos temas a propósito de que él es judío alemán."

Kissinger había sido invitado a presenciar la final. Y también el.general Banzer, presidente de facto de Bolivia, quien no bien arribó al aeropuerto de Ezeiza recordó sus propias experiencias como futbolista. Hubo una ausencia que el gobierno sintió más que ninguna otra, la de Augusto Pinochet. El dictador tenía asuntos urgentes en los que ocuparse. Sus relaciones con los EE.UU. atravesaban un punto crítico menos

ambiguo que el de de sus pares argentinos. El día 22 de junio el gobierno de Carter había decidido el retiro de su embajador en Santiago, como protesta ante la falta de cooperación en la investigación del asesinato del ex canciller chileno, Osvaldo Letellier, perpetrado en Washington en 1976. Argentina y Chile se encontraban embarcados en una encarnizada disputa diplomática por el canal de Beagle, que en pocos meses llegaría al borde de un enfrentamiento armado.

El Mundial "tapaba" los gritos desesperados, al mismo tiempo que el peligro de un guerra se mantenía en sordina.

Irene, que se desempeñaba como voluntaria en el Centro de Ayuda al Suicida, cuenta que en esas semanas recibió gran cantidad de llamados de familiares de desaparecidos y que muchos de ellos, en medio de su conversación, pensaban que sus seres queridos estaban internados en una especie de "granjas de rehabilitación". "A mí me sorprendía la coincidencia. Era la misma desesperación y la misma ilusión, pero no podía, ni me correspondía a mí, entrar a preguntarles por qué pensaban eso. No iba a cambiarle esa esperanza por una incertidumbre, de la que tampoco yo sabía nada." También, cuenta Irene, recibió varios llamados de personas que decían ser torturadores y que "no podían vivir más con esa carga".

Voces perdidas, solitarias, que no tenían lugar en las noticias que informaban que la esposa de Videla se había reunido antes del fin de semana con las esposas de los jugadores argentinos. "Conversamos cosas de mujeres", dijeron. ¿Cuáles eran esas "cosas"?

En primera plana el diario *Crónica* (23-6-78) publicaba un largo titular por demás provocativo: "Brasil ¿qué te pasa? Quiere incendiar Perú: Los mató el triunfo argentino y atentaron contra la embajada peruana en Río de Janeiro: lo primero, saber perder." En la página siguiente, una noticia de otro color seguía marcando el compás de la bandera. Habían nacido trillizos en Mendoza y, en homenaje a "El Matador" Mario Kempes, sus padres habían decidido bautizarlos Mario Alberto, Mario Rolando, Mario Daniel.

Fuera de las noticias, quedaban las voces perdidas, los hijos perdidos.

Fabio se sentía feliz. Tenía dieciséis años, vivía en Quilmes, y jugaba al rugby como pilar en el Club Porteño. Pero ese sábado no le importaba el partido que tenía al día siguiente, a las diez de la mañana, con el Club Regatas de Avellaneda, ni siquiera la final entre Argentina y Holanda. Lo que era en realidad el colmo de la desmesura pensando en él, ya que Fabio se había decidido por el rugby sólo porque, como decía, "el físico no me dio para el fútbol", y eso hacía que dentro de la cancha todos sus gestos y movimientos se parecieran más a un defensor que a un *forward*. Jugaba más con los pies que con las manos, y hasta algunas veces, para furia del entrenador, se animó a hacer una "chilena". Es que Fabio vivía para el rugby, pensaba las veinticuatro horas del día en el rugby, pero todo eso lo hacía soñando con el fútbol. Era lo menos parecido a un joven jugador de rugby de esos tiempos. "Yo detestaba a los chetos que iban a bailar con Pont Lezica, pero tampoco era un rockero. Vivía una vida de *libero*, qué sé yo, aunque siempre era un *stoper* entre unos y otros. O algo así."

Nada le importaba porque ese sábado iba a salir por primera vez con Mara. La había visto dos veces junto con unos amigos, pero esta vez, por fin, saldrían solos. ¿Vamos a ir al cine? No, qué sé yo. Vamos a encontrarnos y después vemos, le dijo Fabio animándose.

Quería sorprenderla con un regalo, y pensó en libros, a Mara le gustaba Hermann Hesse. Pero como no sabía cuáles había leído, desistió. La idea de regalarle un ramo de flores no lo convencía; no era algo que tuviera mucho que ver con él. Se decidió por comprarle una bolsita de *seamonkeys*. Entró a un negocio de "todo importado" en la calle Florida y, leyendo la bolsita, terminó de convencerse. El nombre científico era *artemia salina* y dentro de la bolsita, según decían, podían mantener su estado de vida latente durante cien años. Lo único que había que hacer era echarlos en un frasco con agua y esperar a que esos animalitos, que algunas veces llegaban a medir dos centímetros, aparecieran como de la nada.

"Los que yo le regalé a Mara, siempre fueron puntitos en el agua. Nunca los vimos como aparecían en los dibujos de las bolsitas con antenitas y una cola de diablo. Eran larvas, no más que eso. Pero a ella le encantó el regalo." Fabio le había dicho que era "muy simbólico", porque hablaba de algo que debía crecer, pero que por ahora ninguno de los dos

sabía bien qué era. Y se quedaron charlando, sin cine, sin caminar, sin comer nada, sólo tomando café en un bar de Córdoba y Florida hasta la una de la madrugada. Era muy tarde para Mara, y también para Fabio que debía atravesar toda la ciudad, llegar a Quilmes, y dormir bien para el partido con Regatas. Fabio la acompañó a su casa en Villa del Parque y, como los padres de Mara se habían ido el fin de semana al country y sólo estaba la abuela, siguieron tomando café en el living hasta el amanecer. Hablaban, se miraban, pero no se tocaban. Los dos se despidieron diciendo que sentían que se conocían desde siempre.

Sin darle importancia a los bostezos, Fabio pasó por su casa, agarró el bolso y llegó justo a la hora del partido. No recuerda, y sabe que tampoco lo recordó ese día, cómo hizo para jugar y hasta para volver a su casa. Durmió durante toda la final de Argentina en su habitación abarrotada de posters futboleros, con distintos perfiles del seleccionado. También tenía uno de Los Pumas del '77, y otro de Lennon y Yoko Ono abrazándose desnudos. Los padres lo despertaron para avisarle que habían ganado y salieron a festejar tocando bocina arriba del auto. "Hay algo que quiero decir y que quede impreso. ¿Puedo? Los *seamonkeys* no crecieron, pero Mara y yo fuimos novios y hasta vivimos juntos, también atravesados por los mundiales. Marcados a fuego, diría yo. Cuando Argentina jugaba la final del '86 en México, nosotros, en esos días, nos estábamos separando sin saber muy bien cómo hacerlo. Era espantosamente triste. El Mundial se vengaba con nosotros, nos quitaba los que nos había dado en el '78. Pero, por supuesto, eso era lo menos cruel que podía ser Argentina."

El partido por el tercer puesto había terminado, Brasil le ganó a Italia por 2 a 1. En seguida el equipo argentino en pleno comenzó su último entrenamiento.

Menotti separó al equipo titular, los hizo vestirse con unas camisetas verdes sin mangas, y los enfrentó al resto, bajo la consigna de que debían jugar como holandeses: marcas encimadas, presión en todos los sectores y desplazamiento masivo de los defensores para dejar a los contrincantes en *off side*.

Silencioso, como era su costumbre, el técnico se quedó en el medio

del campo, rodeado de sus asistentes y la bolsa de pelotas. Hacía sonar el silbato y lanzaba una nueva pelota para que el juego se interrumpiera de golpe y recomenzara por otro sector. Así, una y otra vez, cada vez más rápido, cada vez más desconcertante, durante una hora larga.

Antes de la cena Menotti recibió un llamado de Maradona que, con voz emocionada, les deseaba toda la suerte del mundo y aseguraba que iba a gritar los goles más fuerte que nadie para que todos sus compañeros pudieran oírlo como si estuviera en la cancha. Después, mientras los jugadores se fueron a dormir, el técnico se reunió en su cuarto con dos periodistas para terminar los últimos capítulos del libro que saldría a la venta el mes siguiente, editado por *El Gráfico.* Durante cuatro horas, precisó detalles de anécdotas, avanzaba en el recuerdo y retrocedía sin perder el hilo de la conversación. Se tomaba el tiempo para pensar, largaba el humo del cigarrillo y arremetía por las puntas, decidido pero sin perder nunca la serenidad.

A no ser por esas ganas de quedarse despierto, parecía un espectador frío y distante más que el técnico del equipo que mantenía en vilo al país. Hablaba recostado desde su cama, con un brazo sobre la cabeza y en medio de carpetas en la que escribía con minuciosidad los detalles de cada jugador que había observado día a día. Parecía un ingeniero, siguiendo los pasos de su máquina; o un doctor que, sumido en un experimento, calculaba pulsaciones, velocidades en el pique, tendencias en los desplazamientos, capacidad de recuperación, tiempo promedio de posesión de pelota, etcétera.

Como una naturaleza muerta, *El Gráfico* publicó una foto de su mesa luz en esos momentos. Sobre el velador estaba su gorra, al costado dos libros –uno de ellos escrito por el hijo del secretario técnico–, un *walkie talkie* para comunicarse con el personal de seguridad, un grabador. El cajón abierto ampliaba el espacio de la mesa y dejaba ver papeles, credenciales, billetes y un revólver. El epígrafe de la foto apenas decía sobre ese último detalle: "El revólver que se trajo de su casa para que su señora no se asuste." Al igual que con el rebenque que lucía *Mundialito*, cabe la misma pregunta: ¿Para qué lo usaría? ¿Quién podría acaso animarse a atentar contra la quinta de José C. Paz custodiada por el Ejército? ¿Por qué el revólver estaba a la vista, tan a mano, si no revestía ninguna utilidad?

Menotti, hoy en día, prefiere una anécdota como respuesta. "Uy, si te cuento... Una noche, para embromar, tiramos un tiro al aire adentro de la concentración. Al otro día nos levantamos y le digo, bien serio, al oficial, 'qué pasó anoche que sentí un disparo'. Y el tipo me contesta, 'quédese tranquilo, vamos a investigar'. A la noche, de nuevo, tiramos dos disparos al aire y al otro día le repito la pregunta. ¿Sabés qué me dijo? 'Quédese tranquilo, está todo controlado, ya lo hemos detectado'. Jugaban a la guerra, eran de terror. Pero, bueno, no sabíamos la magnitud de todo eso. Lo que era obvio, es que existían allanamientos, detenidos políticos, tortura; siempre habían existido, no era un invento de esos militares que habían dado el último golpe. Ahora, lo que yo jamás me podía imaginar era que podían torturar a mujeres embarazadas, tirar gente de un avión en el mar, robar chicos y todas esas barbaridades. Jamás en la vida hubiera podido imaginar que llegarían a ese grado de locura. Ya sé: todo lo que digamos ahora no sirve. Había que decir algo en el momento y yo creo que lo hice, en el '79, cuando puse mi nombre en la solicitada por los desaparecidos. En las peores dictaduras podés sentirte un hombre libre. Ahora, si te callás durante diez años de dictadura no podés decir que no sabías nada de nada, como aseguran muchos hoy. ¿No se enteraron acaso que hubo un golpe de Estado?"

"Miren al Pato en la colimba", gritó Ortiz señalando la foto a quien quisiera escucharlo, "se parece a Carlitos Balá en *Canuto Cañete*." Fillol tironeó de la revista, "que sos molesto, che", y siguió ensimismado en la nota que le había dedicado *Gente* en su último número. Su esposa Olga hablaba de él, también algunos amigos, su maestra de primer grado y hasta la partera. No faltaba nadie.

Larrosa se sentó al lado suyo en el sillón y, junto a Ortiz y Oviedo, empezaron a leer la nota. "¿No me digas que estabas pensando todo esto cuando le atajaste el penal a Deyna?", preguntó Oviedo. "Ni loco, eso lo inventaron", dijo refiriéndose a la recreación que se hacía de sus pensamientos en medio de los partidos. Era cierto que siempre pensaba en Nadia, su hija recién nacida, aunque en ese momento sólo tuvo por delante los ojos de Deyna y el movimiento de los hombros. Porque, por

separado, los pies, los ojos, y el cuerpo fingen fácil la dirección que va a tomar la pelota, pero es imposible que simulen al mismo tiempo.

Antes que alguien lo dijera, el arquero se adelantó a tomarse en broma por su cuenta. "Esto sí que es muy verídico, ¿no?" Y leyó en voz alta: "Creo que mañana a primera hora le hablo a Olga, así después los muchachos no me cargan porque me paso horas pegado al teléfono."

Después de las risas siguieron hojeando la revista. Pasaron por alto el conflicto del Hospital de Niños, que había comenzado con una protesta de los profesionales ante la crisis presupuestaria y que terminó –o parecía terminar– con el desplazamiento de su director, y el polémico caso de un cardiólogo sudafricano que había aplicado la eutanasia con su madre. Apenas si se detuvieron en la nota sobre Kissinger, más que nada en las dos páginas recubiertas de fotos. Preferían mantener el ánimo bien alto en su última noche de concentración, y la variedad de *Gente* se los permitía con amplitud. Seguida a una investigación acerca de los adelantos argentinos en el tratamiento de la hemofilia, podía encontrarse una nota sobre *Un mundo de veinte asientos*, la telenovela más vista en el momento.

El arquero, sin embargo, se detuvo para que Ortiz viera su foto y el halago que le dedicaban por su participación en el quinto gol ante Perú, mediante "su endiablada gambeta y su juego perfecto de wing clásico." En la página siguiente la imagen era para Houseman en el momento en que convertía el sexto gol. "Esto es para que no se quejen", dijo Fillol, "ustedes no atajan penales, pero la gente los quiere igual."

De todas maneras, toda la atención se concentró en la "Radiografía de los holandeses". Sabían que nada de eso le ofrecería una nueva información, pero era como ver lo que se pensaba del otro lado, afuera. Lo mismo sentían cuando miraban los festejos por televisión; era emocionante ver a tanta gente reunida y cantando por algo que había nacido de ellos. El orgullo les ponía los ojos rojos y los henchía de fuerza, como gigantes, como invencibles. La "radiografía" aseguraba que a los holandeses se los detenía al modo de Perú "achicando los espacios", o a la manera de Italia, con "juego pausado, prolijo" y resistiendo al "juego abierto" que preferían los naranjas. No era novedad para ellos. Tampoco la habilidad de Resenbrink, "las veloces entradas" de Rep y la fuerza de Brandts. Nada era nuevo para ellos, ni siquiera esa "gran duda" que

releyeron en voz alta para los demás jugadores que se acercaron: "¿Argentina los enrederá en su telaraña criolla o caerá en el vértigo de *La naranja mecánica*?" De antemano conocían la respuesta: no podían perder, no iban a perder.

Habían demorado demasiado la sobremesa de la cena y era tarde para que siguieran despiertos. Cada uno se fue alejando a su cuarto, mientras conversaban como si se tratara de una noche más. Ni una palabra sobre el partido, ni un solo deseo. Las pesadillas y los sueños se mantenían afuera; en la quinta, ahora más que nunca, quedaba la única verdad y esa realidad se llamaba fútbol, puro fútbol.

Con disimulo, Fillol levantó la revista que había quedado sobre el sillón y se la llevó al cuarto. Volvió a mirar las fotos de Olga y de su madre, y, tal vez para sentirse más cerca de su casa, se dejó llevar por la nota sobre la telenovela. La madre no se perdía un episodio, era una gran admiradora de Roberto Escalada que, en *Un mundo de veinte asientos* hacía del padre del protagonista, Claudio Levrino. El galán joven junto al maduro.

Sí, ellos también eran un "mundo" que contenía las ilusiones de veinticinco millones de pasajeros. Sí, en algo se parecían a lo que decía la autora de la novela, pero con la diferencia de que ellos eran una realidad y no una historia inventada. "La gente toma los problemas de la novela como propios. Disfruta del suspenso, pero siempre y cuando tengan la tranquilidad de que todo al final termine bien. Todos somos un poco ingenuos y volcamos nuestras ilusiones en las historias más sencillas", decía la guionista. Sí, claro que ellos eran una realidad, y, además, una realidad que iba a salir campeona.

Cerró la revista y la dejó sobre la mesita de luz junto a la foto de Olga que había traído de su casa y una carta en la que, entre otras intimidades, ella le contaba con lujos de detalles un día, cualquier día, en la vida de Nadia. Es más, Olga hasta se había animado a recrear los pensamientos de su hija.

A la madrugada el equipo en pleno llevaba ya varias horas de sueño, menos Menotti, que había terminado su reunión con los periodistas y se encontraba enfrascado en una discusión trasnochada con Saporitti

acerca de las estrategia para aplicar ante Holanda. Nada que allí se dijera cambiaría algo de lo que el director técnico había resuelto, simplemente buscaban tapar el nerviosismo y el insomnio con desafíos al aire y algunas medidas de whisky. "A mí no me importa; yo quiero que jueguen los mejores para que no queden dudas cuando ganemos, ¿entendés?", soltaba Menotti, "Es muy simple, nosotros le vamos a ganar."

Nadie soñó con la final o, si lo hicieron, lo olvidaron apenas se vieron las caras en la mesa del desayuno. Los sueños pertenecían al pasado. En septiembre de 1977, *El Gráfico* había publicado una nota en la que Daniel Bertoni contaba de un sueño suyo de esos días. Un estadio repleto, un partido parejo, con muchas complicaciones y, de pronto, él entra por la derecha, patea a la carrera y la pelota que se mete por el segundo palo; después veía una vuelta olímpica y mucha gente a su alrededor, no lo dejaban caminar, lo agarraban, y él siente que se ahoga, que ya no puede respirar, que lo tapan, y se despierta.

En la final Bertoni haría el tercer gol que selló el triunfo en el alargue de treinta minutos, también iba a ver una vuelta olímpica y mucha gente. El ahogo, sin embargo, había desaparecido de la escena.

La pesadilla callaba a sus testigos.

Los vecinos de la quinta de José C. Paz esperaron el momento en que el seleccionado partiera rumbo al estadio de River. Llevaban banderas, carteles, afiches pegados en maderas, cornetas con los colores celeste y blanco. Todos querían dar el último saludo, ser vistos por alguno de los veintidós jugadores para sentir después que entonces sí podrían verse como nunca.

Recién a la una del mediodía el micro dejó la puerta escoltado por dos coche de la policía y dos carros del ejército. "Ar-gen-ti-na, Ar-gen-ti-na", cantaban de adentro y de afuera como si, mágicamente, se rompieran las distancias.

Por la motorola del micro llegaban las noticias acerca de cómo estaba el tráfico. Sonaban bocinas. Afirmativo. De los balcones y ventanas colgaban banderas argentinas. Copio, móvil. Ar-gen-ti-na.

Los jugadores mascaban chicles y agitaban las manos por las ventanillas hacia hombres, mujeres, chicos y ancianos que rodeaban las calles.

Mantenían frescas las palabras de Menotti en su última charla técnica en la concentración: "Jueguen siempre. La lucha es un ingrediente más del fútbol. El que da batalla no debe olvidarse de jugar nunca. Que nos ganen, que muramos con nuestra verdad entre las manos. Ganemos, si se puede, de la misma manera." Afirmativo. ¿Me copia? Y más banderas.

El médico cirujano García exige un nombre falso para contar lo que le sucedió cuando lo llamaron de urgencia al hospital. Lo buscaban "para operar a una mujer que tenía una fractura expuesta de tibia, producto de un accidente automovilístico." García llegó al hospital y, mientras la mujer estaba siendo llevada al quirófano, nadie, ni las enfermeras ni los anestesistas, querían despegarse de la radio. "Lo peor es que afuera la estaba esperando el marido, insultándola porque no podía ver la final. ¡Y seguro que el que había chocado era él! A la pobre mujer le hicimos un desastre. El otro cirujano y yo, prestándole atención al partido, la tuvimos que suturar tres veces, porque se lo habíamos hecho mal. ¡No te imaginás el matambre que le quedó, pobre mujer! Y afuera el marido seguía puteando."

Por la motorola del micro avisaban que ya estaba despejado el camino para entrar al estadio de River. Los jugadores no dejaban de repartir saludos y la banderas seguían agitándose a diestra y siniestra.

"Éste es un país de turistas", dice Menotti, mientras apaga un cigarrillo. Y sin despegar la mirada de la ventana del bar, continúa: "Acá parece que la gente pasa, nomás. Que nadie se queda y que nadie estuvo. Un presidente gana las elecciones, vos te subís a un taxi y escuchás que nadie sabe cómo fue que ganó. De repente, no lo votó nadie y, sin embargo, las adhesiones son del cincuenta por ciento." Vuelve a mirar de frente y pregunta: "Y ¿entonces qué pasó? ¿Nadie vivía acá en ese momento."

Menotti insiste en que lo mismo sucedió con el Mundial '78. "Parece que el campeonato lo inventamos los jugadores, los rivales y yo. Que no había nadie. Ni periodistas, ni diarios, ni políticos que hablaban, ni restoranes que trabajaban, que los que estaban se murieron de hambre. Yo no me di cuenta de la magnitud del Mundial. Te lo juro, palabra de honor. Cuando vos estás metido en la cancha, en la concentración no

pensás en otra cosa. Veíamos las banderas cuando nos íbamos. En todas las plazas había veinte mil personas y ahora preguntás y te dicen que nadie salió a festejar, que la cancha estaba vacía. Yo no entiendo, qué querés que te diga, no entiendo. Fijáte que tardamos cuatro horas para llegar desde la salida de la cancha al Hotel Plaza después de la final. Calculo que había millones de personas. Salían de todos lados. Pero resulta que nosotros solos hicimos el Mundial, que nosotros sabíamos lo que estaba ocurriendo, que nosotros festejamos solos."

Como siempre, el equipo argentino salió a la cancha bajo una lluvia de papelitos. En una de las tribunas apenas se veía una bandera que decía "Clemente firme junto al pueblo." Mientras, la gente, emocionada, no dejaba de saltar y cantar.

El comienzo se demoraba y en la tribuna se suscitaban diálogos. ¿Qué pasó? ¿Hay algún problema? No sé, contestaba el del costado. El de atrás arriesgaba un respuesta: Debe estar dopado ése y lo descubrieron, ponéle la firma. No, es por el yeso. ¿Cuál? El holandés tiene un yeso en la mano y parece que Passarella está pidiendo la suspensión del partido. No, ¿cómo van a suspender el partido?

El árbitro ordenó al banco que le recortaran el yeso que René Van de Kerkhof tenía en una mano. Eso era un capitán, decían, siempre atento a todos los detalles. Porque los holandeses son muy buenos, pero si te pueden pegar un trompada te la pegan, guarda, a mí éstos no me engañan.

Los papelitos seguían cayendo como copos extraños sobre el campo de juego. *El Gráfico* describió esos momentos iniciales con palabras que, con el tiempo, cobraron visos patéticos: "Intuyo que sepultados en ese fervor hay millares de hombres, mujeres y niños que son mis iguales. Es el momento sublime de la gran comunión nacional. Dentro y fuera de la cancha un hilo invisible unió los espíritus argentinos para esta convocatoria." Y en seguida el redactor sentenciaba una plegaria: "Maltratado y querido Campeonato Mundial que estás a punto de concluir. ¿Dónde están tus enemigos? ¿Cuánto vale este milagro?".

Entre el nerviosismo y la fuerza, el partido se imponía equilibrado; la Copa podía ser para cualquiera. Todos eran ataques, presión y

contragolpes, hasta que el estadio amagó venirse abajo cuando Kempes hizo el primer gol. Era la mejor señal, irse al entretiempo con un 1 a 0, sólo había que esperar que en el segundo tiempo Menotti resistiera y mandara a los once jugadores a aguantar y defender pegados al arco. Era la final, valía la pena una acción de retirada, cualquier cosa, pero ganar. El que no salta es un holandés, el que no salta es un holandés. Pero no, salieron a la cancha y siguieron como al principio. El entusiasmo crecía, faltaban pocos minutos para que la Copa fuera de Argentina y, de golpe, Naninga quebró la ilusión. Holanda 1, Argentina 1. Antes de sobreponerse a la sorpresa, el último avance de los naranjas terminó con un tiro que pegó en el palo de Fillol, y Argentina se salvaba, de milagro. Había que jugar los treinta minutos suplementarios para desempatar.

Las cámaras de televisión seguían paso a paso el comportamiento de los jugadores argentinos que, sentados en semicírculo, oían las nuevas indicaciones de Menotti. Era el último esfuerzo, no podían caerse ahora. Los naranjas estaban más cansados que ellos, no tenían derecho de arrebatarles la copa. Era el último esfuerzo, había que dejarlo todo en la cancha. Como casi todo el país, los familiares de Estela no se perdían detalle de la transmisión. "Argentina vivía dos vidas, la oculta y la oficial", cuenta la señora Estela Barnes de Carlotto, Presidenta de *Abuelas de Plaza de Mayo*, "en mi familia, mis hermanos festejaban los goles, y mi esposo y yo llorábamos y decíamos: esto está tapando a los que se llevaron a nuestros hijos."

Su hija Laura, estudiante de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de La Plata, había desaparecido a fines de noviembre de 1977. Después de presentar un recurso de *habeas corpus* y agotar cuanto contacto político pudieran tener para averiguar su paradero, a mediados de diciembre concretaron una entrevista con Reynaldo Bignone en el Comando en Jefe del Ejército para indagar acerca del destino de su hija. "Era un hombre loco que me atendió con un arma sobre el escritorio y que no vaciló en decirme que para él había que matarlos a todos, y que mataban a todos. Lo único que podía prometerme, dijo, era entregarme el cadáver de Laura." El último día del año, sin embargo, Estela y su marido recibieron una carta que les despertaba alguna esperanza,

"decía simplemente que Laura estaba bajo las fuerzas de seguridad y perdonáramos el anonimato."

Comenzaron el '78 con la ilusión de encontrarla, buscando permanentemente en los diarios si aparecía su nombre en las listas de los detenidos "legales, bajo el Poder Ejecutivo." Nada, todas eran decepciones. A menudo volvían a leer las listas pensando que, quizás, se habían salteado un nombre o buscando en apellidos similares el suyo mal escrito. Pero nada, ni en semanas, ni en meses, hasta que la tarde del 17 de abril una mujer se presentó al negocio del señor Carlotto diciéndole que había compartido el cautiverio con Laura y que estaba con vida. "Me acuerdo exactamente de lo que nos dijo: 'Vengo a decirle que ella está bien, que su embarazo es de seis meses y es correcto, que le dan de comer un poquito mejor y que su bebé va a nacer en junio, y que estén atentos en la Casa Cuna de La Plata porque al bebé lo van a dejar ahí'".

En medio de la desesperación, la noticia los llenó de alegría, "una doble alegría", dice Estela de Carlotto, porque no sólo Laura seguía con vida sino que, además, estaba embarazada; cosa que ellos desconocían. Por ese entonces la señora de Carlotto, que era directora de una escuela primaria, se jubiló y se dedicó por entero a buscar a su nieto y a esperar a Laura. Como la mujer le había dicho que a Laura le sacaban los grilletes y la permitían caminar sin el "tabique", Estela confiaba en que alguna vez la liberarían y la imaginaba, como si la viera, en todos lugares. "Me acuerdo que ese año vi una película que se llamaba *Julia*, y sentí que también era la historia de Laura: una joven de la resistencia contra los nazis, que es perseguida por los nazis, y que también tenía un hijo. Estaba segura de que aunque Laura estuviera detenida muchos años no los iba a perder realmente, porque cuando la dejaran en libertad la iba a estar esperando su hijo. En mayo del '78 empecé a buscar en las *casas* de La Plata, en los libros legales y en el libro negro, que era en donde anotaban a los niños después de los operativos, y en donde los colocaban como NN, y en donde los entregaban en adopción o los regalaban."

Como las demás *Abuelas de Plaza de Mayo*, en esos días Estela tejía y preparaba el ajuar para el bebé. Todavía no se "nos pasaba por la cabeza algo tan cruel como lo que ocurrió; de a poco fuimos enterándonos y aprendiendo la perversidad del Proceso y perdimos la ilusión." Al principio, en cada instituto pedía que le dejaran ver a los chiquitos y se

lo negaban. "Con el tiempo me di cuenta que era lo mejor, porque ¿qué ganaba con ver la cara de los bebés si ni siquiera sabía si era varón o mujer? Pero era mi ilusión. Por supuesto, desde los meses anteriores yo ya había empezado a caminar con las *Abuelas* en la Plaza, me incorporé en los primeros meses del '78."

Más tarde, a través de incansables averiguaciones, supo, mediante el testimonio de algunos sobrevivientes, que Laura había estado detenida en La Cacha y que en junio la llevaron al Hospital Militar para el parto. Laura comenzó su trabajo de parto mientras la selección argentina estaba jugando la final con Holanda. El bebé, Guido, nació al día siguiente, el 26 de junio. A Laura la dejaron cinco horas con su bebé y después la adormecieron para llevarla de nuevo al centro clandestino de detención. Desde entonces Estela de Carlotto sigue buscando a su nieto. Hace poco tiempo, cuenta, se encendió "una luz" acerca de lo sucedido con Guido. Un hombre, que era soldado conscripto en esos tiempos y estaba asignado en el Hospital Militar, le dijo que había visto entrar a alguien en la habitación que ocupaba Laura y llevarse al bebé. Estela, todavía, no ha conseguido develar la identidad de ese sujeto, pero sigue buscando a su nieto en las caras de todos los jóvenes de veinte años. Por ahora, Guido es uno de los 230 chicos secuestrados durante El Proceso y de los cuales 59 ya han sido encontrados por las *Abuelas de Plaza de Mayo.*

"El 25 de agosto de 1978 asesinan a Laura y me entregan su cuerpo. Fue el dolor más grande de mi vida, porque uno pierde una mamá, un papá, pero nadie puede explicar lo que es perder a un hijo, nadie se puede recuperar de eso. El '78 me marcó también con ese dolor enorme, enterrar a un hija. Pero dentro de todo tuve, entre comillas, ese privilegio que no tuvieron otras madres. Cuando me dieron el cadáver en Isidro Casanova, hubo que reconocerlo, yo no pude, porque la cara estaba destrozada, pero mi marido y mi hermano lo reconocieron. Yo le pregunté al comisario por el bebé y él me contestó: 'A mí el ejército me entregó esto solo. Si lo quiere llevar, firme'. Sacó un revólver y lo puso sobre el escritorio. Creo que le dio miedo la actitud de una madre desesperada, que le gritaba que eran asesinos, ladrones, corruptos. Ahí empezó otra lucha, la lucha por Laura muerta y mi nieto vivo."

Las lágrimas brotaban emocionadas al grito de Argentina, Argentina. A los diez minutos de comenzado el tiempo suplementario Kempes convertía su segundo gol y se coronaba goleador del Campeonato. Cuando el resultado parecía ya el definitivo, Daniel Bertoni se hizo cargo del gol que había soñado un año atrás.

Antes de que el árbitro italiano Sergio Gonella diera por terminado el partido, la gente ya había salido a festejar en todas las plazas del país. Los autos hacían sonar otra vez sus bocinas, los colectivos y camiones marchaban por las calles reclutando a quienes quisieran festejar en las plazas o rodear el Obelisco. El cartel luminoso del estadio de River se encendía a todas luces: "ARGENTINA CAMPEÓN DEL MUNDO."

En las sombras, debajo de sus propios gritos y envueltos en banderas argentinas, la gente ansiaba volver interminable el festejo que llegó hasta la madrugada.

A las diez de la mañana del día siguiente, más de mil estudiantes de escuelas secundarias se congregaron en Plaza de Mayo, frente a la Casa de Gobierno. Buscaban compartir con Videla el festejo de la Copa Mundial y reclamaban su saludo al grito de "si no sale es un holandés, si no sale es un holandés." Tenían el recuerdo reciente de los últimos discursos de Perón desde el balcón y no dejaban de mirar hacia el frente de la Casa Rosada.

Por eso fueron pocos los que vieron asomarse a Videla, acompañado de su custodia, desde una puerta lateral retribuyéndoles el saludo.

Después del mediodía, la escena se repitió. *La Nación* (27-6-78) destacó que, a las dos y media, eran alrededor de 6.000 jóvenes y que, desde el balcón correspondiente al secretario de Información Pública, se arrojaron papelitos que renovaron el entusiasmo. El diario agregaba que había un "muñeco que representaba a la República: vestía la camiseta celeste y blanca a rayas verticales" y en "una mano sostenía una pelota de fútbol y en la otra la balanza de la justicia."

A las cuatro de la tarde, envalentonado por el júbilo que desencadenó el triunfo, Videla dejó las bambalinas y ocupó su lugar en el escenario.

Salió al balcón y hasta saludó con los brazos extendidos, cuidando de que los gestos no se confundieran con los del líder al que quería arrebatarle su papel.

EPÍLOGO

Después del balcón

"Es una tentación para el gobierno militar decir que ha sido plebiscitado, de alguna forma, por el Campeonato, pero no creo que ninguno de quienes lo componen cedan a ella. Es el país, en todo caso, el que se ha plebiscitado a sí mismo, reafirmando su personalidad y su continuidad", decía Luis Gregorich en *La Opinión*, el "día después". No obstante agregaba: "Un fenómeno tan masivo y de tanta repercusión popular no puede dejar de encerrar significaciones políticas. Cualquier gobierno, en cualquier parte del mundo, no habría dejado de utilizarlo en provecho propio. El nuestro también lo hizo, sin incurrir, afortunadamente, en identificaciones excesivas ni lesionar la pluralidad de ideas".

Lo cierto fue que el "efecto Mundial" se disipó rápidamente. En octubre, en medio de los apagones y simulacros ante la amenazante guerra con Chile, Videla viajó al Vaticano para el entronizamiento de Juan Pablo I y, en ese contexto, aceptó finalmente, empujado por los Estados Unidos, la visita de la CIDH en las condiciones que el organismo había requerido. El traspié se diluyó por el peso de las urgencias. Las fricciones con Chile hicieron que ese mal trago pasara a un segundo plano.

Muchos de los jóvenes que habían estado en la manifestación que vitoreó a Videla, temían entonces ser las víctimas más directas de una guerra que parecía estar por estallar. Los meses de noviembre y diciembre fueron el punto más álgido de la crisis por el Canal de Beagle. A la entrada y la salida de los colegios se discutían las nuevas noticias y los mismos viejos temores. En el entrenamiento de los soldados conscriptos, cuando avanzaban a punta de bayoneta sobre un muñeco de paja, ya no les obligaban gritar "Muera el subversivo apátrida", sino "Muera el chileno." Y *La canción con todos*, de los todavía prohibidos César Isella y Tejada Gómez, volvía a ser interpretada en *Feliz domingo*, un programa de televisión donde los estudiantes secundarios buscaban ganar un viaje de fin de curso, con una significativa modificación. Donde la canción decía "mi verde Brasil besa a mi Chile, cobre y mineral", ahora rezaba "mi verde Brasil besa a *mi patria* cobre y mineral."

Para dolor de los argentinos, el Proceso tendía a convertir a Chile en el depositario de un sinnúmero de ofensas y así avivar los ánimos ante la posible guerra. La revista *Siete Días* (14-12-78) dedicó las primeras páginas de su edición a informar acerca del conflicto, ilustrando la situación con diversas fotografías de soldados pertrechados para el combate. La nota, que no llevaba firma alguna, se titulaba: "Cómo aprendimos a defender nuestros derechos. Una historia de 300 días que los argentinos debemos incorporar a los programas de enseñanza."

El informe comenzaba con una admonición al lector, cuya retórica remedaba a la del Mundial, que había demostrado ser efectiva. "Nuestro mapa ha sido herido en el Canal de Beagle. Usted es el país. Usted tiene una piel. El país, que es usted, también tiene una larga piel, que es su frontera. Usted ama a su piel, la protege. A usted pueden engañarlo acerca de muchas cosas, menos en lo que se refiere a su piel. Porque le duele. El país tolera y es paciente con muchísimos hechos, menos con las heridas de su frontera. Para defendernos de las agresiones contra la integridad de nuestra piel nacieron la medicina y el derecho. Para defender al país de las heridas en la intangibilidad de sus límites nacieron el arte de la diplomacia, que invita a los hombres a la conciliación negociadora y pacífica, y el arte de la guerra, que enseña a los hombres a manejar las decisiones que están más allá de la discusión."

La Junta pretendía construir una lógica para incitar a la guerra mediante artilugios discursivos. El razonamiento, que tenía mucho de slogan publicitario, trataba de crear la ilusión de que todo era homologable, pero, curiosamente, no aparecían los "hombres" sino recién cuando hablaba del llamado irremediable del "arte de la guerra". Apelar a la "piel" era un modo de *camuflar*, mediante la cercanía y el tacto, un absoluto abstracto: "el mapa herido".

Para *avivar* el fuego del "espíritu colectivo", el número de la revista se cerraba con "En Chile como Auschwitz. Los hornos de la muerte. A 45 km de Santiago, en una mina de cal abandonada, aparecieron los cadáveres de presuntos opositores al régimen de Pinochet." La nota estaba ilustrada con fotos del campo nazi de Auschwitz y de la mina en territorio chileno. La revista se jactaba de ser el único medio extranjero que había podido entrar al "trágico escenario".

Como es sabido, campos de concentración existían en gran número en el territorio argentino, no era necesario cruzar la cordillera para encontrar los delirios desquiciados de la otra dictadura; pero a la hora de avivar el júbilo guerrero resultaba efectivo colocar el "mal" en la "piel" del enemigo. Además, acusar al otro de nazi era un modo de espantar el fantasma hitleriano. Pero, ¿cómo no se podía dar un paso más adelante y preguntarse por la realidad que ocultaba la Junta?

Afortunadamente el conflicto con Chile no redundó en una guerra y hubo un fin de año más distendido. Pocos días antes, Martínez de Hoz trató de dar respuestas a las dificultades de su programa económico con una nueva medida, "la tablita". Fue, en rigor, un salvavidas de plomo para su gestión y la de su sucesor, Lorenzo Sigaut, quien en 1981 desafiaría a los especuladores diciendo "el que apuesta al dólar, pierde." Sin embargo, el derrotado fue él: tuvo que devaluar, acelerando el hundimiento del Proceso.

En 1979, la Junta trató de revivir el espíritu mundialista sin suerte. En septiembre, mientras la CIDH se encontraba en el país tomando declaración a los sobrevivientes del terror estatal, el seleccionado juvenil de fúbol obtenía la copa mundial en Tokio. El "relator de América" Muñoz exhortaba a su audiencia, una vez más, a ganar la calle para demostrar quiénes eran los verdaderos argentinos.

La segunda hazaña deportiva de Menotti, esta vez en Japón y de la mano de Maradona, apenas dibujó muecas de efímera placidez en los rostros del generalato. El triunfo ante los soviéticos no pudo mitigar el impacto internacional de las actividades de la CIDH en el país. Su documento resultó demoledor: entre 1975 y 1979, concluyó la delegación de la OEA, se habían violado los derechos a la vida, a la seguridad e integridad personal, a la libertad, la justicia y la posibilidad de expresión e información.

Ese mismo año se realizó la primera huelga general conducida por los "25" y los "blandos" perdieron la interna dentro del Proceso. Menéndez se sublevó en septiembre. Videla y Viola lo derrotaron pero ésa fue otra victoria pírrica. La fláccida idea de una transición pactada cedió para siempre lugar a los anhelos de perpetuidad.

Galtieri, quien había desplazado a Viola, en su último acto irresponsable, sumido en el desprestigio, arrastró al país a la guerra de Malvinas.

Durante 1978 y 1982 cada muestra de fervor popular pareció acompañada por la misma frase: "Esto se parece al Mundial", o "Como en el Mundial". La guerra de Malvinas utilizó al máximo la retórica del campeonato de fútbol, convertida en júbilo guerrero. Las postales de esos días se confunden dolorosamente en la memoria, a tal punto que a menudo resulta imposible distinguirlas.

Otra vez los militares salieron al balcón para anunciar frente a un secretario de Estado norteamericano, no Kissinger sino Alexander Haig, la decisión de presentar batalla a la OTAN.

Durante el partido contra Brasil, en el Mundial de España, las fuerzas argentinas se rindieron en el Atlántico Sur. El relato futbolístico se mezcló con los partes de guerra.

Semanas antes, una revista deportiva había imaginado una final entre Argentina e Inglaterra en la que ganaba 1-0 el equipo de Menotti con gol de Ramón Díaz. La revancha llegó en México'86 cuando Argentina derrotó 2-1 a los ingleses de la "mano de Dios".

Pero era sólo el fútbol, apenas una pelota.

Buenos Aires, abril de 1998

Agradecimientos:

Desde que comenzamos a trabajar en este libro nos encontramos con repetidas y calurosas muestras de solidaridad que la mayoría de las veces se tradujeron en desinteresados préstamos de archivos, valiosos datos e informaciones, cuando no en anécdotas que parecían olvidadas. También, quienes nos ofrecieron sus testimonios nos permitieron recorrer a su lado algunos de aquellos momentos después de veinte años. A ellos, en primer lugar, queremos ofrecerles nuestro más profundo agradecimiento. Asimismo a: Ezequiel Fernández Moores, por sus sugerencias y la documentación aportada; Martín Caparrós y Envar El Kadri, quienes nos adjuntaron buena parte de la información referida a lo que aconteció en Francia en vísperas del Mundial, a Gabriele Küppers y Gert Eisenbürger de la revista ILA, quienes enviaron material de archivo; a Juan Carlos Salazar, Sebastián Fest y Claudia Martínez, que desde México y Madrid nos suministraron importante material periodístico. También, a Guillermo Korn.

Agradecemos además a Fernando Piana, Marcelo Marino, Viviana Mariño y, especialmente a Ernesto Hadida, que colaboraron con la investigación, y a nuestros editores, Silvia Hopenhayn y Fernando Fagnani, por confiar en nosotros.

Y a Gabriela, Mónica, Vanesa y Azul, por todo el apoyo y la paciencia.

Entrevistas:

Los testimonios de Bernardo Neustadt, José María Muñoz, Antonio Merlo, Adolfo Pérez Esquivel, Caloi y Leopoldo Jacinto Luque fueron gentilmente cedidos por Ezequiel Fernández Moores.

Archivos de diarios y revistas: (nacionales) *Clarín, Crónica, Noticias, La Nación, La Opinión, La Razón*; *Buenos Aires Herald, Chaupinela, Claudia, Confirmado, Las Bases, El Descamisado, El Gráfico, Goles, Gente, La semana, Humor, Las Bases, Para Ti, La Vanguardia, Pájaro de fuego, Expreso Imaginario, Siete Días, Somos;* (extranjeros) *El País, Cambio 16, Le Monde, Le Figaro, Proceso, The Guardian.*

Andersen, Martín. *Dossier secreto, el mito de la guerra sucia,* Buenos Aires, Planeta, 1993.

Avellaneda, Andrés *Censura, autoritarismo y cultura: Argentina 1960-1983,* Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1986.

Balandier, Georges *El poder en escena, de la representación del poder al poder de la representación,* España, Paidós, 1994.

Bayer, Osvaldo *El fútbol argentino*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990.

Bonasso, Miguel *Recuerdos de la muerte,* Buenos Aires, Editorial Bruguera Argentina SAFIC, 1984.

Calveiro, Pilar "Desaparecidos y poder. Los campos de concentración", en revista *El Caminante,* Año 1, núm. 2, Buenos Aires, junio-julio de 1995. (Fragmentos de la tesis doctoral de P. Calveiro que presentara en la UNAM en 1995).

CONADEP	*Nunca más*, Buenos Aires, Eudeba, 1996.
Debord, Guy	*La sociedad del espectáculo,* Buenos Aires, Biblioteca de la mirada, 1993.
Debray, Regis	*El Estado seductor,* Buenos Aires, Manantial, 1996.
EAM 1978	*Guía de información general de la República Argentina*, Buenos Aires, 1978.
Feinmann, José Pablo	*Filosofía y Nación. Estudios sobre el pensamiento argentino,* Buenos Aires, Espasa Calpe, 1994.
Fischer, Klauss; Hoeness, Uli	*Fussball welt meisterschaft 1978,* Hamburgo, Edition Sirius, 1979.
Galeano, Eduardo	*El fútbol a sol y sombra*, Buenos Aires, Catálogos, 1996.
Gasparini, Ponsico	*El director técnico del Proceso*, Buenos Aires, El Cid Editor, 1983.
Gelman, Juan; La Madrid, M.	*Ni el flaco perdón de Dios*, Buenos Aires, Planeta, 1997. (Testimonio de Esteban, tomado para el capítulo III).
Gelman, Juan	*Prosas de Prensa*, Buenos Aires, Ediciones Zeta, 1997. (El artículo "Ejercicios", tomado para el Capítulo VIII.)
Gilbert, Isidoro	*El largo verano del 91,* Buenos Aires, Legasa, 1992.
Gillespie, Richard	*Soldados de Perón. Los Montoneros,* Buenos Aires, Grijalbo, 1987.
Jordan, Alberto	*El Proceso,* Buenos Aires, Emecé, 1991.

Jozami E. Paz P. y Villarreal J. — *Crisis de la dictadura argentina,* México, Siglo XXI, 1984.

Lamadrid, C.; Halac, R. — *Los militares y el mundial. Yo fui testigo.* Tomo 8, Buenos Aires, Perfil, 1986.

Lever, Janet — *La locura en el fútbol,* México, F.C.E., 1985.

López, María Pía; Korn, Guillermo — *Sábato o la moral de los argentinos,* Buenos Aires, Editorial América Libre, 1997.

López Saavedra, E. — *Testigos del "proceso" militar* (2 volúmenes), Buenos Aires, CEAL, 1984.

Madres de Plaza de Mayo — *Historia de las Madres de Plaza de Mayo,* (prólogo de Osvaldo Soriano), Buenos Aires, Documentos Página 12, s/f.

Majul, Luis — *Los dueños de la Argentina II. Los secretos del verdadero poder,* Buenos Aires, Sudamericana, 1994.

Martínez de Hoz, José Alfredo — *Quince años después,* Buenos Aires, Emecé, 1991.

Menotti, César — *Cómo ganamos la copa del Mundo,* Buenos Aires, El Gráfico, 1978.

Mignone, Emilio — *Iglesia y Dictadura,* Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1986.

Nadra, Fernando — *Estados Unidos. Grandezas y Miserias,* Buenos Aires, Editorial del Futuro, 1978.

O'Donnell, Guillermo — *Contrapuntos, Ensayos sobre autoritarismo y democracia,* Buenos Aires, Paidós, 1997.

Panzeri, Dante — *Fútbol, dinámica de lo impensado,* Buenos Aires, Paidós, 1967.

Pozzi, Pablo — *Oposición obrera a la dictadura (1976-82),* Buenos Aires, Editorial Contrapunto, 1988.

Silvestri G.; Gorelik A. — "Requiem para el puerto", en *Punto de Vista,* núm. 39, diciembre de 1990.

Seoane, María — *Gelbard, El Burgués maldito,* Buenos Aires, Planeta, 1998.

Todorov, Tzvetan — *Frente al límite,* México, Siglo XXI, 1993.

Troncoso, Oscar — *El proceso de reorganización nacional. Parte I y II,* Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985.

Ulanovsky, Carlos — *Paren las rotativas,* Buenos Aires, Espasa, 1997.

Uriarte, Claudio — *Almirante Cero, Biografía no autorizada de Emilio Massera,* Buenos Aires, Planeta, 1992.

Vázquez, Enrique — *La última,* Buenos Aires, Eudeba, 1986.

Verbitsky, Horacio — *Medio siglo de proclamas militares,* Buenos Aires, Editora/12, 1989.

Villalba Welsh, Alfredo — *Tiempos de ira, tiempos de esperanza,* Buenos Aires, Rafael Cedeño Editor, 1984.

Walsh, Rodolfo — *El violento oficio de escribir. Obra periodística 1953-1977,* edición a cargo de Daniel Link, Buenos Aires, Planeta, 1995.

Sebastian De Grazia
Maquiavelo en el infierno

Frida Kahlo
El diario de Frida Kahlo
Un íntimo autorretrato

Graciela Speranza
Fernando Citadini
Partes de Guerra
Malvinas 1982

Frank McCourt
Las cenizas de Angela

Abel Gilbert
Cerca de La Habana

André Aciman
La huida de Egipto

Eduardo Anguita
Martín Caparrós
La Voluntad
Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina 1966-1973

Eduardo Anguita
Martín Caparrós
La Voluntad Tomo II
Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina 1973-1976

La Argentina, en 1978. Con la mención de esas pocas palabras, la memoria se encuentra frente a un nudo y un reto. La acechan un tropel de imágenes contradictorias: el fútbol, la dictadura ejerciendo su poder a pleno, la violación sistemática y planificada de los derechos humanos, la presión internacional por los desaparecidos, un modo de vida basado en el olvido, el silencio, el pánico o la obsecuencia, la cotidianeidad que incluye una violencia explícita y latente y también la pasión desbordante por el Mundial que en ese año la Argentina organiza y gana.

En ese caleidoscopio atroz se mezclan las Madres de Plaza de Mayo; Videla, Massera y Agosti; John Travolta y *Fiebre de sábado por la noche;* Fillol, Pasarella y Kempes; la ESMA y el estadio de River (a quinientos metros uno del otro); Menotti y las decenas de periodistas extranjeros que, con la excusa del torneo, vienen a ver con sus propios ojos un país que festeja en las calles y se desangra en los campos de concentración.

Lo cierto es que pocas veces la historia reciente concentró de manera tan visceral la alegría y la tragedia de un pueblo. En **El terror y la gloria**, Abel Gilbert y Miguel Vitagliano remontan cada una de estas facetas y las funden en un retrato escalofriante de la Argentina de esos días. Desde la vida en las cárceles hasta la concentración del seleccionado, pasando por los despachos donde se tramaba la represión y también por los márgenes culturales donde se resistía, este libro restituye intacta la trama completa del país durante el Mundial.

ISBN 958-04-4575-3
